

EL GUARDIÁN DE ALMAS

BRUCE BOSTON

Lectulandia

En este futuro tecnológico totalitario, la adecuación de los sujetos a la sociedad se mide con la ayuda de un ciberescáner capaz de trazar los detalles de una vida en forma de matriz holográfica. Cada vida se materializa como un entramado de líneas de colores que adopta la forma de una flor... pero la matriz de Richard Thorne tiene un aspecto más parecido a una maraña de malas hierbas.

Esta es su historia, contada a modo de informe por el guardián de almas Sol Thatcher, uno de los responsables de encontrar y reeducar a los sujetos anómalos de esta sociedad a caballo entre Un mundo feliz y Desafío total, en un relato que capta las miserias y la increíble capacidad creativa del ser humano.

Lectulandia

Bruce Boston

El guardián de almas

ePub r1.0
fenikz 27.08.15

Título original: *The Gardener's Tale*
Bruce Boston, 2007
Traducción: Ana María Niedo Calvo
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Maggie con amor, y gracias por el título.
Gracias también a Tyree Campbell,
G. O. Clark, y Malcolm Deeley
por su apoyo.

EXTRACTO DEL ARCHIVO PERSONAL DE SOL THATCHER, GUARDIÁN DE ALMAS, G-21, JUBILADO.

PARA el noventa por ciento de la población, el condicionamiento primario crea ciudadanos estables, individuos capaces de expresar su individualidad de una manera socialmente aceptable. El recondicionamiento logra que el despreocupado diez por ciento restante se adapte mediante la eliminación de los defectos de carácter y la canalización de los rasgos negativos hacia fines socialmente útiles. Aun así, a pesar de los enormes esfuerzos que realizan nuestros guardianes de almas, en algunas ocasiones queda algún que otro caso anómalo en nuestro mundo que destaca entre nosotros. Tomemos por ejemplo el caso de Richard Thorne, un hombre cuyos perfiles de personalidad revelaban numerosos defectos de carácter a pesar de que no daban indicio alguno de los delitos que era capaz de cometer.

El análisis cibernético del comportamiento, conocido como ciberescáner, es la herramienta más sofisticada que hemos desarrollado para tratar con las desviaciones de la norma. El escáner es capaz de trazar los detalles de una vida en forma de matriz holográfica. Cada vida se materializa como un entramado de líneas de colores que adopta la forma de una flor de tallo estrecho y corola cónica. En el tallo se encuentran las líneas que van del pasado al presente. Las líneas que están en la corola ofrecen una sugerencia de las posibles alternativas para el futuro del individuo al que se esté examinando.

En las intersecciones de la matriz se pueden encontrar nodos de luz más fuerte. La circunferencia de un nodo denota su importancia como factor determinante de comportamiento.

En casos de desviaciones de la norma, la forma de la flor comienza a desintegrarse. Cuando el comportamiento anómalo se encuentra en el pasado, es el tallo el que aparece deshilachado e irregular. Cuando se prevé una futura anomalía, los rayos de la corola se muestran más anchos. La aplicación de técnicas avanzadas de condicionamiento es capaz de reagrupar líneas predictivas y restaurar la configuración de la flor.

Cuando se le aplicó el ciberescáner a Richard Thorne nos encontramos con una proyección única. Su matriz no poseía definición alguna y estaba rodeada por una explosión de líneas discontinuas y extrañas. Los nodos más importantes no estaban determinados. La proyección de Thorne se asemejaba a una maraña de malas hierbas más que a una única flor. Su anomalía parecía salir de la nada sin causa genética o ambiental que se le pudiera relacionar. El comportamiento de aquel hombre desafiaba

cualquier explicación racional.

ANOMALÍA

TRAS la demolición del barrio bajo de la pasada primavera que estaba destinada a completar la transformación del sector Delta en un entorno controlado moderno, al norte de los nuevos complejos residenciales quedaba un pequeño reducto de unos doce bloques. Aquella porción no recuperada de la vieja ciudad era el recuerdo de la miseria que en su día reinaba sobre toda la zona sur. Richard Thorne a menudo se desviaba de camino al trabajo para pasar por la pequeña maraña de calles lúgubres y deslucidas que la mayor parte de los ciudadanos evitaba.

Como en aquella zona no se había destinado terreno alguno para el ocio, era frecuente encontrar a los niños jugando en las aceras. Los vendedores sin licencia se movían por los estrechos caminos y sacaban sus mercancías de carritos o de las mochilas que llevaran a la espalda. Hombres sin afeitarse de edades variadas pululaban y confraternizaban aleatoriamente en las fachadas de los bares o en las esquinas de las tiendas. Las mujeres tendían la ropa en las ventanas de la segunda y tercera planta de los bloques de pisos en cuerdas puestas allí de manera improvisada, y se llamaban las unas a las otras a gritos, para poder oírse por encima del ruido de la calle que había debajo.

Para Thorne aquel desvío matinal en el camino hacia el trabajo era como un viaje al pasado, un pasado que en los momentos de máxima actividad de su imaginación alcanzaba proporciones idealizadas. Mientras su silueta alta y angulosa bajaba por las calles desiguales, él se veía como si ocupara otro lugar en la historia. Veía la vida como debía haberse vivido antes de los Años Grises, antes de las migraciones masivas, antes de la matanza y de las plagas. El clima no había cambiado todavía y la parte habitable de la Tierra era mucho mayor. Era una época en la que la individualidad sin canalizar, todavía era vista como una virtud.

La gris realidad del barrio bajo desaparecía para ser sustituida por sus propias invenciones. Hechos y personajes conocidos se entremezclaban en su mente. Adoptaba el papel de otra vida distinta a la suya y se abría paso de una fantasía a otra. ¿Un héroe conquistador?, ¿un rey filósofo?, ¿un rebelde de ojos salvajes o estadista de renombre? Fuera cual fuera el papel que adoptara en sus fantásticos viajes, siempre salía victorioso y reverenciado, siempre dejaba su huella en la historia.

Después, Thorne se encontraría con que ya estaba en el trabajo.

Las paredes de cemento de su oficina parecían echársele encima, y tras estas, las de su propio cubículo. Aparecían ante él su escritorio y su terminal. El murmullo de

conversaciones a media voz y el ruido blanco de la fiesta electrónica se colaba en sus pensamientos. Los pósteres que había en las paredes, sus tópicos en colores básicos y letras de molde, le recordaban:

EL ESPÍRITU DE EQUIPO ES TRABAJO EN EQUIPO
EL ESTADO DE LA CIUDAD ES LA CIUDAD ESTADO
MAÑANA... EL FUTURO PERFECTO

Con el sentido de la realidad restaurado, él se ocupaba de la tarea que le había sido asignada, La de procesar estadísticas para el Control de Estándares de Delta.

Sin embargo, había otras ocasiones en las que Richard Thorne elegía adentrarse en aquella porción no recuperada de la vieja ciudad. Sin que lo supiera su compañera escogida, Diana Logan, se aventuraba en su interior por la noche a buscar a una mujer de la calle; el comercio ilegal de sexo seguía siendo buen negocio en lo que quedaba del barrio bajo y era fácil encontrar a prostitutas sin licencia ejerciendo tanto en la calle, como en los destartalados bares del lugar.

Durante uno de sus paseos nocturnos sin rumbo, Thorne conoció a Josie, a quien después de que los acontecimientos siguieran su curso y se hubieran derrumbado las paredes de su mundo como si de un castillo de naipes se tratara, llegó a ver como su libertadora.

Como muchas otras parejas modernas de compañeros escogidos, Richard y Diana habían elegido la noche de los martes para dedicarla a su propia libertad personal. Como aquello se había popularizado entre la población emparejada, la noche de los martes se había convertido en una de las más despreocupadas y alegres de la vida nocturna de la ciudad estado, desde el sector Alfa al Omega.

Cuando el sol se esconde y comienza a caer la oscuridad, los barrios del entretenimiento se llenan de luz. Las pasarelas móviles que conducen hasta ellos se llenan de risas y conversaciones animadas entre los ciudadanos. La música llena las calles. De vez en cuando, en un lugar u otro, aparece algún guardián de almas con el atuendo verde bosque propio de su profesión, entre la muchedumbre vestida de colores mucho más brillantes, para restaurar el orden en caso necesario. Rara vez hay problemas. Hay tantas cosas que hacer, la oferta de entretenimiento es tan amplia, la alegría está tan omnipresente que las insatisfacciones se evaporan antes de llegar a manifestarse.

El comportamiento de Diana los martes por la noche era el normal de una mujer de su edad, veintinueve años, de su profesión, arquitecta de G-15, y de su estatus social. Se metía en el cuarto de baño de su piso para ponerse su disfraz, una máscara dérmica que eliminaba sus pecas y ensanchaba sus facciones, una peluca rubia corta que escondía su cabello caoba. Salía una mujer diferente. Si no fuera por las

larguísimas piernas y sus grandes y desbordantes pechos, Richard no la podría reconocer. Ahora Diana podía conocer y mantener relaciones íntimas con hombres igualmente anónimos sin miedo a complicaciones futuras.

Hacía poco que unas cuantas de las amigas de Diana, más progresistas, habían decidido deshacerse de tal disfraz y exhibían sus identidades como una nueva clase de libertad. Diana no tenía intención de asumir tales riesgos. Estaba satisfecha con su emparejamiento. Su unión estaba aprobada por la ciudad estado y sus carreras progresaban a buen paso. Su compatibilidad eugenésica rozaba el noventa por ciento, lo que significaba que eran candidatos a tener descendencia si así lo decidían. El piso que tenían en aquel momento, uno moderno de dos habitaciones con micrococina, era más que suficiente. Si no se producía ningún cambio demográfico imprevisto, pronto se mudarían a un complejo residencial de nivel más alto. Su nueva casa sería más espaciosa y se les permitiría una mayor expresión a través de su decoración. Fueran cuales fueran las aventuras que Diana planeara para los martes por la noche, siempre tenía en mente dejarlas atrás a la mañana siguiente.

A Richard la libertad del martes por la noche le planteaba otro problema. A pesar de ser de complexión delgada, no era un hombre sin atractivo. Su rasgo más llamativo eran unos ojos azules que contrastaban con fuerza con su cabello oscuro. Diana, en los tiempos de cortejo, una vez los había llamado «ojos de océano». Una nariz aguileña y unos labios carnosos completaban un rostro sensato que muchas mujeres encontraban atractivo. Claro que la máscara dérmica eliminaba todo menos los ojos y el pelo, y eso no era suficiente para contrarrestar todas las otras deficiencias de Thorne.

Carecía de confianza en sí mismo y de habilidades sociales. Su mente tenía tendencia a vagar por los caminos de la fantasía. No era suficiente encontrar una mujer, pasar con ella unas horas a la vez que compartían las múltiples atracciones de la ciudad estado y tener relaciones íntimas con ella. Para Thorne, se tenían que decir las palabras adecuadas y hacer lo adecuado. Su encuentro tenía que desarrollarse según la escena romántica e idealizada que había creado en su mente.

La máscara dérmica, que era una réplica casi perfecta de un rostro humano, esencial para el anonimato de los martes por la noche, presentaba otro obstáculo. A Thorne no le importaba llevar una máscara, pero estar con una mujer que llevara una le hacía especular sin límite. A lo lejos, en una calle llena de gente o en una pista de baile, veía una cara, interceptaba una mirada que le hacía responder.

Mientras se acercaba la ilusión se mantenía.

Entonces comenzaría el encuentro y no podría evitar intentar atravesar el disfraz de su posible pareja.

¿Qué rostro se ocultaba detrás de aquella otra cara sonriente?

¿Sería menos agraciada o más hermosa?, ¿la piel sería más clara o más oscura que la máscara que la ocultaba?

¿Conocería a aquella mujer en su vida diaria?

El resultado era un encuentro que se malograba de manera brusca, por lo general con una retirada embarazosa de Thorne. O para más humillación, aparecería otro hombre en escena, un macho sin las preocupaciones debilitantes del sujeto que nos ocupa. Thorne se quedaría solo, mirando el interior de su copa, sin saber qué hacer después.

Para Thorne la libertad de los martes era más fuente de frustraciones que de satisfacción. Las aventuras de Diana, que a veces le contaba con todo detalle cuando regresaba, no eran de ayuda. Una vez quedó claro que había un problema, como buenos compañeros escogidos modernos, llegaron al punto en el que Richard y Diana hablaron del problema de manera abierta y llegaron a una conclusión lógica.

Al segundo año de tener pareja, Richard Thorne empezó a visitar los salones de expresión. Si hubiera sido otro hombre, si la falta de seguridad, su excesiva sensibilidad, y un ansia poco natural por el pasado hubieran sido sus únicas anormalidades, nuestra historia habría acabado. En los salones de expresión a todo ciudadano se le ofrece la oportunidad de interpretar sus fantasías más elaboradas. Allí Thorne podía encontrar satisfacción sexual y jugar a sus juegos de historia, por muy falso que fuera su punto de vista. Podía reclamar, al menos por un tiempo, el romanticismo que tanto deseaba.

Martes por la noche de principios de invierno. Como cualquier otro martes por la noche, la ciudad estado cobraba vida. Aquella mañana había llegado del nordeste un frente frío con su consiguiente tormenta. El hombre del tiempo había desviado la mayor parte de su fuerza a las Tierras Muertas. La temperatura estaba por debajo de los treinta y tres grados de mínima que había establecido el Control de Estándares. La presión barométrica estaba subiendo y en el aire de la noche quedaba suspendida una fina capa de niebla.

Thorne se quitó la máscara dérmica de la cara y se echó para atrás un mechón de pelo. Las gotas en suspensión estaban frescas y le proporcionaban una sensación agradable en las mejillas. Llevaba un mono ajustado azul oscuro con cinturón y una bufanda estampada suelta alrededor del cuello.

Se había marchado del piso mientras Diana todavía se estaba preparando para la noche. En un ataque repentino de aprensión, Thorne se imaginó que podría estar vigilándolo. Se detuvo a medio camino, miró hacia atrás por encima de su hombro y hacia arriba, observó la fachada de su bloque de pisos. Miró sin ton ni son y se perdió entre la multitud de ventanas, no estaba seguro de cuál era la de ellos.

Daba lo mismo, todas estaban oscuras o mostraban unas cortinas de luz inmóviles.

Si Thorne hubiera pensado ir a los salones de expresión, se habría dejado puesta la máscara dérmica hasta haber pasado las colas y haber entrado en su habitación de aquella noche. Aunque nos esforcemos por vivir en el presente, los estigmas del

pasado sobreviven. Thorne sabía muy bien que no había por qué hacer pública su asistencia a los salones, para que se convirtiera en tema de conversación entre sus amigos y compañeros de trabajo.

Aquella noche tenía otro destino en mente. Al final de la manzana giró a la izquierda y aceleró la marcha mientras sus pasos lo llevaban en dirección a los restos del barrio bajo.

Durante varios de los últimos meses sus paseos sin rumbo de los martes por la noche lo habían llevado con frecuencia hasta aquella zona de la ciudad en la que residía el sector Delta no registrado. Allí podía pasar la noche bebiendo y observando, fingiendo que su vida era otra distinta. A pesar de que no era ilegal que Thorne visitara el barrio bajo, iba en contra del espíritu del código según el cual todos los profesionales habían jurado vivir con la vista en un Futuro Perfecto más que en un pasado imperfecto.

Thorne había ido más allá de las meras visitas y la observación. Más de una vez había infringido la ley al tener relaciones íntimas con una prostituta sin licencia. Ninguna de ellas había sido nada excepcional, ninguna de ellas había sido tan satisfactoria como las cortesanas de los salones. A pesar de no ser el único ciudadano culpable de aquella transgresión, el hecho de que regresara y persistiera en sus ofensas proporciona la primera muestra de que su caso era de anomalía.

La transición al barrio bajo era brusca.

En un momento, Thorne estaba caminando en un entorno moderno y planificado. A ambos lados edificios immaculados trataban de llegar al cielo, edificios decorados como paisajes con plantas artificiales, artísticamente iluminados con luces cambiantes. Diana estaba orgullosa de haber participado en el diseño de aquellos complejos. Al momento siguiente, al cruzar una calle menor, el barrio bajo estaba sobre él. En su imaginación, Thorne viajaba siglos atrás en el tiempo hasta que podía fingir que caminaba por una calle del pasado.

Allí las estructuras eran descomunales e irregulares, sin concepto de unificación alguno. La impresión de entrar en otro mundo quedaba más acentuada si cabe por la insuficiente iluminación, arcaicas farolas de globo, muchas de las cuales estaban rotas y sin encender. Las que todavía lucían estaban envueltas en la bruma que caía y formaban halos de luz. La humedad oscurecía los deteriorados edificios y el pavimento. Las corrientes de agua brillaban en las alcantarillas, y aquí y allí, viejos rótulos de neón, chabacanos y parpadeantes, estaban prendidos en la oscuridad y anunciaban el nombre de un bar, un restaurante, o una simple orden: «Comer».

En términos de visión, el cuadro era como un sueño, aunque la mayoría de los ciudadanos lo habría calificado de pesadilla. Allí se encontraba una herencia de un pasado que habíamos dejado atrás, una historia de desorden e injusticia donde, en el fondo, todo individuo no podía ser más que un enemigo, tanto para los otros, como para la sociedad.

Si se unía con las otras percepciones cualquier sensación de ensueño se perdía en

una realidad que era demasiado sórdida como para negarla. Bajo los pies de Thorne la acera estaba manchada y llena de basura. De los pisos que daban a la calle salían voces y chillidos de niños. La leve lluvia, demasiado suave como para limpiar el aire, había levantado los olores de la calle. Los olores de la basura, el moho, comida cocinada y una enorme lista de otros olores inidentificables se mezclaban y asaltaban sus fosas nasales, se extendían por sus papilas gustativas y lo obligaban a hacer una mueca de asco.

La mayor parte de las calles estaban desiertas, sin embargo, al final de un bloque, una mujer solitaria se resguardaba bajo el cobijo de un toldo. Llevaba tacones altos y un abrigo de paño que le llegaba hasta las rodillas. Tenía las piernas gruesas y no llevaba medias. Mientras Thorne se acercaba a ella, se giró hacia él. La luz de la farola que caía sobre ella le descubrió su rostro: miserablemente chupado, de rasgos marcados aunque también carnosos, los ojos desapasionados, pero que aun así no dejaban de ser incitantes. Thorne se sintió atraído por aquella invitación y cualquier idea de aceptarla lo incomodaba. No entendía tales impulsos en él mismo. A la vez que se estremecía en su interior, pasó caminando junto a ella.

Para entonces ya estaba bien internado en el barrio bajo. Muchos de los edificios por los que pasaba estaban abandonados. En una fachada oscura, cuyas ventanas rotas habían sido cubiertas con tablas de manera muy rudimentaria, habían pegado en filas idénticas folletos de la ciudad estado para alentar a los no registrados a solicitar el estatus de ciudadano. Los moradores del barrio bajo habían desfigurado aquellos folletos con sus propios lemas, y a su vez habían vuelto a desfigurar sus propios eslóganes, lo que creaba una sensación de estar en medio de un *collage* de sentido vencido por el sinsentido. La razón borrada por la emoción. ¿Declaraciones personales?, ¿propaganda terrorista?, ¿arrebatos escatológicos antisociales? ¿Quién podía decirlo? Ininteligibles, las inscripciones que había en la pared parecían garabateadas en tantas lenguas diferentes como individuos perturbados las habían dejado allí.

En una pequeña plaza que había esquivado el aluvión de folletos y la arremetida de grafitis superpuestos, alguien había utilizado la suciedad acumulada en la superficie como fondo y un instrumento afilado a modo de herramienta de escritura para inscribir una estrofa de ripios que era legible. Thorne se detuvo para leerla.

¿Están las Tierras Muertas de verdad muertas?
¿La ciudad tiene más estilo?
Cuando sus calles se bañen de rojo,
¿cuál te pondrá más enfermo?

A pesar de que la inscripción adoptaba la forma de una canción infantil, él sabía que se refería a los Disturbios del 37, cuando las calles de muchos barrios bajos, si no fueron literalmente bañadas en sangre, al menos sí que quedaron manchadas.

También incorporaba la fantasía de todo habitante de barrio bajo: que había tierras más allá de las fronteras de la ciudad estado que eran habitables. En su encarnación más elaborada, esta fantasía tomaba la forma del mito de un legendario y fabuloso nirvana, una tierra de leche y miel donde el alimento crecía para tomarlo y todos vivían en bucólica armonía.

En una calle lateral, poco más que un callejón, Thorne dio con el bar que frecuentaba con mayor asiduidad. El establecimiento no tenía nombre, su única denominación era un letrero de neón que proclamaba «aberna», la «T» que le faltaba a la palabra era un tubo negro quemado, que resultaba invisible en la oscuridad de la noche a no ser que uno se fijara de cerca. Thorne se fijó en que alguien había vomitado en la alcantarilla cercana. Empujó la pesada puerta para abrirla y entró.

El mundo de Diana latía con luz y color, placer y belleza. El estimulante que se había tomado corría por sus venas. Su mejor amiga, Heather, estaba a su lado, tenían los brazos entrelazados, sus caderas se rozaban de manera intermitente mientras que la pasarela móvil que llevaba a la zona de ocio zumbaba bajo sus pies y las llevaba entre la muchedumbre por la avenida de la Luna hacia abajo. Carteles brillantes y lámparas llenas de color bailaban sobre sus cabezas. Desde los teatros y pistas de baile salía música que se enrollaba sobre ellas como si el aire de la noche se hubiera transformado no solo en su medio, sino en su mismísima sustancia.

La lluvia había cesado, y las voces risueña, las caras sonrientes, el calor humano que se sentía por todas partes y la droga que habían tomado, todo se combinaba para hacer que la noche pareciera más animada y especial de lo que ya era.

Estaban jugando a un juego al que ya habían jugado antes. Aunque la silueta de Diana estaba más llena que la de Heather, ambas eran prácticamente de la misma altura. Habían elegido sus disfraces a propósito para parecerse la una a la otra. La peluca rubio oscuro de Diana y los anchos pómulos de su máscara dérmica eran los de Heather. Los mechones caoba de la peluca de Heather y las pecas que cubrían su máscara dérmica eran de Diana. Cada una era una y cada una era la otra. Para completar aquellas identidades compartidas, se habían intercambiado las blusas y los pendientes en el piso de Heather antes de marcharse.

Las marquesinas brillantes pasaban junto a ellas. Comentaban películas y espectáculos que ya habían visto, especulaban acerca de otros o se contaban la una a la otra lo que habían oído sobre ellos. Diana quería ver a los bailarines en The Paladín. A Heather le interesaba más seguir en la pasarela móvil que recorría el camino hasta el final de la avenida, hasta el parque que había más allá de la fuente de Severin, donde el circo de la ciudad libre actuaba en la plaza del Fundador. Diana no discutió. Se sentía demasiado perfecta como para hacerlo. Dejaría que la marea de la noche la llevara a donde quisiera hacerlo.

Las dos mujeres se bajaron de la pasarela al final de esta y se encontraron con la

fuelle de Severin ante ellas. Como siempre, se detuvieron un momento a observar intimidadas. Aquella semana los bordes de la pileta estaban cubiertos de brillantes mosaicos que mostraban el nacimiento de la ciudad estado en brillantes colores primarios. Diana y Heather rodearon la fuente despacio, hasta que vieron los cuatro paneles.

Primero un paisaje desolado, con dos ciudades rotas lejanas y nada verde, en muestra del legado que dejó el último ciclo de guerras. En el segundo panel el paisaje cambiaba ciudades individuales habían comenzado a erigirse de nuevo y la tierra que había a su alrededor estaba salpicada de fértiles santuarios verdes. Hombres y mujeres cruzaban la llanura. En el fondo, otros se reunían alrededor de una mesa sobre la que había unos diagramas extendidos. Allí estaban el crecimiento de la tecnología y los grandes impulsos de reconstrucción. En la tercera escena las ciudades eran más grandes y estaban llenas de luz, la llanura cada vez más llena de remansos de fertilidad. Hombres, mujeres y niños de todas las razas paseaban del brazo por los jardines y entre las fuentes, en una representación del fin de las fronteras nacionales.

El último panel era muy parecido al tercero, excepto que los colores eran mucho más vivos y que las ciudades individuales se habían fundido en una gran ciudad, rodeada de un cinturón verde. Las libertades positivas de vivir en la ciudad se mostraban con símbolos. Una cornucopia en el cielo sobre la pradera: libertad sobre el deseo. El sol que se elevaba sobre una luna diurna: la libertad para compartir entre todos. Además de los diversos caminos que se abrían entre los bosques que representaban la tercera libertad, la libertad de elección, de elección positiva, algo que no se podía comparar a lo que cualquier otra civilización anterior hubiera podido tener.

La propia fuente impresionaba más que los mosaicos. La mayoría de los críticos la veían como el mayor logro de Severin. Sesenta metros de altura, el agua iba de un extremo a otro en entramados tan complejos que el ojo era incapaz de seguirlos o la mente de reconocerlos, pues eran multitud de pequeños arroyos que giraban y se escondían y a veces hasta parecían elevarse hacia el cielo más que bajar a la tierra.

Mientras las dos mujeres rodeaban el perímetro de la fuente, unas gotas de agua les llegaron a los brazos desnudos. Profirieron unos gritos por el frío y la diversión, y corrieron hacia el parque que había más allá. Los altos arcos de luz hacían que la escena fuera casi tan brillante como si hubiera sido diurna.

Había árboles y hierba por todas partes ciudadanos en grupos, parejas y en solitario, caminaban libremente y jugaban por las praderas. Heather y Diana paseaban, a la vez que saboreaban la belleza natural y observaban a otros hombres y mujeres de la misma manera que estos las observaban a ellas y coqueteaban con los ojos y el movimiento de sus cuerpos. Diana se aventuró hasta el punto de ofrecer su mirada descaradamente a un guardián que pasaba por allí. Este se apresuró, aparentemente ajeno a su insinuación.

Un bar en un sótano, cuadrado y con el techo bajo. A pesar de que todavía era temprano, estaba lleno de moradores del barrio bajo. Algunos hombres, aquellos considerados incapaces de trabajar y a los que mantenía el Estado, se pasaban allí todo el día. Como se había unido a ellos para jugar a las cartas... Richard Thorne conocía a algunos de ellos de vista, y sin duda ellos lo recordaban a él. Aun así no se intercambiaron saludos en absoluto. Su ropa, sus gestos, su manera de hablar, todo aquello revelaba que pertenecía a un mundo que aquellos hombres envidiaban y despreciaban. Nunca llegaría a ser un auténtico participante de todo aquello, solo sería un observador y un pretendiente. Alguien de fuera. Al mismo tiempo, sus continuas visitas al barrio bajo cada vez lo definían más como alguien de fuera, en el mundo al que sí pertenecía.

Las mujeres que estaban presentes eran camareras o prostitutas. Algunas desempeñaban ambas funciones. Aquel era otro elemento del pasado, cuando los establecimientos como aquel abundaban en cualquier gran ciudad y se encargaban del ocio de los hombres solitarios.

Hacia el fondo de la habitación varios hombres se agrupaban alrededor de una diminuta mesa de billar, el tapete estaba tan desgastado que el fieltro verde se veía gris con la luz que iluminaba el recinto. Varias partidas de cartas estaban ya empezadas y seguían su curso, y en una mesa se jugaba una escandalosa partida de dados, con muchos gritos e insultos. Thorne pidió una cerveza en la barra y se dirigió a un banco que había en una esquina para sentarse.

Sorbió de la jarra helada, y dejó asentar la bebida entre un trago y otro. Al otro lado de la habitación, una camarera que pasaba cruzó la mirada con él y le sonrió. Él fingió no darse cuenta y se dejó caer en la sombra de la esquina de su banco.

Hacía un par de semanas había pagado por ir arriba y acostarse con aquella mujer. Era más joven y más atractiva que la prostituta callejera con la que se había cruzado antes, pero a diferencia de las cortesanas de los salones, nunca se había molestado en aprender lo más mínimo acerca de técnicas sexuales. Thorne se las apañó para completar el acto, pero el episodio en conjunto demostró ser tan poco satisfactorio que le había hecho replantearse las razones por las que iba al barrio bajo.

Los salones de expresión parecían ofrecer todo lo que podía desear, la realización de prácticamente cualquier ilusión que pudiera imaginar y describir. Para la anómala conciencia de Thorne, aquella misma perfección demostraba ser un fallo. Menos por los raros momentos de total implicación en la ilusión, faltaba toda sensación de auténtica aventura. Aunque la calidad de vida y placer en el barrio bajo era muy inferior, al mismo tiempo existía una incertidumbre, un riesgo y quizás hasta peligro. La perturbada conciencia de Thorne traducía aquello como una experiencia auténtica.

Hizo girar la jarra de cerveza medio vacía sobre la humedad que la cubría por la

condensación. A pesar de que llevaba varios meses visitando el barrio bajo, a excepción de un enorme sentimiento de culpa, su vida no había cambiado. La verdadera aventura parecía evitarlo. Todo lo que encontraba allí eran prostitutas, juegos insignificantes, bares y restaurantes baratos, calles sucias y a su alrededor las vidas vacías de una subcultura que moría. Hasta la cerveza sabía rancia una vez que perdía el frío que ocultaba su inferioridad.

Thorne se bebió lo que quedaba. Para evitar a la camarera, se puso en pie para ir a por otra a la barra.

Nadie lo miró.

Ni siquiera el camarero mientras le cogía el dinero y le rellenaba la jarra.

Bajo un árbol grande, con la espalda apoyada en el tronco, en la silla natural que formaban la tierra y la corteza, un hombre tocaba la flauta. Diana y Heather se acercaron a escuchar. No tocaba muy bien, pero el tono del instrumento era tan hermoso que solo eso hacía que la canción fuera atractiva. La máscara dérmica del hombre tenía una barba oscura, y su peluca tenía mucho pelo y resultaba exuberante, llevaba una capa negra sobre los hombros. Del cuello a los tobillos llevaba un mono ajustado plateado que brillaba como el agua a cada movimiento que hacía. Tras un momento dejó de tocar y levantó la vista. También tenía los ojos oscuros y las pupilas tan dilatadas que era difícil distinguir el color del iris.

—¿Estáis colocadas? —preguntó.

—Borealis. —Heather contestó con el nombre de la droga que habían tomado Diana y ella.

—Yo soy Teatro —les dijo. Arrastró la erre al decir el nombre. Era una invención más interesante que la mayoría.

—Yo soy Heather —dijo Diana—, y esta es Diana. Heather se rio suavemente mientras se soltaba del brazo de Diana.

Teatro se puso en pie.

—Es un placer conocerlas, señoras. —Era un hombre alto, de pecho ancho. Diana se fijó en que llevaba una pulsera de emparejamiento con diamantes en la muñeca. La suya de oro parecía inferior al compararla.

—Es una noche muy hermosa —prosiguió Teatro. Hizo sonar un par de notas con la flauta—. Y también vosotras. ¡Ambas lo sois!

Bailó un poco alrededor de las dos mujeres a la vez que hacía escalas con su instrumento cuando no estaba hablando.

—Vosotras sois dos y yo solo soy uno.

El músico se había puesto detrás de las dos mujeres y estas se giraron para mirarlo y se rieron.

—Pero ¡os contaré un secreto! —dijo, mientras iba y venía dando saltitos—. Tengo un amigo que en mi modesta opinión es también una persona encantadora.

Se quedó parado frente a ellas de nuevo y les hizo una profunda reverencia blandiendo la flauta ante él.

—Señoras, ¿les gustaría ir al circo? ¿Les gustaría conocer a mi amigo?

—Parece que ya hemos encontrado un payaso —le susurró Heather a Diana.

—Puedes quedarte con su amigo —le contestó Diana, también en un susurro—. A mí este no me disgusta. Es más, me gusta.

Pronto los tres caminaban del brazo por el parque. A lo lejos, en la plaza del Fundador, podían ver las brillantes luces del circo entre los árboles. El borealis todavía tenía que terminar de subirles y Diana notaba ya como se aceleraba como si las estrellas estallaran en su interior. Por los brazos. Por los muslos. Por los hombros. Sentía que pronto todo su cuerpo sería capaz de sentir un orgasmo.

Los dedos de Heather se entrelazaban por los rizos de la peluca oscura de Teatro. La flauta de plata le sobresalía del bolsillo trasero y Diana la recorría de arriba abajo y de abajo arriba sintiendo la suavidad de su superficie, sus protuberancias y hundimientos.

Es todo tan fácil, pensó, tan natural, ¿por qué tiene que complicarlo tanto Richard?

Entonces recordó que era martes por la noche, su noche de libertad personal. No debería estar pensando en su pareja escogida.

Unas cuantas horas y muchas cervezas después.

La borrachera se elevaba en su interior como una ola templada que caía una y otra vez sobre su conciencia, cada vez subía más por la orilla. El bar estaba muy lleno y la atención de los clientes para entonces estaba concentrada en la partida de dados. Para aquellos moradores del barrio bajo las apuestas estaban muy altas. La mesa estaba cubierta de montones de billetes arrugados.

La gente había dejado de beber allí hacía ya un rato. El agolpamiento de observadores era tal que imposibilitaba que se sirvieran bebidas. Thorne había abandonado su banco para levantarse y mirar. Unos cuantos hombres esperaban su turno en el juego y se hacían con las sillas vacías que dejaban los perdedores, que abandonaban el círculo de jugadores. Tres hombres, tres ganadores, se mantuvieron durante toda la partida.

Uno de ellos, un hombre de baja estatura y tez oscura, con la cara arrugada y angulosa, y los ojos pequeños y hundidos bajo el entrecejo llamó la atención de Thorne. Iba con la cara sin afeitar, no se estaba dejando crecer la barba, tan solo estaba desaliñado. Llevaba ropa apagada, anodina, la ropa de un simple jornalero o las propias de un hombre que lleva ropa porque es funcional, como alternativa a ir desnudo.

La intuición tiraba de la mente de Thorne, le decía que debía reconocer a aquel hombre. Había algo en sus gestos, en la manera en la que giraba la cabeza, en su voz,

más baja y más suave a pesar de la excitación del juego de lo que sus duros rasgos podrían indicar.

A través de la nube de su borrachera, Thorne repasó las otras noches que había pasado en el barrio bajo, intentó ubicar aquella figura baja y oscura, y darle algún significado. Trató de recordar las imágenes holográficas de los últimos meses, con la idea de que daría con un delincuente buscado por la ciudad estado. ¿Podía ser que estuviera pensando en otra persona que se pareciera a aquel hombre? Nadie de toda la gente que conocía se parecía a aquel hombre.

El juego de dados era uno antiguo, una evolución de uno parecido de los Años Grises, que a su vez era una versión similar de otro aún más antiguo. Se tiraban dos dados, ambos eran cubos de seis lados con círculos de colores en sus caras. Rojo por la matanza. Negro por la plaga. Marrón por las Tierras Muertas estériles. Azul por el agua. Verde por la vegetación. Plata por la luna. Se trataba de tirar y repetir determinadas combinaciones de colores y evitar otras. Era un juego simple para mentes poco sofisticadas en la que el dinero podía cambiar de manos con gran rapidez a poco que el jugador tuviera algo de suerte y un mínimo de habilidad con el movimiento de los dados.

—Lu-na... lu-na... lu-ná-tico yo, —gritó el hombre de piel oscura a la vez que se llevaba los dados a la boca y los soplabá para que le dieran buena suerte antes de tirar.

Los pequeños cubos de plástico volaron por el aire y rebotaron retorcidamente por la desgastada mesa. Aparecieron dos discos de plata y de la garganta del hombre salió un grito de júbilo. Movi6 las manos hacia delante y se acercó hacia sí todos los billetes que había a su alrededor.

Thorne le miró el dorso de las manos mientras quedaban expuestas al cono de luz que daba la lámpara de techo que había sobre la mesa. Eran lisas y pálidas. Demasiado lisas y pálidas. Ni las manos ni la voz correspondían con la cara del hombre.

Un perdedor se levantó, maldijo abiertamente y se abrió paso entre la multitud. Varios hombres forcejearon por la silla vacía. Se intercambiaron palabras de enfado. La tensión del juego se había extendido a los observadores. Parecía como si se pudiera producir una pelea en cualquier momento. Entonces un hombre más bravucón que los demás reivindicó su derecho a la silla vacía.

Thorne se acercó cuando se movió el círculo. Estaba de pie junto a la mesa, justo enfrente del hombre al que había estado observando. El tipo levantó la vista del montón de billetes arrugados que acababa de ganar y cruzaron las miradas. Por un momento, el hombre se quedó paralizado. No sentía ni no veía. Al instante, sin embargo, el miedo que había en sus ojos era un grito ahogado hacia Thorne.

¡Miedo ciego sin razón!

Thorne retrocedió la mirada confuso. El misterio al que había estado jugando era real, no era otra fantasía. Aquel hombre extraño lo conocía. Y por alguna

incomprensible razón, lo temía.

El hombre bajo de tez oscura hizo caso omiso de las protestas de los otros jugadores y recogió sus ganancias, se guardó billetes y monedas en los bolsillos por donde pudo y algunos hasta cayeron al suelo. El miedo le salía por los ojos. No volvió a mirar a Thorne de nuevo. Le temblaba la mandíbula. La pálidas manos le temblaban al abandonar la silla...

La lucha por aquel segundo sitio vacante comenzó. Varios hombres cayeron de rodillas para recoger las monedas y billetes sueltos que se habían caído al suelo. En lugar de abandonar el círculo, el hombre rodeó su borde interno y se dirigió hacia Thorne.

Thorne se dio cuenta de que por fin le estaba ocurriendo algo distinto, una posible aventura se abría ante él. La única diferencia era que en sus sueños sus acciones eran siempre decisivas y su papel estaba claro, y en la realidad no tenía ni la menor idea acerca de lo que era aquello.

De repente tuvo ganas de escapar, quiso hacerse invisible. Los cuerpos que lo rodeaban estaban demasiado juntos y no podían ofrecerle más que una retirada lenta. Antes de que pudiera empezar, aquel hombre ya estaba junto a él y le tiraba de la manga del mono ajustado. La multitud seguía absorta en la acción principal del juego. Habían tirado los dados otra vez.

Thorne se dio la vuelta e intentó zafarse.

—No... todavía no... Thatcher, Sol Thatcher, Sabía de él..., pero nunca lo imaginé de ti. —El aliento del hombre era caliente y pastoso a causa de la bebida. Sus palabras eran una mezcla que se revolvía y se perdía en parte en el ruido del lugar—. No te vayas. Puedo explicarlo... todo... hacerte ver... no es lo que piensas para nada. Tú... un guardián de almas... nunca lo habría sospechado... sabía lo de Thatcher.

Thorne no pudo darle un significado sensato a lo que aquel hombre decía, ni siquiera cuando las frases entrecortadas comenzaron a formar frases coherentes.

¿Thatcher? En su oficina había un hombre que se llamaba así. Pero ¿qué tenía que ver Thatcher con nada de aquello? ¡Y pensar en él mismo como un guardián! Aquello terminó de completar lo absurdo de toda aquella situación.

La confusión de Thorne se hizo aún mayor. El pensamiento claro y el miedo crecieron en su interior como una ráfaga de viento, tan ciego e irracional como el que él mismo había presenciado antes. Sus aventuras imaginarias nunca habían implicado peligro real o incertidumbre alguna. Empezó a retroceder entre la muchedumbre.

El hombre oscuro no estaba dispuesto a dejarlo marchar. Se cogió de la manga de Thorne y le toqueteó el hombro. Aunque su voz sonaba más calmada, la terrible súplica continuó.

—Lo comprenderás. Sé que lo harás. Te he observado. Eres distinto a los demás. Ven, ven a beber algo conmigo. Te lo puedo explicar todo.

Las dos figuras entrelazadas llegaron como una sola al espacio vacío que había detrás de los observadores. Se tropezaron el uno con los pies del otro en una grotesca

danza de tira y afloja. Todo aquello era ridículo y aterrador y estaba sucediendo tan deprisa que Thorne no sabía si reírse o llorar. Los ríos de cerveza que había en su tripa se movieron en una enfermiza oleada.

—¡Solo una copa! Dime, ¿qué daño puede hacerte?

Era un hombre bajo, pero actuaba con decisión. La fuerza de su mano sobre la manga de Thorne no se aflojó. No tenía manera de soltarse que no implicara un combate cuerpo a cuerpo. A pesar de que le sacaba una cabeza a su no buscado acompañante, nunca había sido un hombre demasiado corpulento.

Allí estaba el proyecto de héroe que soñaba con enfrentarse al fuego y a la tormenta para regresar y que las nobles damas le lanzaran guirnaldas de adoración. Le sudaban las manos. Tenía la garganta seca, notaba el pulso en los oídos. La realidad había elegido otro manto para él, uno más auténtico. Sin protesta alguna, permitió que lo llevaran a un banco al fondo de la taberna. Aquella esquina de la estancia estaba desierta y muy mal iluminada. El hombre oscuro, en lugar de sentarse en el banco que había frente a Thorne, se apretó junto a él como para evitar cualquier intento de escapada. A aquella distancia, el rostro del hombre, con su incipiente barba, parecía tan desagradable y lleno de suciedad que Thorne se separó de él un poco más hasta que se encontró pegado a la pared.

Se resignó a lo que le fuera a suceder, aunque de ninguna manera tuviera ganas. Ahora que estaban ambos sentados, su adversario parecía tan estupefacto como él. Movi6 la cabeza de forma extraña. Sonreía con una mueca atormentada. Tenía las pálidas manos entrelazadas, jugando la una con la otra.

—Una cerveza... sí, una cerveza —dijo por fin.

El hombre miró a su alrededor en busca de una camarera, pero no había ninguna a la vista.

Thorne por fin recobró la voz.

—No sé... quién eres —dijo con voz ronca, sorprendido de su repentina declaración.

El movimiento del hombre oscuro se detuvo. Su cabeza se giró para mirar a Thorne, abrió la boca y abrió los ojos de par en par.

—¿No me has estado siguiendo? ¿No me has estado espiando?

Thorne movió la cabeza con fuerza, en una negación muda, a la vez que rezaba porque fuera lo que fuera en lo que lo hubiera metido su curiosidad, la salvación estuviera a mano.

—¿Y no eres un guardián de almas?

—No. Jamás. —Esta vez sí reconoció las palabras como suyas.

Se produjo una pausa prolongada.

Después un estallido de alegría brotó de la garganta del hombre bajo. Le siguió la risa. Su cuerpo se balanceó hacia delante y hacia atrás en los estrechos límites del banco. Las lágrimas brotaban de los ojos.

—Es asombroso... verdaderamente asombroso... —Le dio un manotazo a Thorne

en la rodilla y le aporreó el hombro—. Asombroso. Las malas pasadas que le puede jugar la mente a uno... ¡Verdaderamente asombroso!

El hombre de piel oscura se llevó una mano al nacimiento del pelo y tiró hacia abajo. Los contornos de una máscara dérmica cuidadosamente colocada se soltaron mientras la separaba de su rostro.

—Seguramente no debería haberlo hecho —dijo—, pero estoy un poquito borracho.

Thorne tardó varios segundos en reconocer el rostro que tenía ante sí. Pálido, redondo e inofensivo: cándido. Era el de uno de los programadores que trabajaba en su oficina, unos cuantos cubículos más allá del suyo. Un hombre callado en el que nunca se había fijado.

Thorne era incapaz de recordar el nombre del hombre. Pero su apellido era DeLyon.

Eran hermanos de culpa, hermanos de engaño. Las circunstancias decretaron que su amistad quedaría sellada antes de que empezara.

Hablaron, vacilantes al principio, incómodos, tras haber conseguido por fin que le atendiera una camarera y una jarra de cerveza. En su conversación abundaban más los silencios que las palabras. Se fueron abriendo el uno al otro de manera gradual. DeLyon era el más dispuesto. Thorne lo hizo después, se sorprendió a sí mismo en su borrachera, al dar voz a sus frustraciones y fantasías de una forma en la que nunca lo había hecho con Diana.

Se convirtieron también en hermanos de confidencias. Pensaban más en sus similitudes que en sus diferencias. Lo cierto era que no se parecían en nada. Tan solo se parecían en las primeras manifestaciones de su anomalía.

Tal y como lo expresaban los compañeros de trabajo, Daniel DeLyon era una *rara avis*. Cuarenta años, sin pareja, todavía vivía con su madre inválida, su individualidad encontraba expresión a través de los juegos, todo tipo de juegos, de habilidad o de azar, como participante o como espectador. Mientras que en el trabajo de manera casi permanente tenía un cable de auricular que iba de su oreja al bolsillo de su camisa para poder estar al tanto de los últimos resultados de los partidos de *fireball* o de los combates, o seguir en directo cualquier evento deportivo que se estuviera desarrollando en aquel momento. Muchos de los que solo lo conocían de vista creían que era medio sordo, y DeLyon, con su calma cara redonda, fomentaba aquel malentendido cuando no tenía ganas de hablar.

Ya hemos mostrado el caos de la proyección de Thorne: la flor indistinguible, las líneas rotas y dispersas que salen de la nada y desaparecen en el vacío. La de DeLyon no se le parecía en absoluto. La proyección de su psique era sólida y contenida. La única anomalía era que desde el comienzo de la adolescencia era doble. Dos tallos separados. Dos flores estrechas. Una crecía recta y en buenas condiciones dentro de

los límites del comportamiento normal. Otra salía de la edad de doce años, el comienzo de la adolescencia, pero también se curvaba para definir su propia rectitud y estabilidad, en paralelo a su gemela, pero ambas separadas. Daniel DeLyon era el clásico ejemplo de una doble personalidad.

Había nacido sin registrar, su padre era un morador de un barrio bajo que abandonó a su familia, su madre inválida y su hermana todavía están sin registrar, y creció en un barrio bajo parecido al que ahora frecuentaba. Había sido agraciado con el don de una magnífica inteligencia y una mente extraordinariamente precisa, una memoria casi fotográfica por su exactitud, que con el tiempo se manifestó como una meticulosa atención a los detalles, que a menudo nacía de la necesidad constante de corregir en los otros hasta el más nimio de los errores.

Cuando era niño, DeLyon no había recibido el condicionamiento primario. Aun así, cuando solicitó la ciudadanía a los dieciséis años, sus perfiles de personalidad demostraron que se encontraba estabilizado entre los márgenes de la normalidad. Era su personalidad primaria la que allí se mostraba. Una vez se hubo convertido en ciudadano, su precisión y su inteligencia lo llevaron a lograr un título de tercer grado y finalmente logró su puesto como programador de sistemas del sector Delta.

Un antiguo profesor lo definía así: «Un estudiante aplicado, aunque no brillante. Trabaja duro. Un tipo formal pero bastante aburrido». Esa era la misma personalidad que logró confundir a nuestros exámenes. Era el hombre que compartía trabajo a diario con otros compañeros que tan solo lo encontraban «un poco raro».

Durante su tiempo de ocio el segundo Daniel DeLyon salía a la luz, un hombre con todas las características no civilizadas que había reprimido con tanto cuidado para lograr el registro. Egoísta, compulsivo, con tendencia a la paranoia extrema. Richard Thorne, en su ingenuidad y búsqueda de algo diferente, quedó totalmente fascinado y sucumbió completamente.

El bar cerró después de la media noche y los echaron a las frías y oscuras calles. Decidieron quedar para comer al día siguiente y acordaron tímidamente pasar la siguiente noche de martes juntos. Antes de que se separaran, ya al final del barrio bajo, DeLyon lo detuvo.

—Hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué no llevas una máscara dérmica? — DeLyon se había vuelto a poner la suya, aunque un poco torcida, antes de salir del bar —. Si los guardianes se enteran de que has estado viniendo aquí, te interrogarán con toda seguridad. ¡Y ya sabes lo que eso significa! —En sus ojos se volvió a reflejar el miedo de antes—. Si no das con la respuesta correcta puedes acabar en un escáner. Te vaciarán la mente. Te la lavarán. Todos los pensamientos. Todas las acciones. ¡Todo lo que haya! ¡Y después lo juntarán todo de la manera que ellos creen que debería ser! —Para cuando hubo terminado de hablar, su voz había bajado hasta convertirse en un susurro.

Thorne había oído rumores acerca de escáneres antes. No creía que existieran de verdad. Pero, cuando pensó en la pregunta de DeLyon, no fue capaz de dar con una

respuesta.

A no ser que estuviera pidiendo que lo cogieran, que buscara ayuda de alguna manera. Y eso era ridículo. No estaba tan desesperado ni tan insatisfecho con su vida.

Otra noche de martes. Heather se había pasado temprano para ayudar a Diana a planear una fiesta para sus amigas. Más tarde se pondrían las máscaras dérmicas y saldrían por la noche. Thorne había decidido quedarse en casa. Estaba intentando encontrar algo que ver en el holo. Había más de cien canales para elegir, y aun así con frecuencia afirmaba no encontrar nada que ver que mereciera la pena. Justo cuando se había decidido por una película que dramatizaba los Disturbios del 37, la última resistencia organizada contra los registros, Diana le hizo apagar el audio para que Heather y ella no tuvieran que subir el tono para oírse. Había logrado identificar al héroe y al villano, pero sin el sonido era muy complicado encontrarle sentido a la trama.

Habían pasado tres semanas de su primer encuentro con DeLyon. En los martes que pasaron desde entonces también quedaron, y como decía DeLyon: «Habían ido de puteo juntos». Una vez al barrio bajo y otra a los salones. Después, DeLyon insistió en que se contaran sus experiencias por separado con todo detalle. Thorne tenía que admitir que aquella nueva compañía eliminaba muchas de las tensiones de su vida. Su trabajo había mejorado de manera considerable, y su relación con Diana había vuelto al patrón cómodo que había prevalecido durante el primer año de convivencia. Aun así, había cosas de DeLyon que habían empezado a molestarle.

Diana y Heather estaban sentadas en unos taburetes en la micrococina, con las largas piernas colgando mientras hojeaban catálogos para tratar de decidir un regalo y un tema para la fiesta. Acordaron que el tema sería histórico, pero no se decidían acerca de la época.

Como Thorne era el que afirmaba ser historiador, Heather se bajaba de su banco periódicamente, y cruzaba la habitación para pedirle su opinión. Se sentaba en el brazo de su silla y le sostenía el catálogo abierto por la página en cuestión, a la vez que le rozaba el hombro o le tocaba el brazo por casualidad. Diana parecía indiferente a los pequeños coqueteos de Heather. A Thorne le incomodaban cada vez más sus visitas al piso.

Sonó la campanilla de la puerta y Thorne fue a abrir.

Se encontró con un hombre que a pesar de ser bajo, era increíblemente atractivo. Tan atractivo que algunos hasta dirían que era hermoso. Los rasgos de su rostro eran pequeños y estaban perfectamente formados. Una mata de pelo rubio ondeaba hacia atrás en un tupé alto. La suave luz de la entrada hizo que a Thorne le llevó varios segundos darse cuenta que tenía delante una máscara dérmica y una peluca.

—Soy yo... DeLyon.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le dijo Thorne entre dientes.

No hubo tiempo para respuestas. Las dos mujeres se acercaron a ver quién estaba allí. A regañadientes, Thorne invitó a su amigo a pasar al piso e hizo las presentaciones.

—Es otro de los programadores con los que trabajo —dijo. Era la verdad, aunque no toda la verdad.

—¿Por qué llevas una máscara dérmica? —preguntó Heather.

—Es nueva y quería probarla —le dijo DeLyon.

—Parece estupenda —le aseguró.

DeLyon tenía dos entradas para un torneo de *fireball* en el sector Omicron y había ido a invitar a Thorne a que lo acompañara. A Thorne no le importaba para nada el torneo y en el viaje a Ómicron, aunque fuera en el tren subterráneo, se tardaba casi una hora. Además quería terminar de ver el programa que estaba viendo.

—Venga, ¡anímate! —le dijo Diana—. Deberías salir más, en lugar de quedarte por aquí sentado, leyendo y viendo el holo todo el tiempo.

DeLyon se acercó silenciosamente a Thorne y levantó las entradas para que las pudiera ver. Resultaba que ni siquiera eran entradas, no eran más que dos rectángulos naranjas que había recortado de las cartulinas que utilizaban de separadores en el trabajo.

—Venga —le dijo—, te gustará. Juegan los Stalwarts y los Paragons. Este partido puede decidir el título de campeón de liga.

Con una prisa enfermiza, Thorne se dio cuenta de que tenía que sacar de allí a DeLyon antes de que la farsa se viniera abajo y comenzaran las preguntas de Diana. Se dirigió al armario para coger su abrigo, a la vez que murmuraba su aceptación.

—No olvides tu máscara dérmica —le dijo DeLyon—. Nunca se sabe a quién nos podemos encontrar. —Le guiñó el ojo a Heather, bromeando y esta le siguió el juego—. No nos esperéis despiertas —añadió.

Mientras salían por la puerta Thorne pudo echarle un último vistazo al holo sin sonido. El actor que había creído era el villano había disparado al que había confundido con el héroe. La heroína, hija de un guardián, corría por un campo de hierbas que se mecían al viento para recibir su abrazo.

Un buen truco, pensó Thorne, puesto que los Disturbios del 37 se habían producido en zonas urbanas. Y que, hacía menos de veinte años, los campos de hierba solo existían en los santuarios fértiles. Puesto que los hijos de los guardianes y de otras profesiones togadas vivían en un mundo aparte, con sus colegios especiales, su círculo de amigos y sus vidas exclusivas y muy privadas.

Ya nos hemos dado cuenta de la falta de confianza en sí mismo de Richard Thorne y de su exacerbadamente activa imaginación. Un tercer defecto de carácter significativo que debe mencionarse es su naturaleza dada a la censura, una necesidad que a menudo era compulsiva de encontrar fallos en todo aquello que lo rodeaba. Desde lo

más nimio hasta aspectos más significativos de su vida, Thorne siempre estaba criticando y quejándose, y sus comentarios casi nunca implicaban ningún aspecto positivo.

Su trabajo era aburrido y repetitivo. Su jefe nunca le daba la oportunidad de hacer nada interesante. La habitación estaba demasiado cargada. Las pasarelas de transporte estaban demasiado llenas. Los programas del holo eran todos iguales. Las cortesanas de los salones no tenían imaginación y no sabían nada de historia. Heather tenía la misma inteligencia que peso una hoja de papel. La chuleta estaba poco hecha y las verduras demasiado cocidas.

A veces nos queremos llevar las manos a la cabeza al tratar casos como este y gritar que ningún mundo, por muy ideal que fuera, podría llegar a satisfacer a un individuo como este. A pesar de ello, el compromiso de la ciudad estado está claro. No nos resignamos con la naturaleza, ni con una tan perversa y contradictoria como la de Richard Thorne. En su lugar, intentamos canalizarla en servicio de la humanidad y de la civilización.

Aun así, pocos individuos pueden ser tan tolerantes y comprensivos como el caritativo Estado. Desde luego que Diana no lo era. En los primeros tiempos de su convivencia Thorne exponía sus críticas de manera abierta, lo que pronto los condujo a una confrontación y a su primera pelea.

—¡Eres tan negativo con todo!

—No lo puedo evitar —Thorne se encogió de hombros—, así es como veo las cosas, así es como me siento.

—Si es así como te sientes —replicó Diana—, deberías guardártelo para ti mismo... en lugar de estropearle las cosas a todos los demás. Si no puedes decir algo agradable, ¡es mejor que no digas nada en absoluto!

Y eso era lo que Thorne había aprendido a hacer. No solo con Diana, sino también con el resto de su vida. Sin embargo, al hacerlo, había creado un monólogo continuo en su cabeza. Sus percepciones negativas no habían cesado, solamente se habían interiorizado.

Cuando Thorne conoció a DeLyon, su naturaleza crítica volvió a aflorar y recuperó la voz que había perdido. Pronto encontraría otra válvula de escape receptiva para sus constantes quejas. Estaba a punto de entrar en un mundo en el que sus críticas serían recibidas con aceptación y afirmación, donde encontrarían tierra fértil y serían alentadas a crecer y florecer, y convertirse en flores del mal.

Thorne esperó hasta que el ascensor los llevó zumbando a la planta de la calle y los dejó en la acera para estallar.

—¿Estás loco? —le gritó a DeLyon—. ¿Es que tratas de estropearlo todo? ¡No vuelvas a venir aquí ni a hacer algo así! —Una vena le latía a Thorne en la sien y tenía las manos apretadas con fuerza. Por aquel entonces casi nunca perdía el control

de aquella manera, no desde los tiempos de su condicionamiento primario.

DeLyon se apartó unos pasos y rodeó el bordillo. Ya iba de camino a lo que quedaba del barrio bajo y Thorne lo seguía inconscientemente.

—No te arrepentirás de haber venido —le dijo el hombrecillo mientras levantaba las manos en un gesto de aplacamiento y admonición—. Espera y verás. Quiero que conozcas a alguien especial. Alguien bastante extraordinario.

Ahora que Thorne sabía lo que había bajo la máscara dérmica, el rostro atractivo le parecía ridículo. Se dio la vuelta y comenzó a acelerar el paso. DeLyon tuvo que correr cada dos o tres pasos para seguirle el ritmo.

Thorne pensó que el hombre era verdaderamente irritante.

DeLyon tenía una manera de manipular cualquier situación, de transformar la vida cotidiana en un juego lleno de tejemanejes. Su realidad se componía de una elaborada farsa tras otra, la mayoría de ellas innecesarias, todas ellas forjadas por él mismo. Había creado todas las condiciones necesarias para alimentar el temor de que estaba siendo perseguido y espiado, de que una tropa de guardianes estaba a punto de saltar por la espalda desde el quiosco más cercano y se lo iban a llevar para vaciarle el cerebro. A pesar de tales miedos, DeLyon estaba impresionado con su propia inteligencia y estaba convencido de la superioridad de sus engaños. Más de una vez le había dejado caer con indirectas a Thorne, que podía engañar a un guardián.

—Dijiste que querías conocer a otra clase diferente de personas —le dijo DeLyon—. Que querías probar cosas diferentes. —Se encogió de hombros y abrió los brazos exasperado—. Dijiste que querías tener aventuras.

Ya está otra vez, pensó Thorne. Le daba la vuelta a la situación para que pareciera que estaba actuando desinteresadamente y que tenía que cargar con un amigo desagradecido.

Thorne miró al frente y se negó a contestar.

Pensó que daba igual adónde se dirigieran o lo que fueran a hacer, seguramente sería mejor que ver el holo sin sonido y aguantar que Heather lo avergonzara con sus insinuaciones. Qué poca idea tenía de la cadena de acontecimientos que iba a sucederse y de que iba a resultar tan diferente de cualquiera de sus experiencias pasadas que se grabarían en su memoria con una claridad excepcional.

Un sucio edificio de ladrillo marrón en una sucia calle de edificios de ladrillo marrón que se distinguía de sus vecinos solamente por un exceso de ventanas rotas.

DeLyon le dijo a Thorne que esperara en la escalera delantera mientras él entraba y subía.

Ante la insistencia de su amigo, Thorne se puso su máscara dérmica. Durante los últimos años tan solo la había necesitado para ir y venir de los salones. Aquel modelo era más barato y menos convincente que el que llevaba DeLyon. Le añadía inexpresividad a su rostro, una inmovilidad que atenuaba la expresión contrariada que tenía entonces debajo de ella.

A pesar de no ir a aquella visita por propia voluntad, Thorne percibía por fin el

barrio bajo con mayor precisión. La fuerza total de su lúgubre deterioro se dejó ver sin que la coloreara el romanticismo. Aquella percepción no le gustó y hubiera preferido estar en cualquier otro sitio.

DeLyon bajó, medio escondiendo una bolsa de plástico hecha jirones bajo la chaqueta. Le alcanzó el paquete a Thorne, sacándolo del forro de su chaqueta y retirando un poco el plástico.

Thorne vio una botella tapada de mala manera con un corcho desnudo. Un líquido ambarino llegaba hasta la mitad del cuello de la botella. A su lado había una pequeña bolsa de plástico, enrollada sobre sí misma hasta formar un cilindro apretado.

—Algo de alcohol para animar la noche —bromeó DeLyon—. Algo para fumar para animar la mente.

La botella contenía una bebida alcohólica antigua y potente llamada güisqui. En todos los sectores de la ciudad estado es ilegal la posesión, el consumo o venta de cualquier bebida alcohólica cuyo contenido de alcohol sea superior al cinco por ciento. Hemos descubierto drogas distintas al alcohol cuyos efectos son más selectivos y perjudican mucho menos la salud, y están disponibles para todo el que las necesite. La bolsa contenía un narcótico natural vegetal llamado marihuana, que se ingería por inhalación de los efluvios procedentes de la combustión de sus hojas. Como droga no registrada, la marihuana también era ilegal, una sustancia muy peligrosa que podía distorsionar en gran medida tanto la realidad interna como la externa. Aquellos que la consumían mostraban cambios de personalidad y una indiferencia general hacia las normas de la sociedad. Richard Thorne había agregado dos delitos más a su nombre.

Pasaron por una zona de viviendas del barrio bajo que Thorne no había explorado nunca. Le había preguntado a DeLyon tantas veces cuál era su destino sin obtener una respuesta satisfactoria que se había dado por vencido. DeLyon decía que era demasiado difícil de explicar y que se suponía que era una sorpresa. También le repitió a Thorne varias veces que no se arrepentiría de haber ido.

Después de haber comprobado ambos lados de la calle hacia arriba y hacia abajo, DeLyon lo hacía constantemente, tiró de Thorne y lo metió en un callejón.

Estaba muy oscuro. No había farolas. La luna lucía a media potencia y la poca luz que daba se veía reducida por las sombras de los edificios circundantes.

—¿Llevas algo de dinero encima? —le susurró DeLyon.

Thorne tenía sus reticencias. Desde aquella primera noche, su compañero exhibía una cierta inclinación a hacerle cargar con todos los gastos cuando estaban juntos. A Thorne siempre le tocaba pagar la siguiente ronda.

—Tengo mi chip de crédito —dijo.

—No, me refiero a efectivo. ¿Cuánto efectivo llevas encima?

—No mucho. Unos veinte —mintió.

Oyó un chirrido y sintió cómo le ponían varios billetes en la mano.

—¡Toma! —le susurró DeLyon—. Dáselo a ella. Y lo que hay en la bolsa. Eso

debería ser suficiente.

—¿A quién?

DeLyon no contestó. Ya se había dado la vuelta y caminaba callejón abajo.

Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad Thorne lo siguió. La curiosidad que había despertado la aventura de la escapada empezaba a ser más fuerte que su irritación. El estrecho pasaje tenía unos treinta o cuarenta metros de largo en los que no había más que puertas traseras y cubos de residuos antes de acabar sin salida en otra construcción.

—Mira esto —le dijo DeLyon.

A un lado del edificio había un cajón de embalaje vacío. DeLyon lo movió casi un metro. Una vez se hubo asegurado de que estaba firmemente colocado sobre el cemento se subió encima.

A través de su fascinación, Thorne por fin se empezaba a dar cuenta de que su amigo estaba trastornado. Pensaba que se había puesto en manos de un maníaco.

DeLyon dobló las rodillas encima del cajón sobre el que se encontraba ya de pie.

De repente, saltó. Thorne levantó la mirada. DeLyon colgaba de los travesaños más bajos de una escalera de incendios metálica que apenas era visible contra el cielo. La escalera, con varios pequeños rellanos, subía serpenteante por el lateral del edificio. El endeble entramado se balanceó por el peso de DeLyon. Se encaramó a pulso y después subió los peldaños con relativa seguridad hasta el primer rellano.

—¡Yo no pienso subirme ahí! —le susurró alterado a la figura poco distinguible que había arriba.

—Venga. —Lo llamó DeLyon con suavidad—. Es la mejor manera. Así no nos ve nadie. —Tiró de una palanca y la escalera por la que había subido cayó hasta tocar el cajón. A pesar de que en los siguientes meses su personalidad iba a cambiar radicalmente e iba a pasar de ser pasiva a ser agresiva, en aquel momento de su vida era bastante maleable. Después de mucho insistir, DeLyon lo convenció para que intentara subir. Una vez que hubo subido tres tramos hasta la planta más alta del edificio, siempre detrás de DeLyon, y amenazado por imágenes de la escalera que cedía dejándolos caer, y de iracundos moradores del barrio bajo que salían de sus guaridas para empujarlos y mandarlos volando hasta la calle que había abajo, se sintió muy orgulloso de sí mismo.

Era una aventura, tal y como le había prometido su amigo.

Una vez llegaron a lo más alto, DeLyon se sacó una pequeña navaja del bolsillo y empezó a forzar la parte de abajo del marco de una ventana. A la escasa luz que salía del edificio, Thorne pudo ver que había pintura levantada allí donde seguramente se había hecho lo mismo en ocasiones anteriores.

DeLyon levantó la hoja de la ventana lo suficiente como para poder sujetarla y la levantó muy despacio. Una vez que la hubo abierto lo suficiente se metió por la

abertura. Thorne, que no podía creerse lo que estaba ocurriendo, y mucho menos que él estuviera participando, lo siguió. *Allanamiento de morada*, pensó, *así es como se llama esto*.

Se encontraron en un pasillo destartado lleno de puertas a ambos lados. DeLyon se dirigió a la primera puerta a su izquierda. Sacó una llave de su bolsillo y forcejeó con una antigua cerradura pequeña. Habían llegado a su destino. DeLyon intentó girar el pomo de la puerta, después probó con la llave. Ya habían abierto la puerta y él sin querer la había cerrado.

—Es una mujer muy descuidada —dijo entre dientes.

—¿Quién? —preguntó Thorne, sin resultado alguno de nuevo.

Cuando DeLyon hizo el proceso a la inversa entraron en una habitación enormemente grande para lo que se hacía entonces. Debía ser por lo menos el doble de grande que un piso medio. El techo también era también casi el doble de alto.

Solo había una luz: una bombilla amarilla metida en una pantalla cilíndrica de tela y montada sobre un pie. Insuficiente por completo al proporcionar tan solo un círculo de luz dura en el suelo que estaba más cercano mientras que el resto de la habitación permanecía en relativa sombra. Thorne no había estado nunca antes en una residencia de barrio bajo. Lo extraño del entorno lo impresionó de inmediato, demasiadas cosas extrañas como para asimilarlas todas a la vez.

—Siéntate. Siéntate —le insistió DeLyon—. Ponte cómodo.

Había un sillón con los brazos y el respaldo de proporciones monstruosas cubierto por una tela dura y rugosa que estaba muy desgastada en algunas zonas. Thorne se sentó en él. El asiento tenía bultos, pero era blando y sorprendentemente cómodo.

DeLyon se acercaba de espaldas a la puerta.

—¿Adónde vas? —protestó Thorne.

—No te preocupes —dijo DeLyon—. Todo está arreglado. —Le hizo un gesto con ambas manos para que permaneciera sentado—. Ella te espera. Aguarda un poco. Y no te olvides de darle la bolsa y el dinero. Y si te dice que te vayas... bueno... hazlo. ¡Puede ser una fiera si la enfadas!

Se marchó, la puerta sonó al cerrarse tras él antes de que Thorne pudiera decir nada más.

Llegó a la conclusión de que encajaba, que después de arrancarlo de la seguridad de su hogar, después de arrastrarlo a través de la oscuridad de las calles nocturnas y haberlo hecho subir tres plantas por una escalera metálica que se tambaleaba llena de suciedad sin más que el duro pavimento de la calle para amortiguar su caída, que DeLyon lo abandonara. Y Thorne todavía no tenía ni la más remota idea acerca de lo que podía ir aquello. Estaba tentado de bajar por la escalera de incendios también él, pero la habitación ya había captado su atención.

Por fin el amante de la historia se encontraba en lo que se podía denominar literalmente una habitación sacada del pasado. Había tantas cosas que no había visto antes para mirar que su atención era tan poco estable como la de un niño sin

condicionar. Las impresiones corrían por él demasiado rápido y no las podía evaluar.

En primer lugar, las plantas. Plantas de verdad que salían de tierra de verdad. No una o dos, sino plantas por toda la habitación en macetas sobre estanterías, cómodas, mesas. La tierra pura, sin estropear por la radiación o los desechos tóxicos, capaz de mantener con vida una planta normal que siempre ha sido considerada por la ciudad estado como una fuente de alta calidad. Como nuestra población crece cada vez más, tenemos que seguir explorando en el interior de las Tierras Muertas en busca de nuevos terrenos viables para la agricultura. Como muchas parejas, Thorne y Diana tenían su propia caja de tierra escondida en casa. A comienzos de su relación se habían frotado con un poco de tierra antes de tener relaciones sexuales. A Diana le salió una erupción y tuvo que ir a ver a un médico. Sin embargo, mostrar tierra abiertamente y cultivar plantas como un oficial de uniforme de alto rango era un asunto muy distinto.

Antes de que pudiera examinar con detalle ninguna de las plantas, la atención de Thorne se desvió hacia la cama. Era el objeto más grande que había en la habitación y tan enorme como la silla, como poco. Lo que era aún más sorprendente era que a diferencia de cualquier cama normal que está sujeta con tornapuntas o cadenas a la pared para poder plegarse sobre la misma cuando no se utilizara, aquella cama era parte integrante del mobiliario de la habitación de manera continua. En cada uno de los extremos se sujetaba con unas estructuras con dos patas que parecían vallas hechas de metal enroscado complejamente. Si uno quería cruzar aquella parte de la habitación hacía falta rodear la cama. Tal mobiliario era una afrenta a cualquiera que conociera los principios de economía del espacio que regulaban la ciudad.

Thorne se levantó de la silla. Probó la superficie de la cama con una mano para asegurarse de que lo aguantaría y después se dejó caer sobre ella. Su cuerpo se hundió.

Excesivamente blanda, la cama empezó a envolverlo.

Entonces vio una figura retorcida suspendida en el aire sobre él y dio un respingo. El aire se le quedó en la garganta antes de que se pudiera dar cuenta de que se trataba de su propio reflejo.

¡Una parte del techo era de cristal!

O más bien una serie de cristales con marco de metal. Se vencían hacia dentro y amenazaban con caerse de lo viejos que estaban y le devolvían una imagen distorsionada de sí mismo porque no encajaban unos con otros en el mismo plano.

Thorne recordaba haber leído acerca de techos así en los chips de datos de Diana acerca de la historia de la arquitectura. Se llamaban tragaluces. Más allá de su imagen reflejada y superpuesto sobre ella podía captar el levemente brillante cielo nocturno.

Después se fijó en los libros, había tres filas llenas de ellos que recorrían una pared entera. ¡Más espacio desaprovechado! Con los microchips acerca de cualquier tema y los lectores de mano que estaban disponibles para todos los individuos, registrados o no registrados, Thorne no era capaz de imaginarse por qué nadie iba a

querer tener tantos libros.

Sacó uno al azar del segundo estante y lo abrió. La lengua en la que estaba escrito no era el demótico básico de la ciudad, y tampoco era lenguaje informático o la jerga técnica de las profesiones, sino una lengua arcaica de la que no era capaz de entender ni una sola palabra. Lo intentó con otro, un volumen grueso y rojo con muchas páginas. La tapa se le estaba cayendo y el papel amarilleaba y se deshacía en las esquinas. Sin embargo, a pesar de que algunas de las palabras estaban escritas de manera extraña y las frases tenían una construcción poco común, aquel libro sí lo podía leer.

Él bajaba deliberadamente despacio y de manera febril aunque sin saberlo, totalmente absorto en la nueva aplastante sensación de vida y fuerza que brotaba repentinamente de su interior. Aquella sensación se podía comparar con la de un hombre condenado a muerte a quien de manera repentina se le hubiera concedido el perdón. A mitad de la escalera el cura que iba camino de su casa lo alcanzó. Raskolnikov lo dejó pasar e intercambió con él un saludo silencioso.

Thorne levantó la vista del pasaje que acababa de leer, su mente luchaba con lo extraño que era. No se parecía a nada que hubiera leído antes. En todo caso, se parecía a un holodrama pero escrito. Mientras se asombraba por ello, Josie apareció por una puerta con una cortina al otro lado de la habitación y él la vio por primera vez.

El segundo libro que Thorne había cogido de la estantería era lo que se conocía como novela, una forma artística antigua que se comenzó a dar en el siglo diecisiete, se desarrolló durante varios cientos de años y después fue perdiendo popularidad. Como él bien había supuesto, las novelas eran un análogo primitivo de los hologramas actuales y podrían ser consideradas sus antecesoras. Relataban una historia en forma de prosa narrativa de larga duración con el principal objetivo de entretener.

Las novelas se siguieron publicando durante los Años Grises, cuando volvieron a disfrutar de un repunte en su popularidad por el declive tecnológico y la falta de diversiones más sofisticadas, y hasta un poco después. La publicación de novelas se declaró libertad negativa y la ciudad estado las prohibió hacía ya más de cincuenta años. Su posesión también había sido prohibida, menos en el caso de algunos individuos como guardianes e historiadores que necesitaban estudiarlos como parte de sus tareas profesionales.

Al igual que los hologramas, la mayoría de las novelas proporcionaban una manera inofensiva e inocua de pasar el tiempo. Algunas albergaban valores socialmente positivos o enseñaban lecciones morales sencillas. Sin embargo, había otro tipo de novelas, una que nació a finales del siglo diecinueve y floreció en el veinte. Ese tipo de novela exaltaba al individuo a expensas de la sociedad, a veces hasta ofrecían una visión romántica de la desviación. Ese tipo de novelas, a través del

uso sofista de las palabras y las situaciones hacían que los lectores adoptaran ideas antisociales que influían en sus acciones y en el transcurso de sus vidas. Tales libros hablaban de cosas que es mejor no mencionar. Contenían el tipo de emociones que solo deberían ser examinadas por un equipo de terapeutas profesionales.

En los meses que siguieron, Thorne leería muchas de las novelas que encontró en las estanterías de Josie. La influencia que tendrían en él sería muy profunda y desastrosa, le llenarían la ya de por sí demasiado imaginativa mente de ideas que nunca se le habrían ocurrido a él solo, de emociones que nunca habría sentido, que minarían su condicionamiento y en algunos casos la desharían por completo. Tanto como el idilio con Josie, como por las drogas ilegales que consumía en su compañía, suponemos que estos libros tuvieron la misma responsabilidad en los hechos que se sucedieron. También puede que proporcionen alguna clave a la enorme discontinuidad de la proyección holográfica de Thorne y en la incapacidad del ciberescáner para arreglar o predecir su comportamiento.

Por lo tanto, es más que una mera coincidencia que hayamos adoptado esta forma arcaica para la presentación de este informe. Nos hemos embarcado en una salida radical de la práctica psicológica estándar con la esperanza de conseguir la sabiduría que se encuentra más allá de la esfera racional. Debe recordar que estamos tratando con un caso en el que ya habían fallado los métodos tradicionales. Creemos firmemente que a pesar de sus peligros, de sus distorsiones de la realidad y de sus frecuentemente engañosas metáforas, la forma de la novela puede tener sus virtudes. En las manos adecuadas, con las restricciones y énfasis necesarios, la historia de Richard Thorne contada de la misma manera que contribuyó a su degeneración puede hacernos comprender las sutilezas del comportamiento humano que antes se nos habían escapado.

Josie permaneció de pie junto a la puerta con los brazos cruzados mientras observaba a Thorne con tranquilidad. Era una mujer pequeña, tan baja y delgada que al principio él pensó que se trataba de una niña. La verdad era que tenía treinta y tres años, era cuatro años mayor que Diana y uno más que el propio Thorne.

Su complexión era más bien oscura, lo suficiente como para sugerir una mezcla de etnias, aunque no sabía de qué tipo. Llevaba el pelo sin arreglar de un color marrón brillante, casi negro. Lo llevaba corto en la nuca y ahuecado un poco por encima de las orejas y la cabeza, lo que acentuaba su aspecto aniñado. Llevaba unos pantalones grises de algodón y un jersey negro. La ropa le colgaba holgada sobre el delgado cuerpo. Llevaba los bajos del pantalón remangados e iba descalza, lo que dejaba al descubierto unos tobillos de huesos finos y delicados.

—Soy Josie —dijo sin más preámbulo.

La voz era claramente la de una mujer adulta. Sorprendentemente profunda, incluso ronca. Después, en las distorsiones causadas por su encaprichamiento, Thorne calificaría aquella voz chirriante de «terciopelo áspero».

Tan pronto como habló y movió los ojos, él la encontró hermosa. Hermosa de una manera poco común. Tenía los ojos grandes y marrones, alerta, en movimiento, como si la evaluaran y retaran a la vez. Parecían demasiado grandes para un rostro tan estrecho, lo que le daba a su expresión una cualidad de ave que acentuaba la manera en que ella inclinaba la cabeza mientras lo observaba.

—Hola... Yo soy Richard.

—Eso ya lo sé —dijo ella.

Así que DeLyon le había contado a ella más acerca de él de lo que le había contado a él de ella. Al menos su nombre.

—Sin embargo, Richard es demasiado formal —prosiguió ella—. Creo que te voy a llamar Rick.

—¿Rick?

—¿Hay algo de malo en ello?

—No... solo que nadie me ha llamado así nunca.

—Entonces yo seré la primera. Si te quitas esa estúpida máscara tendré una cara que vaya con el nombre.

Thorne vaciló un momento y después se despegó la máscara, con timidez se alisó el pelo aunque no se le había movido. Josie se acercó un par de pasos y evaluó el resultado.

—Bastante bonito —observó—, aunque le falta algo de carácter.

Por un momento Thorne pensó que estaba bromeando, pero en seguida se dio cuenta de que hablaba totalmente en serio. Encontró los modales de la mujer groseros y encantadores. Acostumbrado como estaba a tratar con los demás de manera educada, esperaba lo mismo de ellos, así que no sabía cómo responder a un comentario como aquel. Josie no había recibido el condicionamiento primario en habilidades sociales. Podía ser sincera hasta ser maleducada, obtenía de ello un perverso placer, y lo directa que era no dejó de sorprender a Thorne durante todo el tiempo que estuvo con ella.

Pasó junto a él y se sentó en una silla que Thorne no había visto, a pesar de que no era menos rara que todo lo que había en aquella habitación. Un armazón sin cojín, de diseño arcaico pero convencional, hasta que se llegaba a donde terminaban las patas. Tenía dos rieles curvados que estaban sujetos a cada lado. A lo largo del siglo veintiuno aquel mueble había sido muy corriente, se conocía como mecedora. Josie subió las piernas a un lado de manera que se enroscó en el asiento. Apoyó los brazos en los reposabrazos de la silla y se empezó a balancear hacia delante y hacia atrás. Thorne la miró, estaba fascinado tanto por la silla como por la mujer que la ocupaba.

—¿Encontraste algo interesante? —le preguntó, mientras señalaba con la cabeza hacia la estantería.

—¡Oh!... *Mmm...* no... —tartamudeó él—. Solo tenía algo de curiosidad. Es raro... tantos libros. ¿No sería más fácil que te los escanearan y los metieran en un chip y usar un lector?

Josie negó con la cabeza.

—Claro, que me los escaneen y me los confisquen —le informó—. Por eso es por lo que no quieren que leamos.

Thorne no había visto nunca en chips de datos nada como lo que había visto en los dos volúmenes que había elegido al azar. *Pero... no puede haber tantos libros prohibidos por la ciudad estado*, pensó él. *No en una era de libertad*.

—¿Por qué no te quitas el abrigo y te sientas? —le sugirió Josie sin dejar de balancearse.

El movimiento hacia delante y hacia atrás de la silla, la mirada impertérrita con la que lo observaba con sus enormes ojos oscuros, las rarezas que albergaba la habitación, todo aquello estaba poniendo cada vez más nervioso a Thorne. Cuando se quitó el abrigo se percató de la bolsa de plástico que llevaba en el bolsillo derecho.

—Toma —le dijo a la vez que le tendía la bolsa incómodo—, esto es para ti.

Josie se levantó de la mecedora, que siguió balanceándose adelante y atrás sin ella. Le cogió la bolsa y echó un vistazo a su interior. Se le iluminó la cara.

—¡Ah! —dijo—. Algo de alcohol para animar la noche. Algo para fumar para animar la mente.

A pesar de que no había oído aquella expresión antes de aquella misma noche, Thorne se dio cuenta de que era la misma que había dicho DeLyon antes. Se preguntó si Josie estaría citando a DeLyon o si él la habría citado a ella.

—¿Esto te lo dio Danny?

Él asintió.

Josie sonrió.

—Tiene algo especial.

—¿Conoces bien a... Danny? —Aquel diminutivo del nombre de pila de DeLyon no coincidía con cómo él lo percibía.

—Debería —se rio Josie—. Danny es mi medio hermano.

Aquello no se lo esperaba. A excepción de la baja estatura, no había mucho parecido entre ambos.

Josie se metió la bolsa pequeña de plástico en el bolsillo y le tendió la botella. Desapareció por la puerta de la cortina y al poco tiempo apareció con dos vasos. Cuando se puso a su lado de pie con los dos vasos delante de ella se dio cuenta de que apenas si le llegaba por debajo del pecho... Menos los ojos, el resto de sus facciones eran pequeñas y estaban cuidadosamente formadas, le recordaban a la máscara dérmica bonita de DeLyon, una parodia de la cara monótona que había debajo. *Solo que su rostro es real*, pensó Thorne, *y no una máscara*.

Una vez que le quitó el corcho a la botella llenó los dos vasos casi hasta el borde. Josie lo miró de manera extraña cuando terminó. Después de darle uno de los vasos

levantó el suyo y lo hizo chocar con el lateral del suyo.

—¡Salud! —dijo ella.

Era un brindis antiguo, sus orígenes se perdían en la prehistoria. Thorne no lo había oído antes y le llevó unos segundos seguir con la conversación. Respondió con lo primero que se le vino a la cabeza, el brindis universal de todo ciudadano.

—Por el Futuro Perfecto —dijo él.

Josie arrugó la nariz mientras se daba la vuelta y se dirigía de nuevo a su mecedora, donde se volvió a ovillar. Bajó la mirada y bebió de su vaso.

Thorne sabía muy bien que a muchos de los no registrados les molestaba la ciudad estado, a pesar de los beneficios que les proporcionaba. Aquella no era la primera expresión de resentimiento que había visto. De todos modos, la reacción de Josie lo había pillado desprevenido. Otra impresión más que no tuvo tiempo de evaluar.

Se sentó frente a ella, en el sillón en el que había estado sentado antes, apoyó su vaso en uno de los anchos brazos. Se produjo un largo momento de silencio.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —comenzó Thorne.

—Pregunta. —Josie levantó la cabeza sin comprometerse.

Thorne dio un sorbo grande a su bebida. Se dio cuenta del error enseguida. Para entonces el líquido ya le bajaba por la garganta. Tosió compulsivamente y salpicó la alfombra con la otra mitad.

—¡Tranquilo!

Josie se había puesto a su lado.

—Eso no es cerveza. —Empezó a darle palmaditas en la espalda—. ¿No has bebido güisqui antes?

—No... —logró decir entre una respiración entrecortada y otra—... nunca. ¿Se supone que tiene que quemar así?

—No si lo bebes como hay que beberlo. Se supone que lo tienes que beber a sorbos, no a tragos. ¿Estás bien?

—Si... eso creo —dijo, mientras se limpiaba los ojos con el dorso de la mano. Tenía la voz ronca.

—¿Estás seguro?

Thorne asintió. Pensó que seguramente ella estaría más preocupada de que se asfixiara hasta morir en su piso, que de que se muriera.

Josie regresó a su asiento de nuevo, parecía ser su sitio permanente. En la alfombra había dos surcos más claros donde la había desgastado el balanceo de la mecedora. Thorne se dio cuenta de que aunque trataba de ocultarlo, el incidente le había resultado divertido. Se sintió ridículo, totalmente fuera de lugar. Pensó que quizá debiera marcharse en aquel preciso momento.

—¿Es así cómo lo haces?

Bebió otro sorbo, esta vez con cuidado. El güisqui lo quemó igual que antes, pero se trataba de una sensación de ardor agradable y que calmaba la otra según le iba

bajando por la garganta. Ya podía sentir como el primer sorbo le extendía un calor particular por el pecho.

Josie asintió en señal de aprobación.

—¿Qué me ibas a preguntar?

Thorne volvió a beber con cuidado antes de decírselo.

—¿Por qué hemos tenido que venir por la escalera de incendios? —La ronquera le había desaparecido.

—¡Oh! Danny está loco —dijo Josie entre risas—. Cree que los guardianes me tienen bajo vigilancia. La verdad es que sería difícil que les importara menos. Dime, ¿a ti te parezco una amenaza? —Se puso las yemas de los dedos de una mano en el pecho.

—¿Por qué cree que te vigilan los guardianes? —preguntó deliberadamente.

Se imaginó el edificio rodeado, soldados de la ciudad estado con sus botas entrando por las ventanas y puertas y bajando con cuerdas por la claraboya destrozada. Se dio cuenta de que se le había pegado parte de la paranoia de DeLyon.

—Por mi padre.

La expresión de Josie se ensombreció. Su rostro perdió la cualidad animada y los ojos se volvieron hacia su interior.

—Estuvo implicado en la Revuelta del 37 —añadió pausadamente—. Era un hombre genial..., pero también era tonto. Un idealista que había perdido todo contacto con la realidad. Creía que se podía luchar contra la ciudad estado.

No fue una revuelta en realidad, pensó Thorne, apenas unos disturbios. Aunque parecía que no era muy inteligente discutir el asunto en aquel momento. Bebió un poco más de güisqui para que le ayudara a pasar otro incómodo silencio. Empezaba a gustarle ahora que sabía cómo beberlo.

Thorne se acordó del dinero que le había dado DeLyon y lo sacó del bolsillo.

—DeLyon... o sea Danny... me dijo que te diera esto. Josie volvió de donde quiera que estuviera con la mente y arqueó las cejas asombrada. Miró el fajo de billetes con indiferencia.

—Déjalo ahí mismo —dijo, a la vez que señalaba con la cabeza hacia una mesa que había a un lado.

—¿Para qué es? —se atrevió a preguntar Thorne.

—Pues para casi todo lo que quieras que sea —le dijo Josie—, dentro de unos límites. Aunque con más de eso y más de esto... —Josie levantó su vaso de bebida—. Uno sabe que los límites cambian.

—No entiendo —dijo él—, aunque empezaba a hacerlo. Los ojos de Josie volvieron a cambiar de expresión. Thorne nunca había visto ojos capaces de mostrar tantas expresiones distintas en tan poco tiempo. Ya se notaba algo borracho, como si hubiera bebido mucha cerveza. La única diferencia era que la sensación le había llegado de golpe, más rápido de lo que lo había hecho jamás con la cerveza.

—¿Quieres decir que no sabes por qué estás aquí?

—No... —dijo—. Danny no me ha dicho nada. —Le daba vergüenza decirle que DeLyon le había dicho que le presentaría a alguien especial, a alguien extraordinario. Josie se rio abiertamente. La mecedora se balanceó con fuerza.

Si Richard Thorne hubiera indagado de verdad en el pasado como lo hacen los que estudian la historia con seriedad, se habría llevado una impresión completamente distinta de lo que sus caprichosos primeros pasos y su imaginación habían conjurado. En algunos puntos habría encontrado algunas pinceladas del color y el romanticismo que tanto ansiaba, pero para contrarrestarlo en gran medida, en cualquier siglo de historia registrada anterior a la Reconstrucción, habría encontrado pruebas irrefutables del penoso espectáculo que había ofrecido la humanidad en su viaje hacia la perfección.

Ignorancia, enfermedades, pobreza, hambre... habría descubierto eso y mucho más. Se habría maravillado al saber la cantidad de gente que había perecido a causa de guerras enloquecidas y sin tregua: guerras por la tierra, por riqueza y por poder, por honor, guerras por religiones e ideologías absurdas que hacía ya mucho que se habían olvidado. Guerras que crecían en intensidad y devastación según avanzaba el conocimiento tecnológico.

Thorne se habría horrorizado al ver la indiferencia de la sociedad ante la alegría y la satisfacción de los miembros individualmente. Se habría asombrado con los instintos humanos básicos, sexuales y demás, que no se satisfacían y se sublimaban hasta fines destructivos. Se habría mostrado reacio a aceptar la frustración general, el odio, la irracionalidad que prevalecían en determinados momentos y lugares como lo más normal del mundo.

Y, si mediante algún truco de magia que todavía no se había inventado, Richard Thorne viajara atrás en el tiempo y su vida se viera transportada a un tiempo tan temprano, seguramente se encontraría entre la clase corriente, la del oprobio y el trabajo pesado, y no la de la gloria y la aventura. Lo cierto es que con toda probabilidad, dadas todas sus sensibilidades contemporáneas, no habría podido sobrevivir.

Entonces, cuando lo había encontrado y estaba a punto de que le influyera un mero reflejo del pasado, los resultados iban a ser prácticamente los mismos.

Cuando Josie logró controlar su risa dejó de mecerse. Se inclinó hacia delante, apoyó ambos pies en el suelo y puso los codos encima de las rodillas. Se remangó hasta el codo y se puso las manos bajo la barbilla. Bajo el círculo de luz de la lámpara de pie Thorne podía distinguir el fino vello oscuro que cubría sus brazos desnudos. Los ojos de ella volvieron a retarlo.

—No sé si es que eres terriblemente ingenuo —comenzó Josie—, o si no eres más

que un simple. Estás... aquí —dijo pronunciando bien cada palabra—, para... que... te... echen... un... polvo. O como lo deben decir los de tu clase, para que te descarguen el sistema. —Cogió aire—. Lo que Danny no dijo es que soy una chica trabajadora... una prostituta... una dama de la noche... una profesional... una mujer de vida alegre... un miembro poco orgulloso de la profesión más antigua del mundo... una víctima de las circunstancias y de la necesidad. A veces creo que hay más palabras para describir lo que hago, que maneras de hacerlo... Soy lo que se conoce en círculos menos educados como una puta..., pero no tengo el corazón de oro, eso te lo puedo asegurar... Soy lo que se conoce en tu pequeño y limpio mundo como una... —Su voz adoptó un acento extraño para la única palabra—. ¡Cortesana! —Se echó hacia atrás y apoyó los brazos en los reposabrazos de la mecedora—. Pero no me confundas con una de esas putas de lujo. Puede que te folie, pero no te voy a mentir acerca de ello. Y aunque cobre, elijo a mis clientes. Si no me gustas ya estás saliendo por la puerta. Y si yo no te gusto... bueno, ¡ya sabes dónde está la puerta!

Thorne nunca había oído hablar así a nadie, a no ser que estuvieran dando un discurso en un holograma. Y aquel no era un tema sobre el que solieran dar discursos los actores de los hologramas. Si Josie intentaba sorprenderlo, lo había logrado por completo. Thorne estaba muy desconcertado tanto por sus modales como por sus palabras, la mitad de las cuales casi no entendía.

Había vuelto a insultarlo.

Sin embargo, tenía razón. Él había sido un completo idiota. Desde el principio debería haberse dado cuenta de por qué DeLyon lo llevó hasta allí, le dio el güisqui y el dinero. Aunque había algo en los gestos de Josie, en su manera de llevar la ropa sencilla que llevaba que hacía que Thorne se negara a ver lo obvio. Por otro lado, no había sido un tonto integral. Cuando intentó sumar las cosas, ninguna tenía sentido. DeLyon le buscaba clientes a su propia hermana para que ejerciera la prostitución, pero a la vez era él el que pagaba su tarifa. Y su amigo no había dicho nada de sexo.

Ahora que Thorne entendía por qué estaba allí, no estaba seguro de si encontraba la perspectiva atractiva o intimidante. Josie tenía razón en una cosa. No tenía nada que ver con las cortesanas de los salones. Aunque él a veces hablaba un buen rato con las cortesanas, a veces terminaban por adaptar su propia identidad a la de sus papeles. Se esforzaban por convertirse en lo que él quería que se convirtieran, tanto con su conversación como con sus actos. Josie tampoco era como las prostitutas ilegales con las que se había acostado en el barrio bajo. La mayoría casi ni le hablaba.

Era distinta a todas las mujeres, a todas las personas que había conocido hasta entonces. Supuso que eso la hacía especial, como DeLyon había prometido. Que fuera deseable era otra cosa.

La voz de Josie lo sacó de su ensoñación. Estaba ovillada en la mecedora otra vez y se balanceaba de nuevo.

—Y, ¿cómo te alimentas y te pagas las prostitutas?

¿Cuánto se esperaba Josie que aguantara? Dado que ya tenía el dinero, ¿acaso

intentaba echarlo?

—Yo... yo programo ordenadores, como... Danny, para el gobierno regional. Para Controles de Estándares Delta.

De repente le sonó absurdo.

En su mente vio su escritorio, su terminal. Pensó en los años que llevaba encorvado sobre ambos, en los millones de *bytes* de datos que habían pasado por delante de sus ojos, en los millones más que pasarían antes de que se pudiera retirar. En aquel momento la profesión de Josie tenía más sentido para él.

Pensó que debería marcharse. Fuera lo que fuera la intención de DeLyon, no había funcionado. ¿Por qué iba a querer acostarse con una mujer que no hacía el menor esfuerzo por complacerlo o por resultarle atractiva? Y quien además, lo estaba insultando.

Al mismo tiempo sentía como el güisqui extendía su agradable calor por todo su cuerpo. El enorme sillón lleno de bultos le pareció aún más cómodo. Dado el tamaño de la habitación, la puerta le pareció estar muy lejos.

Además, ella no le había dicho que se marchara.

—Entonces, ¿quieres fumar algo de hierba? —le preguntó Josie y parecía haber olvidado su reciente arrebató. Sacó algo de la bolsa pequeña de plástico que había venido con el güisqui y empezó a meterlo en un objeto que tenía en la otra mano—. Me ayuda a ponerme de buen humor.

El conocimiento que Thorne tenía del pasado acudió en su ayuda de nuevo. Reconoció el objeto que Josie tenía en la mano como una pipa, un contenedor cilíndrico pequeño sujeto a un tallo hueco. Sabía que las pipas se habían utilizado para fumar tabaco, una droga adictiva que antes había sido legal y se había consumido mucho, por lo que en su día había sido responsable de millones de muertes. ¿En qué lo había metido DeLyon? Volvió a pensar en marcharse del piso. Volvió a quedarse donde estaba.

—¿Eso no es malo? ¿El tabaco no es... venenoso?

Josie se volvió a reír de él.

—Te acabas de caer de un guindo, ¿no? Esto no es tabaco. Es hierba. María. Prueba un poco y mira a ver si te gusta.

—Pero ¿qué es lo que hace? —Thorne inhaló con fuerza. No quería que ella se riera de él otra vez. No tenía ningún derecho a reírse de él. Dado donde vivía y a lo que se dedicaba. Ni siquiera era una ciudadana. Aun así era más que eso. Por alguna razón que no acertaba adivinar, quería su aceptación y aprobación.

—Como te dije antes, anima la mente. A veces, hasta... ilumina. —Cruzó la habitación y se sentó junto a él en uno de los enormes brazos del sillón. Su muslo quedó pegado al brazo de él. Thorne lo apartó inconscientemente y después con total consciencia lo volvió a poner donde estaba. Para lo delgado que era su cuerpo, su piel era sorprendentemente suave.

—Así, mírame y haz lo que yo hago.

Thorne levantó la vista. La cercanía de Josie parecía provocarlo. Tuvo la sensación de que era enorme. ¿Cómo podía intimidarlo tanto una mujer tan menuda?

Con una mano, Josie encendió una cerilla de manera experta con la uña del pulgar. La puso en el recipiente de la pipa. Con el tubo en la boca utilizó su respiración para llevar la llama hacia dentro. El humo hacía volutas en el aire mientras el contenido prendía. El aire se llenó con un olor dulce y agrio. Tras unos segundos exhaló con fuerza.

—Coge aire profundamente. Lleva el humo a los pulmones y aguántalo todo el tiempo que puedas. Pero, ten cuidado. Si no estás acostumbrado te va a quemar. No cojas mucho de una vez o si no empezarás a toser otra vez.

Como hacía siempre, Thorne hizo lo que le dijeron.

El humo le quemó la garganta. Lo mantuvo todo el tiempo que pudo y lo exhaló sonoramente. Muy a pesar suyo empezó a toser. Bebió un poco más de güisqui y eso le ayudó bastante.

Se pasaron la pipa del uno al otro varias veces y repitieron el extraño ritual en un silencio solo roto por el crepitar de la droga al quemarse por la fuerza de sus inhalaciones y las repentinas exhalaciones cuando no lo podían mantener más.

Thorne esperaba que pasara algo, esperaba que su mente se animara e iluminara. En escasos segundos ocurrió lo contrario. Sus poderes de pensamiento racional y su capacidad de concentración desaparecieron. Su consciencia empezó a disociarse, saltaba de manera aleatoria de una imagen o una impresión a otra.

Miró a su alrededor por la habitación.

Sus extraños muebles y sus objetos raros le parecieron aún más ajenos que al principio. Sus ojos se habían acostumbrado a la tenue iluminación y podía verlo todo con claridad. El tragaluz colgante, las plantas que salían de tierra de verdad, la enorme cama, la pared llena de libros, las paredes de escayolas necesitadas urgentemente de una mano de pintura y manchadas en algunas zonas. Todo lo veía desordenado. No tenía un sentido consistente del color, la forma o la colocación. Iba contra todos los principios de diseño de interiores que había aprendido de Diana. Aun así parecía unirse para formar una especie de todo coherente.

Conforme la droga seguía corrompiendo sus percepciones, la habitación le iba pareciendo intensamente auténtica, no encontraba otra palabra para describirla y de alguna manera le parecía más auténtica que cualquier otra habitación que hubiera visto antes. Una perversa analogía apareció en su mente como un relámpago. Su propio piso con sus unidades de almacenamiento eficiente, colores coordinados y dimensiones planificadas espacialmente, los muebles plegables para ahorrar espacio y las paredes cambiables y móviles, era como una máscara dérmica, escondía la realidad que había debajo. Aquella habitación era como se debía vivir, rodeado de los objetos de la vida cotidiana.

Josie seguía sentada a su lado sobre el brazo del sillón. Su presencia, su cercanía, de repente le parecieron a Thorne tremendamente eróticas y se dio cuenta de que estaba excitado. Intentó pasarle el brazo por la cintura, pero antes de que pudiera hacerlo ella se puso en pie y quedó fuera del alcance de su brazo.

Un reproductor de chips desgastado se escondía entre las plantas que había encima de la estantería de libros. Josie cruzó la habitación hasta él, eligió un chip y lo puso en la ranura de reproducción. Thorne se dio cuenta de que estaba observando los movimientos de sus caderas bajo los pantalones de algodón.

Entonces empezó la música... silenciosamente, al principio, era casi imperceptible. Pronto fue aumentando de volumen con un *crescendo*... después avanzó en una progresión de pasajes bien definidos. No era cibernética, no era electrónica, se había compuesto con la desfasada escala de doce tonos y, como todo lo que había en la habitación, era de otra era. Thorne nunca había escuchado música como aquella. Había algo atractivo en la pureza de su simpleza. Su mente fue en otra dirección.

—Es bonito. ¿Qué es?

Josie pareció complacida por su reacción y sonrió.

—Es una sinfonía, *La sinfonía del Nuevo Mundo* de Dvořák. Otra de las pequeñas ironías de la vida. La música es hermosa y aquí estamos en nuestro nuevo mundo, y no se le parece en nada. No hay nada hermoso en él en absoluto. —Hizo un gesto con la mano para indicar el mundo que había fuera de la habitación.

Thorne no estaba seguro si se refería al barrio bajo o a toda la ciudad. En cualquier caso, lo que reclamaba su transitoria atención en aquel momento era la sed. Se llenó el vaso vacío y lo levantó hacia ella.

—¿Salud? —inquirió.

Aquella era su primera concesión, que mientras estuvieran juntos habitarían en el mundo de ella y no en el de él, los valores de ella y no los que habían regido la vida de él durante toda su existencia. Era la primera de muchas concesiones que le seguirían, para corromperlos con sus ideas pasadas de moda.

Josie volvió a sonreír. Aquella sonrisa prendió algo en Thorne que se le levantó del pecho y se extendió por todo el cuerpo. ¿O acaso fueran el güisqui y la hierba que le estaban haciendo efecto?

—Sí —dijo Josie mientras levantaba su propio vaso—. Salud.

Aparentemente había superado algún tipo de prueba y no iba a salir por la puerta, después de todo.

Si se consume en proporciones ilegales, el alcohol puede interrumpir la química de grabación del cerebro de manera radical, y así no archiva algunas impresiones o lo hace en lugares diferentes a los que tiene acceso la memoria. Para entonces el alcohol del torrente sanguíneo de Thorne había llegado a un nivel crítico. La marihuana

terminó de debilitar sus procesos mentales. Cuando después trató de recordar lo que sucedió a continuación, le llegaron los recuerdos por partes, en frases, a veces muy vividos aunque la mayoría borrosos, todos tan discontinuos y desordenados como su ciberescáner.

En este caso nuestras técnicas más sofisticadas tampoco han obtenido resultados mejores a la hora de reconstruir de manera precisa lo acaecido durante la siguiente hora. A pesar de que Josie estaba más habituada a los efectos de las drogas que habían ingerido, también estaba ebria y sus impresiones contrastan tanto con las de Thorne que no podemos confiar en los recuerdos de ninguno de los partícipes. Más que ofrecer una exposición imprecisa de lo que sucedió, fragmentos de percepciones, palabras que posiblemente nunca se pronunciaran, acciones que nunca se realizaron salvo para una consciencia distorsionada, lo único que podemos ofrecer es un resumen.

Vale con decir que hablaron más acerca de las mismas tonterías. Su sesgada conversación continuó con Josie que acosaba a su cliente, puesto que era su cliente, y con Thorne que mordía el anzuelo en repetidas ocasiones. Es suficiente mencionar que escucharon más música antigua, y que a pesar de las protestas de Thorne de que no sabía, Josie lo convenció para que bailaran. Le sacaba más de una cabeza y se movía de manera titubeante, encorvado hacia delante para mirarse los pies y concentrado en seguir cada uno de los movimientos de ella. Es importante mencionar que a pesar de que Josie había mostrado indiferencia cuando Thorne dejó el dinero sobre la mesa, se lo metió en el bolsillo y abandonó la habitación por un momento. Cuando regresó, el jersey negro y los pantalones habían desaparecido. Lo único que llevaba era una bata que apenas si le llegaba a las rodillas y demasiado perfume barato.

La niebla que entorpecía aquellas percepciones se disipó lentamente. Las paredes ya no le daban vueltas. La música había cesado y la habitación estaba silenciosa de una manera poco natural. Josie se sentó en la mecedora mientras tarareaba para sí misma en un tono solo audible en determinadas notas. La botella de güisqui vacía estaba junto a Thorne. No tenía la menor idea de la hora que era y tampoco le importaba.

—¿Puedo probar tu silla? —le preguntó él.

Josie abrió los ojos, y aunque parecía cansada, a él le pareció más preciosa que nunca.

Aunque él no recordaba que ella se hubiera cambiado de ropa, Josie llevaba una bata de satén color crema, atada a la cintura, lo suficientemente corta como para dejarle las piernas al descubierto. Recordaba bien que la bata se le abrió mientras bailaban y le permitió ver por un momento el oscuro y esbelto cuerpo que había debajo.

Josie se puso en pie y se quedó a un lado de la mecedora. Se inclinó levemente y

con un gesto de la mano se la ofreció como si fuera un regalo.

Thorne se acercó con cuidado y se sentó. Su peso lo llevó hacia atrás. Los arcos de las patas lo llevaron hacia delante. Josie se puso detrás de la silla y comenzó a mecerlo, despacio al principio. La habitación se movía hacia delante y hacia atrás. Más rápido. La habitación iba y venía adelante y atrás a más velocidad. Más rápido. A pesar de que no había corriente en la habitación, el aire chocaba contra sus ardientes mejillas formando una brisa.

—Para —gritó, y mientras se reía trató de ponerse en pie—. ¡Para! ¡Me estoy mareando!

Josie lo soltó y sus pies chocaron con el suelo.

Ella rodeo la silla y Thorne, que todavía estaba sentado, le rodeo la cintura con los brazos y dejó que la cabeza reposara contra su cuerpo. Ella lo abrazó un momento y le pasó los dedos por el pelo. Entonces lo empujó un poco para que se separara de ella y se abrió la bata. Como él ya sabía, iba desnuda. La luz de la lámpara que antes le había parecido dura resultaba suave sobre su piel. Ella se acercó a él y él presionó sus labios y sus mejillas contra su abdomen y metió las manos por la bata para abrazarla mientras su boca bajaba por su bosque de vello áspero. El cuerpo de Josie era firme y estaba tenso, dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Hagamos el amor ahora —le susurró ella.

Thorne nunca había oído describir así el acto de tener relaciones, menos cuando se refería a realizarlo con la pareja escogida. También sabía tanto por sus estudios de historia como por el condicionamiento primario que aquel había sido uno de los mayores errores de las sociedades pasadas: la repetida confusión del amor con el acto sexual. En aquel momento no tenía ningún interés en discutir la cuestión.

Josie apagó la luz y se dirigieron juntos a la cama. Thorne cayó sobre esta y ella se quitó la bata y se puso sobre él mientras él le acariciaba el cuerpo. Con la ayuda de Josie, Thorne se logró quitar la ropa. Entonces se metieron bajo las sábanas y mantas, piel desnuda sobre piel desnuda. El deseo que había en el interior de Thorne hizo acopio de todas las reservas de energía que le quedaban y encontró otras nuevas. Se besaban, Josie lo arañaba y mordía. Sin importarles la técnica o el placer del otro, se sumieron en un torbellino de lenguas, dientes, dedos y demás miembros entrelazados. Thorne no podía esperar. Él estaba sobre ella y ella tiraba de él. La vieja cama se mecía y crujía bajo su peso. Sus cuerpos se golpeaban el uno contra el otro. Sin sutilezas, solo la dureza de la pasión, gritos reales o fingidos, Thorne no lo sabía, y tampoco le importaba, a pesar de que Josie le había dicho que no le mentiría, salían de la garganta de Josie, y lo excitaban cada vez más hasta que explotó desde el interior en un furor de sonido y movimiento.

La dificultad en la respiración de ambos fue disminuyendo gradualmente. Thorne se dio la vuelta para quitarse de encima de ella y tumbarse boca arriba. A través del tragaluz podía ver las estrellas en la oscuridad que había sobre ellos. Parecían estar muy cerca, como si estuvieran pegadas al cristal. Thorne iba a alargar la mano y a

tocar una..., pero antes de que pudiera mover el brazo el cansancio se apoderó de él y se quedó dormido.

Si no hubiera sido por el tragaluz, seguramente habría dormido toda la mañana. Una pequeña catástrofe que podría haber afectado a su vida, pero le habría evitado las catástrofes mayores que vendrían después. Tal y como ocurrió, las primeras vetas de gris aparecieron en el cielo, el sol se iba elevando sobre el horizonte y consigo llevaba un amanecer blanco, y la luz que caía del techo le trajo el despertar.

¡Tenía que estar en el trabajo en menos de una hora! ¿Qué le iba a decir a Diana? No era que las parejas escogidas no pasaran la noche separados, Diana lo había hecho en un par de ocasiones, pero para Thorne era la primera.

Se quitó las mantas y sábanas de encima y se puso en marcha. El dolor le partía el cráneo en segmentos dolorosos que casi no lo dejaban pensar. Sentía la boca y la lengua como si estuvieran llenas de arena. La habitación estaba fría y pálida. En un extremo de la cama, el cuerpo ovillado y encogido de Josie no era más que un bulto más entre las mantas y sábanas.

Arrastró los pies desnudos a través de la puerta con la cortina y bajó por un estrecho pasillo hasta el baño. Las instalaciones antiguas lo confundieron, como habían hecho la noche anterior, pero logró aliviarse y echarse agua fría en la cara. Cuando pasó por allí la noche anterior por la misma razón había abierto la puerta que no era.

Dada la distribución del piso, la habitación con la que se había topado debía haber sido pensada como un vestidor. Había cerrado la puerta rápidamente y se había marchado, pero lo que había visto con la luz del pasillo, lo que había llegado a su mente en aquel momento, regresó para perseguirlo.

De camino de vuelta por el pasillo Thorne se paró delante de la puerta y la abrió por segunda vez.

No, no había sido una alucinación...

Aunque habría deseado que no fuera así, su percepción de borracho no había sido equivocada.

Las paredes de la habitación estaban llenas de libros del suelo al techo, había tantos libros como en el salón, sin embargo, no era eso lo que le dio escalofríos. Unos escalofríos que no tenían nada que ver con que estuviera desnudo ni con el frío que hacía en el piso.

En una esquina de la habitación, sobre un escritorio de esquina había un pequeño ordenador con una impresora.

Era un modelo antiguo, parecido a uno que habían descartado en el trabajo hacía diez años por su inexplicable tendencia a caer en largos periodos de espera. Aquel modelo parecía ser de aquella época. El teclado estaba tan usado que algunos de los caracteres de las teclas se habían borrado. Pero, a pesar de la calidad o estado del

equipo, no tenía que estar en una casa de un barrio bajo.

Aquellos que no aprenden de la historia están condenados a repetirla. Una cosa que sí que hemos aprendido, los cimientos filosóficos en los que se basan todas las leyes de la ciudad estado, es que hay libertades positivas y libertades negativas. Algunas sociedades del pasado intentaron garantizarles a sus ciudadanos una libertad casi total. Ese ideal puede ser admirable desde un punto de vista teórico, pero, hasta que se perfeccione la especie humana, cualquier sistema de tales características está condenado al fracaso. En el mundo moderno hay tecnologías tan poderosas, que su uso inadecuado por parte de un miembro anómalo de su sociedad puede causar una catástrofe para todos. Por eso la posesión de ordenadores personales, a excepción de para los miembros de más alto nivel de las profesiones togadas, se ha clasificado como una libertad negativa y se ha prohibido en la ciudad estado desde sus inicios.

Las otras infracciones de la ley de la ciudad estado por parte de Josie, libros, plantas, prostitución, consumo de drogas no registradas y de bebidas alcohólicas de contenido prohibido, eran delitos menores comparados con aquello. Thorne acababa de meterse en un delito grave, que conllevaba penas importantes.

Su deber como ciudadano era informar de la existencia de una unidad ilegal a la comisaría de guardianes local. Su condicionamiento primario debería haberlo forzado a hacerlo de manera obligatoria. Sin embargo, cuando se le ocurrió, lo hizo de manera compulsiva y fastidiosa. Thorne sabía que se resistiría y no informaría de nada.

Si hubiera ido en persona a la comisaría de guardianes, tendría que haber explicado qué hacía él en una casa del barrio bajo. Si informaba del delito de manera anónima, seguiría siendo una traición hacia DeLyon y Josie, una traición que se dio cuenta no estaba listo para llevar a cabo. De manera inexplicable, la lealtad personal que sentía hacia dos individuos que apenas conocía estaba demostrando ser más fuerte que su lealtad condicionada a la ciudad estado. Otro aspecto sorprendente del comportamiento de Richard Thorne para el que no encontramos explicación razonable.

Se metió torpemente en su mono ajustado, comprobó los bolsillos y encontró un rollo de billetes, su propio efectivo. Sacó varios billetes y los dejó en la mesa que había junto a la silla, a la vez que se daba cuenta por primera vez de que Josie había cogido los otros.

Él la mantenía en lugar de denunciarla. Mantener... denunciar. Aquellos dos verbos dispararon una nueva oleada de dolor que le cruzó la cabeza.

Necesitaba un café. O por lo menos un poco de agua.

De nuevo en el pasillo probó con otra puerta y encontró la cocina, que también era demasiado grande para las medidas contemporáneas. Había una lata con una etiqueta en la que ponía café en uno de los armarios, pero la manera de prepararlo en la cocina de Josie sin los electrodomésticos actuales se le escapaba. En su lugar se sirvió un vaso de agua del grifo.

Thorne miró por la ventana más allá de los lúgubres edificios de ladrillo del

barrio bajo y pudo ver las torres de la ciudad. Debía ser un efecto de la luz matinal, la manera en la que salía el sol, pero durante apenas un segundo no pudo percibir el orden de esas torres.

Las percibió como un caos, cubos, conos y bloques verticales abstractos que invadían el sagrado cielo. No quería irse a casa. No quería ir a trabajar. No quería regresar a la realidad del presente.

La puerta del piso al cerrarse la despertó levemente. Tardó unos segundos en recordar quién la cerraba. Entonces se encogió de hombros en su interior. Para empezar no debería haber dejado que Danny la convenciera, pensó. Aquel hombre no era para nada como ella se lo esperaba... y los planes que Danny tenía para él no tenían sentido.

Josie se arrebujó un poco más en la cama y se tapó la cabeza con las mantas para evitar la luz que entraba por arriba. Volvió a dormirse unas cuantas horas más y no se levantó hasta bien entrada la mañana. Nunca se levantaba hasta el final de la mañana o el principio de la tarde. En los meses siguientes le diría aquello a Thorne en más de una ocasión, presumiendo de ello como si estuviera orgullosa de su pereza. «Soy una criatura de la noche. No estoy viva de verdad hasta que se pone el sol». Cuando Josie se levantó, el piso seguía estando helado. El edificio había tenido calefacción central en su día, pero hacía ya mucho tiempo que había dejado de funcionar. El poco calor provenía del horno de la cocina. Josie se sentó en una silla de la cocina con el respaldo recto, se bebió su café matinal encorvada frente al horno al que le había dejado la puerta entreabierta por una esquina para que su calor se extendiera por la habitación.

Llegó a la conclusión de que no era más que otro de los planes de Danny, mal pensado y mal llevado a cabo.

—No solo tienes que seducir su cuerpo —le había dicho Danny—. También tienes que seducir su mente. Entonces su corazón irá detrás.

—Pero ¿por qué? ¿Para qué quiero yo su corazón?

—Porque podemos utilizarlo. Créeme, está preparado para que lo cojan.

—Para que lo cojan, ¿para qué? Utilizarlo, ¿cómo?

—Plan número uno —le anunció Danny mientras levantaba un dedo junto a su cabeza—. Es tu billete para salir de aquí. Se enamora de ti y te pide que seas su pareja. Puedes tener todos los derechos de un ciudadano sin tener que pasar ninguna prueba ni someterte al condicionamiento. Puede significar tu seguridad para el resto de tu vida.

—Creía que ya tenía pareja.

—Las parejas se pueden disolver. Pasa a diario.

—Pero, supón que yo no quiero emparejarme con él. Supón que no me gusta. Supón que yo no quiero vivir como un ciudadano.

—¿Quieres pasarte aquí el resto de tu vida?

—No está tan mal. Por lo menos tengo libertad para moverme por donde quiero. No estoy metida en una lata de sardinas con otros seiscientos ciudadanos trabajadores.

—Sí, ya —la censuró Danny—. Tienes libertad para moverte por donde quieras, vale. Libertad para congelarte en invierno y asarte en verano, libertad para tener miedo de salir a la calle por la noche. Para preocuparte de cómo vas a gastar cada billete. Para preguntarte cuándo va a aparecer un lunático, te va a violar y te va a matar. Para preocuparte de lo que pasará y de adónde irás cuando tiren el barrio bajo y echen abajo este edificio. Cosa que va a pasar algún día. Sabes que será así.

Josie suspiró desde lo más profundo del pecho.

—Supongo que hay un plan número dos.

Con Danny siempre había un plan número dos. Al igual que su personalidad, el proceso de pensamiento del hombre también era bipartito. Como si hubiera dos respuestas para cada pregunta que a pesar de ser contradictorias fueran igualmente válidas.

—Plan número dos —anunció Danny tal y como ella sabía que lo haría. Le sonrió, encantado con su propia inteligencia, y levantó dos dedos como haciendo el gesto de la victoria. A la vez abrió la palma de su otra mano y dejó ver un aparato de grabación de tamaño diminuto—. Grabamos vuestros encuentros y le amenazamos con enseñárselos a su pareja si no nos paga. Seguro que puedes conseguir que se queje de su pareja, que diga cosas que no quiera que ella oiga.

—Te refieres a chantajearlo. No creo que pueda hacerlo. No está bien.

—Pero es un profesional. Creía que odiabas a los profesionales. —El hecho de que el propio DeLyon era un profesional parecía habersele olvidado. El hecho de que Josie odiaba a los profesionales y era poco probable que quisiera emparejarse con uno parecía haber sido obviado en el primer plan.

—Y los odio —dijo Josie—. Odio lo que representan. Odio el código deshumanizado por el que se rigen y según el cual viven, la manera en que le rinden pleitesía a la ciudad estado como si fuera una especie de religión ultramoderna. Cómo fingen mirar por el bien de los demás cuando lo único que les importa son ellos mismos, todos intentan adelantar y no...

—Es suficiente —la interrumpió Danny.

—¿Qué quieres decir?

—Es tu padre el que habla, no tú.

—¿Y qué pasa si lo es? Eso no quiere decir que no tenga razón.

—Razón o no, no importa. Esto no es una revolución. Nunca va a haber una revolución. Así que, ¿de qué sirve la retórica revolucionaria? Ya he oído tonterías de esas suficientes para toda una vida o más. Recuerda que ese hombre también me crio a mí. Lo que nos tiene que preocupar es lo que hay aquí y ahora. Y si odias a los profesionales, no debería molestarte aprovecharte de uno.

Por fin había cedido, como solía hacer ante la insistencia de Danny.

—Vale, vale. Conoceré al hombre. Pero no te prometo nada.

—Una cosa más. —Danny miró a su alrededor, a todos los libros tirados y la cama sin hacer—. Arregla esto antes de que venga.

Así que había arreglado el lugar. Había escondido la grabadora en las ramas más altas de un rododendro de doble hoja y se aseguró de que funcionara antes de que él llegara. Pero el hombre resultó ser muy diferente a lo que ella imaginaba. Era ingenuo y amable, y no frío y duro como la imagen que ella tenía de un profesional de la ciudad estado. Como ella, era más producto de las circunstancias que del cálculo. Y ahora nada de aquello tenía el menor sentido. Tendría que decirle a Danny que se cancelaba todo aquello. No tenía ninguna intención de chantajearlo. En cuanto a lo de emparejarse con él, ya había asustado al hombre hasta ponerle los pelos de punta con todo lo que le había dicho. Más que seducir su mente, la había mandado a paseo. Tenía todas las posibilidades de no volver a verlo en la vida. Ya había probado el peligro, había tenido su pequeña aventura. Ahora ya podía regresar a su vida segura con su pareja y su cortesana de los salones semanal. Y ella podía volver a...

La puerta del horno se abrió, las bisagras no estaban cerradas en absoluto, y golpeaba al abrirse y cerrarse; Josie se sobresaltó, salió de su ensimismamiento y derramó lo que le quedaba de café en la bata.

—¡Maldita sea! —dijo en alto. Había días en que todo lo que la rodeaba parecía venirse abajo.

El ciberescáner de Josie presenta el clásico patrón de la anomalía. El tallo de su flor está compuesto de hilos y es irregular. La corola está muy aplastada y muchas líneas presentan ángulos fuertes hacia el final del cubo. Como en muchos anómalos, sus nodos brillan intensamente y están claramente definidos, aunque carece de cualquier elemento socialmente positivo.

El factor primordial de su personalidad era uno negativo, una rebelión constante y sin sentido contra la autoridad que había heredado de su padre. A diferencia de su medio hermano, no había manera de que lo pudiera ocultar para pasar los exámenes de personalidad estándar para conseguir la ciudadanía. Una vez se presentó a las pruebas ante la insistencia de Danny e incluso con su preparación falló de manera lamentable. Si tenía alguna esperanza de ser ciudadana necesitaría un condicionamiento completo.

Josie estaba atrapada en lo que los antiguos llamaban una «situación sin salida», término derivado de una novela popular del siglo xx, un libro lleno de personajes increíbles y acontecimientos ridículos. Aun así, el término era muy exacto al aplicarse a Josie. La desviación que la poseía, su negativa a aceptar cualquier tipo de autoridad, evitaba que aceptara el condicionamiento que la curaría de esa misma desviación.

De vuelta en el salón, Josie quitó la grabadora de donde la había escondido. Sacó el chip, lo dobló hacia delante y hacia atrás varias veces, y después lo partió entre los dedos, tras lo que se felicitó a sí misma por su integridad. Si tenía pocas cosas, al menos tenía eso.

Sin embargo, lo que había hecho no tenía nada que ver con la integridad. Representaba otra pequeña rebelión contra la autoridad. Esta vez se trataba de la autoridad de su hermano mayor.

La explanada que hay frente al complejo gubernamental Delta es una de las más amplias y hermosas de su clase que hay en todo el sector. Las extensiones de dichondra y trébol, los arbustos de berberís, boj y ligustro, todos perfectamente atendidos y verdes a lo largo de todo el año. Estatuas a tamaño natural en honor de los distintos oficios y profesiones adornaban los jardines. Numerosas fuentes colocadas decorativamente que alimentaban pequeños arroyos que crean la ilusión de estar en un entorno natural. En primavera florecían flores reales: rosas, lirios, caléndulas, geranios. Los colores son magníficos y los aromas se mezclan para tornar fragante el aire.

La explanada queda muy claro que no es una zona de esparcimiento. Las tierras que hay más allá de los caminos quedan resaltadas por una altísima verja de hierro y permanecen invioladas. Los guardianes se ocupan de ello. De todas maneras, los caminos legales están bien situados y están llenos de bancos para que todos los ciudadanos lo puedan disfrutar y puedan relajarse allí.

Allí, los días entre semana a mediodía, podemos encontrar a Richard Thorne almorzando junto a otros cientos de empleados gubernamentales. En las últimas semanas, podíamos encontrar a su nuevo amigo, Daniel DeLyon junto a él, con un tablero de ajedrez entre los dos programadores, mientras pasaban la hora de la comida juntos. El día siguiente a su encuentro con Josie no fue una excepción.

Thorne pasó la mañana como un hombre en trance, simulaba ser su yo normal, las cifras de la pantalla se le emborronaban frente a los ojos. Después de abandonar el piso de Josie había intentado llamar a Diana, pero había interferencias en la línea y no logró conectar.

En la oficina, la resaca continuó persiguiéndolo. Tenía la mente repleta de multitud de pensamientos e imágenes confusas, casi todas de las cuales implicaban a Josie de una u otra manera. Tan pronto como se encontró a DeLyon en la explanada no pudo reprimirse más.

—Quiero verla de nuevo —anunció.

—¡Ahora no! ¡Cállate! Te toca mover a ti.

DeLyon había terminado de colocar el tablero. Se había cogido las piezas blancas

para él sin preguntar y ya había avanzado su peón del rey. Entonces movió los ojos hacia el edificio que tenían enfrente a modo de advertencia. Thorne movió hacia delante un peón al azar antes de levantar la vista.

Al otro lado había un parterre y una pequeña extensión de hierba, Sol Thatcher estaba sentado solo en un banco y comía el almuerzo que llevaba en una bolsa de plástico.

Thatcher era un hombre grande y panzudo, de mediana edad, rubicundo y que empezaba a quedarse calvo. A pesar de que Thatcher era supervisor, G-16, Thorne siempre lo había percibido como un personaje patético. No tenía muy clara cuál era la función de aquel hombre en su unidad, qué era lo que supervisaba exactamente. La mayor parte del tiempo ni siquiera estaba en la oficina. Pero a Thorne no se le podía ocurrir ni por asomo que Thatcher fuera un guardián. Y si lo era, ¿cómo podía saberlo DeLyon?

Entonces se acordó del terminal que había en casa de Josie.

En el momento que se le pasó ese pensamiento por la cabeza y se percató de su importancia, las implicaciones fueron asombrosas.

El terminal no era de Josie... ¡le pertenecía a DeLyon!

De alguna manera su amigo lo había escamoteado de la oficina pieza a pieza y lo había montado en casa de Josie. Y ahora DeLyon se metía en la red de la ciudad para leer documentos del Gobierno... ¡puede que hasta para cambiarlos! Esa era la única manera de que supiera que Thatcher era un guardián. También quería decir, el corazón se le salía del pecho a Thorne, que el piso de Josie tenía muchas posibilidades de estar bajo vigilancia. Para su propio y pasmado asombro, no le importó.

—Quiero verla otra vez —repitió en voz más baja—. El próximo martes por la noche.

—Ya te dije que no lo lamentarías. —DeLyon chasqueó la lengua a modo de recriminación—. No podemos hablar de esto aquí. ¡Ahora no! —Movi6 la cabeza hacia delante y hacia atr6s, con mucha rapidez, menos de un cent6metro en cada direcci6n—. Juguemos, nada m6s. Atiende al juego. Te toca mover otra vez.

DeLyon a veces se pasaba diez minutos en absoluta concentraci6n antes de tocar una pieza. Por el contrario, siempre presionaba a su contrincante para que moviera. O parloteaba incesablemente acerca de cualquier cosa durante el turno de su oponente. La 6nica vez que Thorne se lo hizo ver, DeLyon apenas si se encogió de hombros. Dijo que lo consideraba una estrategia legítima del juego. Se lanzó a darle una charla acerca del asunto, recalcando que la mayoría de las reglas de los juegos, incluyendo sus estrategias no se encontraban en los libros.

A pesar de las variadas tretas de DeLyon, Thorne había descubierto que si se concentraba completamente y ponía toda su lógica y su energía creativa en el juego era capaz de ganar a DeLyon en los primeros veinticinco movimientos y provocar una resignación petulante a su amigo. Cuando no lograba hacerlo, cuando permitía que su

mente se separara de los intrincados e inmutables caminos del tablero, su posición quedaba comprometida enseguida. DeLyon, lento y metódico, falto de genio estratégico pero sin cometer errores tácticos, acababa con él en cuestión de minutos, aunque aburridos. Sus partidas más largas terminaban con un tedioso enfrentamiento sin fin entre peones. No importaba las veces y maneras en que Thorne contara los cuadrados, a Thorne siempre le faltaba uno para convertir por arte de magia un peón en una reina.

—El martes que viene por la noche —insistió Thorne—. Antes si es posible. Necesito verla de nuevo. —Podía detectar un cierto tono de súplica en su voz. Adelantó otro peón.

—¡Vale! ¡Vale! —siseó DeLyon—. Veré lo que puedo hacer. Puede que esté ocupada, ya sabes. Tiene otros compromisos. Y vas a tener que ser tú el que le pague de ahora en adelante.

Thorne sintió como si le hubieran echado encima un cubo de agua fría.

A pesar de que ya lo sabía, aunque ya se sabía con las prostitutas, pensar en Josie con otros hombres, su sonrisa, su voz, el tacto de sus manos, hizo que se despertara en él una súbita ira. Tan fuerte que por un momento le dio la sensación de otorgarle poder. Pensó que cualquier cosa era posible. Si quería a Josie lo suficiente, si la quería toda para él, encontraría la manera de tenerla.

Por una vez DeLyon movió con suavidad, resbaló su reina blanca por una diagonal negra hacia el lado derecho del tablero.

—El mate del loco —proclamó con una gran sonrisa a la vez que se balanceaba hacia delante y hacia atrás y se aplaudía a sí mismo, felicitándose.

Thorne bajó la vista para observar la clásica posición de libro.

Su sensación de poder se desvaneció con la misma rapidez con la que había llegado. Le dolía la cabeza y la vista se le nublabá. Parecía como si el estómago se le quisiera subir al pecho y lo estuviera consiguiendo. En algún rincón de su cabeza, una vocecita llevaba toda la mañana repitiendo: *Denuncia el terminal ilegal... denuncia el terminal ilegal... terminal... terminal... terminal...*

—¿Quieres jugar otra partida? —le preguntó DeLyon—. Todavía nos queda tiempo. Yo llevo las blancas porque he ganado.

Sin esperar una respuesta, su amigo volvió a colocar las piezas en sus sitios de partida. Thatcher pasó su mirada por donde estaban sin fijarse en ellos o saludarlos. Depositó su bolsa vacía en una papelera cercana.

—Disculpa —dijo Thorne—. Creo que voy a vomitar.

Aquella noche tuvo que enfrentarse a Diana. En una llamada breve por la mañana se la había quitado de encima diciéndole que era demasiado complicado y se puso a pensar desesperadamente en lo que le iba a contar.

Cuando llegó el momento, y se vio entre la espada y la pared, Thorne volvió a

sorprenderse a sí mismo, y volvió a sentir un leve resurgimiento del poder que había sentido por la mañana, e improvisó un complejo cuento acerca de una mujer que habían conocido DeLyon y él en el tren subterráneo a su regreso del partido de fútbol. Era tan agresiva que se había negado a dejarlo en paz hasta que no le dijera que la acompañaría a casa. Le dijo que el corte que tenía en la mano era un mordisco que le había dado la mujer.

—Era más que apasionada —mintió Thorne—, era como una maniaca. —Pensó en Josie. No podía dejar de pensar en Josie—. Créeme —volvió a mentir—, siento mucho que todo esto haya pasado.

Diana se enfadó al principio... ¡pero lo creyó! Tenía amigas que eran así. Veían lo que querían e iban a por ello. Después de todo, no tenía ninguna razón para no creerlo. ¿Qué iba a tener su pareja que esconderle? Lo que sí hizo fue hacerle prometer que llamaría antes si le volvía a pasar algo parecido. Así ella no se preocuparía.

Thorne estaba tan cansado que se fue a la cama después de cenar. Se sentía listo para dormir el sueño de los muertos. Pero los sueños no dejaron de acosarlo, o más bien un único sueño muy elaborado, el primero de una serie de fantasías nocturnas que se iban a quedar grabadas a la fuerza en su conciencia e iban a plagar sus horas despierto en los meses siguientes.

En el sueño, él jugaba al ajedrez en un tablero gigante. No jugaba, sino que participaba, esperaba a que comenzara la partida. No era ninguna partida corriente. Todas las piezas estaban vivas y no dejaban de hablar las unas con las otras y se paseaban por el tablero sin importarles las casillas por las que se supondría que deberían moverse. Thorne tenía la responsabilidad de que se respetaran las reglas del juego, pero cada vez que consultaba el libro de reglas, las letras impresas o se volvían borrosas y no podía leerlas, o estaba escrito en una lengua que no había visto antes. A la vez sabía que si pudiera descifrar las reglas, todas y cada una de las sílabas, y de todos y cada uno de los signos de puntuación, tampoco cambiaría la cosa. Las reglas de verdad no estaban en el libro y él jamás las podría entender por completo.

Diana, con sus ojos esmeralda y actitud imperiosa, era la reina blanca. Josie, con sus descarados ojos ámbar, almendrados y vulnerables, era la reina negra. DeLyon se materializó como un supercaballo que podía saltar en todas las direcciones, que podía aparecer y desaparecer a voluntad, siempre con un terminal bajo el brazo, siempre sonriendo y guiñando el ojo. En un momento apareció Heather, muy borracha, con una bata color crema que dejaba sus piernas al descubierto. Unas piernas muy bonitas, todos coincidían en eso, pero no estaba muy claro de qué lado estaba. Sol Thatcher, el alfil, se la llevaba entre lágrimas.

En los movimientos de apertura los dos peones de las reinas avanzaron para enfrentarse el uno con el otro. Thorne se encontró dando vida a ambos peones a la vez. Llevaba un casco con visera y una espada corta, tipo daga. Estaba rígido y atento en el centro del campo de batalla frente a su propio doble blanco y a su propio doble

negro.

OBSESIÓN

EN su segunda visita al piso de Josie, Thorne descubrió quién era ella de verdad. Pensó subir por la escalera de incendios como había hecho con DeLyon, pero después pensó que era una tontería. En su lugar fue por la escalera principal del edificio, era de piedra rojiza y estaba en avanzado estado de deterioro.

Thorne se detuvo en la entrada poco iluminada. En algún momento se había reforzado la puerta de entrada con una plancha de metal que ahora estaba sujeta y suelta por varios sitios. Cuando tanteó el pomo de la puerta, esta sonó por estar suelta por los lados, pero se mantuvo firmemente cerrada. En la pared lateral del hueco había una fila de timbres con números. Los miró a pesar de la escasa luz. La mayoría no tenía nombres encima. De los pocos que sí lo tenían, ninguno decía «DeLyon». Sabía que el piso de Josie estaba en la última planta, pero no recordaba haber visto ningún número en la puerta.

Volvió a mirar los timbres. Tenía que ser uno de los de arriba. Casi seguro que el más alto porque su piso era el último del pasillo. Y lo vio. Era el más alto, el dieciséis, y había un nombre junto a él. Solo que no era «DeLyon»... La pequeña tarjeta blanca en su rectángulo de cobre sucio decía: «J. Jimson». Josie Jimson. No compartía apellido con DeLyon porque solo eran medio hermanos. Ella llevaba el apellido de su padre. Y Thorne se dio cuenta de quién era ella. Josie le había dicho que su padre había estado involucrado en los Disturbios del 37, pero no que hubiera sido su instigador. No le había dicho que era el portavoz en jefe de una organización ilegal conocida popularmente por LAD, sigla de: «Liga de autodeterminación». Thorne no había visto nunca un holograma de Stuart Jimson, aunque sí había visto a actores representar su papel en múltiples holodramas. Por lo general era el mismo actor el que representaba a Jimson, un actor grande con el cabello y la barba descuidados. Un fanático terrorista de ojos salvajes que pedía cosas nada razonables y profería acusaciones no probadas contra la ciudad estado de la clásica manera demagoga.

Jimson había desaparecido en el transcurso de los disturbios. La explicación oficial había sido que sus seguidores se habían vuelto contra él. Que asesinaron a su líder y se deshicieron del cuerpo, que nunca fue identificado en el caos que se produjo. Thorne tenía la sensación de que si la presionaba, Josie le contaría una historia muy distinta. Pero no había forma de saber a quién debía creer.

Entonces entendió por qué DeLyon temía que su hermana estuviera bajo

vigilancia de los guardianes. Thorne reconsideró la opción de la escalera de incendios, pero ya era demasiado tarde. Si estaban vigilando la entrada del edificio, o si tenían una cámara de hologramas, ya lo habrían visto.

Thorne apretó el botón que había junto al nombre de Josie y esperó unos segundos para que lo dejara pasar. No hubo respuesta. Volvió a apretarlo con el mismo resultado.

Se estaba preguntando qué hacer cuando se abrió la puerta del edificio y ella apareció ante él.

—El sistema de apertura no funciona —dijo, a la vez que hacía un gesto hacia la puerta—. No ha funcionado en todo el tiempo que llevo viviendo aquí. —Sonrió, le agradaba verlo. Thorne sintió que se le levantaba el ánimo y le devolvió la sonrisa.

Josie estaba descalza de nuevo y llevaba una ropa parecida a la que le había visto la vez anterior: pantalón ancho y jersey oscuro deformado. Mientras iba detrás de ella, Thorne se volvió a percatar de lo pequeña y delgada que era.

Los holodramas debían haberse confundido, concluyó. No sería la primera vez. No había forma de que Stuart Jimson se le hubiera parecido al enorme gigante que lo representaba. No si era el padre biológico de aquella mujer.

La desintegración de la normalidad de la vida de Thorne, su creciente alienación, su romance con Josie, todo siguió avanzando en las semanas siguientes. La velocidad seguía siendo rápida y cada vez se aceleraba más y se escapaba de su control. Como su amigo DeLyon, Thorne se convirtió en un hombre dividido. DeLyon había llevado esa vida durante décadas. La transformación de programador conservador de la ciudad estado de día, a embaucador charlatán de noche se había convertido en un proceso natural para DeLyon. Para Thorne no era tan sencillo. Sentía como si tuviera la consciencia partida a la mitad, se sentía como un hombre que navegaba por la corriente de un río traicionero que saltaba de un barco a otro en un intento por pilotar ambos. Aun así, Thorne no tenía doble personalidad y no iba a mantener aquella doble existencia mucho tiempo. Aprovechando su propia analogía, estaba a punto de pasar de un barco seguro y cómodo a una barca peligrosa cuyo final sería volcar; iba a pasar de la ordenada y cuerda vida de Richard Thorne a la existencia compulsiva y caprichosa de un hombre conocido por «Rick».

Ya no era un pasado hipotético al que se asía nuestro sujeto en sus momentos de fantasía, sino a un presente real que existía a unas manzanas de su casa y su oficina. Quería estar a solas con Josie, hablar con Josie, hacer el amor con Josie. Seguía yendo a verla todos los martes por la noche cuando Diana asumía que estaba en los salones de expresión. También acudía en cualquier otro momento en que podía, se escudaba en su amistad con DeLyon y en su fingida asistencia a campeonatos de ajedrez y a partidos de diferentes deportes y carreras.

De todas las flaquezas y errores pasados de la humanidad, uno de los más

importantes a nivel personal ha sido el del encaprichamiento, también conocido como «amor romántico». Ahora nos damos cuenta de que tal supuesto amor está basado en la ilusión, en la proyección de deseos y necesidades individuales en la forma de una pareja ideal sobre otro que en realidad puede guardar poco parecido con tal idealización. Una vez que se consume tal supuesto amor debe enfrentarse a la realidad. Es inevitablemente transitorio y una vez que desaparece puede no dejar ningún afecto residual. Si los sentimientos logran sobrevivir, a veces son más negativos que positivos, la proyección de la propia decepción y la propia falta de juicio ante el anterior objeto de deseo.

Thorne aprendió todo esto en la escuela primaria. Se le había advertido contra los peligros del amor romántico y sus consiguientes ilusiones. Había recibido el condicionamiento estándar contra el encaprichamiento y el comportamiento irracional que este implica. Aun así, de nuevo de manera inexplicable, su condicionamiento falló.

La obsesión de Thorne con Josie seguía exaltándolo en las primeras semanas de su aventura. Todas sus percepciones, canalizadas a través de la lente distorsionada de su ardor, estaban exacerbadas. Sus pensamientos e ideas eran indiscutibles y las percibía como verdades reveladoras. Al mismo tiempo, de nuevo igual que DeLyon, el miedo a ser descubierto lo invadía. Ahora que sus excursiones ilegales eran más que un mero pasatiempo ocasional, eran una pasión estable que incluía a una mujer, Thorne sabía que un único movimiento en falso podía echarlo todo a perder. Sentía como si se abriera un abismo ante él y su profundidad fuera infinita. Entonces se convenció de que el abismo estaba en su interior, que había un límite a la caída y que ahí encontraría los cimientos de su persona, su auténtico ser.

Una noche, cuando se marchaba del piso de ella, como si se le acabara de ocurrir, Josie le dijo:

—Toma, ¿por qué no te llevas esto? —Le dio las llaves del edificio—. Así no tendré que bajar a abrirte.

Thorne las cogió como si se tratara de un talismán. Las llevó apretadas en el puño durante todo el camino de regreso. Y desde aquel momento casi nunca se separó de ellas.

Diana Logan se habría dado cuenta de los cambios que se estaban produciendo en su pareja escogida si no se hubiera estado ocupando de los cambios inesperados que estaban teniendo lugar en la suya. No mucho después del primer encuentro de Thorne con Josie, Diana regresó a su cubículo tras la hora del desayuno para encontrarse con que la luz de su correo del ordenador parpadeaba. Cuando llamó para conocer el mensaje al principio se sobresaltó... después se complació y excitó.

El Director Willem Coopersmith solicita su presencia

para un almuerzo en su despacho a las 12.00 horas.

La carrera de Diana había ido progresando a paso continuo, rápido para la mayoría de los estándares, pero no lo suficiente como para satisfacer su ambición. Por fin parecía que su dedicación iba a darle sus frutos de manera sustancial. Un almuerzo en el despacho del director tenía que significar un ascenso o al menos una mención.

Coopersmith era la mayor autoridad en lo que se refería a proyectos arquitectónicos en el sector Delta, una leyenda viviente en su campo. Era frecuente encontrar su nombre en los libros de texto que usaba Diana cuando estaba en los cursos de postgrado. Aunque todavía era joven, había participado en el diseño y construcción de algunos de los edificios y monumentos más famosos de la ciudad estado. La fuente de Severin. El museo de Historia No Natural de forma circular, en el que se muestran en cuadros con hologramas cambiantes los errores cometidos por la humanidad a lo largo de los años. El pesado, pero no por ello menos alto Centro Delta de Condicionamiento, donde se hacían ciudadanos modelos de aquellos que eran anómalos o inadaptados. Coopersmith había cumplido el sueño de todo profesional al cruzar lo que a menudo se conoce, aunque no en público, como: «La barrera de la Realeza».

Como la superioridad genética tiende a tener mejor descendencia, la mayoría de las profesiones de uniforme suelen ser para los hijos e hijas de profesionales ya uniformados. Aun así, Coopersmith había superado sus orígenes humildes. Se había destacado entre los arquitectos, había logrado una categoría fundamental y ahora llevaba la toga azul de planificador de la ciudad.

Diana había visto hablar al director en numerosas ocasiones, inauguraciones de edificios, funciones sociales profesionales, el banquete promocional anual, pero aun así no había conocido formalmente al hombre ni intercambiado más que un mero «buenos días» con él. Por lo que ella sabía, Coopersmith no sabía ni que existía. Ella no era más que otro de los anónimos diseñadores que trabajaban bajo sus órdenes. Al menos hasta entonces.

Diana especuló acerca de qué otras lumbreras estarían en el almuerzo. ¿Directores de otros sectores? ¿Arquitectos famosos? Seguramente no mucha gente ya que el almuerzo era en el despacho de Coopersmith y no en una sala de conferencias. Había muchas posibilidades de que pudiera hablar con el director, una posibilidad de marcar más tantos de lo que ya tenía a la vista. Comenzó a planear lo que diría.

Diana se pasó lo que quedaba de mañana frente al espejo del lavabo, retocándose el pelo y el maquillaje. Pensó en pintarse las uñas, pero decidió que no era el momento. Sí que dejó a un lado los zapatos de diario y se puso unos de tacón más alto que tenía en su mesa por si se presentaba una ocasión especial.

Diana estaba nerviosa. Al mismo tiempo se sentía muy segura de sí misma. A diferencia de su pareja escogida, la confianza en sí misma nunca había sido un

problema para ella. Siempre había tenido suficiente para los dos.

Inspirado por los libros ilegales de Josie, que se había acostumbrado a leer mientras su amada dormía a su lado, Thorne empezó a escribir un libro propio. Lo cierto es que no era más que un diario, plagado de apuntes acerca de sus nuevas experiencias y observaciones. Estos apuntes, con el tiempo, adquirirían las proporciones de un libro modesto. No tendría sentido alguno reproducir tal compendio de ilusiones y falsas ideas perturbadas y mal pensadas de manera íntegra. Las acciones de Thorne pronto comunicarían más que sus palabras. Sin embargo, merece la pena mencionarlos. Sus primeras anotaciones eran personales y fragmentadas.

En mi interior siento como se levantan vapores desde lo más profundo de mi ser. Adquieren forma cuando me enfrento a ellos: la necesidad de amar y ser amado, la necesidad de libertad sin restricciones para afirmarme a mí mismo, mi individualidad, aunque sea anómala para los estándares de la época. ¿De qué sirve una sociedad si encierra en nuestro interior la parte más básica de nuestro ser?

No estoy seguro de por qué registro estos pensamientos. A no ser que sea para aclararlos en mi propia mente y darle un orden a la confusión que se apodera de mí.

Más adelante su voz adoptaría el tono de un proyecto de filósofo político. Conforme crecía su alienación, conforme se iba despojando de su condicionamiento se convertiría en más comunicativo y visionario.

La burocracia y sus interminables reglas, lo que las sociedades del pasado veían como un mal estructural necesario, se ha convertido en nuestra forma de vida. En nuestro mundo se han curado o controlado la mayoría de las enfermedades. La guerra se ha convertido en algo del pasado así como las hambrunas. Sin embargo, de muchos modos, nuestra especie se ha reducido a sí misma a un estado de existencia parecido al de sus una vez muy lejanos hermanos insectos.

Más especulaciones trilladas para seguirle los pasos a una psique angustiada. Cualquier guardián cualificado de la menor graduación se habría podido percatar de que este diario era una válvula de escape secreta para Thorne, otra manera de poder rebelarse sin repercusiones. Cada vez con la mente más cerrada y más subjetivo en lo que se refería a sus propias acciones, habiendo abandonado su entrenamiento de objetividad, Thorne no logró percatarse de esto. Había ya traspasado y por mucho un punto después del cual ya no podría volver a enfrentarse a sí mismo de manera objetiva nunca más.

Las plantas más altas eran un santuario al que los trabajadores corrientes rara vez accedían. No estaban en la lista del directorio del edificio y para llegar a ellas había que cambiar de ascensor y pasar por el puesto de un centinela. En aquel día y época, cuando la paz y la armonía reinaban en la ciudad estado, era una precaución

innecesaria, un vestigio de cuando proliferaban los actos de terrorismo. El guardia del puesto de centinela comprobó el nombre de Diana en la lista. La miró atentamente de arriba abajo antes de darle una pequeña tarjeta de plástico.

—Solo tiene que seguir los pitidos —le dijo—. No vaya a ningún otro lugar o se disparará una alarma.

La iluminación de la planta superior venía de unos paneles enormes que había en el techo y en las paredes. No había ninguna sombra en ningún lugar. La luz tenía una cualidad dominante que mostraba todos los objetos con claridad aunque a la vez era suave y difusa. La moqueta era tan gruesa que a Diana se le hundían los tacones a cada paso.

Lo primero que vio al salir del ascensor a un ancho recibidor fue un modelo holográfico del sector Delta. Conforme pasaba cerca se maravilló con sus detalles. Todo estaba actualizado. Los edificios que se estaban construyendo. Las pasarelas se movían y las luces brillaban en las ventanas de las oficinas. Diana se dio cuenta de que no era una grabación que se repitiera de una determinada manera, sino un holograma en tiempo real. Cuando las nubes pasaron frente a una de las ventanas, Diana lo pudo ver reflejado en el modelo que tenía ante ella.

Más allá de la exposición había maceteros grandes con plantas vivas a lo largo del pasillo. Una mujer inferior, quizá se habría sentido intimidada por un entorno tan lujoso, pero, sin embargo, Diana se sintió allí como en casa de inmediato. En lo más profundo de su corazón, ella sabía que era allí donde ella pertenecía.

El pasillo se bifurcaba en numerosas ocasiones, pero con la tarjeta que pitaba suavemente no había problema para encontrar el despacho de Coopersmith. En una antesala grande y suntuosamente amueblada la recibió la secretaria personal del director, una mujer baja y fornida con el pelo rojo brillante, cuya fría eficiencia y mirada aún más fría le hicieron sentir escalofríos. Diana se la devolvió con su propia gélida mirada. Al fin y al cabo, aunque la mujer tuviera un despacho cinco veces más grande que su cubículo, no era más que una secretaria de alto nivel.

Una vez que la hubieron hecho pasar al santuario de Coopersmith, Diana se llevó la segunda sorpresa del día. La habitación era lo suficientemente grande como para albergar varios almuerzos... ¡y varias salas de conferencias! Había agrupaciones de muebles caros por todo el suelo. Hologramas gigantes de una claridad excepcional, no con eslóganes, sino con escenas de la naturaleza que se desarrollaban por las paredes que estaban cubiertas de madera de verdad. Pero no fue la habitación lo único que la sorprendió, sino que también lo hizo el hecho de que no hubiera ningún preparativo para ningún almuerzo. Y que aparte del director y de ella misma, no había nadie más presente.

Coopersmith estaba de espaldas a ella, miraba por una ventana que ocupaba toda una pared del techo al suelo. La dejó que se moviera nerviosa unos segundos antes de darse la vuelta para que se vieran.

—Siéntate, querida.

Era un hombre alto y fornido que aparentaba cincuenta y pocos años. Diana sabía que tenía al menos diez años más. El poco pelo que le quedaba era blanco grisáceo y lo llevaba muy corto. Una frente ancha y una nariz prominente le daban a su semblante una apariencia asombrosa y casi maligna. Coopersmith llevaba una toga azul claro bordada con intrincados dibujos geométricos. Una cinta azul más oscura se le ceñía a la cintura y brillaba con unas borlas doradas.

Diana estaba a punto de elegir una de las sillas que quedaban enfrente del escritorio de Coopersmith, que era grande y oblongo, cuya superficie había sido hecha con una sola pieza de madera color cereza, pero el director ya había salido de detrás de su escritorio y le había hecho un gesto para que lo acompañara a un sofá que había en un lateral de la habitación. Diana se dio cuenta de que allí la moqueta era incluso más gruesa que en el pasillo. Los tacones altos habían sido un error. Notó como se tambaleaba levemente. Sintió, o se imaginó que podía sentir, los ojos de Coopersmith en la espalda.

El director se acercó a ella y la miró de arriba abajo. La miró expectante durante varios segundos antes de decir nada.

—No me reconoces, ¿a que no?

—Oh, claro que sí. Usted es el director *senior* Coopersmith. —Diana estaba a punto de continuar, de soltarle todo el discurso que había ensayado antes. Quería decirle al director lo mucho que admiraba sus diseños, lo mucho que deseaba conocerlo, pero la manera en que la miraba el hombre le hizo dudar.

—No es eso a lo que me refiero, querida. —Coopersmith le sonrió y se metió las manos entre los pliegues de la toga. Sacó una pequeña flauta de plata, se la puso entre los labios y se puso a tocar un par de notas vacilantes y entrecortadas.

—¿Teatro? —exclamó Diana alarmada.

Las conversaciones de Richard Thorne con Diana estaban limitadas tanto en temas como en campos. Cada vez que hablaban de algo serio, se enganchaban en la misma cúspide: la excesiva naturaleza crítica de Thorne.

Por el contrario, Josie alentaba tal naturaleza. Rick y Josie hablaban de todo, de lo más trivial a lo más sublime. Una vez lograda la seducción de su cuerpo, la seducción y secuestro de su mente seguía su curso. Lo supiera o no, Josie era una maestra en sofistería, en hacer que las conclusiones más atroces resultaran sensatas. Recordaba las paparruchas revolucionarias de su padre y llevaba a Rick a entrar en conversaciones que supuestamente demostraban todos los errores de la ciudad estado.

—¿Cuánto duraba la semana laboral cuando eras pequeño? ¿Cuántas horas trabajaban tu padre y tu madre?

—Una semana normal. —Thorne se encogió de hombros—. Unas cuarenta horas, supongo.

—¿Y cuánto dura ahora?

—Se supone que son cuarenta, pero suelen ser más. Siempre hay muchas cosas que hacer.

—¿Pero es que no hemos avanzado tecnológicamente en los últimos veinte años? ¿Aparatos para ahorrar trabajo? ¿Máquinas y cadenas de montaje automáticas que permiten que hagan falta pocas personas para realizar el trabajo de cientos de ellas? ¿La semana laboral no debería ser más corta en lugar de más larga? ¿No deberías tener más tiempo libre que tus padres?

—Pero nuestros objetivos son diferentes —le explicó Thorne—. Nosotros tratamos de obtener más logros que ellos entonces. Seguir elevando el nivel de vida. Asegurar el Futuro Cercano y esforzarnos por crear un Futuro Perfecto. —Se dio cuenta de que sonaba como los carteles que había en las paredes de su oficina. A pesar de su propia falta de satisfacción con la ciudad estado, cuando se enfrentaba con Josie se encontraba con que la defendía a menudo.

—Entonces, ¿de qué sirve tanta tecnología si lo único que hace es generar más trabajo? Yo creía que se suponía que nos tenía que librar de las tareas pesadas.

Ni Richard ni Rick tenían una respuesta para aquello. No era buen rival cuando se trataba de una discusión. La retórica de ella podía atarlo con nudos muy fuertes y luego desatarlo para ventaja suya.

Y otra vez:

—¿Se te ha ocurrido alguna vez que el trabajo que realizas no tiene significado? ¿Qué es lo que hacen con todas esas estadísticas?

—Las publican en informes.

—¿Informes para qué? ¿Informes para quién? Solo quieren tener a todo el mundo ocupado para que no puedan pasar mucho tiempo pensando. Y cuando no estás trabajando intentan llenarte la vida con tonterías. Insignificantes rivalidades deportivas, entretenimientos insulsos, los últimos modelos para lucir y las últimas modas para llevar. Es una esclavitud fácil y suave, pero de todas maneras estás encadenado. Las decisiones de verdad están fuera de tu alcance.

Esta discusión es tan absurda que casi no merece respuesta alguna. Sin duda Josie pensaba que era mejor que nuestros ciudadanos se pasaran el tiempo teniendo relaciones sexuales ilegales, leyendo libros censurados, consumiendo drogas nocivas, durmiendo hasta el mediodía y sin contribuir en absoluto al bienestar general.

—De lo que no te das cuenta —prosiguió ella, mientras miraba con dureza a Rick, que titubeaba—, es que la ciudad estado es tu enemigo. Representa intereses especiales, y a no ser que seas parte de tales intereses, lo único que quiere es utilizarte. Bajo el disfraz de libertad alberga una especie de paternalismo sofocante. Decide lo que es bueno para nosotros y lo que no lo es. Prefiero tomar mis propias decisiones y cometer mis propios errores.

Y otra vez más. No le bastaba que le pagara más que bien por el tiempo que pasaban juntos, tenía que seguir machacándolo, metiéndole sus pensamientos en la cabeza.

—¿Y qué hay de los incidentes de destrucción? ¿Cómo los explica tu perfecta ciudad estado?

Josie se refería a las raras ocasiones en las que determinados individuos parecían inexplicable o repentinamente cometer un acto suicida de uno u otro tipo y a su paso herían y mataban a otros ciudadanos y terminaban suicidándose.

Por una vez el haber estudiado historia aventajó a Richard.

—Es porque todavía no somos perfectos —le dijo—. Casi todas las sociedades han producido fanáticos destructivos de un tipo u otro. Es una anomalía del comportamiento que todavía no se ha resuelto. Además, no ocurre con mucha frecuencia.

—Con más de la que tú crees. —Josie asintió a sabiendas, con el único conocimiento de los meros rumores insustanciales del barrio bajo—. Los esconden siempre que pueden.

No mucho después de tales conversaciones, los pensamientos extremistas de Josie se hicieron su hueco en el diario de Thorne, transformados y digeridos, pero con su origen muy claro menos para el hombre que los escribía, que creía que descubría visiones muy profundas.

Alentada por las historias de terror que le contaba Heather, Diana albergaba un miedo atroz a que una de sus aventuras de los martes por la noche la siguiera hasta su vida cotidiana e irrumpiera en su pareja y su carrera. Los hombres podían ser tan ridículamente apasionados y obsesivos con las cosas, en particular con el sexo. Ahora su miedo se había convertido en realidad. Pero no era un hombre cualquiera el que iba detrás de ella. Coopersmith no iba solo uniformado, sino que era uno de los miembros más influyentes de su profesión, un hombre que podía asegurarle o destrozarle la carrera. Allí había peligro, aunque también había posibilidades. Y estaba segura de que de alguna manera podía sacar alguna ventaja.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Cómo supiste quién era?

Coopersmith sonrió.

—La máscara dérmica puede ocultar las pecas de tu rostro, querida —dijo con entusiasmo mientras se sentaba a su lado en el sofá—. Pero no las de tus brazos. No las de tus piernas. Las pecas tienen patrones que las diferencian.

—Asumo que te gustan las pecas.

De cerca, con la luz penetrante de la sexagésima planta, Diana pudo observar que el director llevaba maquillaje. Cuando se inclinó hacia ella, su rostro reveló todas sus seis décadas y alguna más. Era casi un viejo. Con facilidad lo suficientemente mayor como para ser su padre, y puede que hasta su abuelo.

—¿Que si me gustan? —preguntó retóricamente Coopersmith—. Vaya, me encantan. Las adoro. Soy un experto en pecas... un gurmé y un glotón de pecas. Y querida, te puedo asegurar que las tuyas son exquisitas. —La sonrisa que partía el

rostro del director era obscena y algo enloquecida. Para entonces ya estaba sentado en el sofá junto a ella y le había puesto una mano en el antebrazo desnudo. Estaba muy claro que lo que había pensado para el almuerzo no implicaba ni sopa, ni ensalada, ni pescado ni ave.

Diana recordaba su encuentro con Teatro con desagradable claridad. Recordaba que cuando se había quitado el mono plateado también se había desabrochado una faja que dejaba ver incluso en aquella relativa oscuridad de la sala de relaciones, los rollitos de grasa que tenía en la cintura. Recordaba cómo había babeado sobre cada centímetro de su piel. Recordaba perfectamente como había sido la propia relación sexual, que por suerte, acabó casi antes de empezar.

Y también recordaba perfectamente cómo después se había ido a casa a toda velocidad a darse una larga ducha caliente.

Como muchos de sus encuentros de los martes por la noche, Diana apenas sí había logrado tolerar el sexo. Para ella lo más atractivo de los martes por la noche no era la libertad sexual, sino todo lo que la precedía, los diversos entretenimientos, la música, la cena, el baile, el coqueteo y las conversaciones vagas, el aire de interludio romántico que prevalecía en la atmósfera de la noche. Le gustaba tanto fingir ser una mujer libre como la continua confirmación de que era una mujer deseable.

Coopersmith subía y bajaba la mano por su brazo. Su respiración se había hecho más pesada y tenía los ojos vidriosos. Diana se volvió a fijar en la cara pulsera de emparejamiento que llevaba en la muñeca. Alargó la mano y le levantó la mano a Coopersmith quitándosela de encima y sujetándola entre las suyas.

—¿Tu pareja escogida tiene pecas? —le preguntó.

—¡Mi pareja escogida! —exclamó, a la vez que salía del trance—. ¿Qué tiene que ver ella con nada de esto?

—Si no —prosiguió Diana mientras hacía caso omiso de la pregunta del director—, estoy segura de que puedes encontrar multitud de pecas en los salones de expresión. Pecas que podrían satisfacer al más exigente de los gurmés. Más pecas de las que el mayor de los glotones pudiera consumir en toda una vida.

Diana pensó que Coopersmith podía haber sido un miembro de las profesiones uniformadas, una leyenda de su tiempo, la máxima autoridad en cuanto a proyectos arquitectónicos en el sector Delta..., pero no dejaba de ser un hombre, y casi nunca se había encontrado con un miembro de esa especie que no pudiera correr en círculos. Más de una vez había bromeado con Heather de cómo tenía a su pareja escogida en programa de centrifugado continuo la mayor parte del tiempo.

Con toda la gracia que le permitió la pantanosa alfombra, Diana se puso en pie y caminó hasta la ventana que había al otro lado de la habitación. Podía ver el sector Gamma, más allá del Delta, hacia el sur. Hasta donde le alcanzaba la vista era ciudad lo que se extendía hasta el horizonte. Sabía que siempre habría más ciudad que construir, más edificios que diseñar, muchas oportunidades de demostrar quién era... si se las daban.

Rick y Josie hablaban de todo. Desde lo más mundano a lo más fantástico. Incluso salió lo del poema que Thorne había visto pintado en una pared en un edificio abandonado.

—Quizá deberíamos huir juntos a las Tierras Muertas —bromeó Josie.

—Claro, siempre que queramos morir por radiación.

—¿Cómo podemos saber que las Tierras Muertas nos matarían? Nos mienten acerca de tantas otras cosas que, ¿por qué no nos iban a mentir sobre eso? Si las Tierras Muertas son tan peligrosas, ¿cómo es que la ciudad sigue creciendo?

—Esas tierras han sido descontaminadas.

—¿Qué? ¿De la radiación? La mayor parte de la radiación atómica tiene una vida media de varios cientos de años. —Señaló hacia las estanterías de libros con la cabeza—. Míralo si no me crees. Se mete en las rocas, el subsuelo, el nivel freático, ¿cómo pueden descontaminar eso?

Thorne no sabía lo que era una vida media y tan solo tenía una vaga idea de lo que era el nivel freático. Se dio cuenta, no por primera vez en sus diálogos, que la lectura le había dado a Josie un conocimiento al que él no tenía acceso. De lo que no se daba cuenta era de que la mayor parte de tal conocimiento no servía para nada, y en gran medida era erróneo.

—Si pueden cambiar el tiempo, pueden descontaminar la tierra.

—Claro —dijo Josie mientras señalaba con la cabeza hacia el cristal surcado por la lluvia de la ventana—. Claro que pueden. —Habían pronosticado cielos despejados.

Tal y como se le enseña a todos los niños en la escuela primaria, más allá de los límites de la ciudad, lo único que hay es muerte. La radiación se eleva a límites fatales. Y en las zonas en las que la radiación no es peligrosa lo único que hay es vegetación en la que ningún ciudadano podría sobrevivir mucho tiempo.

Diana se volvió hacia el interior de la habitación y se apoyó en el cristal de la ventana con las manos en la espalda y las caderas hacia delante. Coopersmith estaba en pie frente a ella. Le recorría el cuerpo con los ojos. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

—He mirado tu archivo, querida —dijo el director—, y estoy bastante impresionado. Podrías llegar muy lejos en el departamento. Con el apoyo... correcto... hasta podría haber una toga en tu futuro en algún momento. Tengo un proyecto que está empezando... un proyecto personal en el que me vendría bien una joven arquitecta de talento como tú. Es algo que requiere una atención especial... un compromiso especial. El horario puede ser muy largo e irregular, pero habrá una buena recompensa para la persona que tenga la actitud correcta.

—Suena... interesante —dijo Diana siguiendo con la farsa de que Coopersmith

hablara de un proyecto real. Pensó que podía ser que lo estuviera haciendo. Quizá pudiera sacarle algo de provecho al viejo antes de darle calabazas—. Me halaga que me tengas en cuenta. Estoy segura de que no te decepcionaría y estoy muy interesada en... recompensas. —Se balanceó hacia delante y hacia atrás contra la ventana—. Pero ¿me podrías contar algo más acerca del proyecto, de lo que implicaría? Dame más detalles y deja que me lo piense... y te contestaré tan pronto como me haya decidido.

Mientras daba su evasivo discurso Diana vio como se le iba nublando el semblante al director. De repente se dio cuenta de que había juzgado mal tanto la situación como al hombre. El verdadero Coopersmith no tenía nada de la afabilidad ni del encanto del falso Teatro. Su mirada era abiertamente hostil. Estaba muy claro que aquella no era la respuesta que esperaba oír y que no le agradaba lo más mínimo.

—¡Piénsalo rápido querida! —Coopersmith señalaba enérgicamente en su dirección con la mano—. Puedo asegurarme de que sigas siendo G-15 durante el tiempo que estés en este distrito. Te puedo tener diseñando cuartos de baño para estadios durante los próximos diez años. ¡Piensa rápido! ¡No te lo voy a pedir otra vez!

Rick y Josie hablaban de todo. Desde los libros que leían juntos hasta las drogas que consumían. Desde las estrellas y otros mundos que pudieran girar alrededor de la Tierra hasta los Disturbios / la Revuelta del 37. Desde la fuente de Severin hasta los vendedores callejeros y Daniel DeLyon. Desde la insignificancia de la existencia hasta el significado que uno puede definir.

De todo menos de Diana. Y de los otros clientes de Josie.

Porque cuando Thorne entraba en los dominios de Josie, dejaba atrás la realidad de su vida. Y también lo hacía ella. Él acudía a ella como si no tuviera pareja ni hogar al que regresar. Como si aquel piso del barrio bajo con sus libros, drogas y sexo listos para consumir fueran su auténtico entorno y ellos fueran una pareja auténtica. Como si solo existieran aquellos momentos y no hubiera un mañana.

Diana miró a su alrededor en la habitación. La moqueta gruesa, las plantas, la perfecta iluminación, el mobiliario exquisito y los enormes hologramas que iban cambiando muy despacio en las paredes cubiertas de madera. Podría haberse sentido como en casa en aquel entorno, pero cuando llegó al poder que allí residía, ella no era ni siquiera una intrusa que mereciera la pena. Fueran cuales fueran los círculos en los que ella pudiera hacer correr a Coopersmith, iban a ser muy limitados tanto en cuanto al tiempo como a su circunferencia... y solo servirían para hacerlo enfadar más. Consideró las opciones que tenía y llegó a la conclusión de que en realidad no tenía ninguna opción.

Diana se armó de valor a la vez que respiraba hondo y lo camuflaba a modo de suspiro, se separó de la ventana y se sentó en el borde del escritorio de Coopersmith. Una vez que tomaba una decisión, no era de las que hacía las cosas a medias. Cruzó las piernas y se echó hacia atrás, apoyó el peso en las palmas de las manos y dejó que la ya de por sí corta falda se le subiera un poco más.

—¿Sabes que si te acercas lo suficiente puedes verme las pecas a través de las medias? —dijo mientras miraba al director a los ojos. Coopersmith se acercó a ella a la vez que se desataba la cinta de la toga—. Vaya, querida, eso es lo que yo llamo tener la actitud correcta.

Diez minutos más tarde, Diana se encontraba en el ascensor de bajada. Estaba muerta de hambre y tenía que regresar a su puesto en menos de media hora. Se dirigió a la cafetería de la planta baja. Sin embargo, una vez que hubo llenado su bandeja con el forraje de costumbre, se dio cuenta de que se le había quitado el apetito. Por lo que se moría era por darse una ducha caliente. Y larga.

Thorne se estaba viendo obligado a trabajar hasta tarde más a menudo para mantener el ritmo de sus tareas y compensar el tiempo que perdía cuando la mente le vagaba. Una noche entre tantas, mientras él luchaba con su trabajo a la hora de la cena y sus compañeros regresaban a sus casas, familias y entretenimientos nocturnos, se encontró solo en la planta, inmerso en el vacío de las mesas y sillas sin ocupantes. Lo único que no dejaba que el silencio fuera absoluto era el leve zumbido de los fluorescentes del techo.

En aquella atmósfera casi mortuoria, sus ya olvidados poderes de concentración se quitaron el anquilosamiento de encima. Por una vez, su mente, liberada de sus preocupaciones carnales, se concentró en el abstracto reino de las cifras, símbolos y lógica. Se convirtió en un esquiador despreocupado sobre colinas blancas y puras y cada bajada le daba fuerzas para hacer otra más. Una vez, cuando era más joven y su vida más sencilla, había sido así con frecuencia. Si hubiera sido capaz de trabajar con tal eficiencia durante una fracción de su jornada laboral, lo habrían seleccionado como candidato para un ascenso y no para una reprimenda.

Después de que terminara su trabajo, Thorne cerró su escritorio, apagó las luces y entró en la sala de proceso central. En los paneles de control brillaban algunas luces. Menos por eso, estaba oscuro, pero el resto de máquinas funcionaba sin necesidad de iluminación. El murmullo de su pensamiento continuo estaba por todas partes. Volaba hasta el techo poroso y hasta el suelo para volver con una frecuencia más baja que se podía sentir en los huesos y en los dientes si uno se quedaba quieto. Se levantaba por todas partes a su alrededor, desde formas que no eran enormes en la oscuridad, sino cuadrados y rectángulos negros que se apoyaban contra la insonorización que había sobre las paredes. Había habido un tiempo en el que la conciencia de Thorne se había sentido afinada con los armónicos de ese murmullo, cuando veía su trabajo como un

complemento de su vida. Ahora en su pecho había una vibración contraria, una pesadez multitonal más relacionada con lo que él consideraba una existencia sin valor.

Se movió entre las formas y se preguntó no por primera vez por el grado de sensibilidad de estas. Pasó la mano sobre las superficies secas y ligeramente granuladas de plástico, que de lejos parecían de metal. Le molestaba aquella duplicidad porque la ilusión una vez lo había engañado.

Aquella noche, más tarde, escribió en su diario:

Vivimos en un mundo en el que el plástico simula millones de formas, lleva tantas máscaras como variedades existieron una vez en el mundo. El suelo que hay bajo nuestros pies es de plástico. Las paredes, la mesa, mi ropa, mi bolígrafo, y buena parte del papel en el que escribo son de plástico. Todo es lo mismo, horrible y terriblemente igual.

Retorcía su mente sin cesar en una disección sin fin. Había tomado otro de los dones de nuestro mundo y lo había interpretado como una maldición.

Diana Logan podía haber rechazado los acercamientos de Willem Coopersmith y haberlo acusado de violar el Código Sexual. El estatus de Coopersmith como miembro uniformado le otorgaba muchos privilegios, pero no le daba ningún derecho a amenazar su carrera. Como hemos descubierto recientemente, Diana no era la única mujer que había sufrido como resultado de los excesos del director. Si el comportamiento delictivo del hombre hubiera salido a la luz en vida, habría sido juzgado, condenado y recondicionado. O más posiblemente dada su edad y su estatus se le habría forzado a jubilarse anticipadamente.

Sin embargo, la conclusión de Diana de que no tenía otra opción más que ceder al chantaje de Coopersmith no carecía de lógica. Frente a una acusación de una G-15 sin pruebas a Coopersmith no se le habría requerido pasar por un ciberescáner. Lo máximo que podría haber esperado Diana era que la trasladaran a otro sector, más lejos de su casa y una marca en su expediente que podría entorpecerle futuros ascensos. Una marca similar en el de Coopersmith, que no dejaría el menor efecto, fue lo que le ofrecía a Diana pocos incentivos para presentar cargos contra el director.

Aun así, Diana no solo se rindió a lo que Coopersmith le pedía, sino que una vez hubo tomado su decisión se comprometió con ella firmemente. Durante los primeros meses de su escaqueo no mostró ninguna renuencia externa e intentaba complacer al director de todas las maneras que podía.

De muchas maneras, Coopersmith y Diana hablaban en el mismo idioma. Veían el mundo en términos de los que mandaban y los que no lo hacían. Que el director le ofreciera mejoras laborales a cambio de sus favores tenía completo sentido para Diana. Si Coopersmith hubiera estado funcionando racionalmente, ambos se habrían beneficiado de su relación ilegal. Sin embargo, no eran solo las pecas de Diana las

que llevaron a Coopersmith hasta ella, sino la perturbada necesidad de controlar la vida de otro individuo.

Conforme su relación fue progresando, las exigencias del director fueron siendo más extremistas. En una ocasión él recitó una serie de chistes sucios e hizo que Diana tocara parte de la anatomía de ambos cuando fueran mencionadas en la vil narración. Más de una vez le hizo ponerse una máscara dérmica chillona con muchas más pecas que las que ella ya tenía. Diana lo toleraba todo, a la espera de la recompensa que se le había prometido. Sonreía seductoramente. Se movía como se le decía que se moviera. Aunque a veces le entraban ganas de gritar de asco cuando le tocaba el poco pelo que le quedaba en la calva cabeza al director, los únicos sonidos que salían de su garganta fingían ser suspiros de placer.

Sin embargo, cada vez que Diana sacaba el asunto de la recompensa, Coopersmith le decía que tuviera paciencia. Estaba esperando a que saliera el proyecto adecuado para reasignárselo. No podía hacerlo de una manera explícita. Ya había un exceso de G-16, había habido demasiados ascensos en la supervisión del año anterior. A pesar de que había hecho todo lo que había podido para complacer a aquel hombre, Diana empezaba a darse cuenta de que no habría ninguna recompensa, ningún proyecto nuevo y ningún ascenso. Solo exigencias mayores.

Para Coopersmith, cualquier concesión a Diana habría sido admitir que ella ejercía un cierto grado de poder en su relación. Para un hombre que lo único que entendía era el poder, eso no era aceptable.

Ya no es posible hacerle un escáner a Willem Coopersmith y ver su matriz, aunque considerando la información de la que disponemos es posible hacerse una idea de su naturaleza. Un tallo recto y estrecho con pocas estrías, una corola claramente definida dentro de los límites aceptables a primera vista, aunque se diferenciaba por su estrechez y su excesiva brillantez en determinados nodos. Uno tendría que fijarse mucho para encontrar la hebra anómala, un «Camino de Muerte» que se saldría radicalmente de los límites definidos de la vida de Coopersmith, saliendo del nodo en el que se entrelazaban y chocaban sus aspiraciones personales y sus obsesiones sexuales.

Diana siempre había tenido suficiente confianza en sí misma como para los dos, aun así, Richard Thorne, o Rick, como se llamaba a sí mismo cuando estaba con su amante del barrio bajo, estaba empezando a desarrollar una confianza propia. Una que no estaba basada en la realidad. Desde que había conocido a Josie padecía las mismas ilusiones transitorias de poder que sentía cuando jugaba al ajedrez con DeLyon al día siguiente. Durante uno de esos episodios de breve megalomanía, Thorne encontró el valor necesario para mencionar a los otros clientes de Josie.

Ya habían tenido relaciones sexuales y estaban juntos en la cama y leían. Josie leía uno de sus libros favoritos, una fantasía imposible llamada *Don Quijote*. Thorne

se esforzaba con una novela del siglo xx titulada *El arco iris de la gravedad*. Para él tenía sentido. No así para nuestros más expertos eruditos. Sin embargo, cuanto más leía Thorne, más parecía comunicarle un significado oculto y envuelto. Solo que no podía saber si era el significado que había querido darle el autor o uno que él había creado en su propia mente.

Thorne dejó de leer y cerró el libro.

—Quiero que dejes de ver a otros hombres —comenzó.

Josie levantó la vista. Por primera vez en toda su relación había sido él el que la había cogido por sorpresa. Se quedó callada un momento antes de reírse extrañamente.

—¿Por qué? —dijo ella—. ¿Qué diferencia hay?

—Te quiero toda para mí.

Podría haberle dicho que se estaba enamorando de ella, que ya estaba enamorado de ella, pero el valor no le llegaba para tanto. Y si es que no era más que un encaprichamiento, sabía que se le pasaría.

—¿Y cómo se supone que me voy a mantener?

—¿No puedes conseguir un estipendio del Estado?

—Eso ya lo intenté. Me dijeron que primero tenía que hacer el condicionamiento. Entonces podría hacer las pruebas para ser ciudadano. Solo apoyan económicamente a los que no pueden condicionar.

—¿Sería tan malo que te condicionaran? A Josie se le incendiaron los ojos.

—No quiero que nadie me hurgue en la mente. —Su voz sonaba enfadada—. Me gusta como está, y creía que a ti también. Tampoco es que vea a tantos hombres. Tan solo unos cuantos clientes habituales. No soy una puta callejera, por si no te has dado cuenta.

—No me importa cuántos sean. Quiero que dejes de verlos. A todos ellos. Ya se nos ocurrirá algo. —A Thorne le sorprendió el sonido de su propia voz. La repentina profundidad y el peso que tenía.

—Lo pensaré —dijo Josie. Su voz se convirtió en el «terciopelo áspero» que tanto le gustaba a Thorne.

Daniel DeLyon trataba de ver un partido de *fireball* en el holo, un encuentro clásico, Stalwarts contra Paragons, mientras su madre caminaba en pequeños círculos lentamente en la pequeña habitación a la vez que deshacía un pañuelo de papel con las manos y pasaba periódicamente por delante de la pantalla. DeLyon había apostado por los Stalwarts. No mucho, pero algo era algo. Ganaban por un único gol. La pelota apenas sí brillaba. Cualquier manopla podía cogerla y marcar un tanto.

—Siéntate, madre —dijo DeLyon.

No hubo ninguna respuesta obvia, pero después de dar varias vueltas más a la habitación, la anciana se sentó a su lado en el sofá y lo miró expectante.

—¿Dónde está tu padre? ¿No tendría que estar ya en casa? Sé que suele llegar sobre esta hora.

Hacía mucho que DeLyon había renunciado a repetirlo más veces que Stuart Jimson no era su padre y que llevaba muerto más de veinte años. Estaba claro que la mujer debería de estar en un centro de mayores donde se le pudieran dar los cuidados y la atención que su estado requerían. Cada generación al hacerse mayor de edad debe vivir su propia vida sin que aquellos cuyas vidas estén a punto de finalizar se la dificulten. Por eso los centros para mayores son para aquellos que ya no funcionan. La madre de DeLyon había rechazado que la llevaran y también el tratamiento que necesitaba. Eligió quedarse con su hijo, en perjuicio de la vida de este. A resultas de un malentendido sentido de lealtad, DeLyon accedió a sus deseos.

—¿Quieres tomarte tu medicina ahora, madre?

A la anciana se le iluminaron los ojos. Estaba acostumbrada a que las conversaciones no fueran interactivas. La mayor parte de sus conversaciones no eran más que monólogos. Dejó de deshacer el pañuelo de papel y se iluminó como la fuente de Severin.

—Sí, ¡eso estaría muy bien!

DeLyon sabía cómo manejar a su madre. Era Josie la que era un problema. Había fallado tanto en sus planes de seducir a Thorne para alejarlo de Diana como de chantajearlo con amenazas de descubrirlo. De todas maneras, DeLyon no había abandonado su plan inicial totalmente. Debía haber maneras de llevarlo a cabo, incluso sin contar con la cooperación de Josie.

Mientras regresaba con el güisqui de su madre, y se ponía una copita sana de la bebida ilegal para él, un rugido repentino había salido del holo. La pelota de fuego del partido de *fireball* había explotado, salpicando sangre por todo el campo y dejando sin sentido a varios jugadores del Paragons. Solo quedaban unos minutos de partido.

La pálida cara de DeLyon se iluminó con una sonrisa.

—Lo he vuelto a hacer —se dijo a sí mismo en voz alta. Aunque estaba acostumbrado a ganar, nada le daba más satisfacción.

—Tu vaso es más grande que el mío —se quejó su madre—. Dame un poco del tuyo.

Thorne estaba más exhausto cada día que pasaba. Extraños sueños que no quería tener seguían molestándole a la hora de dormir. Durante el tiempo que pasaba con Josie apenas si dormía algo. Cuando lo hacía, a veces soñaba con Diana. Cuando estaba con Diana siempre soñaba con Josie.

En una de sus pesadillas recurrentes Josie y él se habían perdido en un sector de la ciudad en el que ninguno de los dos había estado nunca. Intentaban encontrar un camino de vuelta al barrio bajo y a su piso. Las pasarelas automáticas no

funcionaban. Caminaban por una calle solitaria, muy larga y en mal estado. Veían su paso obstaculizado por trozos de asfalto y montones de cascotes. La calle parecía no tener intersecciones en varios kilómetros, pasaban por explanadas vacías y edificios anónimos. Pisos y pisos de ventanas se levantaban sobre ellos. La fina banda de cielo que podían ver tras el cemento estaba llena de nubes.

A veces, la calle se empezaba a llenar de peatones dispersos, tan perdidos como ellos. Solos y en parejas. Se encontraban con extraños que en el contexto del sueño ya no eran extraños. A pesar de que Thorne nunca había visto a aquella gente en la vida real, ellos parecían reconocerlo y él a ellos también. Quizá fuera de otro sueño. La mayoría de ellos también conocían a Josie y daban por hecho que debían estar juntos. Pero cuando les preguntaba a aquellos extraños conocidos cómo llegar al barrio bajo, la mayoría se encogía de hombros como si nunca hubieran oído hablar de aquel sitio. En alguna ocasión, uno les empezó a señalar y gesticular y se metió en una serie de indicaciones tan largas y complejas que era imposible seguirlas y mucho menos memorizarlas. Josie tenía un trozo de papel en el bolsillo, pero nadie tenía nada para escribir. O tenía bolígrafo, pero no papel. A veces una historia paralela del sueño implicaba la búsqueda de un bolígrafo o de papel para poder escribir las indicaciones.

—Estamos caminando en círculos —decía Josie—. Ya hemos bajado por aquí.

Y ese sería el pie para la llegada de Stuart Jimson. Se acercaría a ellos tambaleándose de lo que sería el final de la manzana de edificios. En una versión se les acercaba nadando y flotando, como si él fuera un pescado y el aire agua. No se trataba del enorme y peludo Jimson de los holodramas, sino de un hombre compacto y de tez oscura que no era mayor que ellos. Se parecía tanto a Josie que podría haber sido su clon masculino.

—Tenéis... que... iros ahora —les diría Jimson con dificultad a través de sus pequeños y blancos dientes, a la vez que señalaba en la dirección de la que él había venido. Aunque no había signos visibles de ninguna lesión, el hombre actuaba como si estuviera padeciendo fuertes dolores—. ¡Tenéis... que... correr!

En la dirección del brazo estirado de Jimson, Thorne vio de repente una falange de guardianes que marchaba calle abajo. Fila tras fila con la armadura de batalla, como peones de cientos de juegos. Caminaban hacia delante con determinación ciega.

Tras ellos la ciudad ardía. Una altísima pared de llamas se alzaba hasta el cielo e iluminaba el humo que ella misma producía.

En aquel momento, Thorne siempre se despertaba bañado en sudor y convencido de que había gritado. Aun así su compañera elegida permanecía inconsciente a su lado. Sin embargo, a veces, gemía desde los más profundo de su garganta... Había veces en las que Diana se agarraba a las sábanas como si fuera partícipe de su terror.

—Te toca mover —le anunció DeLyon.

—Perdona —dijo entre dientes Thorne.

Como de costumbre su mente ya no estaba en el juego. A lo largo del paseo pasaban un grupo de mujeres jóvenes con las piernas cubiertas de tejido dorado y plateado brillante. Thorne se fijó en una que llevaba una camisa transparente negra lo suficientemente pequeña como para acentuar sus pechos, mientras que la manga corta se le clavaba en la blanca piel de los brazos. En su fantasía le había quitado la blusa, la falda y las medias plateadas, la había tumbado en una cama y la contemplaba atónito por la blancura de su cuerpo.

A pesar del hecho de que se estaba acostando con dos mujeres de manera regular, o quizá por ello, estaba más consciente sexualmente que nunca. Era un efecto secundario más de las drogas que consumía con Josie. Se estaba convirtiendo en un adicto tanto de la estimulación química como de sus propios deseos carnales.

Sin ningún plan de ataque claro, Thorne movió su rey a un lugar más seguro.

DeLyon se rio en alto de su movimiento.

—Creo que deberías dejar de ver a Josie un tiempo. Las cosas se están poniendo demasiado serias entre vosotros —anunció de repente.

—Fue idea tuya que la viera la primera vez.

—Solo quería que la conocieras. Que la vieras de vez en cuando. Creía que era una manera de que ella se sacara un dinero extra. No sabía que se iba a convertir en algo estable. En lugar de ganar más dinero, está ganando menos. Ha dejado de ver a los otros clientes. Tú le das...

—¿A todos? —lo interrumpió Thorne. DeLyon hizo un gesto con la mano para apartar la pregunta.

—¿Algunos?, ¿todos?, ¿cómo lo voy a saber yo? No me lo cuenta todo. La cuestión es que le estás dando esperanzas que nunca se van a cumplir. Y yo le tengo que dar más dinero para que se mantenga.

—¿Qué tipo de esperanzas? —preguntó Thorne.

—Cree que vas a dejar a Diana y a emparejarte con ella en su lugar.

El argumento de DeLyon no tenía ningún sentido para él. Él nunca le había prometido nada a Josie. No porque no se le hubiera ocurrido la idea, sino porque le daba miedo que se riera en su cara. A pesar de que se comportaban como amantes cuando estaban juntos, su relación seguía siendo como la de cortesana y cliente, o puta y putero, como lo hubiera expresado Josie con más crudeza. Él le seguía pagando por cada una de sus visitas, y a pesar de que ella aceptaba su dinero sin hacer comentario alguno, como si fuera algo anecdótico, lo cogía. Thorne notó que lo que molestaba a DeLyon eran los celos. Ya no tenía la compañía de Thorne para él solo, en realidad, casi nunca la tenía, y él ya no era la persona más importante de la vida de su hermana.

Una sombra cayó sobre el tablero y les tapó el sol. Había un hombre de pie junto al banco en el que estaban ellos, su rostro quedaba en la sombra, la luz brillaba por entre el pelo que se le levantaba en la coronilla. Era Sol Thatcher.

DeLyon hizo caer la pieza que iba a mover.

—Hola —dijo Thorne—. ¿Juegas al ajedrez?

Thatcher se pasó la mano por la barbilla y se le arrugó la mejilla como si fuera de papel.

—Solía jugar. Ya no. No tengo tiempo para juegos. Al menos no para el ajedrez. Era muy bueno. En mis tiempos. —El discurso del hombre era tan entrecortado como la hierba que había tras las verjas de hierro.

—¿Algún consejo para mí? —Dijo Thorne mientras hacía un gesto hacia el tablero con la cabeza.

Thatcher se adelantó un paso.

—*Mmm...* —Se volvió a rascar la barbilla y se tiró de una oreja—. Usa la reina. Pero no de la manera que debes estar pensando.

—Gracias —respondió Thorne, a pesar de que no tenía ni la más remota idea de a qué se refería aquel hombre.

DeLyon no había dicho ni una palabra. Thorne pudo ver perfectamente cómo le temblaba la mano a su amigo cuando enderezó la pieza que había tirado.

Thatcher levantó la vista hacia el edificio que estaba detrás de ellos.

—Bueno... de vuelta. Hay que ir de vuelta otra vez.

Tan pronto como se alejó lo suficiente como para que no los oyera, DeLyon susurró:

—Sospecha algo. Va tras nosotros.

—¿Qué puede saber? Solo nos estaba dando conversación. Los guardianes persiguen a terroristas y criminales, no a gente como tú o yo. No tienen tiempo para los que son como nosotros. —Thorne volvía a engañarse a sí mismo. A pesar de sus numerosos delitos seguía considerándose un ciudadano normal.

—Mi padrastro era un terrorista —le recordó DeLyon—. ¿Tú no crees que habrá una etiqueta en mi archivo? ¿No crees que me tienen vigilado y esperan a que cometa un desliz? —DeLyon se interrumpió y todo cambió su curso—. Josie y tú tenéis que dejar de veros. Al menos durante un tiempo. Es demasiado peligroso ahora mismo. De todas maneras, no tienes nada que ofrecerle. Nunca dejarás a Diana.

Thorne lo miró un momento antes de contestarle. No veía la relación entre el posible interés de Thatcher en ellos, si es que lo había, y su propia relación con Josie.

—No es cosa tuya si nos seguimos viendo o no. Eso es algo entre Josie y yo. La veré cuando quiera siempre que ella quiera verme a mí. Y le daré todo el dinero que necesite. ¡Si de verdad te preocupa tu hermana, deberías sacar ese terminal de ordenador de su casa antes de que se entere alguien más además de yo! —Thorne bajó la vista al tablero—. Te toca mover.

—Mediohermana —lo corrigió DeLyon—. Josie es solo mi mediohermana. —Adelantó un peón—. Y me había prometido que tendría esa puerta cerrada con llave.

De repente, Thorne se dio cuenta de lo que había estado hablando Thatcher. La combinación era tan obvia que no sabía cómo se le había escapado. Movié la reina a la última fila, la sacrificó a cambio de un caballo. No importaba si DeLyon aceptaba

el cambio o no.

—Mate en tres —observó Thorne—. No puedes ganar jugando en medio tablero.

Aquella noche, tumbado en la cama con su enamorada, trastornado por las drogas que habían consumido, mientras miraba las estrellas tras el combado tragaluz, Thorne decidió probar lo que DeLyon le había dicho. Probó con el futuro de conjunto de ambos.

—¿Quién sabe? Quizás algún día seamos una pareja escogida.

Tal y cómo él se temía, Josie se rio, no exactamente de él, pero se rio al fin y al cabo.

—No seas ridículo. Yo nunca podría vivir en tu mundo. —Se dio la vuelta—. ¿Qué iba a hacer? ¿Trabajar de cortesana en los salones?

—Podrías hacerte actriz —dijo Thorne echando mano de lo primero que se le pasó por la cabeza.

Josie se volvió a reír.

—¿Qué? ¿En algún tipo de propaganda generada por ordenador para proclamar la gloria del Estado? ¿En alguna que denuncie a mi propio padre? Antes muerta.

Martes por la noche de finales de invierno.

Aquel mismo día, un frente frío con su tormenta asociada había desafiado a todos los ordenadores y se había colado desde el nordeste. Había cogido desprevenidos a los Hombres del tiempo y había roto las barreras meteorológicas. Las medidas del último momento no habían servido de nada. La tormenta había descargado con todas sus fuerzas sobre la ciudad. Las temperaturas habían bajado hasta los cero grados y los vientos no tenían piedad. La presión barométrica no dejaba de bajar. El Control de Estándares estaba revolucionado. A la tarde siguiente, la lluvia no cesaba, ambos departamentos intercambiarían palabras de gran dureza y varias carreras saldrían perjudicadas.

Una congelada aguanieve caía en el aire de la noche, oscurecía la visibilidad, hacía resbaladizas calles y pasarelas automáticas y llenaba las alcantarillas de un fango sucio. Thorne se encorvó en la fría noche mientras se dirigía al piso de Josie. Era el tipo de tiempo que podía estropearle el humor al más risueño; aunque, mientras rugían los truenos, los rayos relucían y las heladas gotas chocaban contra su cara, Thorne estaba lleno de júbilo. La fuerza del tiempo, su energía salvaje sin contención era acorde con su ánimo. En pocos minutos estaría junto a Josie y ella lo abrazaría.

Las calles del barrio bajo estaban desiertas bajo la lluvia constante. Aquella noche no había ni vendedores ni prostitutas.

Entonces, una figura oscura salió de la lluvia en dirección contraria, renqueaba hacia él y se iba enderezando según se acercaba. De repente, Thorne se encontró con

que lo había empujado hasta un callejón y lo había puesto contra la pared de un edificio.

—El dinero o la vida, amigo. —Le informó un gruñido gutural.

—¿Qué?

—El dinero o la vida. ¡Dámelo, ciudadano!

El hombre escupió la última palabra con desprecio. Llevaba un gorro de punto que le tapaba hasta la frente y una chaqueta sucia y deformada. De sus ropas húmedas emanaba un olor rancio a animal. Empujó a Thorne más fuerte contra la pared. La lluvia no se cansaba de caer sobre ellos.

—¡Ahora, ciudadano! Y también me llevaré ese reloj.

El hombre sostenía algo oscuro y puntiagudo.

Por supuesto que en la ciudad estado estaba prohibida la posesión personal de armas de fuego. Las únicas pistolas que Thorne había visto de primera mano eran las que los guardianes llevaban en los cinturones. Aun así, había visto las suficientes en el holo como para reconocer una cuando se la ponían en la cara.

Condicionado para evitar la violencia, un ciudadano normal habría accedido inmediatamente y habría denunciado el incidente en la comisaría de guardianes más cercana. La reacción de Thorne fue extremadamente anormal. Si le daba el dinero, razonó en cuestión de instantes, no tendría nada que darle a Josie. Sin pensárselo más, alargó la mano y le cogió la muñeca al hombre y, a la vez, lo obligó a retroceder con el cuerpo.

Se produjo una explosión y un relámpago de luz azul y blanca cuando la pistola se disparó y cayó a la acera. El hombre se alejó de Thorne de un salto.

—¡Loco hijo de puta! —le gritó—. ¿Quieres matar a alguien?

La pistola estaba a los pies de Thorne. Se agachó y la cogió.

El hombre siguió alejándose, movía los brazos enloquecidamente sobre la cabeza.

—Se supone que no es así. Se supone que yo te enseñé la pistola y se supone que tú me das el dinero. ¡Así funciona! ¿Es que no sabes nada?

Thorne levantó la pistola para verla más de cerca. Era tan pequeña que le encajaba cómodamente en la mano. Sin embargo, podía quitar vidas humanas. Tenía la muerte en la palma de la mano.

—¡Estás loco! —le gritó el loco mientras salía corriendo para adentrarse en la noche—. ¡Estás loco de remate!

Thorne se metió la pistola en el bolsillo pero se quedó allí de pie en el callejón unos minutos, indiferente ante la lluvia que seguía cayendo, atónito por el incidente y por su propia respuesta. Temblaba, pero era de excitación más que de miedo.

Cuando llegó a casa de Josie se la encontró esperándolo con una gran toalla de baño.

—Estás calado —le dijo—. Quítate esa ropa. Te voy a secar.

Entonces vio la expresión que había en su rostro, dejó caer la toalla y fue junto a él.

—¿Qué pasa?

—Cuando venía hacia aquí... había un hombre... quería que le diera mi dinero.

Josie se encogió de hombros.

—¿Qué te esperabas? Esto es un barrio bajo. ¿Estás bien? ¿Cuánto se llevó?

—No se llevó nada. —Thorne le enseñó la pistola—. Yo le quité esto.

Josie abrió los ojos de par en par.

—¡Bien hecho! —dijo excitada. Haciendo caso omiso de la ropa mojada lo rodeó con los brazos y lo estrechó entre ellos—. ¡No sabía que tuvieras ese arrojito! ¡Cuéntamelo todo!

Era la primera vez que lo había alabado abiertamente.

Una alabanza a la violencia. A las emociones sin razón.

Un relámpago iluminó el tragaluz y sonó un trueno cerca. Todo el edificio se tambaleó del impacto. Las luces se apagaron, se encendieron y se volvieron a apagar.

Rick se guardaría su historia para después.

Inmerso en la oscuridad, levantó a su amante y la llevó hasta la cama.

Diana se había sorprendido cuando Thorne se había puesto su máscara dérmica y se había aventurado en la tormenta. A pesar de que era martes, ella esperaba que él se quedara en casa en una noche como aquella. En el pasado siempre lo había hecho.

Thorne se sorprendió igualmente cuando Diana dijo que iba a salir. Entre las supuestas noches de Thorne con DeLyon y que Diana tenía que quedarse a trabajar hasta tarde por un supuesto nuevo proyecto, ambos pasaban cada vez menos tiempo juntos. Los dos sospechaban que algo no iba bien con el otro, pero ninguno parecía interesado en investigar más.

Hasta entonces Diana solo le había contado a Heather su dilema. Después de todo, ella no esperaba nada de su pareja escogida aparte de compañía y conformidad. Incluso si Richard hubiera sido un hombre con más carácter, tampoco hubiera podido hacer nada. Tampoco esperaba mucho de Heather, menos algo de compasión. Sin embargo, Heather resultó ser incapaz de ver su problema.

—¡Te estás acostando con un director de verdad! —exclamó su amiga—. Ojalá yo tuviera esa suerte. ¿Quién no querría acostarse con un director?

Diana quería mucho a Heather. Sin embargo, había veces que tenía que admitir que Richard tenía razón. La mujer podía ser una completa idiota.

Para cuando llegó a la dirección que Coopersmith le había dado, Diana estaba calada hasta los huesos. Hasta entonces las exigencias del director se habían limitado a sus supuestos almuerzos y alguna que otra cita en su despacho por la noche. A veces pasaba una semana sin que oyera ni una palabra de él. Entonces decidía que la quería ver varios días seguidos. A pesar de que sus encuentros sexuales eran cortos, de no más que unos segundos, los preliminares eran muy largos y complejos y cada vez más raros y humillantes.

Coopersmith nunca le había pedido verla fuera de la oficina. Diana no sabía qué esperar, pero le temía de todas maneras. Cuando llegó a la dirección que le habían dado, se encontró frente a un edificio de pisos corriente, algo destartado en una sección más antigua de la ciudad. Una vez Coopersmith la hizo pasar tuvo que subir dos tramos de escalera, no había ascensor, chorreando agua todo el camino.

El interior del piso demostró ser no menos destartado que el edificio que lo albergaba. El director estaba sentado en un sofá con una bebida en la mano. No estaba solo. Su baja y fornida secretaria personal de pelo rojo fuego estaba a su lado, y ya estaba medio desnuda. Tenía muchas más pecas que Diana, quien después de su primera visita al despacho de Coopersmith ya había adivinado en qué consistía gran parte de su trabajo. La mujer la miró desafiante como siempre, fría y hostil. Diana estaba demasiado deprimida como para devolverle la mirada helada. Por primera vez en su vida, el mundo estaba yendo en una dirección que escapaba por completo a su control.

—Diana, esta es Connie. Ya os conocéis —dijo Coopersmith—, pero había pensado que los tres podríamos conocernos algo mejor. Para empezar, quiero que os desnudéis las dos.

Mientras hojeaba su diario y admiraba lo que en él había escrito, una sombra se cernió sobre sus páginas. Thorne miró hacia atrás y casi hizo volcar la silla en la que estaba sentado. Ya había terminado su jornada laboral y creía que estaba solo en la oficina.

Sol Thatcher estaba sobre su escritorio y lo miraba. Se había acercado sin hacer ningún ruido.

—¿Quemándote las cejas? —preguntó Thatcher en su tono entrecortado de siempre.

—Alguien tiene que hacerlo —logró decir Thorne.

A la luz de los fluorescentes la rubicunda complexión de Thatcher se veía de una sucia palidez. Sus ojos eran como dos cuentas brillantes alojadas en la grasa de su rostro, impenetrables, tan oscuros que Thorne no podía distinguir la pupila del iris. Sin embargo, durante un segundo, cuando su mirada se encontró con la del hombre, pudo sentir algo más allá de esos ojos, como si se hubiera levantado una cortina para mostrar una habitación llena de personas extrañas que realizan acciones incomprensibles. Después la cortina volvió a su lugar.

Sintió que el deseo por cerrar el cuaderno lo invadía. ¿Podría Thatcher leer al revés lo que había escrito? Las manos se le quedaron paralizadas en el sitio.

—Un tipo raro, ese DeLyon —dijo Thatcher sin venir a cuento.

Thorne asintió.

—Podría llegar lejos. Se pone detrás de la pelota y trabaja duro como todos nosotros. Aunque no es que sea muy dado a jugar en equipo. He oído que apuesta.

—Bueno... —intentó encubrirlo Thorne—, es cierto que le gustan los juegos. — No le gustaba el camino que había cogido la conversación.

—Una costumbre peligrosa. Se adquieren deudas. No se pueden pagar. — Thatcher negó con la cabeza y frunció el ceño—. ¿Tiene un problema con ello?

—La verdad es que no lo sé —respondió Thorne—. No lo creo. —Lo cierto era que lo sabía. DeLyon siempre parecía ganar mucho más de lo que perdía. Las apuestas eran siempre cantidades relativamente pequeñas, pero se debían haber acumulado con el paso del tiempo. Él sospechaba que el ordenador ilegal de DeLyon tenía algo que ver con su buena suerte.

—Hazme un favor —dijo Thatcher. Sonó más como una orden que como una petición.

—¿Un favor?

—Échale un ojo. Cualquier problema. Me lo dices. Cortarlo de raíz. Antes de que se nos vaya de las manos.

Thorne asintió en silencio.

—Claro —dijo—, estaré encantado de hacerlo.

—Bueno, te dejo que sigas con lo tuyo. —Thatcher hizo un gesto con la cabeza hacia el libro abierto sobre la mesa—. Como bien dijiste, alguien tiene que hacerlo.

No fue hasta después, cuando Thorne ya iba camino de su casa, que este se dio cuenta de lo incongruente de la frase que Thatcher había utilizado cuando se acercó a su mesa. «Quemarse las cejas» era un anacronismo, una frase idiomática que hacía siglos que no se utilizaba. Thorne se la había encontrado por primera vez en uno de los libros de Josie y esta se la había explicado. Se refería a una época anterior a la electricidad cuando la gente utilizaba lámparas de aceite para iluminar sus hogares. ¿Cómo podía Thatcher saber algo así a no ser que estudiara historia? Y, ¿por qué la había utilizado en una conversación con él?

Aquella noche tuvo otro sueño extraño. Sin duda lo había provocado la visita de Thatcher. Thorne jugaba una partida de ajedrez detrás de otra con el hombre. Las perdía una detrás de otra. Cada vez que ganaba, la estatura física de Thatcher aumentaba. Se había hecho tan grande que cuando iba a mover una ficha, su mano cubría todo el tablero. Y cuando apartaba la mano, Thorne podría jurar que se habían movido más de una ficha. Sin embargo, ¿qué podía decir? Thatcher era un supervisor. No podía acusarlo de hacer trampas.

Justo antes de que se despertaran, aparecieron Josie y DeLyon. Cada uno en un hombro de Thatcher, no más grandes que una pieza de ajedrez en relación con la mano del hombre. Tenían unas cadenas al cuello que los unían a las enormes orejas de Thatcher. Ambos miraban a Thorne acusadoramente.

De repente, Thorne tiró las piezas del tablero con el antebrazo. Cayeron como si fueran plumas. Muchas se quedaron prendidas de la manga de su mono ajustado. De

pronto, él era tan grande como su adversario. Thatcher se inclinó hacia delante y alargó ambas manos hacia él a la vez que agitaba la cabeza y fruncía el ceño. Josie y DeLyon se balanceaban hacia delante y hacia atrás como unos pendientes gigantes.

—¿Qué pasa? —balbuceó Diana.

—Nada —le respondió Thorne—. Era solo un sueño.

—Gritaste algo acerca de rosas y leones.

—No era nada. Solo un mal sueño. Vuelve a dormir.

Diana vio a Connie sentada sola en una esquina de la cafetería. De un impulso repentino cogió su bandeja y se sentó frente a ella.

La mujer levantó la vista, le lanzó una de sus miradas ninguneantes y volvió a su comida sin mediar palabra. A pesar de que unos días antes habían compartido intimidad, aunque no por propia decisión, bien podían haber sido completas extrañas.

—¿Por qué me odias? —le preguntó Diana.

—No te odio —le respondió Connie—. Simplemente no te veo utilidad para mí. —La mujer tenía unos treinta y tantos años, pero no llevaba cinta de emparejamiento en la muñeca. Era insulsa, tenía sobrepeso y no había nada llamativo en ella salvo el encendido pelo rojo y las pecas que la cubrían en gran cantidad como marcas hechas a fuego.

—¿Has pensado alguna vez en hacer algo al respecto?

—¿Respecto a qué? —le preguntó Connie. Se llevó otra cucharada de judías a la boca y las masticó a conciencia.

—Respecto a él. Respecto a lo que nos está haciendo. Si nos uniéramos, si habláramos con las autoridades apropiadas, si nos apoyáramos la una a la otra...

Connie la interrumpió antes de que pudiera terminar.

—El director es un hombre estupendo. No se le puede juzgar por los estándares normales. Se merece privilegios especiales... libertades especiales. —A Diana le sonó como si fuera el propio Coopersmith el que estuviera hablando en lugar de Connie—. Además, no te preocupes, pronto se cansará de ti. He visto ir y venir a muchas de tu clase. Yo soy la única que se queda.

—¿Y qué hay de su pareja escogida? —dijo Diana.

—¡Su pareja escogida! ¿Qué tiene que ver ella con nada de esto? —Connie cogió su bandeja con la comida que no se había terminado todavía y se movió varias mesas más allá sin mirar atrás.

Al día siguiente, cuando llamaron a Diana para asistir al supuesto almuerzo en el despacho de Coopersmith, descubrió que la mujer había informado al director de la conversación que habían mantenido.

—Entiendo que has estado haciendo planes a mis espaldas —comenzó a decir

Coopersmith antes de que ella hubiera llegado a la mitad de la sala.

Diana se detuvo en seco. Coopersmith estaba sentado en su escritorio con papeles esparcidos ante él. Era la primera vez que Diana lo veía trabajar en algo. Improvisó a la desesperada con rapidez a la vez que señalaba hacia fuera de la oficina con la cabeza.

—No confío en esa mujer. Estaba probando su lealtad hacia ti.

—Connie siempre me ha sido leal. Eres tú la que me quiere traicionar.

—¡No! —Diana mintió con toda la sinceridad con la que jamás había mentido sobre algo—. No, te estoy diciendo la verdad. La estaba probando. Puede que solo porque estoy celosa. Ella pasa todos los días contigo.

—Me temo que no, querida. —Le tocaba mentir a Coopersmith—. Estaba a punto de aprobar tu ascenso a G-16 y asignarte tu propio proyecto. Pero ahora lo puedes olvidar. —Se inclinó hacia un lado y empezó a hurgar en un cajón de la parte de abajo del escritorio—. Has sido una chica muy mala. Y vas a tener que aprender una lección.

Cuando la mano de Coopersmith salió de detrás del escritorio y Diana vio lo que sostenía, dio un paso atrás.

—¡No! —gritó—. ¡No puedes!

Coopersmith se rio con un rugido que contenía más malicia que humor. Activó la comunicación con el exterior de su oficina.

—Connie —dijo—, ¿podrías venir un minuto? Hay algo con lo que quiero que me ayudes.

Más tarde, después de que le hubieran enseñado la lección, una vez hubo admitido entre lágrimas que efectivamente había sido una chica mala y le había suplicado al director su perdón entre sollozos, Diana se pasó lo que quedaba de la hora de la comida recuperando la compostura en el baño privado contiguo al despacho de Coopersmith. Era el baño más grande y suntuoso que había visto jamás. Las paredes eran de mármol negro con vetas entre blancas y grisáceas. Grifería de auténtico oro. Una bañera en la que entraban tres personas o más. Lo odiaba. Lo odiaba porque le pertenecía a Coopersmith. Nunca en su vida había odiado tanto a una persona, nunca se había dado cuenta del auténtico significado de odiar. Ni de la palabra miedo. Temía al director más de lo que lo odiaba. Ningún hombre la había hecho llorar antes... por ninguna razón.

Y aquella noche volvió a llorar, de manera descontrolada, cuando sin nadie más con quien contar, le relató todo a su pareja escogida. Al menos su versión.

Absoluta incredulidad seguida de una ira cegadora que terminó en la más total de las calmas y una determinación absoluta. Aquellas fueron las sensaciones que tuvo Thorne mientras Diana le contaba su historia mientras la abrazaba y le secaba las lágrimas solo para ver cómo volvían a caerle por la mejillas.

La historia de las penalidades de Diana tal como se la contó a Thorne omitía su propia participación, su intención de conseguir premios por parte del director. En su lugar trataba solo de las amenazas y acciones de Coopersmith. Se había convertido en una víctima inocente en aquel escenario, y en gran medida, en su propia mente.

Thorne nunca había visto a su pareja escogida comportarse de aquella manera, y le costaba verla en aquel papel. Diana nunca antes había demostrado vulnerabilidad de ninguna manera, excepto en una estratagema durante el período de cortejo que precedió a su emparejamiento. Una vez hicieron sus juramentos y cerraron sus bandas de muñeca, Thorne se dio cuenta de que cualquier muestra de indefensión por su parte había sido fingida. Diana se había hecho cargo tanto de los detalles como de la dirección de la vida de ambos. Siempre había sido la dominante, la más fuerte, cuando se trataba de tomar decisiones. Thorne había llegado a confiar en su fortaleza al mismo tiempo que la resentía. Al verla de aquella manera, con la cara pálida, los ojos enrojecidos, su expresión lastimera y perseguida, volvió a despertar la ternura que sentía por ella en los primeros tiempos de su relación.

En lugar de quedarse sin palabras, ahora asumía el papel de héroe, como si hubiera estado esperando entre bastidores para hacer su aparición. Como un secundario que podría no volver a tener una oportunidad tan jugosa, estaba preparado para interpretar el papel hasta las últimas consecuencias. En el caos de la proyección de Thorne no se encuentra la fuente de aquella recién encontrada determinación. Quizá las fantasías que había asimilado de los libros de Josie habían influido en su comportamiento. En algunas de aquellas historias absurdas, individuos solitarios no solo se embarcaban en misiones imposibles, sino que las lograban llevar a cabo y derrotaban a Gobiernos enteros con una sola mano.

—No vas a verlo más —le dijo Thorne a su pareja escogida—. ¡Ese hombre no te volverá a tocar o a hacer daño!

—¡Pero tengo que verlo! —dijo Diana—. Puede destrozarme la carrera. ¿No entiendes que por eso no lo puedo denunciar? ¡Nadie creería mi palabra contra la de él!

—No va a destrozarte nada. No te preocupes. Yo me ocuparé de ello.

—¡No! —insistió Diana—. Créeme. No puedes hacer nada. Es uno de los hombres más poderosos del sector. Nos puede arruinar la vida a ambos. Lo único que puedo hacer es solicitar el traslado y esperar que no lo evite. Tú también puedes pedir el traslado. Nos mudaremos a otro sector y dejaremos todo esto atrás. Podemos empezar de nuevo.

Aquella era la Diana que él conocía. A pesar de lo desesperada que parecía estar, volvía a planear el curso de las vidas de ambos. No se lo había confesado porque esperara que él la ayudara de alguna manera. Solo porque él era indispensable en una decisión que ella ya había tomado.

—He dicho que me ocuparé de ello —repitió.

—¡Pero no puedes hacer nada!

Dado que ya no la quería, y que desde su nueva perspectiva nunca la había querido en los términos que él ahora creía que implicaba el amor, Thorne sintió que eso al menos sí se lo debía. Su mente retorcida había llegado a un plan que no solo resolvería el problema de Diana, sino que también le daría la solución al suyo. Si la libraba a ella de Coopersmith, razonó que eso los dejaría empatados. Podría dejarla sin recriminárselo a sí mismo. Lo único que le faltaría sería convencer a Josie de que podrían tener una vida juntos.

Thorne estaba horrorizado de que los delitos de Coopersmith quedaran impunes, para lo que convenientemente había olvidado los suyos. Seguramente ya habría visto al hombre, en algún acto social de negocios al que hubiera acompañado a Diana, aunque no recordaba qué aspecto tenía. Aun así, lo veía con absoluta claridad en su mente. En su imaginación aparecían mil y un guiones de venganza. Coopersmith apaleado y ensangrentado. Coopersmith con una lanza atravesándole el pecho. Coopersmith consumido por las llamas en lo más profundo del infierno. La cabeza de Coopersmith sobre un bloque de madera mientras una enorme cuchilla de acero caía sobre ella y la multitud lo celebraba enfebrecida.

—¡Para! —gritó Diana a la vez que se separaba de él—. ¡Me haces daño!

Conforme las fantasías acerca de la muerte del director pasaban por su cabeza, había ido apretando con más fuerza los brazos de Diana.

—Quiero que te acuestes y descanses. Tómate una pastilla para dormir si lo necesitas. Volveré luego.

—¡No! ¿Adónde te crees que vas?

Thorne estaba hurgando en el armario que había junto a su lado de la cama. Diana nunca antes lo había visto así. En sus ojos se veían oleadas de sentimientos. Su voz sonaba distinta, más profunda y repentinamente dominante, tenía una resonancia que siempre le había faltado en el pasado. Le estaba mostrando un lado de su personalidad que solo le había mostrado a su amante del barrio bajo, un lado que esa misma amante había sacado y alimentado.

Thorne sacó algo del armario y se lo metió en el bolsillo del mono ajustado. Diana no sabía lo que era. Ya se estaba poniendo la chaqueta y se dirigía a la puerta.

—Descansa un poco —le dijo por encima del hombro—. Quiero que mañana te quedes en casa y no vayas a trabajar. Y no te preocupes. Willem Coopersmith no se te va a volver a acercar.

—¡No! —gritó Diana—. ¡Vuelve aquí! ¡Solo vas a empeorar las cosas!

Pero ya le hablaba al aire.

Cayó de espaldas sobre la cama y se consoló con otro ataque de lágrimas. No se merecía aquello. ¿No había sido siempre una buena trabajadora y una pareja satisfactoria? ¿No se había sacrificado en más de una ocasión para hacer feliz a Richard? Ahora se comportaba como tantos otros hombres, intentaba darle órdenes como el director. No merecía aquello en absoluto. De ninguna manera.

Más tarde, mientras esperaba en vano a que Thorne regresara, Diana no solo se

tomó una pastilla para dormir, se tomó dos. Durante un instante coqueteó con la idea de tomarse todo el frasco.

Thorne estaba frente a la imagen de una Josie anciana. Una mujer anciana, enferma y también algo loca. Estaba en el vano de la puerta, le interrumpía el paso. Su cara mostraba ansiedad.

—¿Tienes un mensaje de Stuart? —le preguntó—. ¿Te envía Stuart?

Entonces apareció DeLyon detrás de ella.

—No, madre, él no conoce a Stuart. Es un amigo mío del trabajo. —La cogió por los hombros con suavidad y la llevó de regreso a la habitación—. Casi es la hora de tu programa. ¿Por qué no te preparas para verlo?

Mientras su madre se adentraba en la habitación, DeLyon le interrumpió el paso a Thorne.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

—Necesito información.

—¿Qué tipo de información?

—Déjame pasar y te lo contaré.

Su amigo retrocedió a regañadientes y Thorne pasó por su lado.

—Me has pillado... a nosotros... en mal momento —dijo DeLyon—. Normalmente no es así.

A pesar de que el piso de DeLyon estaba tan solo a unas manzanas del de Thorne, este nunca había visitado a su amigo antes. Había papeles, ropa y platos sucios por todas partes. Con lo meticuloso que era en el trabajo, DeLyon era todo lo contrario en casa. Quedaba bien manifiesta su doble personalidad, el ciudadano y el incurable morador de barrio bajo existían el uno junto al otro en el mismo cuerpo, en la misma mente. Thorne estaba tan obsesionado con su propia preocupación que apenas se percató.

DeLyon lo cogió del brazo y lo llevó a una esquina de la pequeña habitación.

—Venga, ¿de qué se trata?

—Se trata de Willem Coopersmith. Necesito saber todo lo que puedas averiguar acerca de él. Dónde vive. Dónde pasa el tiempo.

La madre de DeLyon estaba sentada en el sofá y no paraba de cambiar el canal del holo. Pasó un montaje de imágenes inconexas. Un partido de *fireball*. Un presentador que hablaba de un incidente de autodestrucción. Un niño llorando. Bailarines pintados de azul. Una vista de una cascada que estaba solo como simulación de un ordenador. Otro partido de *fireball*. El sonido era un aluvión de música y fragmentos de frases entrecortados.

—Es en el canal treinta y cuatro —le gritó DeLyon—. Aprieta primero el tres y después el cuatro. Y, ¡bájalo!

El sonido desapareció por completo, pero las imágenes siguieron pasando. Un

hombre sujeto a una extraña máquina. Un público que se reía en silencio. Un oso de dibujos animados al que perseguía un ratón de dibujos animados.

—¿Por qué necesitas saber de Coopersmith? —le preguntó DeLyon—. Y, ¿qué te hace pensar que yo te puedo ayudar?

—El por qué no importa. ¿Te crees que no sé para qué utilizas ese terminal? —Cogió a DeLyon por la camisa y lo empujó contra la pared. Igual que le había hecho a él el proyecto de ladrón en la calle—. ¡Puedes averiguarlo y lo harás!

—¡Suéltame! —gritó DeLyon a la vez que forcejeaba con él e intentaba soltarse—. ¿Qué haces? ¿Has perdido la cabeza?

—Chicos, no os peleéis —dijo la madre de DeLyon desde el sofá sin mirarlos—. Si os peleáis no podréis jugar más juntos.

Thorne lo soltó y retrocedió un paso.

—Está bien, madre —dijo DeLyon.

—Lo siento —dijo Thorne. Sin embargo, permaneció muy cerca de él, imponiendo con su altura al otro, más bajo.

—¿Qué se ha apoderado de ti? —DeLyon se alisaba la camisa y se esforzaba por poner una expresión dolida—. No actúas como tú mismo.

—Puede que sea más yo mismo que antes. —Thorne sentía como si su existencia con todas sus percepciones se aceleraran en una misma dirección. Se sentía así desde que había escuchado la confesión de Diana—. ¿Me vas a ayudar o no?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque somos amigos —le dijo Thorne—, y porque te lo pido.

Eso frenó a DeLyon.

—Está bien —dijo—. Te puedo ayudar. Pero me tienes que decir una cosa antes.

—Necesito la información —improvisó Thorne—, para ayudar a Diana en el trabajo. Para ayudarla a conseguir un ascenso. No hay tiempo para explicarlo todo, pero ¡tengo que encontrar a Coopersmith esta noche!

—Eso no. Eso no me importa.

—Entonces, ¿qué?

DeLyon se estiró todo lo que pudo.

—Quiero conocer tus intenciones respecto a mi hermana. ¿Son honorables?

A pesar de la situación, Thorne casi se rio en voz alta. DeLyon sonaba como un personaje de las novelas de hacía un siglo que leía en casa de Josie. El hecho de que ella fuera una prostituta hacía que la pregunta fuera todavía más absurda. Quizá DeLyon hubiera leído los mismos libros. Aunque le costaba imaginárselo leyendo algo que no estuviera relacionado con el trabajo o los juegos.

—Puede que no tenga sentido para ti —continuó DeLyon—. Tú creciste en un orfanato de la ciudad estado. Casi no conociste a tus padres. Pero a mí me importa mi familia y lo que les ocurra. Quiero asegurarme...

Thorne lo interrumpió antes de que pudiera terminar.

—Quiero a tu hermana. Tengo la intención de convertirla en mi pareja escogida.

Si ella me acepta.

Se dio cuenta de que su declaración también sonaba como un discurso de un libro antiguo. Además del hecho de que le anunciaba sus intenciones al hermano de su futura pareja en lugar de a ella. Pero, ahí estaba. Por fin lo había dicho. Aquella era tanto la dirección hacia la que aceleraba como su destino final.

—¿Qué? —preguntó DeLyon.

—Ya me has oído. Ahora salgamos de aquí y vayamos a tu terminal.

—¿Le has dicho a Diana que la vas a dejar?

—Todavía no. Pero no te preocupes. Cuando llegue el momento oportuno, lo haré.

DeLyon asintió lentamente.

—Ya lo cojo. Primero te aseguras de que Diana consiga su ascenso. Después está bien decirle adiós.

—Eso es —asintió Thorne—. Lo has adivinado. Ahora, ¡vámonos!

—No. —DeLyon hizo un gesto hacia su madre—. No la puedo dejar sola. Cada vez que hay una película acerca de los Disturbios, insiste en verla. Después se disgusta mucho. Alguien tiene que quedarse con ella. Yo iré. Tú quédate aquí y échale un vistazo. Solo tienes que cambiar de canal y que vea otra cosa cuando aparezca Jimson. Eso es lo que siempre la dispara.

Con su inmediato enfrentamiento con Coopersmith como único pensamiento y su pervertido sentido del propósito intacto, Thorne se sentó en el sofá junto a la madre de DeLyon, encontró el canal que era, subió el volumen y trató de ver otra película de holo acerca de los Disturbios del 37. Esta se llamaba *Un triunfo para el mañana*.

La primera escena mostraba a una junta directiva en una reunión. Todos los directores eran hombres atractivos y de aspecto distinguido de entre cuarenta y cincuenta años.

Estaban hablando de cómo podían mejorar el problema de los no registrados. Thorne no se podía molestar en concentrarse en lo que decían, pero por el tono de sus voces se daba cuenta de lo preocupados que estaban y lo mucho que les importaba.

Ahora que estaba sentado, podía sentir el peso de la pistola en el bolsillo de su mono ajustado. Intentó hacer caso omiso, pero su presencia no podía pasar inadvertida y era innegable. Se metió la mano en el bolsillo, sintió la rugosidad de la empuñadura del arma, deslizó el dedo sobre el suave metal del gatillo. Se imaginó cómo sería apretar el gatillo. Recordó la violenta explosión y el relámpago mortal de luz de color blanco y azul. Una parte de él quería verlo y oírlo otra vez, de hacerlo aparecer a su voluntad. Sin embargo, ahora que su ira inicial por lo que Diana le había revelado empezaba a desaparecer, admitió que no tenía ninguna intención real de matar a Coopersmith. Ni siquiera estaba seguro de si la pistola volvería a disparar. Aunque sí que pensaba utilizarla para asustar al director tan profundamente que

nunca más volviera a aterrorizar a otra mujer.

La escena del holo cambió. Un guardián hablaba con su hija. Le advertía que las calles eran peligrosas. Le decía que habían llegado a un momento crucial en la vida de la ciudad estado donde estaba en juego el Futuro Perfecto. Thorne reconoció el programa y se dio cuenta de que era una repetición. Era el mismo programa que él había intentado ver sin voz, lo que parecían siglos atrás, la noche en que conoció a Josie.

Tomó aquella casualidad como una confirmación de que iba hacia su destino. Mostraba un síntoma clásico de esquizofrenia, darle un significado personal a eventos externos que no tienen relación alguna con él. Se había convencido a sí mismo de que el mundo giraba en torno a Richard Thorne.

—¿Dónde está Danny? —La madre de DeLyon lo miraba horrorizado—. ¿Quién eres tú?

—¿No lo recuerda? Soy el amigo de Danny —la tranquilizó Thorne—. Él regresará pronto.

—Pero ¿es seguro estar ahí fuera? —Señaló hacia el holo—. Ya has oído lo que han dicho acerca de las calles.

—No se preocupe. Solo ha ido un momento a casa de Josie. Estará bien.

La expresión de la mujer cambió por completo.

—Josie viene a veces de visita. Y, ¡siempre me trae un regalo! Es bailarina, ya sabes, y actriz. Una chica con mucho talento. Algún día saldrá en el holo. Lo sé. Yo estaré aquí sentada... y ahí estará ella, tan grande como la vida.

—Si —dijo Thorne—, es una chica... maravillosa. —Y entonces, antes de que se pudiera morder la lengua, continuó—. Tengo pensado hacerla mi pareja escogida. —Le estaba anunciando sus intenciones a todo el mundo menos a las dos personas a las que más les afectaría, Josie y Diana.

Ahora la mujer fruncía el ceño y lo señalaba con el dedo.

—¡Oh, no! Vas a tener que esperar. Josie es demasiado joven para eso. —Se le volvió a iluminar la cara y empezó a reírse—. Discúlpeme, joven, debo de haber olvidado mi educación. Apuesto a que le apetece beber algo.

—No, gracias. —¿Dónde estaba DeLyon? Miró su reloj. Apenas sí habían pasado veinte minutos.

La anciana se inclinó hacia él y se puso una mano a un lado de la cara para cubrirse la boca mientras hablaba, para asegurarse de que nadie la oyera.

—No es cerveza, ya sabes —le susurró—. ¡Es de verdad!

—No gracias, estoy bien. —Thorne pensó que tenía que mantener la mente clara para lo que iba a venir. Se le olvidaba que hacía meses que no tenía la mente clara, que la confusión regía su vida a cada hora de cada día.

—¿Y te importa traerme algo de beber?

—¿Dónde está?

La mujer se puso en pie con rapidez y se dirigió a la micrococina con más

agilidad de la que Thorne hubiera pensado jamás que podía tener. Thorne la siguió. La cocina estaba igual de desordenada que la habitación que habían abandonado. Había varias bolsas de basura apiladas junto al fregadero. El contenido de una se había vertido sobre el suelo. La madre de DeLyon había abierto un armario y señalaba al estante de arriba.

—Está ahí arriba. Yo no llego.

—¿Está segura de que lo puede tomar?

—Por supuesto. —La anciana le sonrió, casi coqueteaba con él—. Danny me lo da todas las noches. Es como una medicina. Solo que no estoy enferma.

Tan pronto como Thorne hubo bajado la botella, la madre de DeLyon se la quitó de la mano. Ella tenía en la otra mano un vaso. Le quitó el corcho con los dientes, lo escupió en el fregadero, que ya estaba lleno de platos, y se sirvió lo que Josie hubiera dicho que eran cuatro dedos.

—¡Con calma!

La mujer echó la cabeza hacia atrás y se bebió más de un dedo de un solo trago. Su marchita garganta palpitó al paso del güisqui.

—Eso está mejor. —La anciana le sonrió y pestañeó numerosas veces—. ¡Mucho mejor! ¡Gracias... joven! Entonces definitivamente se puso a coquetear con él.

Thorne le quitó la botella, pero la madre de DeLyon se alejó rápidamente y se llevó consigo el vaso.

—Ahora, ahora —dijo ella—. No seas malo. —Alzó su vaso y lo movió de un lado a otro—. A no ser que quieras un poco...

Como no le apetecía pelearse con la anciana, Thorne decidió dejarlo pasar. Tenía la esperanza de que si bebía lo suficiente se tranquilizaría.

—Se está perdiendo su programa —le dijo.

Tras echar un vistazo a la ciénaga que era el fregadero, Thorne devolvió la botella a su lugar sin el corcho. *Quizá la anciana no esté tan loca después de todo*, pensó. Sabía lo suficiente como para coger lo que quería y aferrarse a ello. O quizá todos estuvieran locos de un modo u otro. Todos y cada uno de ellos. Quizá toda la ciudad estuviera plagada de locura y lo que él creía que eran calles y edificios y parques y monumentos no fueran más que las paredes altas y las ventanas con barrotes de un manicomio.

Se oyó un grito en la sala de estar.

Thorne se encontró a la madre de DeLyon de pie frente al holo y señalándolo con un dedo acusador.

—Ese no es mi Stu —gritó—. ¡Mi Stu no tiene ese aspecto! No dejaba de balancear el vaso y ya había derramado más de la mitad de su contenido.

El rostro del actor que siempre representaba el papel de Jimson llenaba toda la pantalla del holo. Estaba rodeado de una pandilla variopinta de seguidores del LAD que solo podían describirse como chusma. De los labios del hombre salían babas mientras gritaba y movía los brazos.

—¡Tenemos que destruirlos! —bramaba—. Tenemos que matar a los directores. Matar a los guardianes. ¡Nunca seréis libres hasta que estén muertos!

Thorne buscaba frenético el mando a distancia del holo, pero no podía recordar dónde lo había puesto.

—¡Matar! ¡Matar! ¡Matar! —La diatriba del falso Jimson subía de volumen. La muchedumbre cogió la cantinela. El puño del hombre golpeó el aire, y su largo y descuidado cabello le cayó sobre la cara.

—Haz que pare —le suplicó la anciana entre sollozos—. Haz que se vaya.

Se abrió la puerta del piso y apareció DeLyon con una carpeta. De rodillas en el sofá, Thorne por fin había encontrado el mando a distancia y apagó el holo. En el repentino silencio, el eco del grito de guerra de Jimson resonó en la pequeña y atestada habitación. La madre de DeLyon se bebió lo que le quedaba de la bebida de un solo trago antes de que su hijo se lo pudiera quitar. La anciana empezó a toser. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y el güisqui le caía de la boca sobre el vestido.

—¿Qué diablos pasa aquí? —DeLyon miró a Thorne enfadado—. ¿No te dije que la vigilaras?

Thorne se sentó en la cafetería de una cadena y se bebió una taza de café hirviendo mientras ojeaba los papeles que DeLyon le había dado. El incidente con la madre de su amigo debería haberle impactado y haber alterado su conciencia. Se debería haber preguntado si la mujer a la que acababa de conocer no sería la imagen futura de lo que Josie sería algún día. Loca. Enferma. Alcohólica. Aquella era la herencia genética que corría por las venas de Josie. Mezclada con el rabioso fanatismo y la enorme violencia de Stuart Jimson. La razón imponía que reexaminara el compromiso que había hecho. ¿Querría a Josie cuando su belleza desapareciera, cuando parloteara sin cesar y cambiara de humor cada minuto? ¿Cuando aquellos supuestos ideales superiores que exponía le fallaran y tan solo esperara la próxima bebida? No hay pruebas de que Thorne lo tuviera en cuenta. Como la mayor parte de su ciberescáner, el paréntesis con la madre de DeLyon, por la intensidad de su retención, existe como otra hebra aislada y discontinua de su enmarañada proyección.

La mayor parte de la carpeta contenía la historia de Coopersmith, sus logros y los premios que había recibido. A Thorne no le importaba eso. Había numerosas fotos del director, entre las cuales había varias actuales. No era tan distinto de la imagen que Thorne se había hecho en la cabeza al imaginar su ejecución. Menos porque el Coopersmith real era bastante mayor, casi un viejo. Eso hacía que lo ocurrido con Diana fuera aún más desagradable y atroz. A Thorne se le ponía la carne de gallina al pensarlo. Aunque también iba a hacer que lo que tenía en la cabeza fuera más fácil.

DeLyon había sido muy concienzudo. La carpeta contenía más información además de los datos públicos. Su amigo había conseguido acceder a información de seguridad y meterse en los archivos personales de Coopersmith, incluida su agenda

de citas. El director tenía dos residencias, un piso en Lambda Heights y una casa en las afueras de Micron. Vivía en la propia ciudad durante la semana y pasaba los fines de semana en Micron con su familia. A excepción de una cita de negocios a las 14.00, la mayoría de los días tenía el horario en blanco. Por la noche, Coopersmith tenía que estar a las 18.00 en su club para cenar. Dos horas más tarde tenía una cita en los salones de expresión.

Thorne llamó a la residencia de Lambda desde una cabina pública. La única respuesta que obtuvo fue la de un mensaje grabado. Coopersmith estaba todavía en los salones o en algún otro sitio. Cuando el director llegara a su casa, tenía planeado estar allí para verlo. Una vez más, las circunstancias parecían haber conspirado para la pérdida de Thorne.

Conforme la pasarela móvil subía las colinas de Lambda Heights, el barrio cambió rápidamente. Los edificios estaban más separados y había más jardines entre ellos. Pronto los jardines dejaron de ser artificiales para convertirse en auténticos árboles y arbustos, algunos en flor. Aquella parte de la ciudad era vieja, pero estaba inmaculadamente conservada. Abundaban las islas de hierba auténtica tanto en la mediana que separaba las pasarelas como en los laterales de los edificios.

La mayoría de las calles estaban desiertas. Thorne no tenía nada que hacer allí a aquellas horas. Si pasaba una patrulla de guardianes se tendría que inventar una excusa convincente para explicar su presencia allí. Sin embargo, los únicos delitos que se cometían en Lambda Heights eran ocasionales abusos domésticos. Había pocas razones para patrullar por aquella zona y tenía el camino despejado.

Thorne llegó en la pasarela hasta un poco más allá del edificio de Coopersmith y regresó a pie con los jardines a modo de tapadera. Caminaba sobre hierba auténtica y no había nadie para detenerlo.

La noche era irracionalmente fría. De la colina venía un viento helado. Los hombres del tiempo no habían recuperado el control del todo después de la tormenta de dos semanas atrás. El viento traspasaba el mono ajustado y la chaqueta de Thorne y se los pegaba aún más al cuerpo. Se notaba helado y enfebrecido al mismo tiempo, tonificado por el frío y en ebullición por la energía que había en su interior. Todos sus sentidos parecían estar muy vivos, su mente y su cuerpo funcionaban a toda marcha.

Las nubes se movían sobre su cabeza y las pocas estrellas que podía ver quedaban emborronadas por el viento. Cuando la luna mostró su rostro, era casi un disco blanco sin facciones. A su alrededor Thorne podía oír por todas partes el crujido de ramas y hojas. Podía ver el juego de luces y sombras en el suelo a sus pies mientras iban de un sitio a otro.

Lo que iba a hacer le parecía tan natural como aquel segmento de mundo natural en el que se encontraba. Embriagado por sus propias falsas ilusiones, estaba convencido de que era su verdadera personalidad, debía hacer lo que debía hacer.

Sentía que lo que había estado pasando meses atrás llegaba a buen término por fin. Sin embargo, por aquel entonces seguía cuesta abajo, era un esclavo de unas compulsiones que era incapaz de controlar. Mientras Thorne se adentraba en la noche, también lo hacía en las más oscuras necesidades de su ser. No sabía la fuerza que tendrían tales necesidades una vez las dejara salir.

Bajo la apariencia de seguridad de único propósito, su mente era un completo caos. Se volvió a repetir que no tenía intención alguna de matar a Coopersmith, pero siguió acariciando la pistola en su bolsillo. Se dijo a sí mismo que una vez que hubiera liberado a Diana de Coopersmith, entonces él sería libre para dejar a Diana y reclamar a Josie para él solo. Aunque no había pruebas de que ninguna de aquellas mujeres aceptara que tal fuera el caso. No estaba jugando una partida de ajedrez. Incluso si veía en términos de ese juego, él era más un peón que un jugador.

Thorne esperó, una sombra entre las sombras, cada vez más enfebrecido a pesar del viento helado, sus pensamientos saltaban de su inminente enfrentamiento con Coopersmith a futuros idilios con su amante del barrio bajo, en su imaginación se iban sucediendo guiones imposibles.

Observó pasar por la calle a varios individuos y parejas, se movían con velocidad por el frío para sumarle su propio movimiento al de la pasarela. Entonces Thorne vio una figura solitaria, que se acercaba más despacio y ya estaba en el cinturón externo de la pasarela. Cuando pasó bajo un arco de luz se reveló el rostro de su presa. Coopersmith parecía aún más viejo que en la fotografía. Llevaba las manos bien metidas en los bolsillos del abrigo y se movía como un hombre a punto de irse a la cama.

Thorne salió de entre las sombras y se puso en la pasarela unos cuantos pasos por detrás del director. Con unos cuantos pasos rápido se puso a su lado y siguió a su velocidad.

—Una bonita noche gracias a los hombres del tiempo —dijo con sarcasmo—. Esta noche se han superado a sí mismos.

Coopersmith lo miró de reojo sin ninguna curiosidad, añadió un gruñido sin compromiso y siguió caminando.

—No tan mal como la semana pasada —prosiguió Thorne—. Entonces sí que se lucieron.

—Nadie es perfecto —dijo el director entre dientes.

—Dígame —dijo Thorne—, ¿ha oído el del hombre del tiempo, el guardián y el arquitecto en los salones de expresión?

Aquello pareció captar la atención de Coopersmith. Thorne había supuesto correctamente por las descripciones de Diana que aquel hombre siempre estaría dispuesto a oír un poco de humor obsceno.

—No... creo que no.

—Bueno, el hombre del tiempo quería una mujer que fuera como un templado y agradable día de verano.

Llegaron a la puerta del edificio. Thorne se la sujetó al director para que pasara. Entraron en un vestíbulo enorme iluminado por una lámpara de techo. Había ornadas esculturas metálicas de bronce y acero que adornaban las paredes. El techo era alto y abovedado. De los maceteros a intervalos iguales salían unos árboles de hojas plateadas.

—Y el guardián quería una mujer que fuera como una rosa abierta.

Thorne se inclinó y se acercó hacia Coopersmith cuando pasaron por delante de la garita del centinela. El hombre que estaba sentado en la garita estaba viendo algo en un holo portátil. Apenas si levantó la mirada cuando ambos pasaron por delante de él. Al reconocer a Coopersmith, supuso que ambos hombres iban juntos.

—Y el arquitecto quería una mujer construida como... Los esperaba un ascensor vacío y entraron en él, se colocaron en lados opuestos del cilindro. Coopersmith presionó un botón del panel de la pared. Thorne se percató de que aquellos ascensores eran más espaciosos y lujosos que los comunes. Cuando cerró las puertas y aceleró lo hizo de manera mucho más suave.

—Continúe —dijo Coopersmith—, ¿construida como qué?

Thorne avanzó un paso y se quedó allí con las piernas separadas.

—Y el arquitecto quería una mujer con pecas.

—¿Qué? —dijo Coopersmith.

—Quiero que se aleje de mi pareja escogida.

Coopersmith pareció sorprenderse un mínimo segundo, pero enseguida recuperó la compostura.

—¿Y esa quién es?

Thorne se dio cuenta de que Diana probablemente no sería la única mujer a la que Coopersmith estuviera intimidando para tener relaciones sexuales.

—No importa quién sea. ¡Apártese de todas ellas!

El hombre se encogió de hombros. Seguía con las manos en los bolsillos y estaba apoyado contra la barandilla de la pared del ascensor.

—No sé qué historias le habrá contado su pareja escogida, pero le puedo asegurar que no tengo nada que ver con ella. Ni con la pareja de nadie, la verdad. ¿Por qué iba a hacerlo? Un hombre de mi posición ya tiene más mujeres solteras que se le tiran a los brazos de las que puede abarcar —afirmó, con aire de suficiencia.

Mientras observaba el rostro pálido y pastoso de Coopersmith con su expresión arrogante, Thorne sintió como un torrente de odio se levantaba en su interior contra aquel hombre. Quería borrar aquella arrogancia para siempre. No solo estaba defendiendo a Diana. Coopersmith se había convertido en un símbolo para toda la ciudad estado y la injusta vida que él creía que le imponía.

—¡Hijo de puta! —explotó Thorne—. ¡Bastardo! ¡Violador enfermo! —Por supuesto que había sido condicionado contra la blasfemia. Llegado este punto, cualquier violación tan insignificante como esta no debe sorprendernos. Sacó la pistola del bolsillo de su mono ajustado y le apuntó al pecho al director.

Coopersmith la miró extrañado al principio, como si no entendiera lo que era, o por lo menos no se lo pudiera creer. Entonces Thorne vio aparecer el miedo en los ojos del director. En medio de su locura, se dio cuenta de que si se actúa de forma lo suficientemente loca, se podía asustar a cualquiera. A pesar de que estaba totalmente fuera de control, al mismo tiempo notaba como si otra parte de su persona estuviera observando aquella actuación desde la distancia con tranquila certeza e incluso placer. Todo estaba ocurriendo tal y como él había planeado.

—Espera un minuto... —comenzó Coopersmith. Había sacado las manos de los bolsillos y se las había puesto delante del pecho, como si lo pudieran proteger de una bala.

—Le he dicho —le gritó Thorne, a la vez que lo interrumpía y blandía la pistola en su cara—, ¡qué se aleje de ella! —Balanceó la mano que tenía libre y golpeó al director con fuerza en un lado de la cabeza.

—¡Eso es por amenazar su carrera!

Thorne sintió una punzada de satisfacción en la carne de la palma de su mano cuando Coopersmith se tambaleó contra la pared del ascensor y se agarró a la barandilla para no caerse. Thorne volvió a golpearlo, esta vez le dio con el revés de la mano al director en la otra mejilla y en la otra sien.

—Eso es por obligarla a tener relaciones sexuales con usted.

Coopersmith dio un grito ahogado y cayó sobre una rodilla. El ascensor fue más lento y sus puertas se abrieron en la planta del director. Este hizo un intento por levantarse y Thorne lo cogió por el cuello del abrigo y lo tiró de nuevo. Apretó un botón al azar. Las puertas se cerraron y empezó a acelerar de nuevo.

Thorne blandió la pistola salvajemente y cerró la mano que tenía libre para formar un puño y lo dirigió a la cara del director. Coopersmith reaccionó por fin, se echó a un lado y medio se levantó, cargando el peso de su cuerpo contra el de Thorne. La fuerza de su peso hizo que ambos chocaran contra la pared de enfrente.

Lo siguiente de lo que Thorne es consciente es de que ambos rodaron por el suelo del ascensor y Coopersmith forcejeaba con él para conseguir la pistola. Sus dedos se cerraron fuertemente en torno a la muñeca de Thorne y su peso lo mantuvo contra el suelo. A pesar de que el hombre gruñía y respiraba con dificultad, era sorprendentemente fuerte para su edad.

La puerta se abrió con un zumbido en otro piso.

De repente, el director soltó a Thorne, pero no hizo ningún intento de levantarse. Sus brazos y piernas empezaron a golpear el aire enloquecidos. De su garganta salieron una serie de gritos incomprensibles. Thorne empujó el cuerpo que se retorció a un lado y retrocedió contra la pared del ascensor a toda prisa.

Mientras recuperaba el aliento observó con horrible fascinación cómo los esfuerzos de Coopersmith cesaban lentamente. El rostro del hombre estaba manchado y le salía un hilillo de sangre de la nariz.

Thorne no sabía si Coopersmith estaba muerto o tan solo inconsciente, pero se dio

cuenta de que no tenía tiempo para averiguarlo. Alguien podía llamar al ascensor o bajar al descansillo en cualquier momento. Se puso en pie y volvió a meterse la pistola en el bolsillo del mono ajustado. Las puertas del ascensor se empezaron a cerrar. Alargó la mano y las forzó para que se volvieran a abrir. Cogió al director por debajo de los brazos y arrastró el cuerpo que no oponía resistencia alguna hasta el pasillo vacío y después regresó al ascensor.

Pocos momentos después, ya de vuelta en el recargado vestíbulo mientras su mente no dejaba de correr y le costaba respirar, Thorne se apresuró a pasar la garita del centinela. La fría noche le dio la bienvenida y lo acogió como una de sus criaturas. Ya estaba hecho, ya había cometido el delito, sus consecuencias serían inevitables.

Tenemos que admitir que la investigación fue una pifia. Aunque gran parte de ello no fue culpa nuestra.

Una pareja que volvía tarde de cenar, y que habitaba en el mismo edificio, descubrió el cuerpo de Coopersmith tan solo unos minutos después de que Thorne hubiera huido. Habían subido en el mismo ascensor en el que se había producido el enfrentamiento. En lugar de avisar al centinela que estaba de servicio en la planta baja o llamar a Alerta Médica, primero trataron de reanimar a Coopersmith ellos mismos. Cuando por fin llamaron a los guardianes y a los médicos, también subieron en el mismo ascensor. Para entonces las pruebas del lugar del delito habían sido muy contaminadas. Y si no lo había estado antes, Coopersmith estaba ya muy muerto.

A pesar de que se determinó que la causa directa de la muerte había sido un infarto, las circunstancias levantaron sospechas. Seguía sin quedar claro qué fue lo que le provocó el ataque al corazón. ¿Por qué se encontró a Coopersmith en la trigésima planta cuando él vivía en la vigésimo cuarta? Interrogaron exhaustivamente a los habitantes de aquella planta. Ninguno de ellos había visto ni oído nada. Ninguno reconoció conocer personalmente al director.

Se descubrieron unas cuantas lesiones menores en el cuerpo de Coopersmith, cardenales y rasguños. Una vez que se investigaron las actividades de aquella noche, se atribuyeron a una sesión de sadomasoquismo con dos cortesanas en los salones de expresión.

El centinela de la planta baja informó de que el director había entrado en compañía de otro hombre que se había marchado poco después. Describió al hombre como bajo, rubio y de constitución media. Había confundido a Thorne con uno de los actores de la película de holo que había estado viendo. Nunca lo había llegado a ver.

Sin pistas específicas que poder seguir, pronto se cerró la investigación. El asesinato de Willem Coopersmith quedó archivado oficialmente como muerte natural hasta que semanas después, cuando sometimos a Thorne al ciberescáner, este vació su mente y confirmó su culpabilidad.

Oyeron las noticias en el noticiario matinal del holo mientras desayunaban sentados. Las autoridades buscaban a un hombre bajo y rubio para interrogarlo, supuestamente era la última persona que había visto a Coopersmith con vida.

Diana miró a su pareja escogida, su rostro blanqueado por la luz de la mañana y los ojos abiertos de par en par por la incredulidad.

—¿Qué has hecho? —Su voz era espesa y las palabras le rasgaban la garganta. Movi6 la cabeza hacia delante y hacia atr6s, el pelo despeinado le caía por la cara—. ¿Qué has hecho?

—No hice nada. —Le dijo Thorne. Le había mentido a Diana con tanta frecuencia que ya se había convertido en algo natural—. ¿A ti te parece que soy bajo y rubio? Habría hecho algo, quería hacer algo, pero no tuve la oportunidad. No pude encontrar a Coopersmith. Ya lo has oído tú misma, muri6 de un ataque al coraz6n.

—Pero ¿d6nde estuviste anoche? —Diana lo miraba como si nunca antes lo hubiera visto—. ¿Ad6nde fuiste?

—Eso no importa —dijo Thorne—. Eso no es importante. Lo importante es que ya nunca m6s te tendr6s que preocupar por Willem Coopersmith. Eres libre para siempre. —Se puso en pie, aunque no se había terminado el desayuno, apenas s6 lo había tocado—. Tengo que irme a trabajar o llegar6 tarde.

Thorne pod6a ver la duda en el rostro de Diana. Sabía que solo se creía a medias lo que le había contado, y eso si se lo llegaba a creer. Thorne sali6 por la puerta sin decir otra palabra. No le importaba lo que pudiera pensar su pareja escogida. En lo que le incumbía a él, ya no le debía nada.

De camino al trabajo Thorne compr6 un diario en el quiosco cercano. La muerte de Coopersmith salía en primera p6gina y luego seguía un largo reportaje en la p6gina nueve. El art6culo resumía la vida del director y sus numerosos logros y premios. Alababa una y otra vez a Coopersmith y terminaba destacando cu6nto se echarían de menos muchos de sus talentos. Se retrataba al hombre como un santo patr6n de la ciudad estado.

Thorne había visto despliegues similares cuando había muerto alg6n alto oficial de la ciudad estado. Para el d6a siguiente o el otro casi todos se habrían olvidado de Willem Coopersmith. Aun as6, le irritaba la canonizaci6n del hombre. *No es as6 en absoluto*, pens6 Thorne. Era solo un fragmento de la verdad, y eso lo convertía en una mentira. Coopersmith había utilizado su poder y su posici6n para acosar a Diana y qui6n sabe a cu6ntas otras mujeres. Seguramente llevara a6os haciéndolo. Y su muerte había sido prosaica y mezquina. Había muerto en un altercado por la pareja escogida de otro hombre. Thorne se pregunt6 cu6ntos otros altos oficiales llevarían vidas de tan mala reputaci6n.

En cualquier minuto de cada día, durante unos cuantos días después, Thorne esperaba que irrumpieran guardianes armados en su piso o que aparecieran en su trabajo y se lo llevaran para encarcelarlo y recondicionarlo. Por lo que había aprendido en la escuela primaria y más adelante, ¿no era eso exactamente lo que se merecía? Las acciones de Coopersmith podían haber sido delictivas, pero no eran nada comparadas con las suyas. Habría cometido el mayor de los delitos contra la sociedad, el asesinato de otro ser humano. Intentaba convencerse a sí mismo de que no era responsable de la muerte del director, pero sabía lo suficiente como para admitir que era la causa directa, aunque no hubiera apuñalado al hombre, ni le hubiera disparado, ni tirado desde un edificio alto.

Los minutos se convirtieron en horas, las horas en días, y los días conspiraron para formar una semana... y no pasó nada. Y cuando no le pasó nada a Richard Thorne, algo ocurrió en su interior. Al matar a Coopersmith también mató una parte de su yo antiguo y se deshizo de lo que quedaba de su condicionamiento. Escribió en su diario:

A pesar de que sigo viviendo en el mismo edificio y sigo trabajando en la misma oficina y de que camino por las mismas calles, he cruzado la frontera a otro territorio. Todo lo que aprendí desde la infancia, las verdades que se me impusieron como absolutas, no las veo ya como nada más que verdades relativas. Ya no me sirven y es excitante haberse librado de ellas. Ahora percibo el mundo desde unos ojos diferentes a los de los hombres corrientes y es una visión que no puedo negar.

Su megalomanía había alcanzado nuevas cotas. Ya no se veía a sí mismo como Richard Thorne, estadístico, G-12. Su consciencia ya no estaba dividida y la transformación en el desviado delincuente conocido como Rick Thorne se había completado. Se había convertido en un sociópata, un hombre que cogería aquello que quisiera o necesitara para sobrevivir sin importarle el bienestar de los demás.

A pesar de que Thorne no le había contado nada a Diana, a Josie se lo contó todo. Esperaba que su amada se sorprendiera por el acto desviado que había cometido. En cambio, por su propia desviación, lo comprendió.

—Tú no lo mataste —dijo Josie. Estaba sentada en la cama con las piernas debajo del cuerpo. Thorne caminaba por la enorme habitación—. El hombre murió de un ataque al corazón. Fue un accidente. Además, lo único que tú hacías era lo que hubiera hecho cualquier hombre decente por su pareja escogida. La defendías de un monstruo. A mí me parece que era alguien a quien había que matar.

—Pero es que yo no quiero a Diana como pareja escogida. —Thorne dejó de pasearse y se dio la vuelta para mirarla cara a cara—. Yo no quiero a Diana. —Hizo una pausa significativa—. Te quiero. Quiero estar contigo.

A pesar de que el primer plan de DeLyon había dado sus frutos, a pesar de que

Thorne no solo estaba listo, sino deseoso de dejar a Diana, Josie ahora rechazó la idea de plano.

—¿Me quieres? —Apartó la mirada de él. Se pasó una mano por la pierna y empezó a quitarle las bolitas a la colcha vieja—. No te sirve de nada quererme. No hay más futuro para nosotros más allá de lo que tenemos aquí. Este es el límite de nuestro mundo. Y antes o después te cansarás de él.

Thorne se sentó junto a ella. Alargó la mano y le acarició la mejilla con la yema de los dedos y la obligó a mirarlo.

—¿Tú no sientes lo mismo? ¿No quieres que estemos juntos?

Ella no levantaba la mirada. Miraba fijamente la colcha y en los bordes de los ojos se le empezaron a acumular las lágrimas. Se las secó rápidamente con la palma de una mano.

—Has sido bueno conmigo —dijo Josie—. Te tengo mucho cariño. Pero no sirve de nada hablar de ello. Yo no puedo entrar en tu mundo y tú no vivirías en el mío. Es tan solo una fantasía. ¿Por qué no lo puedes dejar así? Es suficiente que puedas estar aquí tanto como lo haces.

La mano de Rick le acarició la nuca. Se inclinó hacia ella y la besó. La rodeó con los brazos y su cuerpo cayó en su abrazo y se lo devolvió.

—No te preocupes —le susurró—. Vamos a estar juntos. De una manera o de otra. Te lo prometo.

Thorne se sentó en un café de una cadena, se bebía un café y comía un sándwich, a la vez que no dejaba de darle vueltas a su dilema y a las opciones que tenía. Además de la suya había pocas mesas ocupadas. Frente a él, un hombre de gran sobrepeso comía con entusiasmo. Al otro lado de la sala dos quinceañeras trataban de compartir un par de cascos. Por la habitación se escapaban débiles hebras de música.

Por lo que Thorne sabía, no había ninguna ley que prohibiera que un ciudadano se emparejara con un no ciudadano, aunque seguramente estaría mal visto. De ninguna manera Josie y él serían aceptados para vivir en lugares más modernos, lo que significaría que vivirían en algún piso deteriorado como el que DeLyon compartía con su madre. También podía olvidarse de ascender en el trabajo. Para ello había que acudir a determinados eventos sociales a los que era obligatorio llevar a la pareja. En ese tipo de ocasiones, Diana siempre había brillado más que él. Josie, en el caso de que accediera a acudir a tales eventos, seguramente los haría estallar.

Nada de aquello disuadió a Thorne. Acababa de matar a un director *senior*, a un destacado miembro de las profesiones uniformadas. Y todavía era libre. Si es que eso era posible, razonó, cualquier cosa era posible.

Su primer obstáculo era Diana, por supuesto. Si iban a disolver su emparejamiento, necesitarían que lo aprobara la ciudad estado. Los animarían a que buscaran consejo. La decisión final tendría que ser de mutuo acuerdo. O uno de los

dos tendría que tener motivos suficientes para dejar al otro. Thorne no tenía otros motivos que no fueran la prolongada aventura con Coopersmith. Dadas las circunstancias, eso no era algo que quisiera que apareciera en una vista oficial.

También conocía a Diana lo suficientemente bien como para saber que se opondría a cualquier cosa que él sugiriera. En especial algo que cambiaría sus vidas para siempre.

Lo único que podía hacer era convertirse en una persona tan desagradable, tan inepta e indiferente, tan intolerable como pareja escogida, que Diana tomara la decisión por sí misma. No le costaría mucho. No podía evitar pensar en Coopersmith cada vez que la miraba. Aunque ella afirmaba que ninguna de las acciones las hizo por su propia voluntad, que el director la había chantajeado desde el principio, no podía quitarse de la cabeza la imagen de los dos juntos. Hacía que se estremeciera y lo dejaba frío. Y cuanto más lo pensaba, menos se creía la versión de los hechos de Diana.

Thorne bajó la vista. Se dio cuenta de que se había comido todo el sándwich sin saborear ni un solo bocado. Inconscientemente había arrugado el papel y ahora lo estaba haciendo añicos metódicamente, cada vez en trozos más pequeños. Los trozos estaban esparcidos por encima de la mesa, su regazo, el suelo. Cuando levantó la vista vio que el hombre gordo de enfrente había dejado de comer y lo miraba fijamente. Las dos quinceañeras se susurraban cosas la una a la otra y se reían cuando miraban hacia él. Cuando vieron que él las miraba se levantaron y salieron del restaurante a toda velocidad.

En cuanto se dio cuenta de que la sombra de Coopersmith ya no se cernía sobre su existencia, Diana se recuperó rápidamente. Regresó al trabajo y agradeció que las tareas de rutina ocuparan su mente. No quería pensar en la muerte del director, estuviera o no su pareja escogida involucrado en ella. Quería olvidarse de Coopersmith y volver a la vida que tenía antes de entrar en su despacho. Y, a pesar de que tuvo éxito al bloquear los recuerdos de las humillaciones y el terror que había sufrido a manos del director, pronto quedó claro que la vida a la que ella pretendía regresar ya no existía.

Diana miró bien a su pareja escogida por primera vez en meses. Lo observó entrar por la puerta, sentarse a la mesa, abrir un armario, y vio a un hombre completamente distinto al que se había unido. O al menos uno que pensaba que él mismo era diferente.

Thorne apenas la miraba o hablaba con ella. Por las mañanas se iba a trabajar sin que ni siquiera desayunaran juntos. La mayoría de las noches salía y no regresaba hasta tarde. Cuando ella le preguntaba dónde había estado, le decía que había estado jugando al ajedrez con su amigo DeLyon.

—No tienes que salir siempre —le sugirió Diana—. Podrías invitarlo y jugar al

ajedrez aquí.

Su pareja escogida no se molestó en contestar.

Las pocas noches en que Richard se quedaba en casa, veía el holo o se sentaba a leer un libro. No un lector de mano, ¡sino un libro! Diana no podía imaginarse dónde habría encontrado tal cosa.

Diana ya no estaba segura de lo que haría Richard. Tampoco sabía qué decir o hacer para recuperar el control de sus vidas. Así que, una noche decidió seguirlo.

Después estaba el efecto que había tenido la muerte de Coopersmith en DeLyon, quien de repente se había convertido en un extraño para Thorne, o al menos actuaba como tal. Cuando se cruzaban en un pasillo miraba para otro lado. Ya no había partida diaria de ajedrez en la explanada. DeLyon almorzaba en otro sitio.

La única vez que Thorne arrinconó a DeLyon en su mesa en medio de la atareada oficina, su antiguo amigo escupió un par de frases entre dientes antes de volver a estar sumamente absorto en la pantalla de su ordenador.

—¡Aléjate de mí! ¡Y aléjate de Josie!

Aunque DeLyon no conocía los detalles, estaba convencido de que Thorne había sido el responsable de la muerte de Coopersmith de alguna manera. Aunque como Thorne sabía, DeLyon sería la última persona que iría a informar a los guardianes de nada. ¿No había sido él mismo el que lo había llevado hasta Coopersmith con su propio ordenador ilegal?

Thorne se encogió de hombros y echó a DeLyon de su vida de la misma manera que tenía pensado echar a Diana. Se dijo a sí mismo que la única que importaba era Josie. En realidad, era lo único que le importaba a Rick para entonces. Thorne era él mismo. Sus propios y pervertidos deseos y necesidades.

Diana observaba a su pareja escogida que iba dos manzanas por delante de ella y lo vio desaparecer al doblar una esquina. Había planeado seguirlo hasta cualquiera que fuera el destino que tuviera en mente, pero no pudo avanzar más. Todo el entorno del barrio bajo, la suciedad, los olores, los vendedores con moscas en la comida la enfermaban. Peor aún, su sensibilidad estética se veía fuertemente herida por los edificios que salían por todas partes y estaban colocados al azar, como cuando se fuerzan las piezas de un rompecabezas en un sitio en que no corresponden. Diana se dio la vuelta y corrió hasta volver a estar en el entorno seguro y controlado de la ciudad.

Todavía no sabía qué pasaba con su pareja escogida, pero tenía alguna idea de lo que podía ofrecer el barrio bajo. Fuera lo que fuera, sabía que tenía que ser ilegal. Mujeres ilegales, drogas ilegales, juegos y apuestas ilegales, y probablemente fueran las tres cosas. Fuera lo que fuera, no iba a llevarlo a nada bueno. También sabía que

en unas cuantas semanas o quizás antes, se iba a demoler el barrio bajo. Ya no habría más de lo que fuera ilegal que su pareja escogida buscase allí en el sector Delta.

En dos semanas podían pasar muchas cosas. Diana no quería esperar tanto tiempo. Si podía tener a Richard para ella sola un tiempo, estaba segura de que lo podía volver a seducir. No solo su cuerpo, sino también su espíritu y su mente. Fue entonces cuando decidió reservar las vacaciones virtuales. Según lo que le había dicho Heather, todo el que sabía lo estaba probando. Todos los informes eran fantásticos.

VACACIONES

DETERMINADAS tierras descontaminadas se habían dejado a un lado para convertirlas en lugares de vacaciones para aquellos que habían logrado el estatus uniformado o con toga. Además de tener un alojamiento superior y entretenimiento en vivo, aquellos enclaves vacacionales ofrecían una serie de pasatiempos en entornos naturales. Un servicio superior a la Ciudad Estado naturalmente implica una recompensa mayor.

Aunque sus carreras progresaran rápidamente, pasarían varios años antes de que Diana y Richard tuvieran acceso a tal privilegio. Como la mayoría de los ciudadanos, pasaban sus vacaciones en uno de los centros recreativos del sector. Los centros también ofrecían un alojamiento excelente, unas variadas cenas de alta calidad, entretenimientos, natación y varias actividades de grupo. Aunque todo aquello tiene lugar en interior y bajo techo.

Muchos ciudadanos, incluso aquellos de naturaleza menos crítica que la de Richard Thorne, habían criticado a los centros por su falta de variedad y lo predecible de sus rutinas. Daba igual el centro que uno escogiera, todas las vacaciones eran más o menos lo mismo. No había ninguna sensación de aventura, lindaba la sensación de dejar atrás la vida cotidiana. En respuesta a tal insatisfacción tan abierta se desarrollaron y perfeccionaron las vacaciones virtuales.

Cuando Rick trató de abandonar el piso aquella noche, Diana se interpuso en su camino. Estaba apoyada en la puerta y tenía las manos a la espalda. Se había hecho otro corte de pelo distinto, más corto. Llevaba la raya de los ojos precisa y excesiva.

—¡Tengo una sorpresa para ti!

Él levantó la vista y la miró de arriba abajo sin responderle. Le pareció dura, dura y débil.

—Bueno... ¿no quieres saber lo que es?

—Está bien —suspiró—, cuéntamelo.

—Este fin de semana nos vamos de vacaciones.

Thorne frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¡No seas ridícula! No puedo coger vacaciones ahora. Hay muchas cosas que hacer en el trabajo. No me van a dar los días libres. —El trabajo estaba como siempre. Lo que no podía era hacerse a la idea de pasar tiempo sin ver a Josie.

—Pero es solo el fin de semana —le aseguró Diana—. Nos vamos el viernes por la noche y volvemos el domingo por la noche. Es lo último. No son unas vacaciones reales, es más real que la realidad... ¡mejor que la realidad! Son unas vacaciones virtuales. Tienes que haber visto los anuncios en el holo. Podemos ir a cualquier lugar que queramos. ¡Mira estos!

Diana sacó las manos de la espalda. Tenía varios folletos llenos de color y le sonreía. Se la imaginó sonriéndole a Coopersmith.

Thorne cogió uno de los folletos a regañadientes y lo empezó a hojear. De cada página le saltaban imágenes animadas holográficas. Playas blancas iluminadas por el sol, cascadas espumosas en el centro de bosques esmeralda, lagos azules con barcos de vela que iban para delante y para atrás, una vista de calles brillantemente iluminadas y decoradas por las que atractivas parejas paseaban en pasarelas automáticas...

Más entretenimientos sin cerebro, pensó como Josie, *más distracciones*. Estaba a punto de tirar el folleto al suelo y pasar por delante de Diana por la fuerza cuando se le ocurrió una idea. Las vacaciones podían ser la respuesta perfecta. Podía convertir sus dos días juntos en un infierno tal, podía hacer que su comportamiento fuera truculento y atroz. Diana no querría volver a verlo. Estaría tan deseosa como él de disolver su emparejamiento.

—Está bien —Thorne se encogió de hombros—, le daré una oportunidad.

—¡Maravilloso! —Diana hablaba atropelladamente. Lo rodeo con los brazos y le dio un abrazo rápido. Actuaba como cuando empezaban su relación, pensó, antes de que se emparejaran—. Tengo otra sorpresa para ti, también..., pero eso puede esperar hasta que llegemos a nuestro destino.

—Supongo que ya habrás hecho las maletas —dijo Thorne, paralizado por su abrazo.

—No —dijo Diana—. No tenemos que hacer ninguna maleta. Todo lo que necesitamos nos espera allí.

—Pero ¿adónde vamos exactamente?

—¿Adónde va a ser? —dijo Diana llena de satisfacción—. Vamos al Futuro Perfecto.

Thorne había visto anuncios en el holo que ofrecían esa nueva manera de viajar, pero nunca les había prestado demasiada atención. Lo que Diana olvidó decirle fue que a pesar de que su viaje duraría tan solo dos días de tiempo objetivo, subjetivamente les parecería mucho más largo. Tampoco le mencionó que, además de ofrecer gran variedad de destinos, las vacaciones virtuales venían con diferentes sabores emocionales.

Estaban las «Vacaciones familia feliz» para aquellos que habían decidido criar a sus propios hijos. Algunos solteros activos se decidían por «Lobo solitario al acecho», mientras que otros encontraban más a su gusto las tranquilas «Sabáticas solitarias». Si Diana se hubiera ido de vacaciones con Heather habrían cogido «Dos

amigas de cachondeo». Como iba con Richard y su objetivo era seducirlo, se había decidido por «Vacaciones de amor para parejas escogidas».

La habitación en la que entraron estaba iluminada tenuemente. De unos altavoces escondidos salía una música suave y vaporosa. Las paredes y el techo ofrecían un holo continuo de figuras abstractas llenas de color que se movían suavemente al ritmo de la música. Les esperaban dos sillones, uno al lado de otro, ambos almohadillados y con los reposapiés levantados. Junto a cada sillón había una mesilla en la que había un vaso helado con un líquido verde pálido en su interior. Les habían dicho que se relajaran, que disfrutaran de la bebida, que las vacaciones comenzarían en seguida.

—¡Esto está delicioso! —dijo Diana, que ya se había sentado y ya sorbía la bebida—. Deberías probarlo.

Thorne estaba allí de pie, con las manos metidas en los bolsillos, le dio la espalda y se puso a mirar cómo se movían los dibujos. Le recordaban a las nubes cuando cruzan el cielo después de una tormenta. Desde que habían salido del piso había estado hosco y poco comunicativo. Cuando Diana trató de cogerle la mano en el tren subterráneo, se había soltado de inmediato y había seguido mirando por la ventana a la nada gris que había al otro lado y que pasaba a toda velocidad.

—De verdad —insistió Diana a la vez que trataba de hacer caso omiso de su comportamiento de la mejor manera que podía—. Nunca he probado nada igual.

Thorne sacudió la cabeza para aclarársela. Se había estado fijando demasiado en los dibujos. Parecían haber tenido un efecto hipnótico sobre él.

Se giró hacia la mesa y cogió el vaso. Pensó que podía tomar un trago y luego escupirlo y salpicar a Diana en el proceso a la vez que gritaba lo mal que sabía. Sin embargo, mientras se acercaba el largo vaso helado a los labios, un atractivo olor llenó su nariz. Tomó un sorbo, y después otro. Estaba muy frío, ácido y dulce al mismo tiempo, incluso algo especiado, sabía a fruta aunque no era capaz de reconocer a cuál exactamente. Y de verdad estaba delicioso. Si hubiera algo que fuera en realidad el néctar de los dioses, Thorne pensó que bien podía ser aquello. Bebió más cantidad y se sentó.

En lugar de recostarse, Thorne se echó hacia delante con cada pie a un lado del reposapiés y los codos sobre las rodillas con los pies bien plantados en el suelo. Fingió elaboradamente mirar al reloj.

—¿Por qué tardan tanto? ¿Nos vamos a ir de vacaciones o no?

—Solo han pasado unos minutos —le dijo Diana—. Recuéstate y relájate como te han dicho. Para eso son las vacaciones.

Thorne intentó pensar en una respuesta ácida, pero no lo hizo con las suficientes ganas. Había tenido un día muy ajetreado en el trabajo y ahora, muy a pesar suyo, empezaba a sentirse algo relajado. Tras unos cuantos sorbos más de la bebida, se recostó en la silla y levantó los pies.

La velocidad de la música y del movimiento de los dibujos abstractos empezó a bajar, las nubes se alargaron y empezaron a cambiar de color. Thorne bostezó. Toda la tensión de los últimos meses salió de su cuerpo y un delicioso cansancio invadió sus miembros. Se sintió como si flotara. Su conciencia quedó envuelta en una enorme sensación de bienestar. A su lado, Diana ya había cerrado los ojos y respiraba rítmicamente.

En el último momento antes de caer en el pozo del sueño, un poco de paranoia afloró en la mente de Thorne. Todo aquello era un truco. Los guardianes conocían sus delitos. Lo sabían todo y lo esperaban al otro lado de la puerta. Se despertaría encarcelado y listo para ser recondicionado.

La puerta se abrió y aparecieron varios técnicos médicos. Habían cesado tanto la música como las imágenes holográficas. La habitación estaba entonces fuertemente iluminada. Levantaron a Diana y a Richard de sus asientos y los colocaron en sendas camillas con ruedas. Los desnudaron y le hicieron a cada uno un reconocimiento físico obligatorio, para asegurarse sobre todo de que permanecerían inconscientes. Los rociaron con desinfectantes y los vistieron con batas de hospital.

Sacaron las camillas de la habitación.

Sus vacaciones virtuales al Futuro Perfecto estaban a punto de comenzar.

Era todo lo que había soñado Diana cuando era una joven estudiante de arquitectura. Se deslizaba por las calles de una ciudad transformada, con su pareja escogida junto a ella. ¿Cien años en el futuro? ¿Mil años? ¿Quién podía decirlo?

Estaba claro que se habían cumplido las metas del Estado y el Futuro Perfecto se había convertido en una realidad.

Las pasarelas automáticas eran más anchas. Los edificios estaban más separados unos de otros y los jardines naturales que había entre ellos eran asombrosos tanto en abundancia como en variedad. Los propios edificios ofrecían un compendio de la historia de la arquitectura. Chapiteles góticos. Columnatas corintias. Fachadas rectilíneas Bauhaus. Decoraciones barrocas. A través del genio del diseño y la colocación, todos aquellos elementos encajaban juntos y se complementaban los unos a los otros sin el menor conflicto.

El cielo sobre ellos estaba claro y tenía más estrellas de las que Diana podía imaginar que pudieran existir. La luna llena se elevaba entre los huecos de los edificios. La noche era templada y agradable, la temperatura perfecta, y una suave brisa les acariciaba las mejillas. Hasta el aire de la ciudad olía diferente, más fresco, más limpio.

Aun así, la mayor diferencia se podía ver en los habitantes de la ciudad. Era un auténtico mundo de gente hermosa. Los habitantes que pasaron por su lado, tanto

solos, como en parejas o grupos estaban sanos y serenos. No saltaban de pasarela a pasarela para interceptarse el paso. No tenían ninguna prisa frenética por llegar a su destino. No apartaban la vista de los otros a los que pasaban absortos por sus propias preocupaciones, sino que les sonreían a los que los rodeaban abiertamente, sonrisas que transmitían calma, seguridad y contento. Y los vestidos y túnicas que llevaban eran magníficos.

Diana se avergonzó un poco de sí misma hasta que bajó la vista y vio sus propias ropas. Llevaba un pareo de seda de los colores del arco iris que se le ajustaba como un guante sin impedirle el movimiento de ninguna manera. Su pareja escogida llevaba una túnica a juego. Por la manera en que le resaltaba los hombros y le caía por los lados se notaba claramente que había sido hecha a medida.

—Es todo tan fantástico —exclamó Diana—. Casi no me lo puedo creer. ¿No hace que te sientas maravillosamente?

—Si —concedió Richard—, es maravilloso. Me alegro mucho de que hayamos venido.

Su compañero escogido la rodeó por la cintura con el brazo y la estrechó. Diana se rio y le devolvió el gesto. Fueron al distrito de ocio, más rico y variado que el que conocían de la vida real. Había todo tipo de espectáculos que se pudieran imaginar, desde obras de teatro a conciertos, desde bailes y exhibiciones artísticas hasta eventos deportivos. Había unas pantallas gigantes que mostraban escenas de los eventos que estaban teniendo lugar en aquel momento en cada teatro o recinto para poder conocerlo antes de entrar. A las afueras de los restaurantes había pantallas más pequeñas que mostraban la oferta de platos de cada uno.

—¿No tienes hambre? —le preguntó Richard.

—Estoy muerta de hambre —dijo ella—. ¿Dónde comemos? Hay tanto donde elegir...

—Este parece que está bien. —Su pareja escogida la cogió de la mano y la guio mientras bajaban de la pasarela.

Acto seguido, Diana se encontró sentada en una mesa en un entorno muy lujoso y un camarero con la chaqueta blanca les daba unos menús enormes con el borde dorado.

La euforia que Thorne había sentido antes de dormirse seguía en su interior. Se movía por una pasarela automática con Diana junto a él. Un aluvión de impresiones recorría su interior, lo que reducía su capacidad de atención mientras sus sentidos saltaban de una a otra.

Pasaban por las calles de lo que parecía una hipotética ciudad del futuro, una ciudad radiante donde todo brillaba como nuevo como si acabara de nacer. El aire estaba claro y era fresco. Por encima de sus cabezas, el cielo les ofrecía una desbandada de estrellas.

Diana deslizó el brazo y se lo pasó por la cintura y presionó su cuerpo contra el de él. Antes de que pudiera reunir la concentración para soltarse y alejarse, una pantalla gigante de holo lo distrajo con unos animales extraños que saltaban y tocaban instrumentos musicales en ella.

Desde las profundidades de su mente la voz de un hombre llamado Rick le gritó: *¡Nada de esto es real! ¡Díselo a ella! ¡Estropéaselo!*

Una parte de Thorne intentaba asirse a ese grito. Sin embargo, para cuando logró salir a su consciencia ya no era más que un susurro del que era fácil hacer caso omiso. Sus pensamientos estaban atrapados en el momento y las oleadas de euforia seguían bañándolo.

A lo largo de la calle a la izquierda se extendían una serie de restaurantes, a cual más suntuoso.

—¿No tienes hambre? —preguntó Diana.

Y de repente la tenía. Estaba tremendamente hambriento. Había comido casi justo antes de marcharse de su piso, pero tenía la sensación de llevar días sin comer.

—Si —respondió—, vayamos a comer algo. Me muero de hambre.

Diana lo cogió de la mano y tiró de él mientras bajaban de la pasarela.

No caminaron hasta el restaurante ni entraron. No esperaron a que los sentaran. Tan pronto como se bajaron de la pasarela, estaban en la mesa con los menús en la mano. Un camarero con chaqueta blanca esperaba junto a ellos para que escogieran. La transición había sido instantánea, como si fueran dos personajes de un holodrama que son transportados de la escena uno a la escena dos.

Diana se recostó y miró a su alrededor. Estaban sentados en un reservado que hacía esquina, lo que les daba una buena vista de la sala y del resto de los comensales. El restaurante no estaba lleno, pero tenía la suficiente cantidad de gente como para confirmar que era bueno. Del techo colgaban lámparas de cristal y de fondo sonaba música romántica. Los manteles eran de lino blanco. En cada mesa había flores frescas y una vela encendida.

Diana pidió cordero a la brasa con salsa de menta. Richard optó por un *filet mignon*, al punto. Pero aquello no era todo. Cada plato principal venía con una cena completa. Ostras con su media concha. Sopa de cebolla con queso al horno. Ensalada de endibias con aceitunas negras, tomates *cherry*, picatostes y huevos revueltos. Espárragos *baby* salteados con salsa de mantequilla y limón. La comida estaba increíblemente deliciosa y el servicio era impecable. Cada vez que sus vasos de vino quedaban medio vacíos un camarero aparecía por arte de magia y los rellenaba.

No hablaron mucho, a excepción de un comentario o dos acerca de los diferentes platos. No hacía falta hablar. Era suficiente con estar juntos y estar enamorados. Su pareja escogida estaba tan atractivo como nunca lo había visto y se había dado cuenta de que varias mujeres se habían fijado en él y no dejaban de mirarlo, y él parecía

estar disfrutando tanto como ella.

—¿Estás lista para el postre? —le preguntó Richard.

—Ha estado para chuparse los dedos —exclamó Diana con un suspiro—, pero tengo que cuidar mi figura.

—No te tienes que preocupar por eso —le recordó—. Cariño, ¿se te ha olvidado ya? Esto es comida virtual. No hay ninguna caloría.

—¿En qué estaría yo pensando? —dijo Diana a la vez que la mayor de las sonrisas asomaba a sus labios—. Es todo tan real que se me olvidó. ¿Crees que tendrán *mousse* de chocolate? ¿O quizás tarta de queso?

—Estoy seguro de que tendrán lo que quiera que desees —le respondió Richard. La miró con deseo y alargó la mano para acariciarle la suya.

Thorne se había vuelto a convertir en un hombre dividido, casi partido en dos. La personalidad y las emociones que las vacaciones superpusieron a las suyas eran tan lejanas a la realidad que no tenían nada en común. Él era Richard Thorne, estadístico, G-12 y estaba disfrutando de las vacaciones de su vida con su pareja escogida. Al mismo tiempo era un delincuente desviado que se hacía llamar Rick, un psicópata asesino atrapado en un mundo de ensueño que estaba dispuesto a corromper hasta convertirlo en una pesadilla.

Los platos seguían llegando, uno detrás de otro. Parecían apetitosos. Si la bebida verde pálido había sido el néctar de los dioses, Richard pensó que la comida que estaban comiendo podía ser fácilmente su ambrosía.

Mientras tanto, Rick reclamaba su atención en vano dentro de su mente.

Nada de esto es real. Atragántate. Escúpelo. Monta una escena. Solo tienes dos días. ¡Hazla todo lo infeliz que puedas! ¡Haz que te odie!

Richard dejaba que fuera Diana la que hablara. No estaba seguro de poder llevar una conversación coherente. Ella parloteaba de nada en particular, alababa la comida, el servicio, combinaba los temas de conversación ligeros y en algún momento sugirió que visitaran el circo de la ciudad. No importaba lo que dijera. Cada vez que la miraba no podía evitar pensar lo atractiva que era. Diana parecía más joven y radiante de lo que había estado en años.

Piensa en ella con Coopersmith. Desnuda, tumbada boca arriba. O de rodillas ante él. Sus manos arrugadas le recorren el cuerpo. Piensa en cómo ella ha controlado tu vida. Ha denigrado tu auténtico ser.

Ella llevaba una túnica dorada de un tejido satinado. Le dejaba los hombros y los brazos al descubierto. Su piel ligeramente cubierta de pecas brillaba a la luz de las velas. Richard se había dado cuenta de que otros hombres del restaurante la miraban. Hasta algunas mujeres lo hacían. Estar allí a su lado lo hacía sentir el hombre más afortunado de todo el restaurante, de todo el mundo. ¿Cómo iba a evitar amarla tanto como lo hacía?

Es un paquete de mentiras. ¡No quieres a Diana! ¡Quieres a Josie! Ella es la que importa.

—Creo que es la mejor cena que jamás he comido —dijo Diana con un suspiro—. Y lo mejor de todo es que no tiene ni una sola caloría. Es comida virtual. —Se dio unas palmaditas en su esbelto vientre y suspiró de nuevo—. ¿Qué vamos a tomar de postre?

Maravilloso. Maravilloso. La ciudad es maravillosa. Las calles son maravillosas, ¡Diana es la más maravillosa de todas! Todo es tan maravilloso que enferma, ¡despierta, tonto! ¡Nada de esto es real!

La bestia que era Rick de repente irrumpió con éxito en la conciencia de Thorne. Miró a su alrededor y vio la belleza y encanto de la habitación y los negó. Miró a Diana e hizo lo mismo. Superó la alegría que lo embargaba con sus propias perversas compulsiones.

Rick golpeó la mesa con el puño. La cubertería de plata tintineó y las copas se tambalearon.

—¿Postre? —gritó—. ¿Quieres decir que hay más tonterías de estas en camino? Probemos el pudín de rata desnaturalizada. ¿Qué tal una compota de arena con lodo? ¡Estoy seguro que todo sabrá como los ángeles!

Los demás comensales continuaron comiendo y charlando, sin hacer caso alguno de su arrebató. Diana pareció confusa por un momento, pero para nada estaba avergonzada. No tenía sentido. Debería estar sorprendida por su comportamiento.

Un camarero con chaqueta blanca se materializó por arte de magia a su lado.

—¿Algo no está su gusto, señor? Si podemos hacer algo para complacerlo, por favor, díganoslo. —No dejaba de hacer reverencias mientras hablaba.

—Tan solo relájate, cariño —añadió Diana. Alargó la mano por encima de la mesa y puso su palma sobre el puño cerrado de Richard. Lo miró con adoración—. ¿Por qué no te tomas un pastel de melocotón? ¿No es uno de tus favoritos?

Entonces, la euforia ciega volvió a azotarlo como un maremoto, aplastante en intensidad, como si le inyectaran una medicina eufórica en las venas. ¿En qué estaba pensando al querer estropear una velada tan hermosa?

—Lo siento —dijo Richard—. No sé qué es lo que ha podido apoderarse de mí. —Agitó la cabeza para intentar aclararla—. Pastel de melocotón. Sería perfecto —suspiró—. ¡Suenan maravillosos!

—Está bien, cariño —dijo Diana, mientras le daba palmaditas en la mano—. Tan solo relájate y deja que las cosas sigan su curso. Ya sabes lo mucho que te quiero.

Con aquellas palabras, Richard sintió como su propio amor por Diana le inundaba el pecho. También sentía a Rick tomándole el pelo en su interior, su ira había quedado aplacada por el enorme peso de la alegría despreocupada. Thorne no sabía si podría sobrevivir a dos días de aquello y mantener la cordura.

Se terminaron el postre y ya se estaban tomando el café. Diana estaba tentada de pedir una tercera ración *mousse* de chocolate o de pedir otro postre. Con comida como aquella se podía pasar las vacaciones enteras comiendo, pero había tantas cosas que quería hacer.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Richard, como si le hubiera leído la mente—. ¿Quieres ir a bailar a alguno de los recintos?

—¡Oh! Eso me encantaría —dijo Diana—. ¡Eso es exactamente lo que quiero hacer!

Tan pronto como lo dijo, su deseo fue concedido. Richard le estaba dando vueltas en una pista de baile generosa. Una orquesta tocaba música encantadora en directo. Había una bola plateada gigante que daba vueltas sobre sus cabezas. A donde quiera que se movieran por la pista de baile, el resto de las parejas les hacían sitio para que pudieran pasar.

Diana no había bailado así nunca en su vida, con tanta gracia y tanto estilo. Así era como se tenía que bailar. Podía sentir la música en los huesos, en el alma. Se movían juntos como si pesaran menos que el aire. Y cualquiera que fuera la colonia que llevaba Richard, la estaba volviendo loca.

Richard apenas había terminado de comerse su pastel de melocotón, cada bocado se derretía en su boca, cuando Diana sugirió que fueran a bailar. A Richard nunca le había gustado bailar, salvo en las ocasiones que lo había hecho con Josie. Tampoco es que nunca se le hubiera dado bien. Sin embargo, entonces el mero pensamiento de tener a Diana en sus brazos y darle vueltas por una pista de baile le pareció irresistible.

¿Cómo podía negarse?

Corte a escena tres. Estaban bailando.

Así es como Thorne empezaba a pensar en cada segmento abrupto. Como si fueran escenas sucesivas de una película de holo. Y se veía a sí mismo como un actor que no tiene más remedio que recitar las frases que se esperan de él. Su deseo de estropear las vacaciones había desaparecido momentáneamente. No tenía necesidad de pensar en ello más. No con la música que estaba sonando y su pareja escogida en los brazos, le brillaban los ojos, su hermoso rostro estaba encendido y cualquiera que fuera el perfume que llevaba, lo estaba volviendo loco.

No había duda alguna de que Rick era un loco maníaco y un delincuente. Sin embargo, a pesar de sus falsas ilusiones, era capaz de funcionar. Poseía toda la inteligencia de Richard Thorne junto con un violento y artero don para fingir y

engañar. Pronto se dio cuenta de que si intentaba luchar contra los efectos de las vacaciones, se enfadaba y se enfebrecía, por ello experimentó una oleada extática que pudo con su resistencia. Así que esta vez se dejó llevar por la marea alta y esperar el momento oportuno, se separó a sí mismo del constante placer que sentía y trató de concentrarse en lo que le estaba pasando.

También empezaba a sospechar algo. No solo las calles, los edificios, la comida, toda la ciudad y sus habitantes eran una ilusión, quizá Diana también lo fuera. Quienquiera que lo estuviera acompañando en aquellas vacaciones, ya no estaba seguro de que fuera su pareja escogida.

Ella podría haberse pasado toda la noche bailando, solo que había otra cosa que deseaba mucho más. De nuevo fue como si Richard le pudiera leer la mente. Cuando la música cesó, en el hueco entre dos números, la apretó contra sí en un salvaje abrazo. Allí mismo, en medio de la pista de baile le dio un profundo beso en los labios.

—No puedo aguantar más —le susurró—. ¡Tengo que tenerte!

—¡Oh, sí! —le respondió Diana, casi sin respiración, pero no por el baile—. ¡Sí! —Nunca había deseado tanto a Richard, no podía recordar desear tanto a otro hombre como lo deseaba a él en aquel momento.

El salón de baile desapareció. Se encontraban en el espacioso dormitorio de una *suite* de hotel en lo más alto de la ciudad. Toda una pared era de cristal y les ofrecía una maravillosa vista de los millones de luces que había por debajo. La luna en el lado oriental del cielo parecía estar muy cerca e iluminaba la habitación, que no tenía la luz encendida, con una luz suave y romántica.

Diana estaba sentada en la cama, la cama más grande que jamás había visto, y llevaba un fino *négligé* negro. Richard estaba a su lado, y no llevaba nada de ropa. La abrazó y volvió a besarla otra vez. Le desabrochó el *négligé* y se lo quitó por los hombros con experta facilidad. Entonces comenzó a hacerle el amor. Suave y apasionadamente. Salvaje, tierna y satisfactoriamente. Se había convertido en su sueño erótico consumado.

—Vayamos a casa —le susurró Diana al oído—. Hagamos el amor. —Le puso una mano en la nuca y lo acercó hacía sí. Lo besó en los labios en medio de la pista de baile.

Escondido entre las sombras de la consciencia de Thorne, Rick pensó por una fracción de segundo que Diana sugería que abandonaran las vacaciones y regresaran a su piso. Cuando el mundo que los rodeaba volvió a cambiar, se dio cuenta de que se había hecho ilusiones.

Escena cuatro. Estaban en el dormitorio de una lujosa *suite* de hotel. Había una pared que era toda de cristal. Estaban sentados en el borde de la cama. Antes de que pudiera ver todo su entorno Diana estaba sobre él. Le arrancó la ropa, se quitó las

suyas. Lo tocaba de maneras que nunca lo había hecho antes, le descubrió una sensualidad desinhibida que lo asombraba y a la vez lo apasionaba. Richard no podía hacer otra cosa que no fuera responderle maravillado y con aprecio con su propio deseo sin límites. Rick no podía hacer nada más que observar desde una segura distancia y dejarse llevar por la marea.

Estaban tumbados el uno junto al otro y se estaban bebiendo el champán con el que habían sido obsequiados en el hotel y que les habían dejado en la *suite*. Diana quería atrapar aquel momento para siempre en su consciencia. Todos los problemas y dificultades de la vida habían desaparecido. Se sentía satisfecha y completa de una manera que jamás pensó fuera posible estarlo.

Tenía la intención de guardarse la sorpresa para el final de las vacaciones, para cuando estuviera segura de haber recuperado el control sobre su pareja escogida. Sin embargo, las cosas estaban yendo tan bien, que no podía esperar más.

—¿Te acuerdas de que te dije que tenía una sorpresa para ti? —comenzó.

Richard se giró hacia ella.

—Sí cariño, ¿de qué se trata?

Tenía pensado ir llevándolo hasta la sorpresa poco a poco, hasta llegar al nuevo proyecto que le habían asignado y juzgar la reacción de Richard. Sin embargo, la noche había sido tan maravillosa que le costaba organizar sus pensamientos. Había perdido la cuenta de cuánto vino habían tomado en el restaurante y ahora se acababa de tomar aquel champán. Por raro que pareciera, estaba tan contenta que le costaba pensar en orden. Así que simplemente lo soltó.

—Me ascendieron la semana pasada. Me han hecho G-16.

Se produjo una pausa, como si Richard estuviera digiriendo la información.

—¡Eso es maravilloso, cariño! —dijo por fin—. ¡Te lo mereces, sin duda! —Se inclinó sobre ella, la besó en el hombro y la abrazó.

Diana había estado preocupada por cómo se lo tomaría, ya que él seguía estancado en el G-12. Sin embargo, Richard parecía estar verdaderamente complacido por ella, por lo que decidió seguir a la carga.

—Y eso no es todo. Se supone que es un secreto, solo lo saben unas cuantas personas, pero te lo puedo decir a ti. Por fin se van a deshacer de ese barrio bajo. ¡Y me han encargado diseñar todo un bloque de viviendas nuevas!

Se produjo otra pausa antes de que le respondiera, pero cuando lo hizo dijo exactamente lo que ella quería oír.

—Eso es maravilloso. Los barrios bajos son una plaga para toda la ciudad. Deberían deshacerse de todos los barrios bajos. Pero, no pensemos en cosas desagradables como esa. Hablemos de cómo vamos a pasar el día de mañana.

Richard Thorne acababa de experimentar uno de los encuentros sexuales más memorables de toda su vida. Y a juzgar por la reacción de Diana, para ella había sido igual de especial. Estaba completamente relajado, bebía champán y estaba cayendo en un agradable sopor. Rick eligió ese momento para forzar su vuelta a la superficie. Se giró hacia Diana. Su rostro estaba apenas a unos centímetros del de él. Decidió que se había terminado el tiempo de los subterfugios.

—No te quiero. —Su voz explotó en la silenciosa habitación, más fuerte de lo que había sido su intención—. Quiero a otra persona. Quiero disolver nuestro emparejamiento. Diana no respondió inmediatamente. Bebió otro sorbo de champán. A la luz de la luna que entraba por el enorme ventanal, Rick pudo ver la misma expresión de asombro que había mostrado cuando tuvo el arranque en el restaurante.

—Está bien, amor —dijo por fin, a la vez que alargaba la mano y le daba unas palmaditas en la de él—. Solo tienes que relajarte y dejar que ocurra. Ya sabes cuánto te quiero. —Lo miró con los ojos abiertos de par en par, con total adoración, como si no hubiera oído nada de lo que él le había dicho.

Rick se retiró, la mente le daba vueltas por las implicaciones de lo que Diana había dicho. Era una respuesta idéntica a la que le había dado en la cena, una respuesta programada de un programa cuyos parámetros no estaban diseñados para manejar aquella situación. Cualquiera que fuera el mecanismo específico de aquellas vacaciones, Diana y él no las estaban pasando juntos. La mujer que estaba junto a él no era su pareja escogida, ni siquiera era una mujer de verdad, sino una imagen generada, una inteligencia artificial que había sido equipada con una variedad completa pero finita de reacciones. Su apariencia externa y su comportamiento quizá hubieran salido de los archivos secretos de Diana de la ciudad estado. O quizá los hubieran sacado y proyectado a partir de sus recuerdos. Y después la habrían idealizado.

Recordó las pocas discusiones que habían tenido en sus anteriores vacaciones, cómo los resentimientos y diferencias de la vida cotidiana habían salido a la superficie con el ocio, así que cuando deberían haber estado disfrutando de su tiempo, lo habían pasado discutiendo. Allí no había ningún peligro de que ocurriera eso. Allí solo había belleza y armonía, y amor, todo ficticio y forzado. Entonces pensó en la auténtica Diana, quien debía estar pasando unas vacaciones parecidas a las de él en compañía de un atento y amantísimo sustituto de Richard Thorne. Se habían ido de vacaciones juntos, pero estaban pasando unas vacaciones separados, completamente solos, rodeados de maniqués, criaturas que solo existían en sus mentes.

No había manera posible de que le estropeará aquellas vacaciones a Diana, no había manera de que lograra hacer que lo odiara como había planeado. Ni siquiera había manera de que hablar con ella hasta que hubieran terminado aquellas vacaciones.

El desayuno fue otro festín, se lo sirvieron en la terraza del restaurante que tenía vistas a una playa de arena blanca y al océano azul brillante.

Diana no podía dejar de comer. Devoró dos raciones de tortitas con sirope de fresa, un plato de huevos revueltos, beicon, fiambre, galletas, tres rodajas de melón y patatas fritas. Entre bocado y bocado no podía evitar mirar a su pareja escogida. Después de la noche anterior, también quería comérselo a él.

—Debes pensar que soy horrible —se sonrojó, mientras se secaba los labios con una servilleta—, llenándome como lo hago.

—Nunca, cariño —le respondió Richard, a la vez que alargaba la mano y le acariciaba la suya—. Come lo que quieras. Relájate y deja que ocurra. Ya sabes cuánto te quiero.

Richard llevaba un sencillo polo blanco de manga corta con el cuello abierto. Sus ojos azules brillaban tanto como el océano..., la brisa marina le acariciaba el pelo oscuro. Diana nunca se había dado cuenta de lo hermoso que podía ser un hombre.

—Cuando termines —añadió—, bajemos a la playa.

—Como quieras —le respondió Diana—. Mientras estemos juntos.

Diana había quedado atrapada en sus propias intenciones de seducción. Si hubiera leído detalladamente la descripción de «Vacaciones de amor para parejas escogidas», habría entendido que era una vía de doble dirección. Los sentimientos que generaba eran mutuos. Las vacaciones estaban diseñadas para reavivar y fortalecer el amor entre parejas escogidas. Para lograrlo, no solo creaba una Diana Logan idealizada y llenaba a Richard Thorne de amor y devoción hacia ella, también creaba al Richard Thorne perfecto para Diana Logan, el hombre de sus sueños, de los que no se había percatado por completo hasta aquel momento.

Se preguntaba cómo podría haber vivido tantos años con Richard y haber estado tan ciega. ¿Cómo era que no se había dado cuenta de lo afortunada que era por tenerlo a su lado? Diana juró que cuando regresaran a su piso después de las vacaciones y vivieran sus vidas cotidianas, iba a ser una compañera mejor que antes. No iba a cuestionar a Richard ni a intentar manipularlo. Dejaría de pasar tanto tiempo preocupándose por su carrera. Intentaría convertirse en la mujer que él merecía de todas las maneras posibles.

Las «Vacaciones de amor para parejas escogidas» estaban teniendo en Diana el efecto exacto que se pretendía cuando las crearon.

Escena cinco. Desayuno en la terraza.

Richard no recordaba haberse quedado dormido. No recordaba haberse despertado, ni haberse duchado y vestido. En un momento estaba quedándose adormilado agradablemente junto a su pareja escogida y al siguiente estaban desayunando, a la vez que contemplaban una playa de arena blanca y el brillante y

azul océano.

La comida era deliciosa y abundante. Diana estaba tan hermosa que hacía que le doliera el corazón cada vez que la miraba. No había ni una nube a la vista y el cielo azul parecía infinito. Podía oler la brisa salina del agua. Era muy difícil imaginar una mañana más perfecta.

Entonces, Richard se preguntó, ¿por qué se sentía algo preocupado?

Una imagen de Josie cruzó su mente como un relámpago. Una escena completa en imagen congelada. Estaba inclinada regando una de sus plantas ilegales. La parte de arriba de la ropa se le había subido y mostraba la suave piel oscura de su espalda y caderas. Él alargó la mano y la tocó, y ella se dio la vuelta y le sonrió por encima del hombro. Él podía oír su extraña música antigua. Podía ver sus libros en las estanterías, la mecedora balanceándose hacia delante y hacia atrás, la enorme cama con el armazón chirriante de metal.

Richard apartó las imágenes de su mente. Ya tendría tiempo suficiente de pensar en Josie cuando se hubieran terminado las vacaciones. Lo que más importaba en aquel momento era estar con Diana y compartir los placeres y delicias nuevos que el día les fuera a deparar.

Él quería bajar al océano y caminar por la arena y tocar el agua. Nunca había ido a una playa de verdad ni había visto un océano de verdad. Entonces cayó en la cuenta de que ni la playa ni el océano eran reales tampoco.

—¿Te gustaría bajar a la playa? —le preguntó Diana, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Sí —le respondió—, eso sería maravilloso.

Aunque la perspectiva no le resultaba tan maravillosa como se lo había parecido unos minutos antes.

Escena seis. Un día en la playa.

Las percepciones de Rick estaban empezando a pasar al personaje que las vacaciones habían creado para Richard Thorne. La división entre las dos personalidades se estaba viniendo abajo. A pesar de que Rick no le podía estropear las vacaciones a Diana, estaba logrando con éxito corromper las suyas propias.

Estaban tumbados en una toalla de playa azul gigantesca bajo una enorme sombrilla de playa amarilla. A pocos metros de ellos, las suaves olas coronadas de blanco bañaban la orilla. Ambos llevaban bañadores rojos y el de Diana era tan pequeño que dejaba muy poco a la imaginación. Aun así, en lugar de contemplar el cuerpo de Diana, por delicioso que fuera, Richard examinaba el de él.

Se había llevado la muñeca a la cara. Acababa de descubrir que si miraba su piel muy de cerca, no podía ver los poros. Sabía que no le pasaba nada en la vista. Le habían corregido la vista cuando era niño y desde entonces no había vuelto a tener ningún problema.

Probó a hacer lo mismo con la arena. A cierta distancia parecía bastante real. Pero si se la acercaba lo suficiente, se desenfocaba y se convertía en una superficie sin defectos. No podía distinguir los granos en solitario. Tampoco tenía el tacto adecuado cuando se cogía y dejaba pasar entre los dedos. Él no estaba muy seguro de cómo sería con la arena real, pero tenía la sensación de que tenía que ser algo más fuerte al tacto.

Un camarero con chaqueta blanca del restaurante que había arriba se materializó a su lado. Rick/Richard se dio cuenta de que se había materializado virtualmente, había salido de la nada.

—¿Puedo traerle algo, señor? ¿Quiere algo de beber? ¿O algo de comer? Podemos ofrecerle un servicio completo de menú aquí mismo en la playa.

—No... no, gracias —respondió Richard/Rick—. Ahora mismo no. Estoy bien. —Aunque no se encontraba bien en absoluto.

El camarero desapareció con la misma brusquedad que había aparecido.

—¿Te pasa algo, amor? —le preguntó Diana a la vez que se incorporaba sobre un codo y se giraba para mirarlo. Uno de sus pechos amenazaba peligrosamente con escapar de su sujeción. Richard/Rick estaba excitado, aunque no quería estarlo.

—No —le respondió—. Todo está... bien.

—¿Solo bien? —dijo ella, a la vez que hacía un mohín.

Diana se puso en pie y salió de la toalla. Metió un pie desnudo en la arena y con una patada le tiró un poco encima mientras se reía y bailaba hacia el agua.

—¿Qué te apuestas a que no puedes cogerme? —lo provocó—. ¡A que no me coges!

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, Richard estaba en pie y corría tras ella. La cogió al borde de las olas y ambos cayeron sobre la arena mojada. Las manos de él estaban sobre los brazos de ella. Él le besaba los hombros mientras las olas rompían sobre sus cuerpos. El tirante del bañador de Diana se soltó, estaban el uno apretado contra el otro, y Richard se sentía embargado por el deseo. Las dudas que lo asaltaron por un momento se disiparon enseguida. Si no hubiera sido por el resto de la gente que había en la playa, le habría quitado el resto del bañador a Diana y le habría hecho el amor allí mismo.

Para su horror y consternación. Rick se encontró atrapado sin remedio en aquel momento. Había caído de su posición cínica y distante y sentía lo mismo que Richard. Con el calor del sol en la espalda y el calor del cuerpo de Diana bajo el suyo, con las frescas olas rompiendo en sus piernas y los pájaros chillando sobre sus cabezas, era muy difícil creer que nada de aquello era real. Era imposible no desear a la mujer que estaba abrazando.

La división entre las dos personalidades dispares se estaba rompiendo en ambos sentidos. Al igual que las percepciones negativas de Rick invadían al personaje de vacaciones de Richard Thorne, las percepciones positivas que generaban las vacaciones también tenían su efecto sobre Rick. Las vacaciones estaban actuando

como una especie de agente condicionante, tal y como se suponía que debían hacer. No solo intentaban convertir a Richard/Rick en una pareja escogida amante y devota, en un nivel más profundo trataban de curarle su desviación, imbuirlo con actitudes que lo condujeran a una vida sana y satisfactoria como un ciudadano productivo.

Escena siete. Navegan por el profundo mar azul en un pequeño barco de vela. Los dos solos. Richard nunca antes ha montado en ningún tipo de barco, pero sus manos saben instintivamente qué es lo que deben hacer. Diana como su segundo de a bordo es impecable a la hora de orientar las velas.

Escena once. Disfrutan de otra increíble cena en un restaurante en lo alto de una torre. Champiñones rellenos de cangrejo. Sopa de pepino. Áspic de tomate. Escalopines de ternera. La decoración es toda de cristal y metal. La sala era circular y todos los comensales tenían asientos con ventana. Mientras cenaban, el suelo iba girando muy lentamente. Para cuando llegaron al postre ya habían dado una vuelta de trescientos sesenta grados a la vista de la ciudad.

—Ingenioso —observó Diana—. ¡Y muy elegante! ¿No estás de acuerdo?

Por supuesto que lo estaba. Todo era muy elegante y muy real. Se podía ver, se podía saborear, se podía respirar. Si no se miraba demasiado de cerca, si no se pensaba demasiado en ello, hasta se podía olvidar, durante unas cuantas horas cada vez que no era más que una ilusión.

Pronto a Rick le quedó claro que no tenía elección acerca de a dónde irían después. Como cualquier serie de comandos de ordenador, las vacaciones se ejecutaban en un orden determinado. Era siempre Diana, el «constructo» llamado Diana, se lo tenía que recordar a sí mismo, quien proponía su siguiente actividad o destino. Si él sugería algo diferente, Diana lo disuadía. O si no aparecía una distracción lo suficientemente duradera como para que se olvidara de su sugerencia y se pusiera a continuar con el programa.

Mientras tanto, la auténtica Diana seguía el mismo programa con menos conflictos y más satisfacción. Había algunos momentos en los que una duda perdida se le cruzaba por la mente. Se preguntaba por qué era tan difícil pensar con claridad o hablar de cualquier cosa que no fueran las vacaciones. Se daba cuenta de que a un determinado nivel no era ella misma, que actuaba y reaccionaba de manera espontánea en lugar de hacerlo con su acostumbrada reflexión. A pesar de todo, su recién hallada felicidad ensombrecía sus preocupaciones. Su pareja escogida había vuelto a ser el hombre que ella quería que fuera y mucho más que eso. A pesar de lo que había pasado entre ella y Coopersmith, sin importar lo que atrajera a Richard al

barrio bajo, las cosas podían volver a la normalidad y sus vidas tendrían lugar como estaba planeado. Ella estaba convencida de ello.

Escena catorce. Montaban a caballo a través de un páramo verdeante moteado por el sol. Sobre ellos se levantaban enormes árboles. Había una gran profusión de flores, de todo tipo de especie y color, en los matorrales que cubrían el suelo del bosque. Sus caballos era un palominos dorados con una hermosa cabellera blanca. Se detuvieron en un lago que parecía una joya, era tan claro que podían ver cómo nadaban los peces en sus profundidades. Tomaron un *picnic* junto a un río y un puente cubierto. Fruta fresca. Un pollo asado frío. Quesos variados y pequeñas galletas saladas pentagonales. Un vino blanco semiseco que se había mantenido perfectamente helado a pesar de que la cesta de *picnic* que llevaban no tenía unidad para enfriar.

Escena dieciséis. Acuden al circo de la ciudad en la plaza del Fundador. La fuente de Severin sigue estando allí, casi el doble de grande de lo que Thorne la recordaba de la vida real, y los murales ahora se iluminaban desde el interior. El circo era mil veces más impresionante que cualquier circo que hubieran visto antes. Los payasos eran hilarantes. Los leones y tigres eran tan feroces que daban miedo hasta que empezaban a demostrar sus trucos. Entonces se convertían en el animal retrato de la gracia y la inteligencia. Los malabaristas y acróbatas llevaron a cabo más de un número impresionante. El aplauso era estruendoso por todos lados.

Una escena llevaba a la otra, y esta a otra, y esta otra, a su vez, llevaba a otra más. Parecía no dejar de continuar.

—Creía que solo nos íbamos a quedar dos días —dijo Richard/Rick—. ¿No tenemos que regresar al trabajo?

—Son solo dos días de tiempo objetivo —le explicó Diana—, pero ahora vivimos en tiempo subjetivo. ¿No es maravilloso?

Todavía se producía algún que otro arranque cuando el personaje de Rick salía a la superficie. Sabía que la Diana real no sabría de sus acciones, pero de alguna manera, tenía la esperanza de provocar un cortocircuito en las vacaciones y escapar.

En un determinado momento dejó caer una jarra de café hirviendo sobre el regazo de la Diana virtual.

—¡Hay que ver! ¡Serás torpe! —lo reprendió.

Él la observó mientras se secaba el vestido con una servilleta sin resultado visible alguno. El café se evaporó con rapidez. Para cuando él volvió a poner la jarra en la mesa, esta estaba llena de nuevo.

En otra ocasión, mientras bailaban, él no dejó de pisarle los pies. Diana lo abrazó

con fuerza, lo levantó del suelo y terminó el número sujetándolo a varios centímetros del suelo. Aquella misma noche ganaron un concurso de baile y aceptaron una copa de plata en un escenario ante una multitud que los admiraba y envidiaba.

Rick estaba forzando los límites de las vacaciones virtuales hasta el punto en el que sus respuestas ya no podían ser racionales o conformes a la realidad. Los programadores no podían haber previsto sus acciones extravagantes. Un ciudadano normal jamás las habría podido concebir, y mucho menos llevar a cabo.

En cualquier momento que los ordenadores que controlaban el cuerpo de Thorne detectaban agitación o emociones negativas, le metían más euforizantes y relajantes en el cuerpo. El programa seguía funcionando y Richard/Rick se movía por él en un aturdimiento cada vez más extático.

Estaba cautivo en una especie de paraíso sin cerebro. Parecía no haber otra salida que no fuera la que Diana había contratado, cuando llegara.

Escena dieciocho. Escena veintitrés. Escena treinta. Escena treinta y seis. Escena cuarenta.

Todas las noches regresaban a su espaciosa *suite* con su interminable botella de champán por cortesía de la casa y su enorme ventana de suelo a techo. Todas las noches hacían el amor intensa y satisfactoriamente. Era como si le hicieran el amor al campo de estrellas que brillaba en el cielo y a las luces que centelleaban en las calles abajo. Richard quería comerse cada centímetro de Diana. Ya no importaba si era real o no. Si el personaje de Rick trataba de resistirse, le metían más medicamentos, euforizantes y estimulantes sexuales, en el cuerpo. Y la Diana virtual lo perseguiría con un repertorio seductor tal, que no podría negarse.

Escena cincuenta y tres. O quizá solo cuarenta y ocho. Richard/Rick había perdido la cuenta hacía tiempo ya. Se preguntaba si ya habría terminado el primer acto.

Estaban sentados en unas sillas tapizadas en un anfiteatro al aire libre y veían una obra de teatro. La noche era templada y agradable como siempre lo era. Sobre sus cabezas, la luna estaba llena. Siempre estaba llena. Richard/Rick sonreía. Siempre sonreía. Era maravilloso.

—¿Qué pasa cuando llueve? —le preguntó a Diana—. ¿No se estropearían las sillas?

—Aquí no llueve nunca —le dijo—, a no ser que nosotros queramos que llueva. Aun así solo sería lluvia virtual. No haría ningún daño a las sillas.

—Es cierto —dijo él—. Se me había olvidado. —Él se rio.

—Mira esto —le dijo Diana a la vez que le indicaba con un gesto hacia el escenario—. Presta atención. Esto es importante.

La obra de teatro era un drama político acerca de cómo el Futuro Perfecto había

llegado a ser realidad. Tenía multitud de personajes y estaba lleno de complejas intrigas políticas. Richard/Rick intentaba prestar atención porque Diana así lo quería. Dado el nivel de medicamentos que tenía en el torrente sanguíneo y en la mente, la obra resultó ser demasiado complicada para seguirla. Seguía las indicaciones que le daba Diana. Cuando ella asentía o aplaudía él hacía lo mismo.

No le importaba la obra de teatro. Para él era más que suficiente estar allí sentado en una noche tan hermosa con su pareja escogida junto a él. No es que fuera más que suficiente nada más, es que era maravilloso. Y también lo era Diana. No podía imaginar lo que haría sin ella.

DEVASTACIÓN

DE lo primero que fue consciente Diana cuando se despertó fue de la música vaporosa, la misma que había cuando se quedó dormida. Ahora la velocidad iba aumentando lentamente en lugar de disminuir. Era una música tan bonita... Esperaba poder recordarla para siempre. Abrió los ojos. Un camarero con chaqueta blanca estaba inclinado sobre ella.

—¿Qué tal se siente? —le preguntó.

No, no era un camarero. Parecía más un médico o un técnico sanitario. Solo que era demasiado joven para ser médico. Y no llevaba toga.

—Estoy bien. —Diana le sonrió—. ¿Qué tal está usted? —Los euforizantes todavía le corrían por las venas.

—Bueno, no me va mal. —El joven le devolvió la sonrisa y le dio unas palmaditas en la mano—. Solo cierre los ojos y relájese. Tenemos que hacerle unas cuantas pruebas. —Diana cerró los ojos—. Después podrá levantarse y vestirse.

Volvió a abrir los ojos.

Estaba tumbada en una camilla y llevaba una bata de hospital. A su izquierda vio a Richard tumbado de manera similar. Todavía estaba inconsciente. Había otro técnico sanitario inclinado sobre él. Diana se dio cuenta de que se habían terminado las vacaciones.

—Este está muy pasado —dijo el segundo hombre—. No vuelve en sí.

El técnico que estaba junto a ella se acercó a la camilla de Richard. Le levantó un párpado y le comprobó el pulso.

—Probemos con una inyección de estimulantes —sugirió.

Toqueteó en un estante que tenía debajo de la camilla y se incorporó con un tubo de metal en la mano. Emitió un zumbido apagado cuando lo presionó contra la parte superior del brazo de Richard.

Para entonces, Diana se había incorporado y estaba sentada en la camilla.

—¿Está bien? —dijo, en su tono se sentía una creciente alarma—. ¿Qué ocurre?

El técnico se dio la vuelta y regresó a su lado.

—No se preocupe. Todo irá bien. Ahora solo tumbese y relájese un minuto. —Le puso las manos en los hombros y comenzó a ayudarla a recostarse.

El cuerpo de Richard se incorporó repentinamente. Estaba despeinado y el pelo se le disparaba en todas direcciones. Tenía los ojos abiertos de par en par y mirada salvaje. Parecía un maníaco que se hubiera escapado y como tal actuó.

La primera vez que se despertó no sabía dónde estaba. Había un camarero de pie junto a él. Había otro camarero que le había puesto las manos encima de los hombros a Diana y esta parecía estar asustada. ¡Alguien le estaba haciendo daño a su pareja escogida!

Richard dio un salto y se le colgó a la espalda al hombre. Cuando el camarero se tambaleó en una dirección con Richard sujeto a su espalda, la camilla de Diana se deslizó en sentido contrario y la dejó atrás. Illa logró aterrizar de pie, pero no se quedó así mucho tiempo. Dio un traspié hacia atrás y se cayó, quedando sentada en el suelo. Tan solo salió un leve quejido de su garganta.

El segundo camarero se colgó a la espalda de Richard y trató de que este se bajara de la del primero.

—¡Coge un sedante! ¡Coge un sedante! —gritó el primer camarero, dio un grito ahogado cuando el brazo de Richard le oprimió la tráquea.

Un momento después, Richard oyó un zumbido y sintió una punzada aguda en el brazo. Soltó al camarero y cayó de rodillas. Estaba casi cara a cara con su pareja escogida. Antes de perder el conocimiento le dio tiempo a darse cuenta de cuánto la quería. Se inclinó hacia delante y reposó la cabeza en su regazo.

Ese no había sido el regreso que Diana había imaginado. Estaba sentada al otro lado de un escritorio en un despacho tenuemente iluminado. Era un despacho bastante grande para los estándares de entonces, sin embargo, después de las vistas y entornos espaciosos de los que habían disfrutado durante sus vacaciones, parecía pequeño y abigarrado. El hombre que estaba sentado al otro lado, que llevaba una toga blanca de médico, le estaba explicando la situación.

—No es nada serio —le aseguró—. Su pareja escogida ha tenido una reacción negativa a algunos de los medicamentos que utilizamos para mejorar su experiencia vacacional. Sucede en ocasiones. Por ello, tenemos que mantenerlo sedado y en observación unos cuantos días.

Una placa gigante que había sobre la mesa identificaba al hombre con letras mayúsculas como «Edward Edmunson». No decía doctor Edmunson, y detrás de su nombre no parecían las abreviaturas de ninguna titulación. Diana, que todavía estaba bajo los efectos del período postvacacional de la experiencia virtual y se estaba reajustando a la realidad, se sentía confusa e insegura.

—Usted es médico, ¿no es así? —le preguntó ansiosa, y de repente sintió miedo por el futuro de su adorado compañero escogido, que podía estar en manos de algún técnico sanitario.

—Por supuesto que lo soy —le respondió Edmunson, a la vez que se cogía las solapas de la toga blanca y se enderezaba en su asiento—. Soy doctor en Psiquiatría y Medicina. G-18. ¿Qué le hace pensar que no lo sea?

—¡Oh! Nada —balbució Diana—. Solo estoy algo disgustada.

—Bueno, eso es comprensible, querida. Lo que sí le puedo asegurar es que no hay nada por lo que disgustarse.

Edmunson era un hombre de aspecto distinguido bien entrado en la cuarentena. Daba la impresión de ser el tipo de hombre al que se le podría confiar la vida de uno. Las sienes algo plateadas. Una frente ancha y lisa, cejas rectas y oscuras, una nariz fuerte y prominente. Diana se dio cuenta de que lo que estaba viendo era una máscara dérmica muy cara.

—¿Por qué lleva una máscara? —le preguntó.

—Por ninguna razón en particular. —El doctor Edmunson se encogió de hombros—. Supongo que me hace sentir más como un médico. —Alargó el brazo al otro lado de la mesa y le acercó una montaña de papeles no muy alta que dejó frente a ella—. Ahora, si puede rellenar estos formularios de cesión, podemos empezar a... —se interrumpió y bajó la vista para mirar el informe que tenía abierto—, si... Richard... podemos empezar con el tratamiento de Richard y estará en su hogar junto a usted antes de lo que se imagina.

Las vacaciones habían sido tan perfectas, pensó Diana, y ahora Richard tenía que estropearlas. Aunque lo cierto era que no era culpa suya exactamente. Y además, ella lo quería, de verdad que lo quería. Si únicamente no comenzara a actuar de manera extraña y distante otra vez... Si pudieran vivir de vacaciones y en el Futuro Perfecto todo el tiempo...

Aquella noche, después de un viaje solitario en el tren subterráneo, Diana llamó a Heather y le contó lo sucedido. Su amiga la tranquilizó tal y como había hecho todo el mundo.

—No te preocupes por Richard —le dijo Heather—. Volverá a ser el cascarrabias de siempre en un par de días. No puedes hacerte daño en unas vacaciones virtuales. Es casi tan peligroso como dormir por la noche. Ahora, ¡cuéntamelo todo! ¿Qué has visto? ¿Es tan maravilloso de verdad como todo el mundo dice?

Más tarde, aquella misma noche, sin otra cosa más que hacer que preocuparse, Diana decidió mantenerse ocupada ordenando el piso. Así estaría bonito para cuando volviera Richard. En el pasado nunca había sido muy dada a las tareas domésticas, pero entonces empezaba a pensar que aquel había sido uno de los problemas que habían tenido como pareja. El hombre al que amaba se merecía algo doméstico de vez en cuando.

Empezó por la cocina, colocó los contenidos de los armarios y de la unidad de enfriamiento y tiró la comida que estaba mala a la basura. En el salón se encontró con los libros de Richard apilados junto a su silla. Allí estaba el lado extraño de su pareja para enfrentarse a él. Lo cierto era que hacían daño a la vista con las tapas raídas y las páginas amarillas. Por un momento pensó en tirarlos. Pero no, al final llegó a la

conclusión de que si su pareja escogida quería leer libros, debería poder leer libros. ¿Qué mal había en ello? Cada uno tenía sus pequeñas excentricidades. Sin embargo, no deberían estar a la vista donde cualquiera pudiera verlos.

Diana recogió los libros y los llevó a la unidad de almacenamiento de Richard junto a su lado de la cama. Intentó meterlos en un estante de arriba, pero no lo consiguió. La unidad de almacenamiento era un completo desastre, su contenido se caía por todas partes, la parte de abajo estaba llena de ropa sucia. Así que empezó por ahí.

La mayoría de la ropa fue a la partida de lavandería y parte fue directa a la basura. Una vez tuvo el suelo casi limpio de cosas se encontró con un par de zapatos que Richard no se había puesto desde hacía más de un año. Estaban totalmente pasados de moda. Mientras los llevaba a la basura se percató de que uno pesaba más que el otro. Fue entonces cuando Diana descubrió la pistola.

La miró con incredulidad.

El arma estaba en el suelo, en el mismo lugar en el que lo había dejado caer en cuanto se dio cuenta de lo que era. Retrocedió para alejarse de ella como si estuviera viva, un pequeño animal peligroso que pudiera saltar si hacía algún movimiento en falso.

Su mente no dejaba de dar vueltas y más vueltas, buscaba una explicación razonable, cualquier explicación a la que pudiera asirse para explicar por qué Richard podía estar en posesión de una cosa tan horrible. Seguramente tendría alguna relación con su obsesión por el pasado, pensaba frenética, más excentricidades. ¡Tenía que ser eso! Como las monedas antiguas que coleccionaba. O como los libros. O los aburridísimos documentales históricos que insistía en ver a pesar de que luego se quejaba de lo inexactos que eran. Pero ¡había un límite de lo excéntrico que se podía ser!

Diana sabía que debía coger la pistola y llevarla a la comisaría de guardianes más cercana y contarles dónde la había encontrado. Era su deber como buena ciudadana. Sin embargo, eso lo estropearía todo, sus vidas, sus carreras, y justo cuando Richard y ella habían reafirmado su emparejamiento y su amor el uno por el otro. En aquel momento, un poco de la antigua Diana, de la Diana de antes de las vacaciones, comenzó a aflorar.

Ella quería a su pareja escogida, pero se dio cuenta de que como todos los hombres, había momentos en los que necesitaría guía y control. Si lo quería demasiado, si le dejaba hacer todo lo que quería, nadie podía saber hasta dónde lo llevaría.

Diana cogió la pistola con mucho cuidado y la sostuvo lo más lejos que pudo de sí. Encontró unas hojas de noticias viejas y la envolvió con fuerza, pero siempre con los brazos estirados. Veinte minutos después estaba de vuelta en su piso después de tirar el paquete a la basura pública. De camino, se había detenido en dos ocasiones, casi cambió de dirección, convencida por un momento de que debía ir a la comisaría

de guardianes. Sin embargo, había renegado de su condicionamiento y había perseverado. Sabía que siempre le molestaría no haber cumplido con su deber como ciudadana. Sin embargo, si se quería a alguien tanto como ella quería a Richard, había que hacer algunos sacrificios.

La segunda vez que Richard se despertó sabía que estaba en la habitación de un hospital, aunque no estaba seguro de cómo había llegado hasta allí ni de qué era lo que le ocurría. Diana estaba sentada junto a él y parecía preocupada. Cuando intentó hablar, su voz salió como si lo hiciera desde las profundidades, cascada e irreconocible, las palabras se le agolpaban en la garganta.

—¡Está despierto! —exclamó Diana.

—Sí que lo está.

Apareció una figura al otro lado de la cama de apariencia distinguida. Llevaba la toga blanca de médico.

—Seguramente esté deshidratado por lo que le hemos estado dando. Mire a ver si quiere algo de agua.

Diana le levantó la cabeza a Richard de la almohada y le acercó un vaso de plástico con una pajita a los labios. Sorbió con codicia. El agua sabía amarga. Algo no iba bien con la que era su pareja escogida. Cuando esta se inclinó para acercarse a él, sus pecas se agrandaron como montañas y cráteres. Algunas se le parecían a los volcanes que había visto en los documentales del holo.

El hombre de la toga blanca se acercó a él y levantó dos dedos.

—¿Cuántos dedos he levantado? —le preguntó con voz divertida.

Richard empezó a reírse de manera descontrolada. Una risa áspera que salía de lo más profundo de su pecho y sonaba más como una tos. Acababa de darse cuenta de que el Toga Blanca llevaba una máscara. Alguien que él conocía habría pensado que era muy gracioso. Alguien que una vez le dijo que los que llevan toga siempre llevan máscara. Pensó en una mujer con el pelo negro y corto, y unos enormes ojos oscuros, con expresión inquisitiva en el rostro. Un rostro muy hermoso. En aquel momento se dio cuenta de que algo iba muy mal.

—¿Dónde está Josie? —rugió.

—¿Quién es Josie? —le preguntó Toga Blanca a Diana.

—No conocemos a nadie que se llame Josie —dijo Diana.

Antes de que él la pudiera corregir, volvió a quedarse dormido.

El doctor Edmunson alcanzó a Diana en el pasillo.

—No tiene que preocuparse por su Richard —le aconsejó—. Se pondrá bien.

Diana se detuvo y se giró para mirarlo de frente.

—Será mejor que así sea —dijo. Le temblaba la voz. Se le vino a la mente la

imagen de la pistola. Y, ¿quién era Josie?—. No sé lo que haría sin él, doctor.

—¡Oh! Venga, llámeme Edward. Y créame, no tendrá que estar sin él. Todavía está algo colocado, todavía está disociativo. Eso es todo lo que tiene. Debería empezar a volver en sí en un día o dos. —El rostro del doctor Edmunson se iluminó y le dedicó una amplia sonrisa, lo que le dejó ver dos filas de dientes perfectamente alineados—. Dígame —prosiguió, a la vez que se inclinaba sobre Diana y le ponía una mano en el hombro—, es casi la hora de almorzar. ¿Le gustaría acompañarme en mi despacho? Podríamos relajarnos un poco y tomar algo que nos suban de la cafetería. También podemos pedir algo de fuera, si lo prefiere. Hasta podría descansar un rato en el sofá y volver a ver a su pareja escogida antes de regresar a su casa.

Diana lo miró. No era capaz de hacerse una idea de qué aspecto tendría su rostro bajo la máscara dérmica y tampoco le importaba. Tampoco se molestó en contestarle. Se quitó con fuerza la mano del doctor Edmunson del hombro y se dio la vuelta para salir a paso ligero en dirección opuesta. Diana no sabía hacia dónde iba, pero tenía muy claro de qué se alejaba.

Richard continuaba despertándose y volviéndose a dormir. Intercalada con una serie de sueños entrelazados, la realidad se colaba de manera poco sistemática. Recordaba las vacaciones y sus planes para estropearlas. Tenía un leve recuerdo de su viaje al lado salvaje en la sala de recuperación. Se dio cuenta de que lo seguían drogando. La única diferencia era que las drogas que le estaban dando ahora lo deprimían en lugar de llevarlo a un estado de euforia. Lo deprimían más de lo que él querría.

Sus sueños adoptaron una cualidad mortalmente repetitiva. Invariablemente se encontraba en el trabajo, sentado frente a su terminal, intentaba resolver un problema que no cesaba, en una serie de pasos interminables, intrincados y mezclados que nunca llegaban a tener sentido. En algún punto había un problema en la cadena lógica. No importaba la cantidad de veces que lo mirara, no era capaz de encontrar el fallo. Cuando creía que estaba a punto de encontrar la solución, la pantalla del monitor empezaba a parpadear y aparecía el rostro de Josie. Tenía los ojos cerrados como si estuviera dormida. A veces Sol Thatcher estaba mirando por encima de su hombro y Richard tenía que ponerse en pie rápidamente frente a la pantalla para tapar la imagen de Josie y que Thatcher no la viera. En el sueño no era tan importante que Thatcher viera a Josie, como que no la viera dormir. En otra versión, era el rostro de Coopersmith el que aparecía en la pantalla. Tenía la cara manchada y le salía un fino hilillo de sangre por la nariz. Tenía los ojos estáticos como la piedra, pero no dejaba de mover los labios. A pesar de que no había sonido alguno, Richard podía entender perfectamente lo que decía: «Quemándote las cejas», decía Coopersmith una y otra vez como si fuera la propaganda que pasaban en el holo. Entonces, de repente, Thatcher estaba allí otra vez, se habría colado por detrás, con una de sus enormes manos sobre el hombro de Richard. Le preguntaba quién era la persona que aparecía

en la pantalla, con su tono entrecortado. Le decía que le resultaba familiar. Que la cosa estaba fea tanto para él como para el propio Richard.

Cada vez que Richard se despertaba de aquella pesadilla, la realidad con la que se enfrentaba le resultaba dura y abrasiva. La luz era demasiado fuerte y las superficies de los objetos comunes eran demasiado definidas, demasiado afiladas. La comida que le daban le sabía amarga y harinosa.

Diana estaba a menudo sentada junto a él. Tenía el rostro demacrado, como si hubiera perdido peso. Su piel tenía un tono gris sin vida y los ojos le brillaban mucho como si tuviera fiebre y fuera ella la que padeciera una enfermedad. Su pareja escogida era tan solo un pálido reflejo de la imagen que acababa de estar cenando y bailando y viajando con él, durante el tiempo que hubiera sido. Sin embargo, cada vez que la miraba sentía un amor que no quería ni necesitaba y que no entendía por qué llenaba su corazón y lo embargaba.

—¿No tendrías que estar en la oficina? —le preguntó.

—Me he cogido unos cuantos días libres —le contestó ella—. Tú eres mucho más importante para mí que el trabajo. —Le cogió la mano con las dos suyas. Ella tenía las palmas de las manos frías y húmedas—. No te preocupes he llamado a tu trabajo. No te esperan hasta el lunes que viene. Tendrás tiempo más que suficiente para descansar.

Richard no estaba ya seguro de quién era él. No sabía en quién se había convertido Diana, con su mirada de adoración y posesión. Hacía casi una semana desde la última vez que había visto a Josie. No podía ni imaginarse qué estaría pensando ella. O lo que él mismo diría cuando se enfrentara a ella.

Lo dejaron marcharse el jueves por la mañana ante la insistencia de Diana y bajo su responsabilidad. Él todavía no estaba normal, ni mucho menos. Más que como de vuelta de vacaciones, Richard se sentía como si estuviera convaleciente de una larga enfermedad. Tenía los brazos y las piernas débiles. La menor actividad lo dejaba exhausto enseguida. El doctor Edmunson le había dado unas cápsulas para que las tomara y le había recomendado que guardara cama unos cuantos días más.

En el tren subterráneo de regreso a casa, Diana se apretó contra él y se cogió de su brazo. Él no hizo gesto alguno de intentar sacársela de encima.

—Estoy tan contenta de que te vayas a poner bien —le dijo—. Dicen que la próxima vez no va a haber ningún problema. Te monitorizarán más detalladamente y se asegurarán de que no pase nada malo. No puedo esperar a irnos otra vez. La próxima vez podemos probar con algo histórico, si quieres.

—Pero no es real —dijo Richard. Seguía teniendo la voz ronca—. Ni el más mínimo detalle era real.

—¿Quién puede decir qué es real y qué no lo es? —le respondió Diana—. Para mí es lo suficientemente real. Podría vivir así para siempre. —Se acurrucó más contra

él y apoyó la mejilla en su hombro—. No me digas que a ti no te ha parecido maravilloso.

Richard pensó en la comida, las vistas panorámicas, las noches increíbles de hacer el amor en una *suite* de hotel. Recordaba navegar por encima de las olas y montar a caballo por una colina de gran pendiente con asombrosa vegetación alrededor. Todavía podía sentir el cuerpo de Diana, firme y dispuesto bajo sus manos mientras bailaban como un solo ser en la pista de baile. Podía oler la embriagadora fragancia que llevaba entonces.

—Sí que tuvo sus momentos —se vio obligado a admitir y solo se dio cuenta a medias de que lo había dicho en voz alta.

Regresaron a su piso en silencio, Diana lo ayudó en todo momento y no se separó de su lado, Richard aceptaba su solícito abrazo. El silencio de Diana era fruto de la satisfacción, el de Richard lo era de una tormenta emocional y del cansancio más absoluto. Él se dio cuenta de que no se había solucionado nada entre ellos. Diana todavía no sabía nada de Josie. Ella todavía no sabía que había planeado disolver su emparejamiento y dejarla. Después de lo que debía haber experimentado en las vacaciones, sin duda no había nada más lejos de su imaginación.

El caos que había en su mente le hizo pensar en ese cuadro de un campo de batalla que había visto en el Museo de Historia No Natural. Árboles con las raíces hacia arriba y las copas hacia abajo. Vehículos dados la vuelta. Enormes trozos de tierra arrancados aquí y allí. Cuerpos y partes de cuerpos de muertos tirados por el suelo. Solo que a diferencia del cuadro que representaba alguna loca guerra del pasado, la carnicería no cesaba en su mente. Nuevas tropas llegaban sin cesar, el conflicto se recrudecía y nuevos cuerpos se apilaban sobre los viejos.

Cada vez que Richard pensaba en Josie, quería salir corriendo a su piso del barrio bajo para estar junto a ella. Solo que todavía se sentía demasiado débil y cansado como para salir corriendo a cualquier sitio. Cada vez que miraba a Diana sentía un amor irracional por ella que no era capaz de negar. A pesar del hecho de que ella había sido la que lo había obligado a irse de vacaciones virtuales con sus emociones forzosas, aquellas emociones prevalecían.

Una vez le hubo ayudado a desvestirse y lo hubo acomodado en la cama, Diana empezó a mimarlo.

—¿Te traigo algo de comer o de beber? —le preguntó.

Richard negó con la cabeza.

—Te puse los libros ahí —dijo, a la vez que señalaba a la mesilla de noche—. Por si te apetece leer. —Parecía muy orgullosa de sí misma.

Richard asintió.

—Ahora sí que tengo que irme a la oficina un par de horas. Ya sabes lo del nuevo proyecto, ¿no? Pero me puedo quedar si quieres.

—Vete —dijo Richard—. Estoy bien.

—¿Estás seguro? Odio dejarte solo.

Volvió a asentir.

—Está bien, amor. Pero te traeré algo especial para la cena. —Mientras él se concentraba en no mirarla, Diana se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla—. Te quiero —le dijo—. Volveré en cuanto me sea posible.

—Yo también te quiero —balbució él. En cuanto lo dijo quiso morderse la lengua, a pesar de que era cierto.

—No olvides tomarte las pastillas —le recordó—. Las pondré aquí, junto a tus libros.

¿Quién era en realidad aquella mujer? No era la vieja Diana que Richard conocía de sus años como pareja escogida. Tampoco era la Diana virtual y radiante de las vacaciones.

Quienquiera que fuera, salió a toda prisa por la puerta, y lo dejó allí con su guerra privada.

Richard se despertó rodeado por las familiares paredes de su piso. No recordaba haberse quedado dormido. Se puso en pie, débil, y arrastró los pies hasta el cuarto de baño; se tuvo que agarrar al marco de la puerta cuando le dio un vahído.

De vuelta en la cama, miró el frasco de cápsulas que le había dado el doctor Edmunson.

—Tomar dos cada cuatro horas —leyó en la posología.

Más sedantes, pensó. Probablemente eso sería lo que hacía que se sintiera tan débil y cansado. Volvió a dejar el frasco en la mesilla de noche. Hacía menos de un año, él quizá se habría quejado de lo que el médico le había ordenado, pero nunca se le habría pasado por la cabeza no hacerle caso.

Se sentó en el borde de la cama varios minutos, con la intención de volver a quedarse dormido. Se puso en pie y logró llegar a la micrococina. Los armarios estaban vacíos en su mayor parte, pero pudo encontrar lo que buscaba, una bebida dietética llamada «SlimStim» que Diana utilizaba para controlar su peso y mantener su nivel de energía. Se suponía que había que mezclarla con leche, pero solo tenía agua. Se bebió el brebaje asqueroso sin disolver más que a medias, puso cara de asco a la mitad por el sabor, era como una especie de imitación de chocolate.

Se sentó en el sofá del salón. Pensó que en cuanto se sintiera mejor, se vestiría e iría a ver a Josie. Si había alguien que pudiera ayudarle a exorcizar el condicionamiento de las vacaciones, esa era Josie. Quizá lo único que tuviera que hacer era verla otra vez. Cerró los ojos y la vio en su mente. Sus ojos oscuros y sus facciones aguilinas. Sus esbeltas extremidades. La imagen de Diana apareció a su lado. Su pareja escogida llevaba una bata amarilla de algún tejido satinado. Le dejaba los hombros y los brazos al descubierto. Detrás de las imágenes de las dos hermosas mujeres, las escenas de las vacaciones no dejaban de sucederse.

Recuperó la consciencia por segunda vez sin haberse percatado de haberse quedado dormido. Esta vez fue la puerta del piso al cerrarse lo que lo despertó. Estaba sentado en el sofá y llevaba un mono ajustado. Casi no podía recordar haberse vestido.

—¿Qué haces levantado? —le reprendió Diana—. ¿Se supone que deberías estar descansando!

Diana llevaba varias bolsas de plástico grandes que dejó en la micrococina. No solo había ido al trabajo, sino también a la peluquería y a la compra. Se había dado mechas rubio platino y llevaba las uñas pintadas con reflejos plateados. Llevaba un vestido que no había visto nunca, también plateado, la poca tela que tenía al menos era de ese color. Unas medias plateadas y unos zapatos con reflejos con el tacón alto y ancho completaban el conjunto.

—¿Te gusta? —le preguntó a la vez que caminaba hacia delante y hacia atrás delante de él, daba vueltas y posaba. Las uñas y los zapatos brillaban. Movía las caderas. Estaba casi tan provocativa como la Diana virtual.

—Es muy bonito —respondió Richard. ¿Qué otra cosa podía decir? No solo era verdad, sino que era quedarse corto.

—No te preocupes, ¡te he traído algo a ti también!

Diana volvió a la micrococina y se puso a escarbar en una de las bolsas. Cuando regresó, llevaba una pequeña caja blanca en una mano. Se sentó en el sofá junto a él y se la tendió. La caja estaba atada con un lazo rojo.

—¿A qué viene esto? —preguntó Richard.

—Porque te quiero. Y porque fuiste muy amable en las vacaciones.

—Ese no era yo —le espetó Richard. Todavía se estaba despertando.

—No seas tonto —se rio Diana—. Conozco bien a mi compañero escogido. Toma. ¿No vas a abrirlo?

Richard cogió la caja que le tendía. Soltó la lazada y levantó la tapa. Dentro, envuelta en un plástico sellado y sobre una cama de terciopelo rojo oscuro había una moneda de plata algo desgastada y muy brillantada. Era de un país conocido como los Estados Unidos de América, que en su día fue la nación más poderosa del mundo. Una de las caras de la moneda mostraba un emblema del país, un águila estilizada que sostenía dos ramas. Richard cogió la moneda y le dio la vuelta. En el otro lado estaba el perfil de un hombre de cabello espeso que aparentemente dirigía el país. La moneda databa de 1972.

Hubo un momento en el que Richard había albergado la pasión de coleccionar monedas, ya que las veía como parte de la historia que había sobrevivido hasta el presente. A veces, las sacaba de los estuches y pasaba los dedos por las letras e imágenes que había en sus superficies, se imaginaba todos los lugares por los que habría pasado y la gente que las habría tocado. Sin embargo, hacía muchos meses que no miraba su colección o ni siquiera había pensado en ella. Era una afición muy cara, Diana una vez lo había llamado «lujo tonto», y todo el dinero extra que tenía Richard había ido a parar a Josie.

—¿Te gusta? —le dijo Diana.

—Sí, por supuesto. Gracias. Está bien. Pero ¿podemos permitirnos todo esto? — Sujetó la moneda con una mano y le hizo un gesto a Diana con la otra.

—¡Oh! Bueno, ahora mismo nos hemos pasado un poco, con las vacaciones y todo, pero con el dinero extra de mi ascenso estaremos bien. Si hay algo que he aprendido de las vacaciones es que tenemos que preocuparnos menos por el mañana y más por el hoy.

—¿Qué ascenso? —le preguntó Richard. Se dio cuenta de que antes de marcharse al trabajo había mencionado algo acerca de un nuevo proyecto. Le empezaba a funcionar de nuevo la mente.

—¿No te acuerdas, cariño? Te lo conté durante las vacaciones, la primera noche, en la cama. No puedo creerme que se te haya olvidado.

—Ese no era yo —le repitió Richard, esta vez consciente de lo que decía. Por primera vez en días, empezaba a sentirse despierto. Alerta no, pero al menos despierto. Las únicas nubes que quedaban en su mente eran las que suelen quedar después de una tormenta.

Diana lo miró con gesto interrogante, con las cejas levantadas.

—¿Por qué no dejas de repetir eso? ¿Te encuentras bien? Quizá deberías volver a la cama y descansar un rato.

—Tenemos que hablar —dijo Richard—. Tenemos que hablar de las vacaciones.

—Lo sé —dijo Diana—. Hay tantas cosas que recordar que estaremos hablando de ello durante años. Pero primero voy a hacer la cena. Creo que es uno de tus platos favoritos. Al menos espero que lo sea.

Diana no había cocinado para ellos desde el primer año de emparejamiento. Aquella farsa tenía que acabar, pensó Richard. Cuanto más hacía y decía ella, cuanto más lo miraba con aquella mirada posesiva de adoración, más atrapado estaba en una felicidad conyugal forzada.

Peor aún, la farsa era tan convincente que él podría hasta divertirse. Algo no tan distinto de las vacaciones virtuales.

Las posibilidades de Richard Thorne estaban claras, podía permanecer con Diana, su pareja escogida, una mujer que claramente lo amaba y a quien él ahora también amaba, o abandonarla por una mujer que aceptaba su dinero a cambio de favores sexuales y que nunca había admitido quererlo. Podía elegir una vida segura y gratificante con Diana o la incertidumbre de la vida que pudiera aspirar a tener junto a Josie Jimson. Richard sabía que los sentimientos de Diana hacia él habían sido condicionados por las vacaciones, igual que sus propios sentimientos hacia ella. También sabía que todos nosotros somos producto de nuestro condicionamiento, desde que nacemos hasta que morimos. ¿Qué diferencia podía haber en que el condicionamiento fuera circunstancial o premeditado? Los resultados eran los mismos. Al menos deberían haberlo sido.

De nuevo, el personaje de Richard Thorne nos elude. El sociópata se ha esfumado

y estaba siendo sustituido por otra etapa en su desarrollo y desintegración. Aquí las hebras esparcidas de su proyección crecen todavía más dispares y discontinuas, algunas no son más que puntos aislados de luz que no se pueden relacionar con nada.

Cuando Diana se levantó para ir a la cocina, Richard la cogió por la muñeca y tiró de ella para que se volviera a sentar en el sofá. Ella cayó contra él con torpeza y se golpearon en los hombros.

—¡Ay! —gritó Diana—. ¡Me has hecho daño! ¿Por qué actúas de esta manera? ¿Te has tomado las pastillas?

Richard le soltó la muñeca, pero hizo caso omiso de sus preguntas.

—Lo siento —le dijo. Y era cierto que lo sentía—. Pero tienes que saber que las vacaciones no fueron reales.

—Eso ya lo hemos hablado, y te dije lo que pensaba. ¿Por qué tienes que echarlo todo por tierra? ¿Por qué lo tienes que estropear todo? Fuimos tan felices en nuestras vacaciones juntos.

—Tienes razón —dijo Richard—, más felices de lo que nunca hemos sido. Pero ¡no estábamos juntos! Ese no era yo. Estabas con un «constructo» de mí idealizado, generado por ordenador, y yo estaba con uno de ti. Era todo una farsa, una ilusión para hacer que las parejas escogidas se quieran el uno al otro.

—¡Eso son tonterías! —Diana no lo miraba—. ¡No te creo! ¿Por qué tienes que decir cosas tan horribles? —En el sofá, el cuerpo de Diana estaba inclinado hacia delante y tenía el codo apoyado en los muslos—. No es sino otra de tus locuras. —Giró la cabeza y lo miró un segundo—. Y ahora me vas a decir que ni siquiera nos fuimos de vacaciones.

—Solo escúchame —le dijo—. Por favor, escúchame. Hay más cosas que tengo que decirte.

—No, ¡no quiero oírlas! —Diana se llevó las manos a la cara y sus uñas destellaron—. Todavía hay algo que anda mal en tu mente. —Empezó a agitar la cabeza hacia delante y hacia atrás—. El doctor Edmunson tenía razón. ¡Te he traído a casa demasiado pronto!

Richard no pudo evitarlo. Alargó la mano y se la puso en el hombro para intentar consolarla de algún modo.

—¡No me toques! —dijo Diana en un silbido.

Al instante siguiente, mientras él retiraba su mano del hombro de ella, Diana alargó las suyas y le cogió la mano entre ambas.

—¡Lo siento! No lo decía de verdad. —Abrió y cerró la boca de manera extraña un par de veces antes de pronunciar las siguientes frases—. Me quieres, ¿verdad que sí?

—Te quiero —le dijo Richard—. De verdad que sí, pero no es suficiente. Hay alguien a quien quiero más.

El rostro de Diana se retorció como si estuviera hecho de barro. El maquillaje que se había aplicado con tanto arte se volvió grotesco. Le soltó la mano bruscamente y

se puso en pie y dio varios pasos hacia atrás, para alejarse de él. Tenía los brazos a ambos lados del cuerpo y los puños cerrados.

Richard pensó que quizá fuera a salir corriendo de la habitación, igual a marcharse del piso. En su lugar, muy despacio, estiró los hombros y se giró para mirarlo. La adoración anterior había desaparecido de sus ojos. Su ansia de posesión permanecía. Su confesión había obligado a volver a la antigua Diana. Por fin podía reconocer en ella a la pareja escogida que él conocía. El condicionamiento de las vacaciones había desaparecido momentáneamente.

—¿Crees que puedes esconder cosas de mí? —dijo Diana—. ¿Crees que no sé adónde has estado yendo por las noches, con esa puta de barrio bajo con la que te has liado? Se llama Josie, ¿no es así? Bueno, puedes apostar que ya debe haberse marchado. Ella y todos los de su sucia especie. Se habrán marchado para siempre.

—¿Marchado? —De repente, Richard estaba de pie delante de ella. Casi se cayó de espaldas al sofá de nuevo cuando una oleada de vértigo se apoderó de él, sin embargo, logró mantener el equilibrio. El inexplicable conocimiento de Diana de sus transgresiones era algo circunstancial comparado con el segundo golpe que le había lanzado—. ¿Qué quieres decir con marchado?

—Ya te lo dije, tonto, cuando estábamos de vacaciones. Ese barrio bajo va a ser arrasado. Deben estar demoliéndolo mientras hablamos.

—Pero ¿qué hay de la gente que vive allí?

—¿Cómo voy a saberlo yo? Probablemente los hayan mandado a una granja de trabajo, a una fábrica o a otro barrio bajo de otro sector. ¿A quién le importa? Ni siquiera son ciudadanos. Una cosa es segura, no volverás a ver a tu pequeña putita nunca más. —Diana se rio con aspereza—. Soy todo lo que tienes, ¡así que será mejor que te acostumbres a quererme a mí y a nadie más! Puedo hacer que te manden de vuelta al hospital en el momento que a mí me dé la gana. ¡Así de fácil! —Chasqueó los dedos delante de su cara—. Solo tengo que decirle al doctor Edmunson que vuelves a hacer locuras.

¿Cómo podía amar a aquella mujer cuando ni siquiera le gustaba? Y aunque fuera cierto que la quisiera, se dio cuenta de que la odiaba más de lo que la quería. Richard apartó a su pareja escogida de un empujón y se dirigió a la puerta. Caminaba desacompañado, y las paredes del piso se movían hacia delante y hacia atrás, pero él caminaba.

—¿Adónde te crees que vas? ¡Vuelve aquí, loco! ¡Vuelve aquí ahora mismo o lo lamentarás profundamente!

Los infames Disturbios del 37 fueron el resultado de una propuesta de demolición de viviendas insalubres en un barrio bajo en el 37. La demolición se había promocionado a través de todos los medios de comunicación y se había anunciado como un gran avance hacia el Futuro Perfecto. Le proporcionó a Stuart Jimson y a

sus seguidores del LAD la excusa que necesitaban para organizar una resistencia armada. Fue un error que no volveríamos a cometer. De los Disturbios del 37 aprendimos que cuando uno va a demoler las viviendas insalubres de un barrio bajo y a realojar a sus habitantes, hay que hacerlo con rapidez, sin hacer ruido, con la mínima publicidad y con un alto grado de eficacia. Una vez se ha logrado el objetivo, entonces se puede anunciar su éxito en los medios de comunicación.

El domingo anterior por la mañana, mientras Richard y Diana vivían sus sueños virtuales, cuando la mayoría de la gente seguramente estaría en su casa y en su cama, guardianes armados entraron en el barrio bajo en formaciones de a veinte. Se movieron de manera metódica de un edificio a otro, de una habitación a otra y sacaron a sus habitantes. Sacaron a la calle a los moradores del barrio bajo. A continuación fueron trasladados a un centro de realojamiento donde se trataría a cada caso de manera particular. La resistencia fue mínima y ningún guardián resultó herido de gravedad.

En el transcurso de la operación descubrimos las plantas ilegales de Josie, y por supuesto, el terminal, que a su vez nos llevó hasta Daniel DeLyon.

A varias manzanas de distancia Thorne pudo ver la nube de polvo de la demolición que se expandía en el aire. Conforme se iba acercando, esta se volvía más alta y más ancha en el cielo, borraba el sol de bien entrada la tarde y hacía caer una enorme sombra sobre las calles que había debajo.

Por donde él solía entrar al barrio bajo el camino estaba cortado por una enorme barricada naranja que se extendía a lo ancho de la calle y la pasarela. Thorne retrocedió y rodeó el perímetro de escombros en un intento de encontrar otra entrada, pero se dio cuenta de que era inútil. Había barricadas por todas partes. La mayor parte de lo que quedaba del barrio bajo estaba en ruinas y la destrucción continuaba.

Subyugado por la desesperación y la fascinación observó cómo una enorme bola de demolición con púas hacía su trabajo. Cada vez que golpeaba caía otro trozo de edificio. En una avalancha de ruido, habitaciones enteras con su mobiliario caían en cascada sobre los escombros que ya había en la calle. Esquirlas de escayola volaban y caían en todas direcciones. Thorne tuvo una visión de los libros de Josie entre los escombros, nunca volverían a ser leídos. *La bola de demolición debería tener un rostro, pensó, un rostro sonriente y malévolo con los dientes podridos y ojos llenos de locura.*

Thorne vio a un trabajador con su mono naranja no muy lejos de una de las barricadas, y le hizo gestos con la mano para llamar su atención y se llevó las manos a la boca para hacer como un altavoz que transmitiera su voz por encima del estruendo de la demolición.

—¿Dónde está la gente? ¿Adónde se han llevado a la gente?

El hombre no podía oírlo. Apenas le sonrió, negó con la cabeza y se señaló un

oído.

En un fragmento irregular de una pared rota que sobresalía entre los escombros que tenía alrededor, un trozo de una pintada de un morador del barrio bajo había sobrevivido temporalmente a la devastación. Un retazo de ripios que le recordó otra inscripción que había visto antes y le trajo una oleada de recuerdos.

¿Arden la Tierras Muertas de tanta radiación?
¿La ciudad está mejor acaso?
Cuando los guardianes cortan y queman,
¿Cuál te dejará de vida más escaso?

Thorne se imaginó a los guardianes armados entrando en el barrio bajo, reuniendo a sus habitantes y llevándolos por las calles como si fueran ganado, y matando a todo el que se resistiera.

¡No!, gritó su mente, ¡Josie no puede estar muerta!

Un enorme gemido salió de su garganta. Le dolía la cabeza y se sentía enfermo físicamente. Empezó a temblar. Thorne se inclinó hacia delante y comenzó a toser violentamente. Intentó vomitar en la acera, pero lo único que sacó fue un poco de saliva con un terrible sabor a chocolate.

Una vez hubieron cesado los temblores de su cuerpo, se dio la vuelta, dejó el barrio bajo con sus escombros atrás y comenzó a caminar en una nueva dirección. Si alguien sabía dónde estaba Josie, ese sería su hermano, Daniel DeLyon. Ya era bien entrada la tarde y DeLyon regresaría pronto del trabajo. Si no estaba, la madre de Josie igual se acordaría de él y le dejaría entrar en el piso. Quizás hasta la propia Josie se hubiera refugiado allí.

Thorne llamó a la puerta con los nudillos y después la golpeó con la mano, pero no obtuvo respuesta. Se apoyó contra la pared y estaba a punto de dejarse caer y sentarse en la sucia alfombra del rellano a esperar a que llegara alguien, cuando se abrió una rendija de una puerta del otro lado. Tenía la cadena puesta, pero pudo ver un segmento vertical de un rostro. Un ojo gris pálido rodeado de arrugas lo observaba.

—No hay nadie —le dijo la mujer—. Ayer vinieron los guardianes y se los llevaron. Tendría que haber oído los gritos. Podría pensarse que era el fin del mundo.

Thorne gimió, con voz rasgada y expresión incoherente y se dejó caer por la pared hasta sentarse. La mujer cerró la puerta con fuerza y rapidez. Thorne oyó como echaba varios cerrojos.

De vuelta en la calle, comenzó a vagar sin rumbo y pronto se perdió. Sus pasos seguían avanzando al azar y su mente rugía internamente. No había nada que destrozar, nadie a quien pegar. A su alrededor estaba la ciudad, en todas direcciones, bloque sobre bloque desgastado, edificio tras edificio, imperiosa e indiferente. Se había tragado a Josie sin dejar rastro, se la había robado sin pensar en ninguno de los dos.

Podría ir a la comisaría de guardianes más cercana y pedir ver el registro de dónde había sido realojada Josie y se reirían en su cara. ¿Qué le importaban a él esos registros? Podría intentar buscar entre los barrios bajos y lo que quedaba del barrio bajo. Tenía que haber docenas repartidos por los diferentes sectores. No sabía dónde estaban ni dónde empezar a buscarlos... y seguramente Josie no estaría en ninguno de ellos. Se acordó de las novelas que había leído en las que individuos en solitario se habían enfrentado a sociedades completas y las habían vencido, se dio cuenta de lo ridículas que eran.

Las últimas fases de la desintegración de Richard Thorne reivindicaron su derecho a su persona. Había perdido su último nexo de unión con la realidad y el mundo en el que vivía se convirtió en el de su propia y tortuosa imaginación.

La jornada laboral terminó y multitud de trabajadores llenaban las pasarelas y las aceras de regreso a sus hogares. La mirada vacía y el andar renqueante de Thorne no llamó mucho la atención. No era más que otra pieza entre millones de ellas, otro individuo más cuya vida no tenía nada que ver con la de ellos. Intentó no mirar las caras que pasaban junto a él. Cada vez que lo hacía se convertían en exageraciones grotescas. Algunas se asemejaban a fieros animales que rugían. Algunas ni siquiera tenían facciones, tan solo tenían dos ojos que miraban intensamente desde una pared redonda de carne. Otras eran caricaturas alargadas o comprimidas con narices y barbillas enormemente desproporcionadas. Algunas estaban plagadas de pústulas y heridas abiertas, como si hubieran regresado los Años de la Plaga.

Cuando levantó la vista, los edificios de la ciudad que se levantaban a su alrededor adquirieron la fluidez de los dibujos animados, se inclinaban hacia todas partes y amenazaban con caer sobre la calle en cualquier momento. Se formaban diferentes dibujos en sus fachadas. Dibujos similares se reflejaban en las espaldas de los viandantes y las pasarelas que había bajo sus pies. Thorne se tambaleó y trató de concentrarse en sus propios pies que estaban en movimiento, sus zapatos oscuros avanzaban a un ritmo desigual un paso después de otro.

La hora de la cena llegó y pasó, y el cielo se oscureció y él seguía caminando, ajeno al hecho de que no había comido y de que había caído la noche. No se percataba de que a menudo retrocedía y se movía en círculos.

Los distritos de ocio florecían con sus luces, Thorne se abrió paso por ellas y sus sentidos se vieron bombardeados aún más por la multitud de colores, los símbolos cambiantes y la música.

Empezó a pensar que seguía de vacaciones, que estaba rodeado de imágenes sin ninguna sustancia real, proyecciones que solo existían en la mente de un ordenador. Miró las marquesinas atónito y se preguntó por qué no estaba junto a él la Diana virtual para decirle a donde tenían que ir y lo que tenían que hacer.

¡Entonces vio a Josie!

Estaba sentada con un hombre en la terraza de una cafetería. De alguna manera había logrado escapar de la devastación del barrio bajo. Corrió hacia ella, casi pierde el equilibrio, se apoyó en el respaldo de la silla del hombre que estaba en un extremo de la mesa para evitar la caída en el último momento. Los platos y los vasos tintinearón.

Josie levantó la vista y lo miró con expresión asustada. Él se dio cuenta enseguida de que había algo que no iba bien en sus ojos. Ya no eran tan vibrantes. Parecían vacíos y sin brillo. ¿Qué le habían hecho? También había algo que no iba bien con su rostro.

—¿Le podemos ayudar en algo? —Su compañero se había medio levantado de su asiento y había adoptado una postura defensiva.

No era Josie en absoluto, no era más que una mujer que llevaba una máscara dérmica que se le parecía superficialmente. Thorne sintió un dolor desgarrador en estómago mientras se volvía a incorporar a la festiva muchedumbre.

—Seguramente estará borracho —oyó que comentaba el hombre mientras se alejaba.

Para cuando se encontró en su barrio, delante de su propio edificio ya se había hecho tarde. De alguna manera, sus pasos lo habían llevado hasta allí de manera instintiva. Temía enfrentarse a Diana, pero no tenía otro sitio al que ir. Subió en el ascensor y casi se esperaba que cuando las puertas se abrieran, lo estuviera esperando una falange de guardianes a la espera de llevárselo. Pero lo único con lo que se encontró fue con el mismo pasillo monótono.

Fue cuando abrió la puerta de su piso cuando se encontró a los guardianes. Eran cuatro. Los tres que estaban de pie llevaban armadura, su abultada presencia dominaba la habitación. El cuarto guardián llevaba su toga esmeralda y estaba sentado en el sofá junto a Diana.

Su pareja escogida levantó la mirada rápidamente por un instante cuando Thorne entró en la habitación, después se negó a mirarlo más. Había estado llorando y la sombra de ojos plateada se le había corrido por las mejillas. Tenía el cabello totalmente despeinado. Diana estaba acurrucada, había subido las piernas al sofá y las apretaba contra sí. Parecía querer encogerse hasta la posición fetal.

—Me alegra que hayas regresado —dijo el guardián que iba con túnica y estaba sentado en el sofá—. Nos ahorra la molestia de tener que buscarte.

Por un momento, Thorne no reconoció a quien había hablado. La conducta y el porte de Sol Thatcher había cambiado por completo. Ya no hablaba con frases entrecortadas. Su postura y sus movimientos eran rígidos en lugar de indolentes. Sus mejillas y su barbilla que en su momento fueron fofos se veían ahora fuertes y sólidos. Era como si alguien hubiera cogido al antiguo Thatcher y lo hubiera horneado.

—Vas a tener que acompañarnos —dijo—, ya sea por propia voluntad o por la fuerza. Estás arrestado bajo sospecha por la muerte de Willem Coopersmith.

Thatcher se puso en pie y cruzó la habitación hasta quedar cara a cara con Thorne. Él era más grande, pero casi tenían la misma altura y sus ojos se encontraban prácticamente al mismo nivel. Con las percepciones perturbadas de Thorne, Thatcher parecía mucho más alto.

—Ha sido tu supuesto amigo DeLyon el que te ha delatado. Llevo meses detrás de ese hombre, esperando a que cometiera algún error. Por lo general, distingo a los anómalos a simple vista, pero tengo que admitir que tú me tenías engañado. Nunca había sospechado de ti. No sabía que tuvieras ese arrojo. —Thorne recordó que era exactamente lo mismo que le había dicho Josie después de que le quitara la pistola al ladrón del callejón.

»No me gusta que me tomen el pelo —prosiguió Thatcher—, así que me estoy tomando un interés especial por tu caso. —Miró de reojo a Diana—. Me temo que tú también tendrás que venir, ciudadana Logan, al menos hasta que lleguemos al fondo de este asunto.

Aquello fue lo último que Richard Thorne oyó antes de que la devastación de su vida se apoderara de él y cayera a los pies de Thatcher.

CONFESIÓN

LA ciencia forma los cimientos sobre los que hemos fomentado la moderna ciudad estado y trascendido la pesadilla conocida como historia. El pensamiento racional es el colofón que define nuestra existencia como única y nos protege de cometer los mismos errores que cometieron nuestros ancestros. Sin embargo, a pesar de todo el conocimiento que hemos acumulado y las avanzadas tecnologías que tenemos a nuestra disposición, hay momentos en los que nuestra ciencia nos ha fallado. Este informe, en un intento por comprender las interpretaciones que existen más allá de la esfera de lo racional, ha abandonado radicalmente el enfoque aceptado que se le da al comportamiento humano.

Nuestra meta no es en modo alguno lograr un análisis definitivo, sino que se acerca más a la creación de una nueva herramienta para facilitar los procesos de condicionamiento y recondicionamiento. A pesar de que hemos abandonado la estructura tradicional y nuestro camino pueda parecer tortuoso en gran medida, nunca hemos abandonado nuestra excesivamente drástica postura, tal exceso tiene su razón de ser. Nunca hemos dejado de ser diligentes. Como discernidores de la psiquis, hemos seleccionado muy cuidadosamente las pruebas de la masa de datos que teníamos ante nosotros.

Debemos pedir tolerancia al director...

Pero no, eso no está bien. No está bien en absoluto.

Los directores nunca verán este informe. Los subalternos se encargarán de él antes de que llegue al elevado ámbito que le correspondería. Se archivará para que sirva de futura referencia y casi con toda seguridad nunca llegará a salir a la luz. O quizá puede ser que se deshagan de él, puede que lo borren, destruyan y quemén, desestimado sumariamente como propaganda subversiva.

Lo cierto es que no hay ningún «nosotros» detrás de estas páginas, que no sea uno autoritario y ficticio. Ya hace mucho que debería haber abandonado ese personaje anónimo que pretende representar la voz de un Estado omnisciente, un Estado que ya no me considera cualificado para que lo represente. No hay ningún «nosotros» detrás de estas páginas, solo el singular «yo».

Sol Thatcher.

Y al igual que los anómalos a los que me he pasado la vida intentando exponer y curar, ahora se ha juzgado que soy uno de ellos por el delito que cometí. También se ha decidido que soy demasiado viejo para ser recondicionado, y demasiado respetado

para ser encarcelado, menos bajo el arresto domiciliario que ahora soporto. Escribo esto en el retiro forzoso que me ha impuesto un Estado benevolente. Sufro la íntima soledad de haber dado un fin poco honroso a una carrera distinguida. En el documento oficial que me releva de mis tareas como guardián, han tenido el descaro de llamarme obsesivo e incompetente. De buena gana reconoceré mi obsesión, una obsesión con la verdad. Sin embargo, lo que si les puedo asegurar es que, ¡no soy ningún incompetente!

Mientras lleno estas páginas estoy sentado en mi estudio en el piso en Lambda Heights, no muy lejos de donde Willem Coopersmith encontró su violenta muerte. Las paredes están cubiertas de libros, algunos de ellos pertenecieron en su día a Josie Jimson y corrompieron a Richard Thorne. Ahora yo también tengo que leer estos libros una y otra vez, y sin duda yo también me corromperé. La pureza del punto de vista que tuve un día se ha perdido y me encuentro a la deriva en un mar de ambivalencia.

Sin embargo, tengo que negar el triunfo de tal desintegración. Debo reconstruir las hebras sueltas de la red de Richard Thorne, la causa y el efecto que se esconden tras la vida que vivió. Debo encontrar una manera de ordenar y relacionar lo que he aprendido, o lo que sospecho que he aprendido, incluso si lo único que consigo reunir son piezas de un rompecabezas mucho mayor que quedase más allá de mi comprensión y que puede que algún día logre resolver otro investigador más astuto que yo.

Ya no queda nada que yo pueda hacer.

El hecho de que yo persista en lo que se ha calificado de mi locura y que siga investigando esta insensatez de caso pueden hacer que se vilipendie aún más mi reputación. Si este documento, informe, explicación, novela, trabajo, llámelo como quiera, llega a ver la luz y lo leen en determinados barrios, sin duda alguna, habrá quienes traten de presentar cargos adicionales contra mí. Que así sea. Mi vida ya está en ruinas. Me han quitado las togas. El respeto que un día me tuvieron mis compañeros está destrozado y es imposible repararlo. La que ha sido mi pareja escogida durante treinta años, me ha dejado y ha logrado llevar a término con éxito la disolución de nuestra unión. Mis hijos, que llevaban una vida propia respetable, han elegido no visitarme ni reconocer la desgracia de su padre. A mis amigos, como tales, ya no los veo.

Mi sentencia ha sido pronunciada y ejecutada, tanto en el sentido legal como en el puramente informal. Los cargos adicionales contra mí pueden tener un efecto bastante insignificante en la vida que llevo ahora.

No lo dude. Desde el momento en el que me puse la toga de mi profesión, mis intenciones siempre han respetado y defendido los valores de la ciudad estado. No lo hacen menos en las páginas anteriores y en las que siguen. Si hay momentos en este texto en los que he permitido la expresión de opiniones y perspectivas que son la antítesis del conocimiento y las creencias convencionales, hay una razón para tal

herejía aparente. Le puedo asegurar que no soy ningún Stuart Jimson exhortando a las masas a la revolución.

Así que, como pueden ver, de alguna manera, este documento es tan mío como de Richard Thorne, y se debe abordar mi delito al igual que el suyo, mi confesión que se hará como la suya. Aunque antes de que pueda confesar y resolver mi propia historia, debo aclarar la de aquellos que contribuyeron a mi perdición.

Así que, déjenme que continúe y me despoje de toda pretensión. O quizá solo con unas pretensiones diferentes. Lo único que puedo ofrecerles son palabras y más palabras. Al acumularse y adherirse unas a otras, al formar frases y párrafos, se esfuerzan por crear algo muy parecido a la realidad y sacan el orden del caos, lo que significa de la falta de significado que amenaza con apoderarse de mí. Aunque salgan vencedores en ese artificio, no dejarán de ser una copia y lo seguirán siendo. Nada distinto a las pretensiones de un holodrama o de unas vacaciones virtuales.

No puedo prometerles una verdad absoluta y definitiva. Puedo jurar tratar de conseguir esa meta tan esquiva de la manera que sea más apropiada, para relacionar e interpretar los hechos del caso tal y como yo los percibo. No me juzguen con demasiada dureza. En el desarrollo de todo comportamiento humano hay una verdad que puede ser revelada.

ENCARCELAMIENTO

LAS flores de la primavera florecían en los parques y explanadas de toda la ciudad, un derroche multicolor de rosas, amapolas, junquillos, azucenas, camelias, capuchinas y muchas más. Cada día el aire se llenaba de los ricos aromas de sus fragancias al mezclarse. En los barrios que una vez malogró lo que quedaba del barrio bajo, la construcción llevaba muy buen camino con los nuevos complejos de pisos. Por todo el centro de la ciudad, en todos y cada uno de los edificios, dedicados ciudadanos continuaban utilizando su jornada para conseguir con su esfuerzo el Futuro Perfecto. Durante la hora de la comida disfrutaban del tiempo perfecto, se deleitaban con el sol en la explanada pública. Todas las noches llenaban los distritos de entretenimiento de vida, caminaban de aquí para allá por las pasarelas automáticas entre las cambiantes luces y la amplísima oferta de ocio. Habían remozado y agrandado la fuente de Severin, sus murales brillaban mucho más que antes. El circo de la ciudad actuaba otra vez en el parque de detrás de la plaza del Fundador.

Richard Thorne, encerrado en su pequeña celda sin ventanas en el altísimo edificio del Centro de Condicionamiento Delta, permanecía en un mundo aparte, completamente ajeno a todo. En un momento pensó equivocadamente que sus vacaciones virtuales eran una especie de encarcelamiento. Ahora estaba descubriendo lo que era el verdadero encarcelamiento. Ahora tendría tiempo de sobra, sin drogas ilegales, libros prohibidos y sin la perversa compañía de Josie ni sus favores sexuales, para contemplar sus delitos.

Los casos de los otros participantes en esta tragedia ya han sido resueltos y despachados. Sin embargo, la resolución y disposición del problema de Thorne seguía ahí. Y, por primera vez en mi larga carrera llena de éxitos, no sabía cómo proceder. Ya que no se puede recondicionar a un anómalo hasta que se han comprendido los factores que han favorecido la anomalía. Y a pesar de las sofisticadas herramientas que tenía a mi disposición, a pesar de mi más absoluta diligencia, el rompecabezas de aquello que causó la anomalía de Richard Thorne seguía sin solución.

Una vez que se puso en marcha, la cadena de sucesos que nos llevaron hasta Richard Thorne por el asesinato de Willem Coopersmith fue muy clara y directa.

Fue gracias a un joven aunque muy astuto guardián, G-7, que fue inmediatamente

ascendido a instancia mía, ya que fue quien vio el terminal ilegal durante el desalojo masivo de los moradores del barrio bajo. A Josie Jimson se la separó de los demás evacuados y fue trasladada al Centro de Condicionamiento Delta. El terminal y sus libros y drogas ilegales le fueron confiscados.

No fue ninguna sorpresa que Josie se negara a revelar el origen del terminal. Se aisló en un silencio resentido salpicado de miradas hostiles y no cooperaría con la investigación de modo alguno. Sin embargo, una comprobación de su pasado y su registro de nacimiento pronto revelaron al lógico inculpado. Nuestra conclusión la confirmó más tarde el propio Daniel DeLyon en su ciberescáner y al hacer un test de ADN a células epiteliales muertas extraídas del teclado del terminal.

El arresto de DeLyon se produjo a las pocas horas del de su hermana. Su madre fue trasladada a un Centro de Retiro de Mayores, al que debían haberla llevado hacía ya años. Desgraciadamente, desarrolló una infección en los bronquios que se convirtió en neumonía y falleció a las pocas semanas. DeLyon fue detenido y llevado al Centro de Condicionamiento Delta a pocas celdas de la de Josie.

Como respuesta al trauma que le supuso su arresto, el comportamiento de DeLyon fue totalmente distinto al de su hermana. Se agitó más que retraerse. Caminaba de un lado para otro en su pequeña celda. Se frotaba la nuca y se pasaba los dedos por el pelo, que ya le empezaba a escasear, abría y cerraba los puños. Se sentaba en el catre, para levantarse a los pocos segundos y ponerse a pasear una vez más. Llevaba la vestimenta ancha de color gris que llevaban todos los detenidos. Le habían dado una talla o dos de más y su imagen era muy ridícula al moverse de un lado a otro con las largas mangas que solo dejaban ver sus dedos y las esposas arrastrando por el suelo.

En apariencia actuaba como si estuviera más que interesado en colaborar con nosotros. Periódicamente hacía una pausa en su frenético ir y venir con los brazos extendidos en alto, y lanzaba un monólogo lastimero a las paredes y techo de su encierro.

—¡Sé que estáis ahí! Sé que me estáis vigilando y que me oís. Os digo que no he hecho nada malo, soy un ciudadano registrado, un profesional. Nunca se ha puesto en duda mi lealtad a la ciudad estado. Cualquiera que sea el problema, trataré de ayudaros de todas las maneras que me sea posible. Solo tenéis que darme la oportunidad de que os lo explique.

Incluso a través del monitor de vigilancia me era posible ver el miedo que se reflejaba en sus ojos. Podía leer la culpa en sus expresiones faciales y en su lenguaje corporal como si se tratara de líneas de texto en una pantalla. Su prolongada existencia doble había llegado a su fin, y ninguna de sus dos personalidades podía salvarlo de lo que vendría a continuación.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —le pregunté al oficial que estaba al mando.

—De manera intermitente, horas. Desde que lo metieron. No deja de preguntar por su madre.

—Dale treinta centilitros de Ameratal intramuscular —le dije—, espera cuarenta

minutos, y entonces lo veré en la sala tres.

Siempre que me era posible hacía las entrevistas a los prisioneros y detenidos en la sala de interrogatorios número tres a media tarde. No es que sea un hombre supersticioso, nada más lejos de la verdad, pero a veces se puede apreciar una cualidad especial en la luz de esa sala, ¿me atrevería a llamarla espiritual en esta era de ilustración?, que descubrí de manera puramente accidental hace muchos años ya.

Yo me encontraba interrogando a un vendedor ilegal que estaba involucrado en suministros médicos robados y falsos. Todavía quedaba un cierto malestar social entre los civiles por aquel tiempo. Un grupo terrorista aislado dinamitó una torre eléctrica y cortó el suministro a todo el sector Delta y a parte del Gamma, mientras llevaba a cabo la entrevista. Y entonces, por primera vez me percaté que entraba luz por las altas ventanas de mármol con el refuerzo de hierro que las atravesaba en cruz. Por debajo de los fluorescentes del techo que para entonces no funcionaban, la sala estaba tan iluminada que cada objeto quedaba bañado en una claridad de alcance microscópico. Aunque también había sombras en la habitación. La luz, que caía en un ángulo desde el oeste, era terrosa, casi lechosa y estaba salpicada con diferentes nodos de luz, que con la luz del sol se movían de manera casi imperceptible a lo largo y ancho del suelo, las paredes verde pálido y por el rostro del hombre al que yo interrogaba.

Y de manera casi igual de repentina, mientras el interrogatorio seguía su curso, la resistencia del hombre se vino abajo y comenzó a contarme todo lo que yo quería saber... como si él fuera un penitente que buscara la absolución y yo fuera su confesor. Con la información que me proporcionó, se destapó toda una red de traficantes ilegales y recibí un premio y un ascenso al poco tiempo.

Naturalmente, traté de recrear las mismas condiciones en otras salas de interrogatorio y a diferentes horas del día apagando las luces del techo. Sin embargo, era solo en la sala de interrogatorios número tres, a media tarde, donde logré recrear el fenómeno. Y cuando lo hice, cuando la luz era la adecuada, el efecto en el sujeto al que interrogaba era siempre considerable y con frecuencia profundo.

Nunca he logrado determinar qué tiempo era el que debía predominar para que aquella luz etérea se filtrara por las ventanas altas y ejerciera su magia. A un hombre de mi categoría no le pega salir corriendo del edificio en medio de un interrogatorio. Sospecho que debe ser una mezcla determinada de sol y nubes que solamente se produce de manera casual o por algo que ni siquiera los hombres del tiempo son capaces de recrear a voluntad.

Tal y como resultó, en el interrogatorio de DeLyon no colaboraron ni el hombre ni el tiempo. Cuando apagué las luces del techo, la habitación se vio invadida por una sombra absoluta, y me vi obligado a volver a encenderlas. A pesar del poco práctico e inútil intento de DeLyon de negociar su libertad, sí que nos proporcionó una

información notablemente importante que finalmente desembocó en el arresto de Thorne.

Para cuando llevaron a DeLyon a la sala, la inyección había empezado a hacerle efecto. Seguía agitado, pero considerablemente menos que antes. Miró nervioso las desnudas paredes verdes antes de dejarse caer en una silla al otro lado de la mesa que nos separaba.

Un guardia armado seguía de servicio varios pasos por detrás de DeLyon. También dejé el escudo protector de plástico transparente entre nosotros. Todo cuidado era poco cuando se trataba con elementos anómalos. En mi juventud, ya había sido poco cuidadoso y todavía tenía una cicatriz del grosor de un lápiz de recuerdo a lo largo de un lado del cuello.

—Ciudadano Thatcher —comenzó a decir antes de que pudiera hacerle ninguna pregunta—. ¿Qué es lo que haces aquí? —¿Es que no veía que llevaba la toga de guardián?—. Me alegra ver una cara conocida —mintió—. Por favor, dime lo que han hecho con mi madre. ¿Está bien?

—Tu madre está bien y recibe excelentes cuidados —lo informé—. Mucho mejores de los que tú jamás le pudiste ofrecer. Pero no estamos aquí para hablar de tu madre. Este interrogatorio está relacionado con un terminal informático que robaste de Control de Estándares de Delta. Queremos saber por qué lo cogiste y a qué fines lo has estado dedicando.

—Pero, yo no sé nada de eso —insistió DeLyon—. ¿Para qué iba yo a querer un terminal? ¿Qué iba a hacer yo con uno?

—Entonces podemos concluir que es tu hermana, Josie, la única responsable de su posesión.

DeLyon levantó la cabeza de golpe y abrió los ojos de par en par.

—¡No, Josie no sabe nada de eso! —Tenía las pupilas dilatadas y parpadeó varias veces como si tratara de enfocar la vista—. Josie no ha hecho nada. ¡Es completamente inocente!

—¿Entonces admites que el terminal el tuyo?

DeLyon vaciló. Se pasó una mano por la mejilla y se frotó la mandíbula.

—El terminal... —comenzó a decir—, bueno, en realidad no es nada... lo puedo explicar... la verdad es que no es nada comparado con lo que tengo que contarte. Conozco un delito mucho más serio, un delito de verdad. —Se interrumpió un segundo, y después lanzó lo que él debía creer que era su as en la manga—. Puedo hablarte... acerca de un asesinato... ¡el asesinato de un hombre importante!

Al principio no lo tomé por más que otra de sus argucias.

—¿Y de qué asesinato se trataría, vamos a ver? —le pregunté.

Se inclinó hacia mí, casi llegó a tocar el escudo, se llevó una mano a la boca para tapanla por un lado, como el que confiaba un secreto y temía que alguien lo oyera.

¿No se daba cuenta de que todas y cada una de nuestras palabras se estaban grabando?

—El asesinato —dijo prácticamente en un susurro—, de Willem Coopersmith. Aun así, no lo tome en serio.

—Willem Coopersmith no fue asesinado. Murió por causas naturales, un infarto. O eso concluyeron los informes.

—No, os equivocáis. ¡Créeme! El hombre fue asesinado, tan cierto como que tú y yo estamos aquí ahora.

—¿Y qué te hace estar tan seguro de eso?

—Sencillamente lo sé —dijo DeLyon—. Lo sé con seguridad y certeza, el hombre fue asesinado.

—¿Y quién afirmas que cometió tal asesinato? ¿Qué pruebas tienes?

Una vez más, DeLyon vaciló.

—Bueno... si se pudiera hacer algo respecto al terminal... de verdad que no es nada... no le hice daño a nadie... entonces te podría contar lo del asesinato. Estaría deseoso de contarte todo lo que sé.

Casi me reí en su cara. Aunque hubiera sido cierto que tuviera información válida que proporcionarnos acerca de un asesinato, ¿de verdad creía que la ciudad estado negociaba con elementos anómalos, que toleraría una actividad delictiva a cambio de información acerca de otra? Teníamos un método mucho más seguro de determinar si DeLyon tenía algo que contarnos, independientemente de que fuera verdad.

—Este interrogatorio ha finalizado —dije, a la vez que le hacía un gesto con la cabeza al guardia para que se llevara a DeLyon de vuelta a su celda.

—¿Eso quiere decir que me puedo ir? —dijo DeLyon—. ¿Que me puedo ir a casa ya?

—Ciudadano, no vas a ir a ninguna parte —le dije—, hasta que no sepamos exactamente qué es lo que has hecho y qué es lo que sabes. Ni hasta que se determine la naturaleza de tu anomalía y esta sea rectificada.

—¡Espera! —gritó DeLyon a la vez que se levantaba de su asiento y presionaba las manos contra el escudo de plástico—. ¡Tienes que darme una oportunidad! ¡Te digo que lo puedo explicar todo!

Mientras el guardia lo contenía me di la vuelta y abandoné la sala.

Aquella noche, antes de regresar a mi piso en Lambda Heights, firmé las órdenes para que se les realizaran los escáneres a DeLyon y a su poco cooperadora hermana, de cuya supervisión había planeado ocuparme personalmente en ambos casos.

Aquellos a los que se acusaba de delitos en los siglos pasados eran juzgados con diversos métodos, ninguno de los cuales resultaba ser seguro ni racional. En épocas primitivas, lo que significa la mayor parte de la historia humana, aquellos que se encontraban bajo sospecha con frecuencia se veían obligados a someterse a terribles

experiencias físicas basadas en la superstición en un intento de defenderse a sí mismos. Se les obligaba a retirar una piedra de un recipiente con agua hirviendo, o caminar a través de carbones encendidos, el grado de sus lesiones y la rapidez con la que sanaran determinaban su culpabilidad o inocencia. Aquellos de los que se sospechaba que practicaban la brujería, otra superstición absurda que imperó a lo largo de varios siglos, con frecuencia eran echados a un lago o a un río. Si flotaban eran condenados por brujería. Si se hundían, se les reconocía inocentes. La muerte era el resultado en ambos casos para aquellas pobres almas acusadas de un delito que ni tan siquiera existía.

En las sociedades más avanzadas e ilustradas se desarrollaron complejos sistemas legales para determinar la culpabilidad o inocencia, largo juicios presididos por jueces ataviados con togas negras, con abogados que argumentaban a favor y en contra del acusado. El destino de aquellos a los que se juzgaba lo decidía un jurado, un grupo de supuestos iguales, que discutían el caso y votaban después de que se presentaran las pruebas y testimonios, y se presentaran los alegatos. El que aquellos que fueran sospechosos fueran condenados a penas de cárcel y a veces a penas de muerte, o fueran puestos en libertad para regresar a la sociedad, con frecuencia dependía más de un debate retórico y de las habilidades forenses de defensores y acusadores que de cualquier criterio racional.

Jueces corruptos, miembros de jurados sobornados, prejuicios y falsas ideas personales, no hacían más que corromper más y más el sistema. Minorías étnicas y religiosas, extranjeros, cualquiera que quedara disgregado de alguna manera del todo que formaba la sociedad, solía recibir un juicio justo con muy poca frecuencia. En muchos casos, se encarcelaba y en alguna ocasión hasta se llegó a ejecutar a individuos que se parecían físicamente a los que realmente eran culpables porque habían sido identificados erróneamente por el testimonio de algún testigo ocular. Hasta un guardián novato aprende que no se puede confiar en la memoria consciente por sí sola.

La ciudad estado afortunadamente ha reemplazado sistemas de justicia tan irregulares y caprichosos por uno mucho más exacto y seguro, el análisis cibernético del comportamiento, el ciberescáner.

Daremos gracias el día en que el escáner se le pueda aplicar de manera regular a todos los ciudadanos, cuando se pueda cortar de raíz el potencial de anomalías antes de que florezca e impregne el aire con su polen venenoso. Por ahora, el ciberescáner no deja de ser un proceso muy costoso y laborioso que solo puede emplearse después del hecho, una vez que se han cometido los delitos y se ha detectado la anomalía, no solo para conseguir información y determinar la culpa, sino, lo que es más importante, para establecer medios de rehabilitación y condicionamiento a aquellos que sean culpables.

Aunque los entendiera completamente, no revelaría aquí todos los detalles del ciberescáner. No solo son información clasificada, sino que tales detalles no son

relevantes para este documento o sus conclusiones. Basta decir que aunque los aspectos físicos del procedimiento difieren, el ciberescáner emplea una tecnología parecida a la de las vacaciones virtuales. Ambos procesos llegaron a existir por casualidad al investigar en el comportamiento y el acondicionamiento. El ciberescáner, en lugar de llenar la mente con las vacaciones ideales, registra los recuerdos que ya contiene la mente. Y el sujeto debe permanecer consciente durante su ejecución.

Hay un dicho antiguo, de origen desconocido, que dice que toda la vida pasa por la mente en fogonazos un momento antes de morir. Nadie puede saberlo con absoluta certeza, pero eso es exactamente lo que pasa con el escáner. Con la diferencia de que no lleva solo un momento sino varias horas. El tiempo requerido depende de la edad del sujeto, su disposición a cooperar y el nivel de conflicto entre los recuerdos conscientes y los que quedan codificados en el subconsciente.

El individuo al que se examina experimenta un montaje muy acelerado de su vida pasada, y las emociones correspondientes también las revive a la misma velocidad acelerada. Las alegrías y las penas de la vida pasan por delante del ojo de la mente, los momentos de triunfo y de vergüenza, todas las verdades que la memoria del ego ha negado o maquillado son reveladas a grandes rasgos, algunas con tanta rapidez que resulta imposible entenderlas al momento. El sujeto medio suele salir de la experiencia como se sale de un sueño intenso y perturbador. Cualesquiera que sean las verdades desagradables que se revelen, en su mayor parte vuelven a sumergirse en el subconsciente. A pesar de todo, con frecuencia quedan efectos residuales durante varios días después, al salir a la luz algunos recuerdos olvidados. Además, en algunos casos, el escáner puede ser una experiencia muy traumática para aquellos que no están dispuestos a cooperar, aquellos que intentan cerrar sus mentes para obstruir el proceso. Ese resultó ser el caso de Daniel DeLyon.

DeLyon se acercó al ciberescáner como si fuera un hombre al que fueran a ejecutar. A pesar del hecho de que se le había administrado un euforizante suave para facilitar el proceso, dos guardias tuvieron que sujetarlo firmemente y obligarlo a entrar en la cámara del escáner.

Siguió resistiéndose a lo largo de todo el proceso, de manera que un escáner que normalmente debería haber llevado solo tres horas llevó casi seis. Conforme progresaba la sesión se le podía oír gritar inteligiblemente a través de las paredes de la cámara. Salió extremadamente desorientado, murmuraba una letanía extraña de balbuceos y era incapaz de mantenerse en pie por sí mismo. En sus forcejeos, había roto una de las sujeciones y se había lesionado al revolverse en la cámara. Enfrentarse a las verdades de su vida y de su historia había resultado ser demasiado para que aquel hombre lo pudiera soportar. O quizá lo fuera el saber que su doble personalidad había sido revelada y había quedado expuesta a la vista de todos.

Más tarde, ese mismo día, después de que DeLyon hubiera sido trasladado a nuestra sala de hospital y hubiera sido examinado, hablé con el médico que lo había atendido, un tal doctor Fox de ojos brillantes y pelo espeso, que acababa de ser ascendido a Condicionamiento Delta. Aunque aparentaba ser lo suficientemente joven como para ser mi hijo ya era G-17. Debía haber una o dos togas en su familia para haber llegado a un puesto tan alto a tan temprana edad.

—Ha vuelto a despertar una antigua lesión de su infancia —me informó el hombre—. En su juventud se fracturó la tibia y en aquel momento no se le dio el tratamiento médico adecuado y se soldó incorrectamente. Creció en un barrio bajo, ya sabe. Ni siquiera tenemos un registro de cuándo o cómo sucedió.

¡Por supuesto que sabía que DeLyon había crecido en un barrio bajo! ¿Es que aquel hombre no se daba cuenta de quién era yo?

—También sospechamos —prosiguió Fox—, que puede haber habido algún daño funcional en el cerebro, pero no lo sabremos a ciencia cierta hasta dentro de unos días. Ahora mismo sigue estando casi totalmente incoherente.

El escáner de Josie Jimson demostró ser algo completamente diferente. Como ya se dijo antes, Josie era una mujer que estaba orgullosa de sus anomalías. No solo albergaba un desprecio irracional hacia la ciudad estado, inculcado por su radical padre, sino que se asía de manera muy firme a su falsa idea paranoica de que la ciudad estado trataba de hacerle algún daño. Incluso con el chándal gris ancho, el pelo despeinado que le caía suelto por la cara, medio sedada y entrando a la cámara de escáner, la mujer parecía tener una arrogancia ciega que parecía ser insaciable. La podía ver en sus ojos oscuros que no parpadeaban y la podía sentir en las facciones de su rostro.

Además, extrañamente, en lugar de complicar el ciberescáner, fue esa arrogancia, que rozaba la egomanía, lo que la llevó por la prueba de manera suave. Ella no gritó, no forcejeó. A excepción del zumbido de las máquinas procesadoras, a lo largo de toda la sesión reinó un silencio absolutamente asombroso. Después de haber examinado su escáner en profundidad posteriormente, concluí que cualesquiera que fueran las verdades desagradables acerca de su vida que se hubieran revelado mientras sus recuerdos conscientes se enfrentaban a la sórdida realidad, los errores e hipocresías de su pasado, ella lo rechazó todo desde el principio. Se aferró con firmeza a la creencia de que tales ideas no eran más que mentiras que la ciudad estado estaba intentando implantarle en la mente.

Después de tres horas, la mujer salió de la cámara, claramente agotada, pero aparentemente nada afectada por la experiencia. Más huraña y callada que nunca, la devolvieron a su celda.

Los resultados de los escáneres de Josie Jimson y Daniel DeLyon revelaron en cada caso la configuración de flor bipartita y la clásica configuración anómala de la naturaleza rebelde de su hermana. No había necesidad de examinarlos con más detalle en aquel momento. En su lugar, llevé a cabo una búsqueda global de los resultados del terminal robado, y por supuesto de Willem Coopersmith, y pronto obtuve la información que buscaba.

Una vez hubo cometido el osado acto de robar el terminal, lo sacó a hurtadillas pieza a pieza de Control de Estándares Delta y lo recompuso en el piso de su hermana, DeLyon había sido extremadamente cauto a la hora de usarlo. A excepción del único ejemplo de buscar el paradero de Coopersmith para Richard Thorne, nunca había invadido archivos confidenciales del Gobierno. Tampoco había intentado alterar registros o documentos importantes. Todas las transgresiones de DeLyon estaban relacionadas con su propia pasión por las apuestas, y a pesar de ser considerables en cuantía total, cada una era pequeña de por sí, y por ello era muy probable que pasaran desapercibidas.

Como muchos ciudadanos que apostaban de manera compulsiva, un fallo del comportamiento que todavía no hemos sido capaces de eliminar de nuestra población, DeLyon hacía la mayoría de sus apuestas en máquinas de apuestas públicas, por lo general en partidos de *fireball* y otros eventos deportivos. A diferencia del ciudadano medio, no jugaba en una o dos máquinas que fueran sus favoritas, sino que lo hacía en muchas diferentes, hasta viajaba a otros sectores a hacer sus apuestas. Siempre eran apuestas relativamente pequeñas, nada que pudiera atraer la atención de nadie. Entonces DeLyon utilizaba el terminal robado para acceder a los archivos de apuestas después del hecho, una vez que la apuesta se ganaba o perdía, no borraba sus pérdidas o intentaba incluir apuestas ganadoras retroactivamente, sino que alteraba las cantidades que había apostado, las subía un poquito cada vez que ganaba y las bajaba cuando perdía.

Sus ganancias ilegales resultantes, a lo largo de un período de varios años, se hizo considerable. Parte de ese dinero había ido a mantener a su madre y a ayudar a mantenerse a su hermana. La mayoría, según parecía, la había despilfarrado en excesivas indulgencias en los salones de expresión, una colección de máscaras dérmicas muy caras y en apuestas menos seguras, en las que no podía manipular el resultado, como juegos de cartas y dados en el barrio bajo.

Las búsquedas globales acerca de Coopersmith revelaron tanto lo que sabía DeLyon del frenético intento de Thorne por encontrar a aquel hombre la noche de su muerte como las percepciones de Josie de lo que Richard le había dicho que había ocurrido aquella noche. Las pruebas no eran más que testimonios de oídas, todavía circunstanciales, pero eran más que suficientes para arrestar a Thorne y detener a Diana para interrogarla.

El caso progresaba rápidamente y yo estaba muy complacido con los resultados. El hecho de que no hubiéramos podido determinar que la muerte de Coopersmith había sido un asesinato era claramente una mancha en el buen nombre de nuestro departamento. Afortunadamente yo solo me había visto implicado de manera tangencial en aquella investigación. Ahora que estaba directamente involucrado en descubrir la verdad de todo aquel asunto, sin duda que resultaría en un significativo reconocimiento para mí, y quizá mi ascenso a G-22, que debo admitir que sentía que se estaba retrasando ya.

Mi siguiente paso lógico era hacerle el escáner a Richard Thorne, cosa que en aquel momento resultaba ser imposible. Después de que Thorne se derrumbara en el momento de su arresto, permaneció inconsciente casi un día entero. De nuevo me las tuve que ver con el joven doctor Fox, quien insistía en que Thorne no estaba en condiciones de someterse ni a un interrogatorio ni a los rigores de un ciberescáner. Según decía Fox, sufría de un cansancio extremo además de deshidratación. Por otra parte y a pesar de que en aquel momento no entendíamos muy bien las razones, todavía se encontraba en fase de recuperación tras las vacaciones virtuales, que le habían afectado de manera tan negativa. Fox recomendaba guardar reposo en cama, reposición de fluidos y observación continua para determinar la naturaleza de su trauma mental. A mí no me gustaba aquel retraso, y tampoco Fox, para qué negarlo, pero no había nada que yo pudiera hacer.

Richard Thorne pasó su primera semana de cárcel en la enfermería, al principio completamente inconsciente, y después, durante varios días en un medio delirio y pasando de la consciencia a la inconsciencia. A mí me quedaba poco que hacer que no fuera seguir con la resolución de los casos de los otros bellacos involucrados en tan triste asunto.

Cuando el guardia metió a Diana Logan en la sala de interrogatorios número tres, me encontré con una mujer que mostraba estar profundamente abatida. Ya no llevaba el vestido plateado, sino al igual que Daniel DeLyon y Josie Jimson, el chándal gris que se le entregaba a todos los detenidos. Había sido duchada y desinfectada como los demás y el cabello plateado le caía lacio por la cara. Sus facciones se veían desdibujadas y cansadas, tenía los ojos rojos e hinchados de haber llorado.

Diana se sentó en la silla de respaldo rígido con los hombros encorvados y al principio no me miraba. Había entrelazado las manos sobre la mesa frente a ella como si tratara de esconder las uñas plateadas. Al mismo tiempo, no dejaba de frotarlas unas contra otras y las miraba sin cesar. De repente me di cuenta de que era una ciudadana que necesitaba ayuda desesperadamente.

Era media tarde, y le hice una señal al guardia para que apagara las luces del techo, ya conocía mi pequeña excentricidad, y una vez lo hubo hecho, la luz que

entraba por la ventana parecía ser más que adecuada.

—¿Sabes por qué estás aquí? —comencé.

Ella asintió y después habló, tenía la voz ronca y su tono era tan bajo que me tuve que inclinar hacia delante para poder oírla.

—No es culpa mía —dijo—. Yo nunca le dije a Richard que matara a nadie. Yo solo quería que nos fuéramos... que nos marcháramos a otro sector y nos alejáramos de él.

—¿Por «él» se refiere a Willem Coopersmith?

Ella volvió a asentir, pero seguía sin levantar la mirada.

—No me dejaba en paz. Se aprovechó de mí. Me hizo cosas horribles.

—¿Por qué no lo denunció?

Se quedó callada un momento y después habló atropelladamente.

—¡Porque nadie me habría creído! Yo tan solo era una G-15. Él era un director, uno de los hombres más poderosos de todo el sector. ¿Usted me habría creído?

—¿Cree que su pareja escogida mató a Willem Coopersmith?

Ella negó con la cabeza con fuerza de derecha a izquierda y el cabello plateado se movió hacia delante y hacia atrás en mechones sueltos.

—¡No sé qué hizo! —Estaba claro que cada una de mis preguntas no hacía sino acrecentar su angustia.

—¿Quiere a su pareja escogida?

—Si —dijo, y por fin levantó la mirada con expresión asombrada e incrédula—. Lo quiero... todavía... ¡pero no quiero quererlo! ¡Ya no! —Y con eso rompió a llorar y se tapó la cara con las manos.

Bajé el escudo protector de plástico y alargué las manos sobre la mesa. Le cogí las dos muñecas y muy lentamente le bajé las manos con suavidad y firmeza a la vez. El guardia de turno que estaba presente me miró con extrañeza.

Diana sollozaba descontroladamente y dejó caer su rostro sobre sus brazos. Su cabello me rozó las muñecas y los puños de la toga. El guardia cambió de posición, como si estuviera a punto de dar un paso hacia delante. Con una mirada dura por mi parte, este regresó a su lugar contra la pared. ¿Qué pintaba él en aquello? Posiblemente no fuera ni siquiera un G-10.

—No te preocupes, querida —le dije—, todo se va a arreglar. —Moví las manos hasta tener las suyas entre las mías. Se las estreché para tranquilizarla. Podía oler el desinfectante, tosco pero suave, en su piel—. No te vamos a hacer daño. Tan solo cuéntamelo todo desde el principio. Tómate tu tiempo.

La luz que entraba estaba ejerciendo sus poderes mágicos y por supuesto que ella hizo lo que le pedía, se abrió en un torrente de emociones. Cómo Willem Coopersmith le había prometido un ascenso a cambio de favores sexuales. Cómo Thorne había salido disparado de su piso hecho una furia a pesar de las protestas de ella la noche de la muerte de Coopersmith. Cómo después ella había encontrado la pistola y a pesar de su deber y buen juicio como ciudadana se había deshecho de ella

para proteger a su pareja escogida. A la mañana siguiente, el escáner de Diana reveló la irregularidad del tallo de su configuración, ilustraba gráficamente sus malas acciones pasadas, y la corola extendida y suelta indicaba posibles transgresiones futuras. A pesar de que sus delitos eran leves si se comparaban con los de los demás involucrados en el caso, y de que personalmente sentía una cierta compasión por aquella mujer, concluí que me encontraba ante otro individuo anómalo más, de quien habría que ocuparse adecuadamente.

El caso de Josie Jimson fue el que se solucionó más rápidamente y con más facilidad, ya que llegué a la conclusión de que condicionarla sería una pérdida de esfuerzo. Debo admitir que aquella mujer no me gustó en absoluto desde el primer momento en que la vi y examine sus archivos. Representaba en enorme medida al pasado disoluto y enfermo que yo me había pasado toda la vida tratando de erradicar. Sin embargo, siempre me he enorgullecido de mi objetividad a la hora de tratar con los individuos anómalos, de elegir el mejor camino para cada uno y para la ciudad estado, dejando siempre de lado mis propios sentimientos personales. Puedo asegurar que mi profundo desagrado hacia la mujer no tuvo nada que ver con mi decisión.

Ya había visto antes a gente de su clase, todos moradores de barrios bajos, y en mi juventud idealista ya había intentado condicionar unos cuantos a la fuerza. Algunos se resistieron tanto que tuve que cejar en mi empeño. Y hubo uno que al principio pareció acceder lo suficiente como para que lo dejáramos salir a la sociedad y se le confirmara como ciudadano, solo para explotar después en una locura destructiva. Yo ya había aprendido la lección hacía mucho tiempo. Josie Jimson no poseía ninguna habilidad que le pudiera ofrecer a la ciudad estado, solo problemas y líos.

La disposición del caso de Josie no fue nada especial. Apliqué los mismos criterios que había aplicado con la mayoría de los otros que se habían recogido en la limpieza del barrio bajo. Y llegué a la misma conclusión. Josie sería enviada a una comuna agrícola, en la que se tenía la esperanza de que, a través de una antiquísima terapia de trabajo con plantas y tierra en un entorno agrario, su díscola alma se curara.

Por supuesto que primero se le ofrecería la oportunidad de someterse al condicionamiento de manera voluntaria, tal y como se le había ofrecido cuando en su día trató de conseguir la ciudadanía y se registraron los perfiles de su personalidad como muy alejados del margen general. Yo tenía la seguridad de que entonces lo rechazaría de la misma manera de la que lo había hecho antes. Según fuera su comportamiento y progreso en la comuna, periódicamente se le iría ofreciendo esta oportunidad de nuevo. Aun así, incluso si en un futuro optaba por el condicionamiento voluntario, su caso sería ya problema de otro y no mío.

La vi una última vez cuando el guardia la conducía al ascensor con las manos esposadas a la espalda para llevarla al centro al que ya se había trasladado a otros moradores del barrio bajo. Miró hacia donde yo estaba durante un segundo. Pude ver

como la hostilidad que había en su mirada comenzaba a venirse abajo. Ahora se mezclaba con el miedo y con la incertidumbre acerca de su futuro. Era posible que algún día aceptara el condicionamiento y se convirtiera en una ciudadana bien ajustada. De todos modos, yo sabía que había tomado la decisión correcta.

Diana Logan y su caso eran mucho más de mi gusto. Su vida se había alejado tanto del camino que ella había deseado que tomara, su estado emocional estaba tan devastado y sus procesos mentales tan confusos, que era muy difícil no sentir lástima de aquella mujer.

A diferencia de Josie, Diana había sido un miembro productivo de la sociedad, una ciudadana que ya se había sometido al condicionamiento primario como parte de su educación. Sus habilidades arquitectónicas habían sido de utilidad para la ciudad estado en el pasado, y podrían volver a serlo en el futuro. Si nunca hubiera conocido a Richard Thorne, si nunca hubiera conocido a Willem Coopersmith, su anomalía potencial quizá hubiera permanecido en estado latente durante toda su vida. Sin embargo, ahora que había salido a la luz, estaba muy claro que el camino que había que seguir era el acondicionamiento para eliminar sus tendencias anómalas y asegurar que no volvieran a aflorar. Allí había una vida que valía la pena rescatar y yo tenía toda la intención de que así fuera.

El éxito de cualquier condicionamiento depende en gran medida de si el sujeto coopera o no. En el condicionamiento voluntario para aquellos ciudadanos que se percatan de sus propias deficiencias y solicitan el proceso, utilizamos un patrón estándar que refuerza el condicionamiento primario y canaliza el individualismo negativo hacia caminos más productivos o beneficiosos. Para alguien afectado por un problema de ingesta compulsiva, suprimiríamos la compulsión por la comida y la sustituiríamos por otra acorde a su disposición, una compulsión por el baile, o por ver partidos de *fireball* o por dedicar su tiempo libre al Estado de una manera útil como voluntario, como limpiando la basura que suele acumularse en los extremos de las pasarelas.

El acondicionamiento de delincuentes puede ser algo más problemático, puesto que con frecuencia los delincuentes son los últimos en enfrentarse con sus errores, sin importar su magnitud y la mayoría no están muy dispuestos a colaborar en su corrección. También requiere un proceso más complejo que la mayoría de los ajustes al tener que referirse a todos los factores de comportamiento que han llevado a la comisión del delito y por ello crean una personalidad completamente nueva para el individuo en la que se habrán alterado o eliminado tales elementos negativos. Diana Logan era una mujer desesperadamente arrepentida, deseosa por colaborar con nosotros de toda manera en que le fuera posible. También estaba más que lista para dejar atrás el desastre de su antigua vida y para que se le diera la oportunidad de tener una nueva.

Me aislé en mi despacho, le dije a mi ayudante que no quería que me molestaran y que no me pasara ninguna llamada ni dejara pasar a ninguna visita a no ser que se tratara de algún asunto de suma urgencia, y me senté ante la proyección de la configuración de la flor de Diana con su amplio cáliz de líneas disipadas. Me concentré en los contenidos de los nodos más brillantes y comencé a jugar con ellos. Con el método de prueba y error, y mi propia experiencia en la curación de individuos anómalos, empecé a ajustar su carácter personal, cambiar sus valores, sus emociones y sus necesidades.

Primero le quité el filo a su ambición y le bajé las expectativas personales. De todas maneras sus sueños de llegar algún día ostentar el estatus togado de un planificador de la ciudad se alejaban bastante de la realidad. Aunque tenía todas las habilidades básicas de diseño, le faltaba talento creativo para llegar a tal meta.

Reduje su libido y su confianza sexual muy por debajo de la media, y también bajé su agresividad en ese mismo campo hasta el punto de que fuera casi inexistente. En el pasado Diana había utilizado su sexualidad como arma para manipular a los hombres. No habían sido solo sus pecas lo único que había atraído a Willem Coopersmith hacia ella, sino la manera en que se vestía y comportaba. Ese ya no sería el caso. En el futuro, el porte que Diana proyectaría sería reservado, recatado, incluso tímido.

Sus recuerdos de los hechos que propiciaron su declive no serían borrados por completo, sino que se pondría una nube sobre ellos. Se convertirían en una parte de su pasado que vería extremadamente desagradable, que querría dejar atrás y no volver a pensar en ello. Entre ellos se incluiría su amor hacia Richard Thorne. En ese aspecto, apenas si tuve que seguir los deseos de la propia Diana de que ya no quería amarlo más. Reforcé todos sus sentimientos negativos hacia su pareja escogida y le resté fuerza a los positivos. Al igual que las vacaciones virtuales habían reforzado su amor hacia Richard, su acondicionamiento no solo lo debilitaría, sino que le daría la vuelta. Si llegaba a volver a pensar en aquel hombre, lo haría con marcado desagrado. Para empezar se preguntaría cómo habría llegado a quererlo en algún momento.

Para terminar, además de reforzar su acondicionamiento primario, la imbuí con una aplastante compulsión para denunciar cualquier acoso o abuso sexual, así como armas ilegales o cualquier otra violación de la ley de la ciudad estado con la que se encontrara. Cuando apliqué todos los cambios proyectados a la configuración de su escáner, las líneas de la figura de su flor se reagruparon casi a la perfección para formar un cáliz inmaculado de ciudadano ideal. No debería llevar más de dos o tres sesiones en una cámara de acondicionamiento. Y ahora que ya había creado el modelo personal ideal para ella, los técnicos se podrían ocupar de aquella tarea sin mi ayuda.

Una vez se hubiera completado su acondicionamiento, Diana Logan pasaría un corto período de recuperación en alguna otra instalación estatal. Entonces se le

proporcionaría un apellido diferente y se la trasladaría a otro sector. Aunque se le permitiría seguir siendo arquitecta, se la degradaría a G-12, ya que sus delitos no podían quedar sin castigo.

Eché una mirada al reloj y me di cuenta de que habían pasado más de dos horas y media. Daba igual, había sido un tiempo bien empleado. Aquel era el aspecto más satisfactorio y gratificante de mi trabajo, curar a individuos anómalos y devolverlos a la sociedad en forma de ciudadanos bien ajustados y productivos.

Aquello dejaba solo a DeLyon, quien todavía se recuperaba en la enfermería. Cuando volví a hablar con el doctor Fox, en su muy abarrotado despacho, no me agradó ni lo que me tenía que decir, ni la manera en que lo hizo.

—Hemos colocado correctamente la articulación de la rodilla y le hemos puesto una escayola —dijo, a la vez que pasaba las hojas del archivo que tenía sobre la mesa—. Pero su mente es un asunto completamente distinto. Definitivamente ha habido daños.

—¿Qué tipo de daños?

—Neurológicos, por supuesto. Sus archivos indican que antes de que lo escanearas era casi un genio. Hoy hemos vuelto a hacerle las pruebas y apenas si llega a estar por encima de la media normal. También parece que hay algún tipo de desequilibrio de la función motora en su mano y brazo izquierdo. Y al hablar arrastra notablemente las palabras. Aunque las radiografías no lo muestran, estoy convencido de que ha sufrido varios ataques de muy leve importancia. Con el tiempo podría mejorar considerablemente, pero dudo mucho que jamás vuelva a ser la persona que era.

—¿Cómo puede estar seguro de que no está fingiendo? El hombre es una mina de trucos, tan retorcidos como pueda imaginar.

Fox negó con la cabeza.

—Bueno, la lesión de la rodilla está muy claro que no es fingida, y no tengo razón alguna para pensar que sus problemas mentales lo sean. No podemos estar seguros a no ser que se le vuelva a someter a un escáner, y como médico encargado de su bienestar como ciudadano, no puedo permitir que eso ocurra.

—¿Por qué no? —le pregunté. Había una arrogancia en Fox que encontraba intolerable. Era tan joven y estaba tan pagado de sí mismo y de su supuesta experiencia...

—DeLyon ya tenía un temor extremo del proceso de escáner, que con su experiencia no ha hecho más que verse acrecentado. Con solo mencionar otro escáner empezó a temblar. Si es cierto que está fingiendo, entonces se trata de un actor consumado. Si se le vuelve a escanear y resiste como lo hizo la primera vez, cabe la posibilidad de que quede hecho un vegetal. Entonces no será de ninguna utilidad para sí mismo y se convertirá en una carga para la ciudad estado. —Fox cerró la carpeta y

estampó la palma de su mano contra ella—. He mirado la grabación de su sesión — prosiguió—, y en mi opinión, no se supo llevar adecuadamente. Se debió detener el escáner en el momento en que empezó a gritar. Y debería haber seguido sus constantes vitales con más atención. ¡Hubo momentos en los que su pulso y tensión se salieron de los baremos!

Aquel hombre estaba cuestionando mi capacidad como guardián, mi competencia, a pesar de que le doblaba la edad y tenía más del doble de experiencia que él. Nunca había sido incompetente y me mofé de su afirmación.

—Si parara el escáner de todos los sujetos cuando empiezan a causar el más mínimo alboroto, no podríamos procesar ni a la mitad de los individuos anómalos que procesamos. DeLyon debe tener miedo. El miedo por parte del sujeto es un requisito indispensable para el éxito del acondicionamiento. No me interesa someter a DeLyon a un segundo escáner. Lo único que quiero saber es cuándo lo podemos acondicionar.

—Me temo que eso también queda fuera de lugar. Al menos con la cámara de acondicionamiento. Se parece demasiado al escáner, y como estoy seguro de que ya sabe, el procedimiento puede ser una experiencia mucho más ardua para los que logran resistirla. Lo que le recomiendo es que se trate la anomalía de DeLyon de una manera mucho más tradicional. Acondicionamiento por «estímulo-reacción» y la implantación de un regulador neuroquímico.

—Aquí no tenemos equipamiento para hacer eso. Hace años que dejamos de emplear esos métodos porque no son tan efectivos.

—Eso ya lo sé bien, ciudadano Thatcher. Por eso he ordenado que se traslade al paciente al Centro de Acondicionamiento del Sector Beta donde todavía disponen de estos métodos. Creo que en el caso de DeLyon serán suficientemente efectivos. Por lo menos no destruirán más su mente.

Para entonces yo ya estaba más que a punto de estallar, pero como profesional tenía que mantener la compostura y controlé mi ira. También me sentía algo mareado, al borde de la náusea, pero no me iba a tomar una de mis pastillas delante de Fox.

Por supuesto que antes ya había tenido problemas con los médicos que trataban de mimar a los anómalos en nombre de su salud. ¿Qué guardián en mi posición no lo ha hecho? Yo podía llevar el caso de DeLyon ante un Tribunal de Revisión y enfrentarme a la decisión de Fox. Sin ninguna duda habría ganado, como ya lo había hecho en el pasado en ese tipo de confrontaciones. Yo era un G-21 y Fox, a pesar de los contactos que tuviera, no dejaba de ser tan solo un G-17. Por un momento pensé en hacerlo. Sin embargo, mi ascenso a G-22 ya llevaba retraso, quizá fuera ya inminente y no necesitaba otro asunto controvertido en mi historial para confundir las cosas. Soy un hombre asertivo cuando se trata de ocuparse de elementos anómalos, y en el pasado ya he tenido muchos conflictos y enfrentamientos con médicos y con otros guardianes. Además, el año pasado tuve un desafortunado episodio con una detenida. Salí absuelto sin perjuicio alguno de todos los cargos de aquel caso, y se

eliminó de mi historial, aunque había pasado poco tiempo y sentía perfectamente como su sombra se cernía sobre mí.

El hecho de que DeLyon estuviera en posesión de un terminal era un delito significativo, aunque si se tenía en cuenta todo el daño que podría haber causado, el uso que había hecho del equipo era bastante trivial. No era ningún proyecto de revolucionario como lo había sido su padrastro, Stuart Jimson, tan solo era un hombrecillo egoísta que no buscaba más que su propio interés personal. Incluso si DeLyon fingía, si su anomalía persistía o volvía a aflorar después del acondicionamiento, era muy poco probable que representara una amenaza significativa para la ciudad estado. Yo ya me podía lavar las manos respecto a él tal y como había hecho con su recalcitrante hermana. Dejaría que lo que quisiera que pasara con DeLyon fuera problema de Fox y no mío.

Era Richard Thorne tras quien yo iba. Él era el eje sobre el que giraba aquel pequeño círculo de desviación. Y su delito de llevarse la vida de otro ser humano, era el más serio de todos. Aunque serían su confesión y su acondicionamiento los que generarían el máximo crédito.

—Bueno, doctor Fox —dije yo—, no estoy de acuerdo ni con ninguna de sus opiniones ni de sus conclusiones. Sin embargo, como ahora está a cargo de este anómalo de manera oficial, no pondré objeción alguna a su decisión. Sin embargo, sí que tengo pensado presentar una opinión formal para eximirme a mí mismo de cualquier responsabilidad en este caso.

Fox asintió de manera cortante.

—Ese es su privilegio, ciudadano. ¡Presente lo que le apetezca! —Se puso en pie—. Ahora, si me disculpa, tengo otros deberes y pacientes a los que debo atender.

Era difícil de creer la osada insolencia que presentaba aquel hombre.

Tenía pensado vengarme del doctor Fox en algún momento futuro, una vez me hubiera asegurado el ascenso. No estaba muy seguro de cuál sería la manera en la que lo haría, pero no me cabía duda alguna de que la oportunidad se me presentaría y de que disfrutaría al máximo de ella.

Había pasado una semana desde que había arrestado a Richard Thorne. Incluso el precavido e irritante doctor Fox transigió y admitió que la ya muy atrasada resolución del caso de Willem Coopersmith no se podía posponer más. Sin embargo, los procedimientos se volvieron a demorar por un encuentro que se produjo en el pasillo del ala hospitalaria. Yo no estaba presente, pero si pude ver una grabación del suceso más tarde.

El traslado de DeLyon al sector Beta había llegado y abandonaba la enfermería al mismo tiempo que trasladaban a Thorne de la enfermería a una celda. Ambos hombres iban acompañados por un guardia cada uno. Thorne llevaba las manos esposadas y a la espalda, según el procedimiento estándar cuando los prisioneros

están en cárceles que no son de alta seguridad. DeLyon llevaba muletas y una pierna escayolada. No había sido esposado. Más tarde el guardia que estaba a su cargo fue reprendido. Debería haber asegurado una silla de ruedas para su transporte, haber esposado a DeLyon y haber llevado él mismo las muletas en la mano. A un anómalo no se le da nada que pueda ser un arma en potencia y se le dejan las manos libres para poder usarla.

Los caminos de los dos hombres se cruzaron y se produjo el enfrentamiento. La reacción de Thorne pareció insignificante, su expresión se mantuvo casi tan impassible como si no hubiera reconocido al que una vez había sido su amigo. Por el contrario, DeLyon comenzó a gritar en el mismo instante en que vio a Thorne. O más bien dejó escapar un único rugido ininteligible y se lanzó contra él. A pesar del hecho de que iba con muletas y de que supuestamente padecía una pérdida de control motora, antes de que cualquiera de los dos guardias pudiera sujetarlo, se había lanzado hacia delante con una muleta mientras blandía la otra en el aire y la agitaba con fuerza contra un lado de la cabeza de Thorne. Ambos hombres cayeron al suelo del pasillo. Thorne, con un hematoma morado en la sien que no dejaba de extenderse, fue llevado a la sala de urgencias para más tarde ser devuelto a su habitación de enfermería para quedar de nuevo en observación.

Hasta el siguiente lunes por la tarde Thorne no pudo ser llevado a la sala de interrogatorios número tres. Le hice una señal al guardia que lo acompañaba para que apagara los fluorescentes y... aquel día la luz parecía perfecta. Una luz blanquecina entraba por las altas ventanas y llenaba la habitación con su etérea presencia.

A pesar de que Thorne estaba menos despeinado y perplejo que cuando lo arresté en su piso, ahora no parecía más que el fantasma del programador al que yo conocí en Control de Estándares Delta y del que nunca hubiera sospechado anomalía alguna. Estaba más pálido y más delgado. Se movió por la habitación y se sentó en la silla que había frente a mí con exagerado cuidado. Sus extraños ojos azules, el único rasgo distintivo que tenía, se habían apagado y tornado de un azul grisáceo y por fin ya no parecían estar fuera de lugar en un rostro tan anguloso. El cardenal en el lugar donde lo había golpeado DeLyon había florecido como una horrible flor morada a lo largo de su sien y de su mejilla izquierda. Parecía como si le hubieran sacado la vida, parecía un hombre al que hubieran vaciado de sentimientos y de casi todo pensamiento.

Aquel día la luz era la adecuada, puedo jurar que lo era, tan etérea y espiritual como yo pudiera desear, sin embargo, por primera vez su magia parecía no tener ningún impacto emocional. A pesar de que Thorne admitió inmediatamente su culpa de todo de lo que se le había acusado, su confesión no implicaba ningún sentido de expiación o de arrepentimiento por los delitos que había cometido contra la humanidad y contra la ciudad estado. A lo largo de todo el interrogatorio mostró la

misma indiferencia uniforme. A veces me miraba, pero con la misma frecuencia con la que sus ojos vagaban por las paredes de la sala. Tuve la sensación de que si hubiera bajado el escudo de plástico, le hubiera puesto una pistola en la cabeza y hubiera amenazado con apretar el gatillo, no habría pestañado.

—¿Sabes por qué estás aquí?

Se produjo un silencio patente, y por un momento llegué a pensar que no me iba a contestar.

—Tú me has traído aquí —dijo por fin. Su voz era baja y débil, sin inflexión alguna.

—¿Mataste a Willem Coopersmith?

Otro silencio, no como si estuviera formando una respuesta, sino como si a la pregunta le llevara un momento filtrarse por su abstraída conciencia.

—Ya sabes que lo hice. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Por qué mataste a Willem Coopersmith?

Aquella vez no hubo ninguna pausa.

—Hacía falta matarlo.

Y así fue todo. Casi todo a base de monosílabos, Thorne admitió la posesión de una pistola, las visitas a una prostituta ilegal, el consumo de drogas ilegales y la posesión de libros también ilegales. Empecé a tener la sensación de que confesaría cualquier cosa de la que lo acusara, fuera culpable o no, y no mostraba signo ninguno de arrepentimiento en absoluto. Hubo momentos en los que creí detectar un cierto brillo de sarcasmo en sus apagados ojos y su atenuada expresión ¿Aquel hombre me estaba acosando? ¿Quizá me estaría imitando el estilo de habla seco y lacónico que había adoptado para mi papel en Control de Estándares Delta? No tenía manera de estar seguro.

Por supuesto que el objetivo de aquel primer interrogatorio, como la mayoría, no era tanto el conseguir información, esa función ya la desempeñaría el ciberescáner, sino establecer nuestra autoridad sobre el sujeto y determinar con qué tipo de anómalo nos las estábamos viendo, con uno que se daba cuenta de lo equivocado de sus actos y que estaría dispuesto a cooperar con nosotros en nuestros intentos por curarlo, o con uno que seguía adoptando sus desviaciones e intentaría resistirse. Por el comportamiento de Thorne, yo no estaba muy seguro de que fuera a hacer ninguna de las dos cosas. Yo no estaba del todo convencido de que se diera cuenta completamente de que el futuro de su vida dependía entonces de nuestras decisiones, de mis decisiones. O si es que sí lo hacía, le era totalmente indiferente.

Tengo que admitir que encontré toda aquella experiencia desconcertante, más que nada porque la luz me había fallado como nunca antes lo había hecho. Había perdido su contenido emocional. Aun así, había que seguir adelante. Puse el escáner de Thorne para la mañana siguiente.

A diferencia de DeLyon, Thorne no se resistió a nuestros intentos por escanearlo. A diferencia de Diana, no mostró ninguna intención de cooperar. A diferencia de su amada Josie, de la que se había visto separado, no parecía triste ni mostraba signo alguno de estar paranoico. Al igual que pasó con su interrogatorio, tanto antes de entrar en la cámara del escáner como cuando salió de ella más de tres horas después, parecía no mostrar ninguna emoción en absoluto. Parecía un hombre que lo había perdido todo menos la vida y al que ya no le importaba ni siquiera si aquello desaparecía.

No fue hasta varios días después cuando volví a ver a Thorne, y me di cuenta de que fuera lo que fuera lo que hubiera revelado el escáner, le había afectado, de que su camaleónica personalidad no había terminado de cambiar.

Aquella tarde, en previsión de una resolución rápida del caso, a pesar de la inquietante entrevista, me senté en mi despacho a examinar los resultados del escáner de Thorne. Cuando los proyecté por primera vez en el cubo de holo y vi la extraña configuración de su tallo y de su corola, o lo que no podía definirse de otra manera que no fuera una falta absoluta de configuración, tuve la sospecha de que el equipo se hubiera estropeado. Me puse en contacto con los técnicos, quienes me aseguraron que el equipo funcionaba a la perfección y que no había ninguna irregularidad. Los escáneres que se le habían realizado a otros prisioneros tanto antes como después de Thorne mostraron configuraciones anómalas estándar. Y la verdad es que cuando me puse el casco e inicié la revisión superficial de los recuerdos y percepciones de Thorne, me encontré con que podía acceder a ellos sin dificultad alguna.

Puesto que Richard Thorne había cometido el delito más grave de todos los que había, el asesinato de otro ser humano, además de una incontable lista de otras ofensas de menor grado, su recondicionamiento sería el más severo e intenso de todos. Yo tenía muchas ganas de crear una nueva persona para él que no contuviera ninguna de las desviaciones y fallos que habían alimentado su anomalía, pero... ¿por dónde podía empezar? No había ningún nodo brillante en el que fijarse. No había tallo, no había ninguna corola dispersa que poder reconfigurar. No había ninguna causa ni efecto aparente, solo un aparente caos ciego, lleno de una explosión aleatoria de líneas y puntos de colores.

Hacía años que no me veía obligado a examinar ningún escáner en gran profundidad. Las búsquedas generales siempre me daban la información específica que necesitaba. Había un número limitado de tipos de individuos anómalos, y en más de un cuarto de siglo como guardián, me había encontrado y tratado a todos ellos. Los podía recondicionar sin analizar detalladamente sus vidas, con solo concentrarme en los nodos significativos, trabajaba basándome en mi experiencia y con el método de

prueba y error, para ajustar sus configuraciones. Así lo había hecho con notable éxito con Diana Logan.

Abandoné la proyección inservible y empecé a hacer una criba de los detalles de la vida de Thorne en más profundidad, en busca de las relaciones que el ciberescáner había sido incapaz de delinear. Durante mi formación y primeros tiempos como guardián, el escáner todavía no había alcanzado el nivel de sofisticación de hoy en día. No podíamos apoyarnos únicamente en él, y nos veíamos obligados a complementar sus resultados con métodos manuales de análisis. Volví a despertar aquellas destrezas que casi creía ya olvidadas y me puse manos a la obra con la tarea que tenía frente a mí.

También ordené un segundo escáner que se realizaría el siguiente viernes por la mañana. Aquello me proporcionaría el tiempo suficiente para analizar los resultados y calibrar el escáner de manera diferente a los parámetros estándar. Tan pronto como saliera la figura de una flor, aparecerían las especificaciones de su acondicionamiento.

No había nada extraordinario en la estructura genética de Thorne ni en los primeros años de su vida. Era hijo único. Su padre había sido contable de una empresa manufacturera de la ciudad estado, su madre profesora de escuela secundaria. Ambos tenían unas carreras moderadamente exitosas, llegaron a G-16 y G-15 respectivamente, y no había registro alguno de anomalía en ninguno de ellos. Como la mayoría de los niños, Thorne había sido criado en una residencia del Estado y solo regresaba a su hogar en vacaciones y en algún que otro fin de semana. Sus padres disolvieron su unión de mutuo acuerdo cuando él tenía dieciséis años. No estaba unido emocionalmente a ninguno de ellos, y ellos aparentemente tampoco lo estaban a él. A los pocos años de ser adulto perdió el contacto con ambos progenitores.

Comencé a seleccionar sucesos al azar del final de la juventud y el principio de la edad adulta de Thorne. Parecía ser un hombre normal, a pesar de todos sus fallos menores y demás. No era capaz de encontrar prueba alguna de la anomalía que tendría lugar más adelante. Seguí buscando en años posteriores y en su relación con Diana. Estaba tan absolutamente absorto, que hasta que mi compañera escogida me llamó para recordarme que teníamos un compromiso para cenar, me quité el casco a regañadientes y cerré el sistema por aquel día.

Durante los siguientes días tuve otros deberes y otros casos, pero me pasé todos los momentos libres que tenía explorando en mayor profundidad más fragmentos de la vida de Thorne, en busca de aquellos elementos que me dieran la clave del origen de su posterior anomalía.

El jueves por la tarde decidí que el segundo escáner se calibraría con especial

referencia a su interés hacia la historia y fantasiosas ideas erróneas acerca de esta, su relación con Josie Jimson, y los libros ilegales a los que esta lo había expuesto. Aquella elección parecía tan lógica que me asombró que el primer escáner no hubiera destacado aquellos aspectos.

También el jueves por la tarde llamé al Departamento de Propiedades y solicité una requisición, ordené que los libros que se le confiscaron a Josie de su casa fueran enviados a mi piso de Lambda Heights. Mis motivos tenían doblez, uno de los aspectos era verdaderamente egoísta. Creía que un estudio más profundo de aquellos textos podrían arrojar algo de luz sobre el caso, pero también tenía la esperanza de poder añadirlos a mi biblioteca personal, que había crecido a buen ritmo hasta superar los mil ejemplares a causa de años y años de procesos similares. Una vez resolviera con éxito el caso, era muy poco probable que me pidieran jamás que los devolviera.

Cuando Thorne entró a la sala de escáneres el viernes por la mañana me di cuenta de que antes debería haberlo sometido a otro interrogatorio. En el momento en el que vi a aquel hombre me quedó claro que el anterior escáner le había afectado mucho más de lo que yo había esperado. Había tardado varios días en tener efecto sobre su distraída conciencia. Ya no estaba impasible. Fuera lo que fuera lo que hubiera comprendido, le había producido cambios significativos en la personalidad de nuevo. Aunque no tenían nada que ver con los que yo hubiera predicho.

Si había una palabra que pudiera definir a Richard Thorne, esa era imponderable. Ahora tenía un porte completamente distinto, ya no exhibía un aspecto exageradamente cuidadoso y desvalido como el de unos días atrás, y su aparente indiferencia hacia todo había desaparecido. Los ojos, que antes carecían de toda emoción, habían vuelto a la vida de una forma peculiar y aterradora.

Seguía estando delgado y pálido. Todavía tenía el cardenal en la sien, aunque estaba más pequeño y se había tornado de un tono amarillo parduzco. Además, el color gris había desaparecido de sus ojos. Volvían a ser completamente azules, incluso azul oscuro, y la mirada que nos dedicó tanto a mí como a los demás presentes en la sala solo puede describirse como de desafío y desprecio.

En todo caso, el primer escáner debería haber logrado que Thorne se percatara de lo falso y errado de sus ideas y de sus fracasos. Debería haber estado arrepentido, quizás algo preocupado, incluso asustado. En cambio, parecía imbuido de una confianza que no tenía ningún mérito en realidad.

Por los ojos y la expresión de su rostro se podía pensar que a los demás nos veía como inferiores y equivocados. Recordé haber visto antes una mirada de desprecio y superioridad como aquella en otro individuo anómalo bajo tratamiento, pero en aquel momento no fui capaz de recordar en quién fue ni cuándo.

¿Qué nuevo tipo de locura era aquella que se había apoderado de él? Me pregunté si el hombre que tenía ante mí era Richard o Rick, ya que yo ya me había enterado de

la distinción artificial de identidades en mi examen del primer escáner, o si acaso me encontraba frente a una personalidad híbrida fruto de la fusión de ambas. ¿Me estaría embarcando en la persecución de un laberinto de identidades que no dejaba de cambiar y que nunca se detendría en un mismo molde el tiempo suficiente como para curarlo? Puedo afirmar que no me gustaba en absoluto el último papel que había adoptado Thorne. Su caso ya se había vuelto demasiado confuso y problemático. Parecía como si cualquier ascenso profesional que yo hubiera querido obtener con él se fuera evaporando con rapidez.

Para mi gran alivio, el segundo escáner transcurrió sin muchos contratiempos, a excepción de que Thorne esta vez ya no se mantuvo en silencio como lo había hecho antes. Esta nueva sesión fue puntuada con gritos incoherentes que resonaban en la cámara del escáner y llegaban hasta la habitación contigua.

De vuelta en mi despacho, proyecté los nuevos resultados en el cubo de hologramas... para descubrir que a pesar de que eran diferentes a los del primer escáner, carecían de sentido de la misma manera. El caos de la proyección de Thorne seguía igual de fuerte. No se veía ningún tallo, ninguna corola, solo una explosión de puntos y líneas caóticos. Había nodos, es cierto, los que yo había puesto allí con mi calibración, aunque seguían siendo inservibles ya que ninguno se relacionaba de manera significativa con ningún otro ni con la muerte de Coopersmith. No tenía ningún sentido, y de nuevo me encontré con que no tenía ni medios ni método alguno para llevar a cabo un acondicionamiento con éxito.

No podía hacer otra cosa que no fuera llevar a cabo un estudio más profundo de los detalles de la inmersión de Thorne en la anomalía, para crear una calibración que haga que salga a la luz su verdadera configuración como debía haberlo hecho en primer lugar, como ya había hecho en el caso de otros anómalos.

Frustrado pero lleno de determinación, con el casco bien sujeto sobre los ojos y oídos, dediqué toda mi consciencia e intelecto a la tarea. En lugar de saltar de un lado a otro por la vida de Richard Thorne, comencé a explorar segmentos completos de su existencia. Reviví los primeros tiempos de su emparejamiento con Diana y conocí su desilusión al descubrir que ella no era la mujer que él creía que era. Probé sus viajes de fantasía histórica y los guiones a través de los cuales trataba de vivirlas en los salones de expresión. Caminé a su lado en los primeros momentos en los que exploraba en torno del barrio bajo y sufrí las mismas frustraciones que él sintió.

Se trataba de un proceso tedioso y largo, además de agotador. Cuando por fin salí de sus profundidades, cansado y hambriento, el sol se ponía más allá de las altísimas torres de la ciudad, y las grababa en relieve oscuro contra un cielo borroso. Me puse de pie junto a la ventana y observé cómo los últimos rayos se disolvían contra la noche. Y seguía sin estar cerca de encontrar una solución.

Aquel fin de semana tenía el piso para mí solo. Mi compañera escogida se iba a otras de sus vacaciones virtuales, como hacía con frecuencia en aquellos tiempos. Todo era poco de aquella moda pasajera, y yo no me quejaba por ello. Siempre he disfrutado y valorado la soledad. Sin embargo, en lugar de dedicarme a alguna de mis muchas aficiones, o de pasar el tiempo viendo alguna tontería agradable en el holo, me encontré a mí mismo trabajando en el caso. De repente me di cuenta de que era algo más que un premio y un ascenso, yo ansiaba dar con la solución al pesado enigma de Richard Thorne. No iba a dejar que aquel hombre me venciera.

Activé el terminal de mi casa y accedí a los archivos de Condicionamiento Delta. No solo cogí el escáner de Thorne, sino también el de Josie, el de DeLyon y el de Diana, para comparar las percepciones de estos con las de él.

Aquel fatídico y revelador fin de semana, encorvado sobre mi ordenador, totalmente ajeno al mundo que me rodeaba, me sumergí en las proyecciones que fluían por la pantalla de mi mente. Estaba tan absorto, que por minutos, o puede que horas en algún momento, me llegué a convertir en Richard Thorne, y durante períodos más cortos de tiempo también fui Diana Logan, Josie Jimson y Daniel DeLyon. No podía vivir todas sus vidas, pero sí experimentar escenas a menudo con total y escalofriante detalle.

Mientras mi compañera escogida descansaba cómodamente tumbada en una playa imaginaria, o disfrutaba de una fiesta imaginaria o navegaba por un océano que solo existía en una simulación electrónica, yo habitaba un entorno mucho menos limpio. Recorrí las calles en descomposición de lo que quedaba del barrio bajo en busca de una aventura imaginada. Bebí cerveza rancia, vi una partida de dados, conocía Daniel DeLyon y le di la bienvenida a su amistad. Subí por una escalera de incendios destartalada y entré en una habitación que parecía salida del pasado. A pesar de mi personal desagrado hacia Josie, padecí la ilusión del amor en el encaprichamiento físico y emocional de Thorne por ella. Experimenté el nacimiento instantáneo y la rápida maduración de Rick como individuo. ¿Puede el hecho de llamar a alguien por un nombre distinto convertirlo en una persona que nunca ha sido, en una persona de la que no hubiera indicación alguna y se pudieran convertir en ella? Consumí drogas ilegales y leí libros ilegales y ambos distorsionaron mis pensamientos y emociones. Percibí a Willem Coopersmith a través de los ojos de Diana Logan. Ansié un ascenso y aprendí a odiar y temer a Coopersmith por la bestia que era en realidad. Me horrorizó lo que soporté en sus manos y llegué al punto en que no lo pude soportar más. Me encontré de pie en un callejón bajo la lluvia y le quité un arma de fuego arcaica a un «proyecto de atracador». Descubrí que Josie, a pesar de que nunca lo había admitido, ni siquiera a ella misma, se había encaprichado de Thorne desde el principio y estaba tan enamorada de él como él lo estaba de ella. Ella ya había dejado de ver a sus otros clientes mucho antes de que él se lo pidiera. Experimenté la incondicional devoción de Daniel DeLyon hacia su madre y hacia su hermana, y comparé aquellos sentimientos con mis tenues lazos familiares con asombrosa

insatisfacción. Fui en pasarela hasta el lujoso entorno de Lambda Heights, tal y como hacía yo mismo cada noche de regreso a casa del trabajo, y aquella vez sentí que la noche estaba viva a mi alrededor de una manera que jamás lo había hecho antes. Me enfrenté a Coopersmith y di rienda suelta a mi ira, forcejeé con el hombre hasta tirarlo al suelo y lo vi morir. Planeé hasta el último detalle de cómo dejaría a Diana y comenzaría una nueva vida junto a mi amante del barrio bajo. Volví a vivir de manera indirecta la confusión y el trauma causados por las vacaciones virtuales de Thorne. Me sentí completamente deshecho por el dolor de la desaparición del barrio bajo y de Josie. Vagué por las calles durante horas, desorientado y desolado. Y mientras iba hacia delante y hacia atrás por aquel paisaje desordenado de causas y efectos, de interacciones y cálculos entrelazados, de anomalía e intoxicación, un cúmulo de emociones desconocidas surgieron y se amontonaron en mi interior.

De aquellas excursiones solía emerger como un conductor subterráneo que sale a la superficie en busca de aire, y por un momento era incapaz de reconocer las paredes de mi propio estudio. Y cuando por fin lo hacía, una aplastante claustrofobia se apoderaba de mí, como si estas paredes se cerraran sobre mí, como si las perversas perspectivas que había observado fueran de alguna manera menos limitantes que las de mi propia vida. Por un momento me sentía algo mareado y antes de sumergirme otra vez tenía que tomarme una pastilla.

Confieso que me obsesioné con resolver el caso, con arrancar algo de orden de aquel caos, de la misma manera en que Thorne estaba obsesionado con Josie, de la misma manera en que DeLyon estaba obsesionado con el juego y las apuestas, y Coopersmith con su pasión por las pecas. Al igual que Richard Thorne estaba encerrado en su celda de la cárcel, yo me encerré en la vida que él había llevado. Y en algún momento de aquel prolongado descenso a un mundo lleno de anómalos, más meticuloso de lo que jamás lo había sido antes, mi objetividad se desmoronó y comenzó mi corrupción.

Por alguna razón que no lograba comprender, ya que no nos parecíamos en nada, a excepción de la pasión que ambos sentíamos por la historia, me empecé a sentir incómodamente identificado con Thorne. Empecé a simpatizar con él, no, a empatizar, no solo con la situación de Thorne, sino con las situaciones de todos los que lo rodeaban. Más allá de ser casos que procesar y resolver, emergieron como individuos con peculiaridades y características, con necesidades y deseos. Para mi disgusto y confusión, los veía como seres humanos además de como tipos de anomalías.

Esos escáneres ya no me están disponibles en mi retiro y reclusión forzados. Sin embargo, de los recuerdos que me quedan de aquellas intensas horas, con todos los fallos que pueda tener un recuerdo, he creado y extrapolado el informe, discurso y explicación que tienes ante ti. Si es que estás ahí. Si es que puedes oírme. Si es que puedes molestarte en escucharme. Si es que todavía no has condenado mi voz al olvido.

El domingo por la noche ya estaba convencido de que tenía algo. La calibración que había pensado para el siguiente escáner era la más compleja y completa de toda mi carrera, empleaba todos mis conocimientos y habilidades, comprendía todos los elementos e interacciones significativos que había percibido. Sería yo quien haría la mayor parte del trabajo del ciberescáner en su lugar. Lo único que tenía que hacer era unir los puntos.

Apenas logré dormir algo a lo largo de toda la noche del sábado, y en la del domingo, mi sueño fue muy irregular. Al igual que los personajes de Thorne, Josie, DeLyon y Diana habían consumido mis horas despierto, entonces comenzaban a perseguirme en mis sueños, sueños que pronto comenzaron a asemejarse más a pesadillas más extrañas y desconectadas que las realidades que las habían inspirado. En especial en un aterrador segmento yo me convertía en Willem Coopersmith, e infringía mis propias fantasías sexuales a Diana y a Josie. En otra, los travesaños de la escalera de incendios por la que subía caían bajo mis pies y me encontraba cayendo en picado sin fin por un túnel oscuro. Después me encontraba flotando sobre la ciudad como si no pesara nada. Mientras, abajo, todo el sector Delta ardía en llamas y a mi alrededor el cielo estaba salpicado de partículas voladoras de ceniza.

Cuando me desperté oí a mi compañera escogida llegar a casa, el reloj que había en la mesilla junto a mí decía que eran algo más de las tres. Cerré los ojos y me quedé allí tumbado y quieto, fingí dormir. Sin decirme ni una sola palabra, ella se fue a su propia cama.

El lunes por la mañana llamé a la oficina y dije que estaba enfermo, necesitaba un día para recuperarme y asimilar todo de lo que me había enterado. También solicité el tercer escáner, que estaba convencido también sería el definitivo de Richard Thorne, que se llevaría a cabo el miércoles. El martes lo pasaría en la oficina revisando y afinando mis cálculos. Por el momento, pondría el resto de mis casos a la espera.

El lunes, ya bien entrada la mañana, me llevaron los libros de Josie a mi piso. Había varios cajones, más de trescientos volúmenes, todos saqueados de su colección, la mayoría novelas, la mayoría ilegales o sin clasificar. Iba a necesitar más estanterías para albergarlos a todos. Muchos de aquellos libros nunca los había leído y de algunos ni tan siquiera había oído hablar, y existían docenas más de los que yo tan solo pude leer versiones expurgadas que habían sido censuradas al transcribirlas a los anales del sistema.

Comencé a estudiar minuciosamente aquellos textos en busca de alguna pista adicional, cualquier pista, que me ayudara a resolver el rompecabezas de Richard Thorne. Y para mi desesperación, hasta el día de hoy, regreso a ellos constantemente en busca de algo que haya escapado a mi comprensión.

Hay algo que no te he dicho. Lamentablemente, hay mucho que no te he contado, tanto, que nunca podré decírtelo por mucho que divague...

¿Te he dicho alguna vez que en su día quise ser actor? ¡Oh, sí! Tenía unas aspiraciones muy definidas en mi juventud hacia una carrera en la interpretación en los holodramas. Participé en un buen número de obras de teatro en la escuela secundaria, y hasta reescribía parte de mis diálogos. Tenía un talento natural para la imitación, para asumir personajes ficticios. Me ha venido muy bien en mi carrera como guardián. Puedo ser el lacónico Sol Thatcher con su mandíbula flácida que trabaja en Control de Estándares Delta, el Thatcher charlatán que le puede sacar información a ciudadanos y habitantes del barrio bajo sin que estos se den cuenta de cuánto le están diciendo hasta que es demasiado tarde. Puedo ser el inquietante radical exaltado, muy instruido en la jerga antiestado, que una vez se infiltró y destapó una célula terrorista que condujo a la detención y acondicionamiento de más de una docena de individuos anómalos. Y, por supuesto, puedo ser el autoritario y seguro de sí mismo Sol Thatcher de mi vida cotidiana en el trabajo.

Siempre he creído que mi facilidad para la interpretación dramática estaba íntimamente relacionada con otro de mis extraordinarios talentos, la capacidad para saber cómo es una persona solo con ver sus expresiones faciales y su lenguaje corporal, para distinguir a individuos anómalos potenciales antes de que se haga manifiesta su anomalía.

Todavía soy capaz de recordar una memorable ocasión en la que...

No, eso no está bien. No es eso lo que debía contarte, no es eso lo que necesito contarte, lo que quizá no debería contarte en absoluto. Aun así, esto y solo esto, es lo que debe ser contado para completar nuestra historia y explicar los eventos y acciones que condujeron a mi desgracia y retiro forzado.

El caso de Richard Thorne, con su incomprensible configuración de la flor, su falta de una cadena de causas y efectos, es algo que ocurre con muy poca frecuencia... con escasa frecuencia... pero no es un caso único en absoluto. Los hombres como Thorne se conocen como incurables y se les trata de manera acorde. Déjame que te lo explique...

Después de haber estado leyendo hasta bien entrada la noche, el martes llegué a la oficina para encontrarme con una citación para presentarme en el despacho del director Wilkerson. Yo sospechaba que ya sabía por qué quería verme Wilkerson. En los últimos dos trimestres iba algo corto en mi cuota de casos curados. Había habido mucho trabajo de campo, y varios casos habían demostrado ser bastante más complicados de resolver de lo que habían parecido a primera vista. No se trataba de

nada que no pudiera corregir. Y la resolución con éxito del caso de Thorne, un caso de delito capital, compensaría mi escasez en cualquier aspecto.

Wilkerson llevaba casi una década al mando de Condicionamiento Delta. A pesar de que tan solo estaba unos años por delante de mí en formación de guardianes, gracias a varios casos notorios que se le habían cruzado en el camino, su carrera había avanzado considerablemente más rápido que la mía. Aunque debo admitir que sentía un cierto grado de comprensible envidia hacia aquel hombre, también admiraba su talento, su profundo conocimiento de los individuos anómalos y su demostrada habilidad para curarlos. Aun así, siempre había notado algo frío y desapegado en Wilkerson. Quizá tan solo se debiera a su apariencia física, era alto y cadavérico, rasgo acentuado por una calvicie muy marcada. A pesar de que el hombre me había dedicado varios elogios y reconocimientos, y había firmado mis últimos tres ascensos, nunca pude estar seguro de si yo le gustaba o no. Nunca tuve la sensación de que pudiera establecer una conexión personal con él.

Wilkerson me tuvo esperando en la puerta de su despacho al menos quince minutos antes de verme. Eso era parte del juego de la autoridad, demostrar el poder que se tenía sobre sus subordinados. Yo les hacía lo mismo a los guardianes de menor rango cuando estos estaban esperando para verme a mí. Normalmente, me habría pasado el rato admirando a la última secretaria personal de Wilkerson. Ninguna parecía durarle más de unos meses, y siempre eran jóvenes y bastante atractivas. Esta vez estaba demasiado absorto con finalizar mis calibraciones para el siguiente escáner como para prestarle demasiada atención. No dejaba de repasar los factores causales en mi cabeza, me preguntaba cuánto peso relativo le debía otorgar a cada elemento.

Cuando por fin entré en su despacho, él apartó la vista de su monitor apenas durante unos segundos.

—¡Oh, sí! Thatcher. Esto solo será un minuto. Enseguida estoy contigo. Siéntate. Parecía que el juego de esperar iba a ser un poco más largo.

Una vez estuve sentado, eché un vistazo a toda la sala. Siempre me sorprendía un poco su tamaño y austeridad.

Para la mayoría de los estándares mi despacho se considera espacioso, sin embargo, en el de Wilkerson cabían fácilmente cuatro como el mío y todavía sobraría espacio. Y por supuesto, las vistas que tenía de la ciudad desde su ventanal dejaban sin aliento. Sin embargo, no había holografías en las paredes y la mayor parte de la sala estaba vacía. A no ser por su escritorio, que ocupaba el centro de la sala y un pequeño armario detrás, lo único que había era un solitario sofá y un par de mesillas y lámparas que habían sido colocados al azar contra una pared. Y cerca de la pared del otro lado había una mesa de billar tapada que había dejado el anterior director. Yo nunca la había visto destapada desde que Wilkerson asumió el cargo, y dudo mucho que haya jugado al billar alguna vez. Además de por su perspicacia al tratar con individuos anómalos, el director era famoso por ser muy ahorrador. Había logrado mantener al departamento en los límites de presupuesto año tras año. Seguramente

habría llegado a la conclusión de que era más barato dejar la mesa donde estaba que hacer que se la llevaran.

Después de varios minutos, Wilkerson giró su monitor hacia un lado y se pasó una mano por su casi vacío cuero cabelludo. Ya había pasado bastante tiempo desde la última vez que lo había visto, y ahora estaba ya casi tan calvo como yo lo estaba entonces.

—Si —comenzó—, vayamos al grano. Esto se refiere al caso Thorne. Ya has escaneado al hombre dos veces con el mismo resultado inútil. ¿Por qué, en el nombre de Severin, has pedido un tercer escáner? ¿No te das cuenta de que estás tratando con un incurable?

—Bueno, señor. No estoy seguro de eso. He estado trabajando en una calibración distinta a la que utilicé en el segundo escáner. Una muy sofisticada. Creo que me ayudará a definir correctamente la configuración de Thorne.

—¡Tonterías! —replicó Wilkerson—. Por experiencia ya sabemos que por lo general ese tercer escáner no es más que una pérdida de tiempo y esfuerzo humano. Este Thorne no es más que un G-12. Y es responsable de la muerte de un director superior, ¡un hombre que colaboró en la mismísima construcción de este edificio! No se merece un tercer escáner. Necesitas resolver este caso y seguir adelante. Hay muchos anómalos que pueden curarse rápidamente y con total efectividad sin perder más tiempo con este.

—Pero Thorne es un ciudadano. ¿Qué pasa si pide el acondicionamiento?

—Los derechos del ciudadano no llegan más allá, y no son aplicables a incurables. Estoy seguro de que conoces el protocolo establecido para casos como este. Justamente a ti, creo que no hace falta que te lo explique. Creo que ya colaboraste en un caso similar de manera admirable en tu juventud.

—¿Qué?

—Venga ya, Thatcher, no me vayas a decir ahora que te has olvidado de Stuart Jimson.

Bajé la vista a la superficie de madera barnizada del escritorio de Wilkerson, y todo me vino de golpe a la memoria, el suceso que mi mente consciente había enterrado a tanta profundidad y con tal rigor en un rincón de mi pasado, un suceso que yo había reprimido completamente y durante tantos años que ya no pensaba nunca en él, era casi como si me hubiera acondicionado a mí mismo para no recordar.

Sucedió hace casi veinte años. Por aquel entonces yo era un G-14, solo había tenido unos cuantos casos destacados a mi favor, pero ya me había establecido como una de las jóvenes estrellas más brillantes del departamento. Un guardián mayor que respondía al nombre de Brach me había tomado bajo su protección. Yo era su protegido. Yo lo admiraba enormemente, de esa manera que solo un joven puede

admirar al mentor al que desea emular.

Mi turno ya casi había terminado cuando me llamaron al despacho de Brach. Era un hombre delgado y en forma en la cincuentena, siempre impecablemente vestido, Brach parecía incómodo aquel día, no era el de siempre. Por primera vez, desde que yo lo podía recordar, en su voz se había colado una nota de duda.

—Hay una tarea especial... extremadamente importante... que tiene que llevarse a cabo sin más retraso... y te he elegido a ti para que me ayudes a llevarla a cabo. Dime, Thatcher, ¿sabes lo que son los incurables?

Por supuesto que había oído rumores. Nunca estaba seguro de cuánta credibilidad debía darles. En el departamento siempre circulaban rumores de un tipo o de otro.

—Creo que sí, señor.

—Bueno, los incurables son exactamente lo que implica su nombre. Son individuos que... no se pueden curar de su anomalía... que seguirán siendo una amenaza para los otros y para el bienestar de la ciudad estado fuera lo que fuera lo que hiciéramos con ellos.

—Sí, señor, eso es lo que había oído.

—¿Y sabes cómo debemos ocuparnos de los incurables? De nuevo, había habido rumores. Pero eran imposibles de corroborar y difíciles de creer, más aún para alguien que había sido adoctrinado en la sabiduría tradicional de la ciudad estado, valores que había jurado respetar y defender como parte de mi juramento de deberes como guardián. La máxima que definía nuestro servicio era equilibrar el bienestar de todos los individuos con el bienestar del Estado, determinando lo que era mejor para ambos.

—No estoy seguro, señor.

—Bueno... —Brach se aclaró la garganta—. Deben ser eliminados. Es algo desafortunado, pero también necesario... para el mayor bien de todos. Ven conmigo, Thatcher.

Brach no volvió a decir nada hasta que ya íbamos bajando en el ascensor. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y estábamos de pie el uno junto al otro. Él miraba como cambiaban los números en el panel que había encima de la puerta y no miró hacia mí.

—Thatcher, quiero que entiendas que no eres más que un instrumento del Estado en esta acción. Estas operando bajo mi autoridad... y soy yo quien asume toda la responsabilidad.

Yo no sabía qué decir. ¿No sería aquello más que otra prueba a la que Brach me sometía? ¿O acaso decía en serio que íbamos a quitarle la vida a un ser humano en el nombre de la ciudad estado? ¿Eran ciertos todos los rumores acerca de los incurables y cómo se ocupaban de ellos? Iba en contra de todo lo que había aprendido y de todo aquello en lo que creía. Recordé algo que Brach me había dicho mientras probaba una

nueva inmovilización por el cuello con un prisionero: «¡En la Escuela de Entrenamiento de guardianes no te enseñan todo lo que hay que saber!».

El ascensor bajó más allá de la primera planta y del vestíbulo hasta la planta sótano. Nunca antes había estado en el sótano del edificio. No había habido razón alguna para ello. Por lo que yo sabía, se utilizaba como almacén.

Cuando las puertas del ascensor se deslizaron y abrieron salimos de este y nos adentramos en la oscuridad. Brach le dio a un interruptor que había junto a las puertas y la enorme habitación que teníamos ante nosotros se llenó de una tenue iluminación. Habíamos entrado en una extensa zona de almacén. Las paredes verdes estaban muy sucias y necesitaban urgentemente una mano de pintura, el suelo era de cemento desnudo. El techo era más alto de lo que yo había esperado y sobre mi cabeza pude ver los conductos de calefacción y las tuberías al descubierto. La habitación estaba llena de muebles y equipos abandonados. Filas y filas de sillas apiladas al azar unas encima de otras. Escritorios apilados hasta en tres alturas. Montañas de ordenadores y otros objetos que no podía identificar, envueltos en lonas impermeabilizadas llenas de polvo. Todo esparcido a lo largo y ancho del suelo y envuelto en la penumbra, con solo un par de fluorescentes encendidos en el techo. Todos los demás estaban fundidos. Brach me guio mientras nos abríamos paso a través de aquel variado laberinto de oscuridad y escasa luz, nuestras tenues sombras se enroscaban, aparecían y desaparecían con nuestro movimiento.

Cuando llegamos ante una puerta cerrada de acero que estaba en el otro extremo de la habitación Brach sacó una llave del bolsillo de su toga y la metió en la cerradura. Aquella puerta era de otra época. Todas las cerraduras que había visto en el edificio eran electrónicas. Antes de girar la llave, Brach dijo:

—Acabemos con esto lo más rápidamente posible. Con calma, hombre, sin dudar. —Él estaba mirando hacia la puerta y yo estaba varios pasos por detrás de él. No podía estar seguro de si hablaba conmigo o consigo mismo. O con los dos.

La puerta se abrió hacia dentro y me asaltó una desagradable ráfaga de aire frío, húmedo y salobre, como si en el espacio que había más allá se estuviera pudriendo algo orgánico. Brach sujetó la puerta y me hizo un gesto para que pasara. Cuando la soltó, la puerta se cerró de un portazo ella sola, con un sonido metálico que resonó en el suelo y las paredes.

Brach se giró hacia la derecha y bajamos por un pasillo. El techo era más bajo, pero la iluminación no era mejor. Pasamos varias puertas cerradas y después una la de escáneres. Pude ver la cámara del escáner a través de la ventana de observación. No había ningún técnico presente y el aparato estaba abierto y vacío.

Al final del pasillo giramos a la izquierda y el olor se hizo mucho más intenso. Habíamos entrado en un antiguo bloque de celdas, de construcción anterior a los días en que se vigilaban con vídeo y audio todas las celdas. Estas eran cámaras simples, de dos metros y medio por dos metros y medio, con una pared abierta a excepción de los barrotes verticales que retenían a cada prisionero sin esconderlo de la vista. Pasamos

dos de estas celdas, ambas desocupadas, una de ellas con la puerta abierta. Brach se detuvo delante de la tercera celda y de nuevo me hizo un gesto para que me adelantara.

Dentro había un hombre pequeño y de tez oscura que estaba sentado en un catre y miraba al suelo. Tenía los codos apoyados en las rodillas y la cabeza le reposaba en las manos. Levantó la vista y nos miró durante un segundo, después continuó con su vigilancia del suelo que había bajo sus pies. A pesar de la tenue luz lo pude reconocer a la primera. Había estado en nuestra «Lista de los más buscados» durante semanas.

Era el otoño del 37. Los disturbios se estaban calmando, pero todavía quedaban pequeños reductos de resistencia. Habían matado a un número de guardianes y docenas más resultaron heridos como consecuencia de la violencia que Stuart Jimson había iniciado. El número de habitantes del barrio bajo que había muerto era muy superior. Aunque había desaparecido al poco de la erupción de los primeros disturbios, Jimson había sido acusado de cómplice en las muertes. Yo había supuesto que seguía en paradero desconocido y no tenía ni la más remota idea de que ya lo teníamos en custodia.

Stuart Jimson era también un hombre al que me habían enseñado a odiar, y había aprendido muy bien la lección. Todos los ciudadanos rectos y honrados que apoyaban a la ciudad estado y al Futuro Perfecto despreciaban a aquel hombre y a todo lo que él representaba, supieran o no qué aspecto tenía. Era un retroceso al pasado imperfecto, un símbolo de la división y del caos destructivo de la historia que todos queríamos abandonar.

Debes entenderlo. En aquel momento yo era joven e impresionable. Lo más importante en el mundo para mí era mi carrera como guardián. Estaba deseoso de impresionar a los que estarían en el poder. Si no hubiera sido Stuart Jimson el que hubiera estado en aquella celda, si mi ídolo Brach no me hubiera estado dando las órdenes, no estoy seguro de que hubiera podido proceder con lo que vendría a continuación.

Brach se desató el fajín de su toga, desabrochó la funda de su pistola y sacó su arma. Asintió hacia mí en indicación de que yo hiciera lo mismo, y así lo hice. Él dio un paso hacia delante, metió el cañón de su pistola entre los barrotes de la celda y apuntó a Jimson. De nuevo, hice lo mismo, no sin antes quitarle el seguro a mi arma.

—Calma, hombre —repitió Brach—. A la de tres.

Jimson volvió a levantar la vista, directamente a Brach, y en aquel preciso instante debió darse cuenta de lo que le iba a suceder. Yo esperaba que sucumbiera al pánico, que se lanzara contra los barrotes o se retirara hasta la parte del fondo de la diminuta celda. Por el contrario tan solo se quedó allí sentado mirando.

—Una.

Admito que tuve miedo, fue lo más cerca que he estado del pánico en toda mi

vida. Pensé acerca de lo que Brach me había dicho sobre los incurables, como sus muertes eran desafortunadas pero necesarias para el bien supremo. Me concentré en lo mucho que odiaba a Jimson, en todas las muertes y en todo el sufrimiento que su arenga había provocado.

—Dos.

Jimson giró la cabeza para mirarme.

En lugar de hacer caso omiso de aquel hombre, como debería haber hecho, cometí el error de mirarlo a los ojos. En lugar del miedo que esperaba encontrar en sus ojos, lo único que había era desafío y desprecio, un enorme desprecio... hacia mí, hacia Brach, hacia la ciudad estado, y hacia todo el mundo que representábamos. En el último momento antes de disparar mi arma, me tembló la mano.

—Tres.

Si alguna vez has visto descargar su arma a un guardián sabrás que ni se oye ni se ve demasiado. A diferencia de las armas de fuego antiguas, como la que Richard Thorne le había arrebatado al ladrón en el callejón, no funcionan por el mecanismo del martillo que golpea una carga explosiva que impulsa a la bala por el cañón, sino que desprenden gas comprimido. No hay ningún fogonazo de luz, no hay ningún estruendo, tan solo se oye un soplido de aire repentino y casi de manera simultánea, si está lo suficientemente cerca del objetivo, el sonido del proyectil al golpear. Yo ya había disparado en muchas ocasiones mi arma durante mi entrenamiento, pero lo único que había conocido eran objetivos de prácticas. Nunca había apuntado a otro ser humano con mi arma y mucho menos para matarlo.

Me tembló la mano en el último instante, pero mi disparo resultó ser lo suficientemente certero. Había apuntado a la cabeza de Jimson, pero en su lugar la bala le dio de lleno en el rostro. Pude oír el enfermizo ruido sordo cuando le rasgó la piel, le destrozó el cartílago y el hueso. Cayó al suelo de la celda, pero no murió fácilmente. Su cuerpo se revolvía hacia delante y hacia atrás entre convulsiones. Gritó en varias ocasiones, estaba claro que sufría un enorme dolor, salpicó el suelo de sangre e incluso el camastro y las paredes.

El enfermizo ruido sordo todavía resonaba en mi mente cuando me di cuenta de que había sido solo una bala la que había abatido a Jimson. Solo se había realizado un disparo. Me giré hacia Brach.

Brach sujetaba su pistola en la mano y la miraba con incredulidad.

—No te lo vas a creer —dijo a la vez que negaba con la cabeza—. Olvidé quitarle el seguro.

Brach bajó la vista hacia Jimson, quien para entonces ya había dejado de moverse. La última convulsión lo había dejado tumbado de lado con las rodillas flexionadas y el cuerpo encorvado hacia delante. Casi nos daba la espalda por completo, de manera que afortunadamente solo podíamos verle una parte del desfigurado rostro. Sin embargo, era demasiado fácil imaginarse el resto.

—Deberías haber apuntado más alto —me dijo Brach—, a la frente. Es más

rápido y menos sucio. Pero de todas maneras, bien hecho, Thatcher. ¡Bien hecho! Deberías considerarte un héroe de la ciudad estado.

Sentí como si fuera a vomitar. Me doblé por la cintura, y me puse las manos en las rodillas, en una de ellas todavía tenía la pistola. Después de varias arcadas vomité sobre el desnudo suelo de cemento.

—Calma, hombre —dijo Brach por tercera vez en el día.

Se puso detrás de mí y me puso una mano en el hombro y la otra en la espalda. Yo me enderecé y di un paso para alejarme de él y evitar cualquier contacto.

—Nuestro trabajo aquí ya está hecho —dijo Brach—. Alguien se ocupara de... los deshechos. Ya está organizado.

A la semana siguiente recibí un ascenso que no esperaba hasta un año después. Sin embargo, a partir de aquel día dejé de ser el protegido de Brach. Parecía evitarme a toda costa y cuando nos cruzábamos por los pasillos era como si yo fuera invisible. O bien miraba hacia otro lado o hacía como si no me viera o yo no estuviera allí. A los pocos meses, Brach fue trasladado repentina e inexplicablemente al Centro de Condicionamiento Sigma. Nunca más volví a verlo o a saber nada de él.

—Thatcher, ¿estás bien?

¿Habrían sido solo segundos?, ¿varios momentos?, ¿media vida? No sabía cuánto tiempo me había pasado mirando el escritorio del director Wilkerson sin pronunciar palabra mientras este episodio de mi vida se había abierto paso en mi memoria y había desgarrado mi mente. Levanté la vista hacia el cadavérico rostro y la abombada frente del director y después aparté a vista.

—Sí —le dije—. Estoy bien.

Sin embargo, no me encontraba bien. Me temblaban las manos, así que las bajé y las puse sobre mis muslos para mantenerlas quietas.

—Estaba pensando —le sugerí—, que quizá podríamos enviar a Thorne a una comuna agrícola o manufacturera.

Wilkerson descartó la idea con un gesto de la mano.

—Sabes más que eso. O al menos deberías. Los incurables son incurables. Da igual dónde los pongas, a no ser que sea en un solitario confinamiento de por vida, demostrará que para nosotros no hace más que causar problemas. De hecho, ya he dado la contraorden para tu tercer escáner. Sabes lo que hay que hacer y espero que te pongas manos a la obra. Este hombre se merece lo que le va a suceder. Si ya no tienes estómago para aguantar el acto... bueno... busca algún guardián joven para que te ayude. Le vendrá bien. Enséñales lo que es cada cosa en el mundo real y no todas esas tonterías que les meten en la cabeza durante el entrenamiento.

—Sí, señor, me ocuparé de ello. —No podía decir otra cosa.

—Ya conoces el procedimiento. Llévate al hombre abajo a las celdas antiguas del sótano. No hace falta que lo hagamos público para que se entere todo el departamento. Hazme saber cuando se haya completado la tarea —añadió Wilkerson—, y tramitaré la eliminación tanto del cuerpo como de los registros e informes del hombre. Eso es todo, Thatcher.

Wilkerson volvió a girar el monitor a su posición y continuó observando la pantalla. Fue como si yo ya me hubiera marchado de su despacho, comencé a ponerme en pie, pero sentí que me fallaban las piernas. Puse las manos en los brazos de la silla y me impulsé hacia arriba no sin esfuerzo.

—¡Ah! —dijo Wilkerson sin apartar la vista del monitor—, una cosa más. Casi se me olvida. He recibido una queja de un tal doctor Fox. Dice que te excediste con uno de los otros anómalos de este caso. Que le causaste daños cerebrales. Por el amor de Severin, Thatcher, ¡trata de tener más cuidado! No necesitamos que los médicos se rebelen otra vez.

—Lo haré, señor, lo haré.

No recuerdo haber salido por la puerta del despacho de Wilkerson a su antesala, pero debí hacerlo, porque me encontré en el pasillo apoyado contra la pared. Me metí la mano en el bolsillo de mi toga y busqué y saqué mi frasco de pastillas. Estaba casi vacío, necesitaría que me lo rellenaran pronto. Seguía inestable y en cuanto abrí el frasco se me cayó de la mano y todas las pastillas que contenía, no más de un puñado, cayeron sobre la moqueta. Intenté agacharme a recogerlas. No fue buena idea. Una oleada de vértigo se apoderó de mí y casi me caí antes de volver a apoyarme contra la pared para estabilizarme.

Mientras estaba allí de pie, tratando de normalizar mi respiración y recuperar una apariencia de control, con todo a mi alrededor dándome vueltas y las paredes del pasillo retorciéndose de arriba abajo, un joven guardián que bajaba por el pasillo se acercó a ayudarme.

—¿Te encuentras bien, ciudadano Thatcher? ¿Te puedo ayudar?

—Sí... por favor —le dije, mientras hacía un gesto con la barbilla hacia las pastillas que había sobre la moqueta.

El joven guardián se agachó, se inclinó hacia delante y me las acercó. Cogí dos, las puse en la palma de mi mano y rápidamente me las tragué.

—Gracias. Ahora estaré bien.

—¿Estás seguro?

—Sí —le dije—, tan solo dame un momento.

No conocía el nombre de aquel joven guardián, pero su cara me resultaba conocida. Ya lo había visto antes por el departamento. ¿Debería elegirlo a él para que me ayudara con Thorne? Allí mismo y en aquel preciso momento decidí que aquel joven era tan bueno como cualquier otro.

La mayoría de los guardianes no se encontraban ni un solo incurable a lo largo de toda su carrera. Yo entonces tenía la terrible desgracia de haberme encontrado con dos.

De vuelta en mi despacho le eché un vistazo rápido a mis otros casos, pero me era imposible concentrarme. El reprimido incidente con Jimson, ahora que lo había despertado de nuevo, no dejaba de suceder una y otra vez en mi cabeza. Recordaba con todo detalle el repugnante olor de aquellas celdas del sótano. Podía oír perfectamente el ruido sordo de la bala al chocar con el rostro de Jimson y destruirlo. Lo podía oír a él gritar de dolor y ver el chorro de sangre manchar las paredes de la celda mientras su cuerpo moribundo se retorció en todas direcciones. Recordé con dolorosa claridad la mirada de desafío y desprecio que llenó sus ojos justo un momento antes de su muerte, era la misma mirada que había visto en Richard Thorne tan solo unos días antes.

Me sentí muy molesto por la manera en la que Brach me había engañado, si es que había sido un engaño. ¿No habría olvidado Brach quitarle el seguro a su arma porque no tenía el valor suficiente para apretar el gatillo?

¿O acaso habría sido un error auténtico? ¿No estaría él entonces tan asustado como lo estaba yo en aquel momento? Nunca lo sabría con certeza. Fuera cual fuera la verdad, Brach hizo que el peso de la muerte de Jimson recayera única y exclusivamente sobre mis hombros.

La poco grata identificación que sentía hacia Richard Thorne había dejado de ser un misterio para mí. A pesar de que las circunstancias eran distintas, a pesar de que yo actué en el nombre de la ciudad estado y no era más que un instrumento de esta, a pesar de que se me absolvió antes de que se produjeran los hechos y de que después recibí un ascenso, yo había acabado con la vida de un ser humano de la misma manera que Thorne lo había hecho. Ambos éramos asesinos.

Aquel día me marché pronto del trabajo, me puse la excusa de que resolvería el asunto de Thorne a primera hora de la mañana. No me fui directamente a casa. En lugar de coger el tren subterráneo a Lambda Heights, me fui directamente a los salones de expresión del sector Delta.

Habían pasado ya varios meses desde mi última visita a los salones. Por supuesto que seguían teniendo mis preferencias en un archivo, y el montaje que solía pedir estaba disponible. Yo no era el único cliente de los salones de expresión al que le gustaba que su sesión comenzara en una simulación de una sala de interrogatorios.

La cortesana era una con la que ya había estado antes en varias ocasiones. Sabía cómo actuar y sabía exactamente lo que yo quería. Podía fingir la confesión de cualquier delito del que yo la acusara y hasta empezaba a inventar con mucha

creatividad otros. Podía parecer estar asustada y perfectamente arrepentida cuando yo la instruía en los deberes de un ciudadano de bien y la amenazaba con la deportación a una granja de trabajo. Sin embargo, cuando nos retiramos a la cámara del dormitorio no fui capaz de completar el acto. Al menos no de la manera normal. Después, noté algo de alivio en la tensión que tenía en el cuerpo, pero mi mente seguía siendo un torbellino.

Cuando por fin llegué a casa, pensé en hablar con mi compañera escogida, en contarle todo, pero eso era algo que ya no hacíamos. Hacía años que no hablábamos en serio. Nuestro emparejamiento había evolucionado a una rutina que nos funcionaba a los dos, una rutina trivial, con su terreno y sus fronteras muy bien definidas. A ella no le importaba en absoluto mi trabajo ni a mí el suyo. De todos modos, ¿qué otra cosa podía decirme que no fuera que siguiera las órdenes de Wilkerson, tal y como me lo había indicado este?

Me pasé varias horas fingiendo ver el holo con ella. Ni siquiera me acuerdo de qué programas pusieron. Dije estar exhausto por lo duro que había sido el día y me retiré temprano a mi dormitorio. Me tomé una pastilla para dormir, que después de dar unas cuantas vueltas en la cama me garantizó al menos unas cuantas horas de olvido sin pensamiento alguno. Cuando me desperté, el piso estaba oscuro y en silencio. Podía oír perfectamente los suaves ronquidos de mi compañera escogida en su cama al otro lado de la habitación. El reloj de mi mesilla de noche decía que era la una y pocos minutos.

Mientras estaba allí tumbado en la oscuridad y recuperaba lentamente la consciencia, lo sucedido el día anterior y el recuerdo de Jimson empezaron a agitarse en mi mente y entendí y acepté lo que tenía que hacer y cómo podría llevarlo a cabo. Tendría que hacerlo en absoluta soledad. Además, estaba convencido de que si no actuaba aquella misma noche, perdería el valor de hacerlo para siempre. Me vestí a toda prisa en la oscuridad y abandoné el piso.

Los trenes subterráneos van y vienen durante toda la noche, pero aquella noche, más temprano, se había producido un incidente de destrucción en una de las estaciones. Un lunático se había puesto a correr por el andén y había empujado a media docena de personas delante de un tren que se acercaba antes de saltar a encontrar su propia muerte. Mi tren había sido desviado por el sector Beta y para cuando llegué a Condicionamiento Delta ya eran más de las dos.

Cuando entré en el edificio el guardia que había en el mostrador de entrada me miró con extrañeza. Me di cuenta de que no me había afeitado ni peinado. El poco pelo que tenía estaba disparado en todas direcciones tras haber dormido. Me lo bajé y peiné como pude con las manos.

De subida en el ascensor saqué el frasco de pastillas del bolsillo y me tomé las tres últimas que quedaban. No me hacía falta para nada marearme en aquel momento.

—Tráeme al prisionero número cuarenta y siete —le dije al guardia que se ocupaba del puesto del bloque de celdas.

Yo no conocía a aquel hombre y aparentemente él tampoco me conocía a mí. Me miró extrañado. Me estaba cansando de que los guardias me miraran con extrañeza. ¿Qué era yo? ¿Una especie de bicho raro? ¿Y qué eran ellos? No eran más que proyectos de guardianes, eso es lo que eran todos. Solo unos pocos llegarían a conseguir ese estatus y muchos menos llegarían a tener logros como los que yo había tenido.

—Eso es un poco irregular a estas horas de la noche —me dijo—. Todos los prisioneros duermen. Hace horas que los encerramos en sus celdas.

—Soy Sol Thatcher. —Le enseñé mi identificación. Estaba seguro de que aquel hombre habría oído hablar de mí, aunque no me conociera de vista—. ¿Te niegas a cumplir una orden recibida directamente de mí?

—Bueno... no, señor... es solo que soy el único que se encuentra de servicio y se supone que solo debo de abandonar mi puesto en caso de emergencia... si me deja que lo compruebe primero...

Me incliné hacia delante para leer la chapa de identificación que llevaba.

—Está bien, Snowden, si es que quieres despertar a uno de tus superiores de un profundo sueño a las dos y media de la mañana para comprobar las órdenes de un G-21, adelante.

Titubeó. Sabia elección.

—Yo vigilaré tu puesto mientras no estés. Me hago cargo de toda la responsabilidad.

—Tendré que volver a reajustar todas las alarmas —me dijo—. Tardaré un poco.

—Entonces te sugiero que vayas empezando.

Me paseé de arriba abajo mientras esperaba, trataba de mantener el valor y el propósito. Pensé en Brach. Si es que seguía con vida sería ya un hombre muy mayor, viviría en algún centro de retiro para mayores. Pensé en Wilkerson y en la manera displicente en la que me había tratado, me había insultado. Me pregunté cuántas veces habrían escaneado a Jimson antes de darlo por incurable. Me pregunté si lo habrían llegado a escanear alguna vez. Volví a verlo morir en el suelo de la celda. Vi a Coopersmith retorcerse mientras moría en el suelo del ascensor mientras yo me alejaba de él. Cuando me metí la pistola en el mono ajustado y arrastré su cuerpo por el pasillo.

No, ¡ese no fui yo! Ese fue Thorne.

Entonces, de repente, en un solo instante, mis pensamientos se aclararon y se desplegaron ante mí. Supe quién era y lo que estaba a punto de hacer. De repente me sentí tranquilo, muy tranquilo, y tenía la mente mucho más clara y tenía una

seguridad mucho mayor de lo que la había tenido en meses. Quizá más que nunca. Las pastillas me habían hecho efecto, y sabía que no fallarían, no podían fallar. Sabía que cualquier cosa era posible si lo deseaba.

Eran más de las tres cuando regresó el guardia tirando de Thorne. Llevaba las manos esposadas a la espalda y parecía que lo hubieran despertado, con el pelo igual de despeinado que el mío. No lo miré muy de cerca. No me importaba si el último escáner lo había vuelto a cambiar o no. Ya no me importaba si era Richard o Rick, si me odiaba o me temía, si se le podía curar la anomalía o no. Ya no importaba en absoluto.

Lo cogí de un brazo y lo llevé a la fuerza por el pasillo hasta uno de los ascensores. Se tropezó una vez y lo enderecé. Entonces me habló por primera vez desde el interrogatorio.

—¿Adónde me llevas? —me preguntó.

Así que le volvía a importar su vida. Ahora le importaba lo que fuera a pasar. No le contesté. Pronto lo sabría.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor en el sótano, empujé a Thorne hacia la oscuridad y lo seguí. Le di al interruptor que había al lado del ascensor y parpadeé varias veces hasta que mis ojos se acostumbraron a la repentina luz. Aquel era el mismo almacén al que Brach y yo habíamos entrado juntos una vez, sin embargo, ya no era el mismo. Lo habían renovado completamente con el paso de los años. Las paredes ya no estaban sucias ni necesitaban una mano de pintura. Las tuberías del techo ya no estaban a la vista. El techo estaba cubierto de azulejos antirruido y las múltiples hileras de fluorescentes que había encendidos no hacían ni una sombra. A lo lejos, los muebles y equipos que ya no se utilizaban estaban apilados ordenadamente en paletas colocadas en filas verticales y horizontales. Sin embargo, había un elemento de deterioro que no habían podido renovar ni eliminar, uno que empezaba a expandirse, estaba seguro de poder olerlo, todavía leve pero perfectamente distinguible, frío, húmedo y salobre. El repugnante olor a muerte del antiguo bloque de celdas, desde más allá de la puerta de acero, ahora se colaba y contaminaba el aire que nos rodeaba. Y antes o después llegaría a las plantas superiores.

Me desaté el fajín de la toga, me desabroché la cartuchera, saqué mi arma y la dirigí hacia Thorne.

—Date la vuelta —le ordené.

Para entonces ya estaba completamente despierto y aquellos ojos azules que no pertenecían a aquel rostro escupieron su desprecio hacia mí. No se movió.

—Si me vas a disparar —me dijo—, no hace falta que lo hagas por la espalda.

—Eso es lo que ellos quieren que haga —le dije yo—. Quieren que te mate porque no se te puede curar. —¿Cuándo se había convertido la ciudad estado en «ellos» para mí, y había dejado de ser «nosotros»? ¿Cuándo había empezado a simpatizar con aquel individuo anómalo?

—¿Curarme? No estoy enfermo. Vosotros sois los que estáis enfermos. Todo vuestro mundo está enfermo y al final morirá a causa de su propia enfermedad. —Entonces empezó a sonar como Stuart Jimson.

—¿Qué pasaría si pudieras escapar de este mundo? —le pregunté—. ¿Qué pasaría si lo pudieras dejar todo atrás?

—¿Dejarlo todo?

—Sí, dejar la ciudad para siempre.

—¿Te refieres a ir a las Tierras Muertas?

—Sí —asentí—, las Tierras Muertas. Pero ¿cómo puedes estar seguro? ¿Están las Tierras Muertas, muertas de verdad?

Eso lo desconcertó como yo sabía que haría. Negó con la cabeza perplejo y sus ojos ya no me fulminaban. Con frecuencia me había sorprendido con su comportamiento. Ahora me tocaba a mí sorprenderlo.

—No te puedes marchar si llevas esas esposas. Date la vuelta.

Me di cuenta de que todavía no confiaba en mí, pero se dio la vuelta muy despacio. Me acerqué y pasé mi tarjeta por el sensor del cierre. Las esposas de plástico se soltaron de sus muñecas y cayeron casi sin hacer ningún ruido al suelo. Me alejé rápidamente sin dejar de apuntarle con mi pistola.

—¿Dónde está Josie? —Me preguntó, al darse la vuelta para quedar frente a mí de nuevo—. ¿Qué habéis hecho con ella?

—Está bien —le dije—. La han trasladado a una comuna agrícola, a una granja de trabajo.

—¿Dónde?

—No tengo la más mínima idea. Hay cientos de ellas. Nunca la encontrarás.

Me cambié de mano la pistola varias veces hasta que conseguí quitarme la toga y se la tiré a los pies.

—Ponte eso. Nadie te va a hacer ninguna pregunta si llevas eso. Dentro están los documentos de identificación y hay algo de dinero. —Mis documentos de identificación y mi dinero.

Me miró con extrañeza, de la misma manera que me ha mirado todo el mundo desde entonces, pero cogió la toga y se la puso. Estaba mucho más delgado que yo, pero le quedaba lo suficientemente bien. Le llegaba hasta los tobillos, y si tenía cuidado le taparía bien el chándal gris de la prisión.

Sentía como me palpitaba un músculo en el brazo izquierdo y tenía una sensación de ardor en el pecho. Quizá tres pastillas de una vez habían sido demasiadas para mí. Quizá todo aquel día, toda aquella situación al completo, era demasiado. Sin embargo, me negué a darle muestras a Thorne de mi malestar.

—¿Cómo salgo de aquí? —preguntó—. ¿Cómo hago para llegar a las Tierras Muertas?

—Mira en el bolsillo izquierdo —le dije—. Pero no ahora.

—Le había garabateado las indicaciones mientras iba hacia allí en el tren subterráneo. Salir de la ciudad no era ni la mitad de difícil de lo que creía la mayoría de la gente, no si se llevaba una toga y se tenían papeles. El ascensor seguía con las puertas abiertas detrás de nosotros. Le hice un gesto con la cabeza hacía este.

—Dame la pistola —me dijo.

El dolor que sentía en el pecho se estaba extendiendo y notaba un murmullo en los oídos. Era como si cada palabra que pronunciaba cualquiera de nosotros resonara en las paredes y se abriera camino con el volumen más alto a través de las pilas de muebles almacenados y los equipos. Temí que alguien de las plantas superiores nos pudiera oír e informara de nuestro alboroto.

Negué con la cabeza, tanto para aclarármela como para negarle la petición a Thorne.

—Si te doy la pistola puede que tengas que usarla. Ya ha habido suficiente de eso.

—Pero ¿por qué? —me preguntó—. ¿Por qué haces esto? ¿Por qué no me matas sencillamente, tal y como ellos quieren?

Aquello lo tuve que pensar un segundo antes de responderle.

—Porque todavía no he terminado contigo —le dije. A mí, en aquel momento, me parecía que tenía sentido, y de alguna manera, todavía me lo parece.

Thorne pareció sorprenderse de nuevo, pero no dijo nada más. En aquel momento, me di cuenta de que después de todo no me había vencido. Al menos no del todo. Al menos en un aspecto estábamos empatados. Thorne entonces estaba tan confuso acerca de quién era yo, como yo lo había estado acerca de quién era él todo el tiempo.

Cuando entré en el ascensor, me vino a la memoria una palabra antigua que había aprendido en algún texto igualmente antiguo, una bendición para aquel que partía a un viaje largo y difícil.

—¡Qué Dios te acompañe! —le dije, mientras se cerraban las puertas y lo veía por última vez. No estoy seguro de si me oyó o no.

Así que, sí, lo admito. Yo soy el culpable, nadie más.

Yo dejé a Richard Thorne, individuo anómalo y asesino, libre. Yo planeé su escapada y yo se la facilité. Asumo toda la responsabilidad por el acto que se cometió y acepto sus consecuencias.

Sin embargo, te haré una pregunta: ¿qué otra cosa podía hacer sino llevar a cabo su ejecución y dejarlo tendido en el suelo en un charco de sangre?

Todavía tenía las manos manchadas con la sangre de Stuart Jimson. Eso ya es más que suficiente para toda una vida.

Unos trabajadores me encontraron por la mañana inconsciente. Me llevaron al ala hospitalaria y me pasé allí varios días recuperándome. Como parecía casi inevitable me fue asignado el doctor Fox. Me diagnosticó un ataque al corazón leve, causado por la hipertensión y el cansancio emocional. Me prescribió una nueva batería de pastillas que debo tomar en intervalos regulares, mañana, mediodía y noche. El vértigo y el mareo han desaparecido por ahora.

Una vez que llegué a conocer a Fox, descubrí que no era de tan mala calaña, al fin y al cabo. Jugamos unas cuantas partidas de ajedrez. Hasta llegamos a hablar como colegas en lugar de como adversarios. Es un joven brillante y no me cabe duda de que llegará lejos. Incluso puede que haya un puesto de director en su futuro.

Por supuesto que hubo una investigación formal acerca de la huida de Thorne. Se resolvió rápidamente porque yo les conté todo lo que quisieron saber. Confesé mi culpabilidad de la misma manera que lo he hecho en estas páginas.

Supongo que podría haberlo planeado de otra manera diferente. Podría haberle dado la pistola a Thorne, haber hecho que me atacara y después haber alegado que las esposas no estaban debidamente aseguradas y que se las había quitado. Sin embargo, en aquel momento no me parecía que eso tuviera ningún sentido, y ahora tampoco me lo parece. Porque aunque solo me hubieran reprendido por negligencia y me hubieran degradado, sabía que ya no podía seguir de la misma manera en que lo había hecho hasta entonces.

La vida a la que se me ha relegado no es una mala vida.

Tengo mis libros y mi soledad. Siempre está el holo para verlo, con sus más de cien canales diferentes. No me degradaron de mi categoría de G-21, ni de los beneficios de jubilación que tal grado implica. De todos, fue el director Wilkerson el que más me defendió. Dijo, y lo cito textualmente de la transcripción: «A pesar de que su salud y su juicio ahora le han fallado, este hombre ha entregado toda su vida al servicio de la ciudad estado y merece que se le recompense por ello».

Todos los suministros que necesito para sobrevivir me los traen una vez a la semana según una lista que yo les entrego. Hasta me permiten tener alguna que otra visita de una cortesana de los salones de expresión. Puedo escapar de la realidad cotidiana con suficiente frecuencia mientras que la realidad de la ciudad estado sigue su camino sin mí.

Mi vida no es una mala vida a excepción de una cosa. Más que la pérdida de familia y amigos, más que el respeto que una vez inspiré y de la autoridad que una vez tuve, lamento la pérdida de mi certeza, la pérdida de la fe que me ha mantenido y me ha servido de apoyo a lo largo de los años. Porque ya no creo en la gloriosa ascensión al paraíso del Futuro Perfecto. Hasta en el caso poco probable de que algún día se consiguiera, ¿qué podría significar para mí? Ya no creo en la inviolabilidad de la ciudad estado, ya que me he dado cuenta de que como todos los Estados que nos

precedieron a lo largo de la historia, estamos plagados de nuestros propios puntos ciegos, de nuestras propias hipocresías y corrupciones, de nuestra propia locura social. Y en lugar de la fe que he abandonado, y que a su vez me ha abandonado a mí, todo lo que he descubierto ha sido una obsesión con un caso y la vida de todos aquellos implicados en él, que puede que considere de por vida sin llegar a ninguna respuesta.

¿Serían los delitos cometidos meras olas que se cruzaron en un charco o fue una ola en su expansión la que inició todas las demás? Si Richard Thorne se hubiera emparejado con otra mujer, ¿habría visitado de igual manera el barrio bajo? Si Josie no se hubiera enamorado de Richard, ¿habría tratado de cambiarlo de todas maneras? Si Diana Logan hubiera nacido sin pecas, ¿habría progresado su carrera de arquitecto como la había planeado? ¿Daniel DeLyon habría sufrido de verdad daño cerebral o tan solo habría estado fingiendo? ¿Fallaría Brach a propósito su disparo? ¿Willem Coopersmith estará ardiendo en algún agujero del infierno por todos los delitos por los que no fue castigado en vida? ¿Se llegará a reverenciar a Stuart Jimson como mártir de la libertad algún día? ¿Volveré a ver a mis hijos o a hablar con ellos?

El mundo en el que vivo está lleno de ilusiones cambiantes e ideas transitorias donde causas y efectos se enmarañan sin fin. Cada momento tiene sus propias conclusiones y ninguna de ellas es definitiva. Además, lo más aterrador de todo, es que a veces sospecho que en fondo, todos debemos ser guardianes e individuos anómalos a la vez, criaturas perdidas e impredecibles, con sus buenas o malas circunstancias.

Basta de introspección y duda. Mi historia ha terminado. Estoy completamente seguro de que moriré solo en este estado de desgracia que ahora soporto. No habrá ningún recondicionamiento, ninguna absolución, no habrá ninguna salvación para mí.

Sin embargo, aunque se ha terminado mi historia, puede que a Richard Thorne le queden uno o dos actos que representar. Quizá su camaleónica personalidad todavía continúe cambiando. Por lo que yo sé, nunca lo capturaron. O bien escapó a las Tierras Muertas, o bien sigue escondido bajo una nueva identidad en algún barrio bajo que quede por ahí. En cualquiera de los dos casos, está fuera de mi alcance y nunca sabré que fue lo que descubrió.

¿Y qué hay de las vidas posteriores de los papeles secundarios de esta obra dramática y de su discurso? En lo que se refiere a sus futuros no puedo más que especular. Después de todo por lo que he pasado, eso me lo debes permitir.

ESPECULACIÓN

ERA domingo por la tarde y Daniel Devins estaba en el estadio de *fireball* en el sector Sigma al igual que lo estaba los demás días de la semana. La única diferencia era que aquel domingo, en lugar de estar sentado en su taquilla de venta de entradas y ver el partido en su holo portátil, tenía un asiento de primera clase en el club de tribuna con la élite.

Llevaba una máscara dérmica y un mono ajustado nuevo, y los Stalwarts, su equipo favorito ganaba ya por dos tantos. Devins había hecho una apuesta sustanciosa por los Stalwarts, y a pesar de que el juego era todavía de pases cortos, le estaba costando bastante concentrarse en el campo. Tenía uno de esos días malos en los que los recuerdos aislados de su pasado se levantaban para perseguirlo y no era capaz de dejarlos a un lado.

Devins sabía que no podía pensar tan bien como solía hacerlo antes, pero estaba completamente convencido de que todavía podía ser más listo que la mayoría de la gente. Porque eso era exactamente lo que había hecho con los guardianes que lo habían recondicionado, no solo fingiendo ser más lento y más torpe, sino que los convenció de que lo habían recondicionado en más profundidad de la que lo estaba realmente. Después de su condicionamiento, lo degradaron de su G-12 y le quitaron su apellido, lo trasladaron al sector Sigma y lo soltaron como personal no cualificado con nivel G-5. Le dijeron que podría volver para solicitar un examen posterior en el futuro, y si sus resultados mejoraban, quizás algún día lo dejarían volver a trabajar con estadísticas. Devins no tenía ningún deseo de volver a trabajar al servicio del gobierno. Solicitó un empleo en el estadio de *fireball* y lo contrataron.

Un repentino rugido se extendió entre la muchedumbre que lo rodeaba, y sus ojos y pensamientos regresaron al campo de juego. Carmichael de los Stalwarts se había escapado del grupo y se dirigía hacia la portería de los Valiant. La pelota apenas si brillaba. Marcó el tanto con facilidad y para entonces los Stalwarts aventajaban en el marcador por tres tantos, a tan solo unos minutos del final del partido.

A Devins no le sorprendía. Estaba casi seguro de que ganarían los Stalwarts. No solo trabajaba en el estadio de *fireball*, sino que prácticamente vivía allí. Había logrado conocer a todos los entrenadores y a casi todos los jugadores. A ellos él les gustaba y lo llamaban Danny. Había aprendido a saber cuando un equipo podía ganar y cuando no. Se mantenía informado de qué jugadores sufrían lesiones. Lo mejor de todo era que se enteraba cuando había un arreglo. Por supuesto que era ilegal amañar

el resultado de los partidos, pero de todas maneras lo hacían. Lo que importaba no era que fuera o no ilegal, sino si se podían salir con la suya.

La primera vez que intentó hacer una apuesta se puso gravemente enfermo. Sin embargo, siguió volviendo una y otra vez hasta que la tontería que fuera que le hubieran metido en la cabeza hubiera desaparecido y logró descondicionar lo que le habían recondicionado. Después, una vez hubo acumulado suficiente dinero, encontró al médico adecuado en un barrio bajo e hizo que le neutralizaran el implante que le habían puesto en la nuca. Se suponía que debía liberar medicamentos en su organismo durante el resto de su vida para convertirlo en un ciudadano mejor. Devins pensaba que la mayoría de los ciudadanos buenos eran tontos.

Justo antes de que sonara el pitido final, los Stalwarts volvieron a marcar. Devins había comprado un tique graduado, cuanto mayor fuera la diferencia en la puntuación, ganaría o perdería más dinero, y aquel día ganó mucho más de lo que se esperaba. Aun así, no sentía el júbilo que solía sentir.

Permaneció sentado mientras las gradas de su alrededor se fueron quedando vacías y se encontró a sí mismo pensando en su madre y en su hermana. Como siempre pasaba cuando tales pensamientos le llenaban la cabeza, venían acompañados por una sensación de inquietud y vacío. Lo que le molestaba no era solo que le faltaran parte de sus recuerdos, sino que debería sentir más pena de la que sentía, y debería haber sido más profunda y aguda. Devins quería su tristeza y su dolor, y ellos se los habían arrebatado. No estaba muy seguro de cómo podía descondicionar aquello.

A veces pensaba en Richard Thorne. Lamentaba haber conocido a aquel hombre. Sin embargo, había ocasiones en las que lo echaba de menos. Nadie del estadio de *fireball* era capaz de jugar decentemente al ajedrez ni por asomo. Tampoco era que él fuera ya tan bueno como lo había sido antes, pero tenía la sensación de que si encontraba a alguien que pudiera jugar medianamente bien, todo le volvería de nuevo a la cabeza.

Esperó hasta que el club de tribuna estuvo casi vacío, antes de bajar a trompicones por la escalera a recoger sus beneficios. La rodilla no le había llegado a soldar correctamente después de la segunda fractura y cuando el tiempo era húmedo solía molestarle bastante.

El hombre que había en la ventanilla de apuestas le sonrió y negó con la cabeza mientras alargaba la mano para entregarle sus ganancias.

—¡Aquí tienes otra vez! No sé cómo lo haces, Danny. De verdad que me encantaría tener tu suerte.

Devins le devolvió la sonrisa y se dio con un dedo en un lado de la cabeza.

—Solo hay que ser un poco listo —le dijo, mientras se metía en el bolsillo las ganancias.

Aquella mujer le había dejado varios mensajes en el servicio de contestador, pero Diana Winston no veía razón alguna para devolverle las llamadas. Claro que recordaba vagamente a aquella mujer de su vida anterior, pero ya no quería tener nada que ver con ella, ni siquiera quería pensar en ello. Se había terminado para siempre, y era para bien. No era capaz de saber cómo había podido localizarla aquella mujer en el sector Omicron ahora que le habían dado un apellido nuevo. Sin embargo, aquella mujer no había dejado de llamarla, había dejado un mensaje detrás de otro, y como Diana no le había respondido nunca, había tenido el atrevimiento de presentarse en su piso.

Ya era bien entrada la noche cuando sonó el timbre de su puerta. Diana no tenía ni la más remota idea de quién podría ser. Tenía muy pocas visitas, y nunca nadie que pudiera aparecer sin avisar a aquellas horas. Cuando abrió la puerta se encontró con que tenía delante a una llamativa mujer rubia que iba completamente vestida de rojo. Diana la miró sin comprender.

—Soy yo, Heather, ¿no me reconoces? ¿No me vas a invitar a pasar?

—Bueno... estaba a punto de prepararme para irme a la cama —dijo Diana. La verdad era que no quería dejar pasar a aquella mujer, pero ya no estaba en su naturaleza el ser maleducada. Con un poco de suerte no se quedaría mucho tiempo. Diana dio un paso atrás y abrió más la puerta.

—¡Preparándote para irte a la cama! —exclamó la mujer, mientras pasaba por su lado y se paseaba por el piso como si fuera suyo—. ¡Es demasiado temprano para irse a la cama! La noche es muy joven todavía. —Se detuvo en el centro de la sala y miró a su alrededor—. Bueno, no es gran cosa comparado con el que tenías con Richard, pero supongo que por ahora te tendrá que servir.

—Por favor no me vuelvas a mencionar jamás a ese hombre —le dijo Diana que se había quedado en la entrada junto a la puerta.

La mujer la miró con extrañeza. Sin que se lo ofrecieran, se sentó en el sofá.

—¿Sabes que me ha costado un horror encontrarte? —le dijo, mientras cruzaba las piernas. La falda se le subió hasta más de medio muslo. Llevaba unos zapatos rojos con plataformas y tacones que debían tener por lo menos doce centímetros de altura. Diana recordó que ella también se había vestido de aquella manera absurda y ostentosa, y se sonrojaba con solo pensar en ello.

—Te he echado mucho de menos, de verdad —dijo la mujer—. No dejaba de preguntarme qué habría sido de la buena, de la vieja Diana... y bueno... claro que en parte sí lo conocía... salió en el holo y eso, lo de Coopersmith... ¿quién iba a haber pensado que Richard tuviera ese arrojito? ¡Uy! ¡Perdona! —Se llevó la punta de los dedos a los labios un segundo antes de seguir con su parloteo—. Bueno, como sea, tenía que volver a ver a mi mejor amiga... y no ha sido nada fácil, pero al final he logrado tirar de algunos hilos adecuados... y aquí estoy.

A Diana no le gustó cómo había sonado aquello. Lo de tirar de los hilos adecuados.

—¿Qué haces ahí tan lejos? —le dijo la mujer—. Ven aquí y deja que te vea bien.

Diana avanzó unos cuantos pasos a regañadientes hacia el centro de la habitación. La mujer la miró de arriba abajo a la luz. Puso cara larga y abrió la boca sorprendida.

—No quiero parecer mala, cariño, pero tienes un aspecto horroroso. Te tienen que haber hecho un buen lavado.

—No quiero hablar de eso —dijo Diana—. Y es cierto que me tengo que ir a la cama pronto —añadió con toda la firmeza que pudo. A pesar de lo que pensara aquella mujer, ella sabía que tenía buen aspecto. Al menos ella no iba engalanada como una cortesana repintada de los salones de expresión. ¿Por qué no la dejaba en paz aquella mujer? ¿Qué podría querer de ella?

—Tranquila, cariño, lo siento. Ha sido una sorpresa algo grande. Ven y siéntate a mi lado. —Dio unas palmaditas en el sofá junto a ella—. Te voy a enseñar lo que puede hacer un poco de maquillaje, por si se te ha olvidado. Y entonces haremos algo con tu pelo. Ese corte no te sienta nada bien. Venga, será divertido. Puede que después podamos salir juntas. Me puedes enseñar los lugares de interés de Omicron.

—No, eso es imposible, mañana me tengo que levantar temprano para ir a trabajar —insistió Diana, mientras daba otro paso hacia el sofá sin darse cuenta. A pesar de su aspecto y comportamiento estrafalario había algo muy alegre en aquella mujer. Parecía irradiar vitalidad y calidez.

—Bueno, ¿es que no me vas a ofrecer nada antes de mandarme ahí fuera a la noche? —le preguntó, a la vez que hacía un mohín con los labios e inclinaba la cabeza hacia un lado.

—No tengo nada que ofrecerte... a no ser té o café. —Diana creía que sabía a lo que se refería aquella mujer y no le gustaba la idea.

—Bueno, ¡adivina qué! ¡Yo sí! Venga, vamos a colocarnos juntas, como en los viejos tiempos.

La mujer sacó una cosa del bolso rojo bordado con cuentas que había junto a ella, era un pequeño cilindro blanco. Sacó otro cilindro más grande, uno de plástico rojo brillante que hacía juego con su atuendo. Cuando golpeó el cilindro rojo con el pulgar, este produjo una pequeña llama. Sujetó la llama contra uno de los extremos del cilindro blanco, se inclinó hacia delante, se llevó el otro extremo a la boca y pareció succionarlo. Una fina columna de humo se levantó en el centro de la habitación cuando el cilindro blanco se encendió y empezó a arder.

—¿Qué haces? —le preguntó Diana alarmada—. ¡Para! ¡Déjalo!

La mujer exhaló el humo con mucho ruido, y este creó una nube a su alrededor.

—Se llama marihuana —le sonrió—. Es lo último y todo el mundo lo hace. ¡Venga, siéntate aquí! —Volvió a dar unas palmaditas en el sofá junto a ella—. Deberías probarla. ¡Es muy divertido!

Aquello era más de lo que Diana podía soportar.

—No, ¡no quiero probarla! Solamente haz el favor de salir de aquí —le gritó—. Solo déjame en paz. ¡No quiero volver a verte nunca jamás!

A la mujer se le puso la cara mucho más larga que la primera vez.

—Bueno... ¡si es así como te sientes y eso es lo que quieres! —Miró a su alrededor por un momento y después apagó el cilindro encendido sobre la mesita de café de cristal—. Ahí tienes —le dijo, a la vez que señalaba hacia allí con la barbilla—. Por si acaso cambias de idea en algún momento y decides tomar un poco. No es necesario que te molestes en acompañarme a la salida. Puedo ver la puerta perfectamente desde aquí. —Por alguna razón que Diana no lograba entender, aquella mujer parecía estar a punto de ponerse a llorar.

Después de que la mujer saliera del piso, con la misma soltura con la que entró, y cerrase la puerta tras de sí con un portazo, Diana dio un suspiro de alivio. Se paseó de un lado a otro por la pequeña habitación, moviéndose nerviosa hasta que recuperó la compostura. Entonces se sentó en el sofá en el extremo opuesto al que había elegido la mujer para sentarse. Sin pensarlo, alargó la mano y la pasó por el otro cojín. Todavía estaba caliente y retiró la mano de golpe.

Recogió el cilindro blanco arrugado. Lo olió y puso cara de asco. ¡Oía terriblemente mal! A quemado y dulce a la vez. ¿Por qué iba nadie a querer respirar humo?

Se puso de pie y se dirigió a la micrococina, metió el cilindro en una bolsa de plástico y la selló. Volvió con una esponja húmeda y limpió la mesita de café de cristal. Aclaró la esponja y se secó las manos. Después llamó a la comisaría de guardianes más próxima y denunció a la mujer por posesión de lo que no tenía duda alguna era una droga ilegal.

Mientras se preparaba para acostarse, Diana pensó en lo bien que le había hecho sentir aquello, y lo mucho que deseaba ir a la comisaría al día siguiente a entregar la droga ilegal y explicarlo todo.

Antes de acostarse, se tomó su pastilla para dormir como hacía todas las noches. Entonces podía descansar debidamente por la noche y al día siguiente estaría más que lista para ir a trabajar.

El sol dominaba todo su mundo por completo. Mientras se movía de un lado del plano horizonte al otro, parecía abrasar el cielo y dividirlo en dos. Se acuclilló en medio de la tierra, las plantas y las hileras perfectamente espaciadas, se inclinó hacia delante y se fue adelantando. Los otros hombres y mujeres que había a su alrededor hicieron lo mismo. Los campos perfectamente allanados parecían no tener fin en ninguna de las direcciones, el fino horizonte se rompía aquí y allí tan solo por los bloques formados por los edificios en los que vivían. Se trasladaban de un edificio a otro según la finca que estuvieran sembrando o cosechando.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Meses? ¿Años? El tiempo carecía de significado

cuando todos los días eran prácticamente iguales. Sus manos, que un día fueron hermosas, al principio se le habían llenado de ampollas y después se habían endurecido y llenado de callos. Tenía el pelo seco y greñado. Le dolían las piernas y la espalda, el dolor era tan constante, tan diario, que lo había aceptado como parte de su existencia. Como el ardiente sol. Como los centinelas que observaban todos y cada uno de sus movimientos desde las primeras respiraciones del despertar por la mañana, hasta los últimos suspiros exhaustos que la conducían al sueño por la noche.

Los centinelas estaban de pie ante ellos, detrás de ellos y a los lados. Hombres de rostro inexpresivo vestidos con uniformes caquis. Hombres brutos y hastiados cuyo condicionamiento de alguna manera había fallado. Eran otra irrelevancia. ¿Centinelas? Cuando no había escapatoria, no había adónde escapar más allá del mundo que los había mandado y sentenciado a estar allí, excepto a las Tierras Muertas.

Ya casi ni sabía qué era lo que recolectaba y metía en el saco que arrastraba junto a ella. Ya no importaba. Sabía perfectamente que debían tener máquinas para hacer aquel trabajo. Había máquinas para hacerlo todo. Aquel era su castigo por haber sido ella misma, por negarse a someterse a sus leyes y costumbres.

Le habían arrebatado sus libros, su música y sus plantas. Le habían arrebatado a su amante y su vida. Ya no tenía nombre, solo un número que se esperaba se aprendiera y al que se esperaba respondiera como si fuera un nombre. Le habían ofrecido condicionarla, lavarle el cerebro, dejárselo limpio y llenárselo con sus mentiras, para hacer de ella una persona completamente diferente, una adecuada a las necesidades del Estado. Al principio se lo habían preguntado todos los meses. ¿Cuántas veces lo había rechazado? Las suficientes como para que ya hubieran dejado de preguntárselo. La habían eliminado por completo. Su cabezonería no moriría y sabía que eso sería su muerte. No se convertiría en otra persona de su invención. Sin embargo, sí que habían logrado convertirla en otra persona de todas maneras.

Algunas noches, ya muy tarde, antes de que el sueño exhausto se apoderara de ella en el dormitorio lleno de gente, la idea de la muerte se abría ante ella como un fresco pozo de descanso, un lugar en el que ya no la podrían castigar más. Sin embargo, había otras noches en las que los recuerdos de su vida anterior la llevaban hasta la pequeña seguridad de los sueños. Y entonces la mañana llegaba demasiado pronto y ella se levantaba con los demás y repetía la tediosa rutina.

Cuando sucedió, ella había levantado la cabeza para limpiarse el sudor. Fue muy rápidamente. Casi en total silencio.

Los vio tras el andrajoso anillo de guardias que los rodeaba. Parecieron salir de la tierra como las plantas que tenían a su alrededor. Hombres salvajes, barbudos violentos. Eran oscuros e iban medio desnudos. Tan solo llevaban los harapientos restos de ropas o pieles que parecían las de animales. Algunos llevaban armas de fuego. La mayoría iban armados con palos gruesos, hachas rudimentarias y largos

cuchillos.

Aquellos intrusos se movían con una seguridad que ella nunca había visto antes. Los centinelas que eran lentos de cabeza, a pesar de llevar armas muy superiores, no tuvieron la menor oportunidad contra ellos. Cayeron casi como un mismo hombre sin que se hiciera ni un solo disparo, sin que se produjera ni un solo grito de aviso.

Entonces los intrusos se reagruparon en un extremo de la finca, se movían con una precisión que no dejaba traslucir su apariencia salvaje. Un hombre gigantesco, con barba y el rostro oscuro, se adelantó del grupo, se acercó a los trabajadores, que seguían acucillados en la finca y que casi esperaban ser las siguientes víctimas de aquella aparición de salvajes.

—¡Venid con nosotros! —gritó el hombre—. ¡Uníos a nosotros! ¡Liberaos de esta esclavitud y dejadla atrás para siempre!

Con un brazo largo y muy musculado señaló a través de la llana tierra en dirección a las Tierras Muertas, que aparentemente, después de todo, no estaban tan muertas.

Algunos trabajadores se habían puesto de pie, miraban anonadados a lo lejos. Josie también se puso en pie. Estaba perpleja. Entonces otro hombre se separó del grupo que estaba en el extremo de la finca y comenzó a acercarse a ellos, en concreto iba hacia ella.

Al principio no lo reconoció. Llevaba el pelo más largo, le caía sobre los hombros. Tenía mucho más marcadas las líneas de su rostro. A lo lejos, fueron los ojos lo primero que reconoció, el extraño contraste de aquel azul con su piel y cabello oscuros. ¿Cómo podía haber pensado en cualquier momento que su rostro carecía de carácter? Si es que lo había hecho en algún momento, aquel ya no era el caso.

Se olvidó del dolor de sus piernas y comenzó a correr hacia él. Por el rabillo del ojo pudo ver que otros de sus compañeros también se estaban levantando para seguirla.

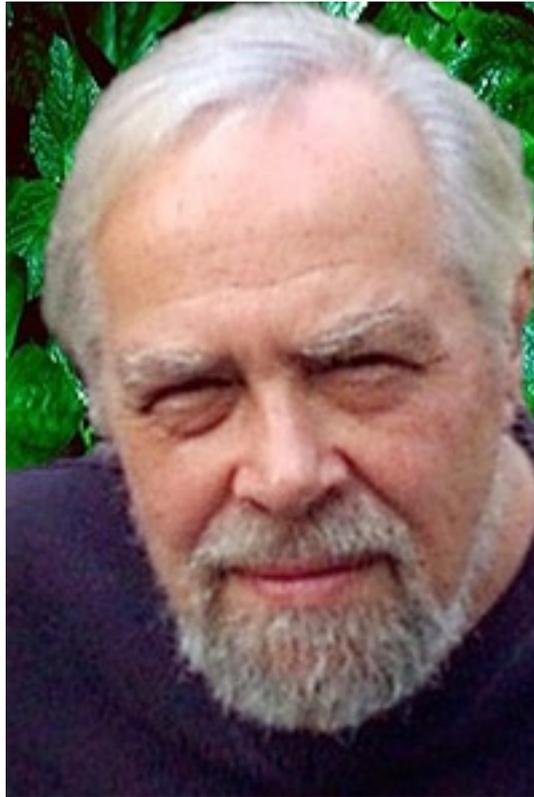
El doctor Edward Edmunson llegaba a casa después de otro largo día de trabajo en el Centro de Vacaciones Virtuales. El trabajo no era duro en absoluto, era bastante rutinario, menos cuando algún cliente, por alguna razón inexplicable, se resistía a los placeres que las vacaciones le ofrecían. Aquellos días la jornada era muy larga porque les faltaba algo de personal. Además, últimamente, parecía como si a pesar de las constantes mejorías que hacían en los distintos guiones, cada vez hubiera más incidentes de gente que no se adaptaban bien a los placeres de las vacaciones o a la posterior confrontación con la realidad.

Edmunson se había comido una ensalada insípida en una cafetería de una cadena y después, evitó las pasarelas y decidió volver a casa dando un paseo hasta su piso de soltero de lujo. Últimamente, llevaba un tiempo sintiéndose algo carente de vitalidad, y pensó que algo de ejercicio le sentaría bien. Soltero, y con un nivel G-19, se podía

permitir un alojamiento excelente. Se había pasado la vida dedicado a su trabajo y había tenido su recompensa. Su piso no solo era nuevo para él, sino que era su primer ocupante. Mientras pasaba por las immaculadas calles con sus jardines diseñados con impecable buen gusto y la cambiante iluminación en tonos pastel, le costaba creer que tan solo unos meses atrás allí hubiera habido un barrio bajo en toda la zona.

Más tarde, frente al espejo de su cuarto de baño, Edmunson se quitó la máscara dérmica para la noche y con cuidado la depositó en su soporte para que no se deformara. Después se lavó la cara con cuidado de extremo a extremo con un jabón que había comprado en el mercado negro médico. Aunque se suponía que tenía propiedades curativas especiales, nunca tuvo la esperanza de que le sirviera de mucha ayuda. Para él era un ritual, algo en lo que podía intentar creer.

A Edmunson no le hacía falta verse el rostro sin máscara en el espejo, y lo hacía con muy poca frecuencia. Ya había visto lo grotesco que era, las cicatrices del incidente de destrucción, con suficiente asiduidad como para sabérselas de memoria. Habían matado a catorce personas, y él había sido muy afortunado al poder escapar con vida, a pesar de las lesiones que padeció. Tres operaciones de cirugía correctora le habían arreglado el brazo, la pierna y las costillas rotas. Ya casi no le molestaban. Sin embargo, su rostro estaba demasiado desfigurado como para que nadie volviera a confiar en él como médico, a no ser que llevara una máscara.



BOSTON BRUCE (Chicago, Illinois, 1943). Escritor de ficción especulativa y poeta. Nació en Chicago y creció en el sur de California. Se licenció en Economía por la Universidad de California, Berkeley en 1965, y obtuvo maestría en 1967. Vivió en la Bahía de San Francisco desde 1961 hasta 2001, donde trabajó en una variedad de empleos, incluyendo programador informático, profesor universitario (literatura y escritura creativa en la Universidad John F. Kennedy, Orinda, California, 1978-1982), escritor técnico, diseñador de libros, jardinero, proyccionista de cine, vendedor al por menor, y en las mudanzas. Desde el 2015 vive en Ocala, Florida, con su esposa, la escritora-artista Marge Simon, con quien se casó en 2001.

Boston ha ganado siete veces el *Rhysling Award for speculative poetry* y el *Asimov's Readers' Award for poetry*; el *Pushcart Prize for fiction* en 1976; el *Bram Stoker Awards in poetry* cuatro veces, y *the first Grandmaster Award of the Science Fiction Poetry Association*, en 1999. Su poema en colaboración con Robert Frazier, «*Retorno a la selva tropical Mutante*», recibió el primer lugar en la encuesta *Locus Online Poetry* en 2006 como mejor poema de todos los tiempos de Ciencia Ficción, Fantasía, Terror.

Autor de más de cien relatos y de dos novelas «*Stained Glass Rain*» y «*The Gardener's Tale*» (*El guardián de almas*; finalista del *Bram Stoker Award* y nominada para el *Prometheus Award*). Su trabajo ha aparecido en revistas y antologías, incluyendo las revistas *Asimov's SF Magazine*, *Amazing Stories Magazine*, *Realms of Fantasy*, *Science Fiction Age*, *Weird Tales*, *Strange Horizons*, *Year's Best Fantasy and Horror*, y *Nebula Awards Showcase*. Tanto su poesía como

su obra narrativa exhiben una gran variedad de estilos y temática.

Ha presidido el *Nebula Award Novel Jury (SFWA)*, el *Bram Stoker Award Novel Jury* y el *Philip K. Dick Award Jury* y desempeñó el papel de Secretario y Tesorero de la *Science Fiction Poetry Association*. Trabajó como editor de ficción y/o poesía para varias publicaciones, incluyendo *Occident*, *The Open Cell*, *Berkeley Poets Cooperative*, *City Miner*, y *StarLine*. Desde el 2014, edita poesía especulativa para *The Pedestal Magazine*.